

Renacientes del Guandal:
"grupos negros" de los
ríos Satinga y Sanquianga



PROYECTO BIOPACIFICO
MINISTERIO DEL MEDIO AMBIENTE GEF - PNUD

UN
UNIVERSIDAD
NACIONAL

ISBN 958-95936-1-5

© Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín
 Departamento de Ciencias Forestales
 Tel: (94) 2307079 - Medellín
 Fax: (94) 2300420 - Medellín

Proyecto BIOPACIFICO
 Ministerio del Medio Ambiente
 GEF - PNUD - Col/92/G31
 Diagonal 34 N° 5-98
 Tel: (91) 2454412
 Fax: (91) 2323511
 Santafé de Bogotá, D.C.

EDITORES ACADÉMICOS:
 Jorge Ignacio del Valle
 Eduardo Restrepo

COORDINADORA EDITORIAL
 María Margarita Gaitán Uribe
 Proyecto Biopacífico

FOTOGRAFIA PORTADA
 Jorge Ignacio del Valle
 Asentamiento del área de los ríos Satinga y Sanquianga

DISEÑO Y EDICION
 FORMATO Comunicación / Diseño

IMPRESION
 Lerner

El contenido de los artículos es responsabilidad de sus autores.

Santafé de Bogotá, D.C., - Colombia - marzo de 1996

Contenido

Introducción	7
<i>Eduardo Restrepo y Jorge Ignacio del Valle</i>	
El medio biofísico de los bosques de guandal	19
<i>Jorge Ignacio del Valle</i>	
Territorio, poblamiento y sociedades negras en el Pacífico Sur colombiano	57
<i>Oscar Almario y Ricardo Castillo</i>	
Campesinos de los bosques de guandal	121
<i>Arturo Martínez</i>	
Tierra, producción y trabajo familiar en la economía campesina de los bosques de guandal	189
<i>Luz Adriana Molina</i>	

Los tuqueros negros del Pacífico Sur colombiano 243

Eduardo Restrepo

**El naidí entre los "grupos negros"
del Pacífico Sur colombiano** 351

Eduardo Restrepo

**Alimentación y cultura entre los "grupos negros"
del Pacífico colombiano** 387

Paula Andrea Galeano

**Prácticas tradicionales de producción
y ordenamiento territorial** 443

Jorge Ignacio del Valle



Guandal mixto

Al igual que el Sajal, el Cuangaria y el naidizal, el guandal mixto es una de las asociaciones más características del denominado bosque de guandal. Bosque del cual se han extraído diferentes maderas blandas durante los últimos cuarenta años.

Foto: Ignacio del Valle

Introducción

El conocimiento de los bosques, de las actividades de sus habitantes y de sus imaginarios es fundamental si se quiere apostar a la conservación del ecosistema y de la cultura que se ha creado en torno suyo. *Renacientes del Guandal* se constituye así en un valioso aporte a la búsqueda de alternativas que garanticen la permanencia de los montes del Pacífico con todas sus riquezas.

Con esta publicación se quieren divulgar estos esfuerzos de investigación, evitando así que queden archivados en colecciones personales o en lugares de difícil acceso, como ha sucedido con muchos trabajos sobre el Pacífico colombiano.

El Pacífico Sur colombiano — tejido viviente de ríos, esteros y selvas — ha sido el referente espacial donde, desde hace cientos de años, los descendientes de los esclavizados africanos han configurado no sólo unas prácticas de apropiación de su entorno, sino, también, unas particulares filigranas conceptuales de representación del mismo. En el pensamiento de los "grupos negros", la categoría de *renacientes* indica la fundamental idea de un mundo en perpetuo discurrir, un proceso recurrente e inagotable de surgimiento de las

nuevas generaciones en una cadena remitida hasta el principio de los tiempos, hasta la misma fundación del mundo. En el río Güelmambí, por ejemplo, para los mineros negros esta categoría señala sus derechos y relaciones con la mina: "Somos ramas de troncos de árboles que crecen sobre las minas de los ríos. Cada mina tiene un árbol y cada árbol se arraiga en una mina. Los troncos de cada árbol son hermanos y hermanos fueron los fundadores de las descendencias de nuestras minas. Nosotros somos las ramas, somos los descendientes. Somos los *renacientes*"¹. Se debe anotar, además, que tal categoría trasciende a los seres humanos por cuanto también en las plantas y los animales ellos reconocen *renacientes*.

Guandal es otra categoría inmersa en esa filigrana de representación y apropiación del entorno. Suelos turbosos y generalmente inundados por aguas dulces sobre los que medra el *monte*, condicionantes de la presencia de ciertos *palos y palmas*, diferencian a los *guandales* de otras categorías de demarcación espacial tales como manglares o natales definidos exclusivamente por la predominancia de una especie vegetal: el mangle o el nato, respectivamente. Los *guandales*, que ocupan gran parte del territorio del Pacífico Sur colombiano, específicamente del área de los ríos Satinga y Sanquianga, donde desarrollamos gran parte de nuestras investigaciones, han sido durante las últimas cuatro décadas el escenario preferido para la extracción de la mayor parte de las maderas blandas provenientes de los bosques naturales del litoral, y han alimentado la inicial demanda internacional y el actual mercado nacional maderero orientado hacia la satisfacción de las crecientes necesidades de centros urbanos como Cali, Medellín o Bogotá.

Friedemann, Nina. S. de. 1974. Minería, Descendencia y Orfebrería, Litoral Pacífico (Colombia). Imprenta Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. Pág. 11.

Guandal en el Pacífico Sur significa pantano; por ello habremos de entender que bosques de *guandal* son aquellos humedales forestales cuyo sustrato edáfico es pantanoso, *guandaloso* dicen allí. Pero ¿de dónde proviene esta palabra? No lo sabemos a ciencia cierta y al respecto sólo hipótesis podemos aportar. De acuerdo con Camilo Orbes² los indios sindaguas que habitaban el Pacífico Sur a la llegada de los españoles, eran de origen maya. Finalmente fueron reducidos en 1635 después de una prolongada guerra con los españoles que duró 82 años ininterrumpidos. En su libro *Orbes* transcribe una carta del Hno. Nicolás E. Abásolo quien sostiene que la terminación "al" significa agua, fuente o río en maya; ella se encuentra en numerosas palabras y toponimias locales "[...] Yascual, Cumbal, Chimangual, Puerralmal [...]"³ así como en *guandal*, sugerimos nosotros, y en Uxmal, famosa ciudad maya de Guatemala pero que también fue el nombre original de Bocagrande, lugar cercano a Tumaco como nos lo recuerda el precitado autor⁴. Que los Sindaguas hablaban un dialecto maya parece estar fuera de dudas. No de otra manera se entendería que en el juicio que se les siguió en Quito en 1635 se les hubiese nombrado como intérprete al alférez Francisco Ramos quien "[...] sabía la lengua maya [...]"⁵. Este mismo autor cita a Sañudo quien sitúa la migración maya a partir del siglo XII. Tal "[...] migración estuvo tan clara para la memoria histórica que en un documento de 1635 se dice que los sindaguas de Barbacoas eran de origen maya [...]"⁶.

² Orbes, Camilo. 1987. Los Sindaguas ¿Caribes o Mayas del Mar Pacífico? Ediciones de Cafan, Bogotá.

³ Orbes, Camilo, op. cit:110

⁴ Orbes, Camilo, op. cit:53.

⁵ Jurado, Fernando. 1990. Esclavitud en la Costa Pacífica: Icuandé, Tumaco, Barbacoas y Esmeraldas, Siglos XVI al XIX. Ediciones Abya-Yala, Quito. Pág. 95.

⁶ Jurado, Fernando, op. cit: 55.

Los nombres de los ríos Satinga y Sanquianga corresponden a grupos indígenas con estas mismas denominaciones, ya fueran ellos grupos chibchas que "[...] hablaran guapi [...]" como lo afirma West⁷ o que pertenecieran a la "[...] nación sindagua [...]" según opina Patiño⁸. Lo cierto es que hacia la década de 1630, cuando entraron los mineros españoles, ya aparecía el nombre del río "Sanguiana"⁹. Así mismo, a Gaspar de Benávidez Palacio "[...] en febrero de 1671 le confirmaron desde Madrid la encomienda en Barbacoas de 19 indios sanquianga y satinga [...]"¹⁰. Posteriormente, entre 1700 y 1750, hay evidencias de que en Iscuandé existían indios de apellido Sanquianga¹¹.

Renacientes del guandal es un libro que, desde múltiples enfoques conceptuales y metodológicos, presenta disímiles rostros de una realidad humana escandalosamente "invisible" en los análisis teóricos de los científicos sociales sobre el Pacífico colombiano: la práctica cotidiana de cientos de mujeres y hombres negros en la extracción, para el mercado, de innumerables trozas de madera desde las entrañas mismas de la selva. La especificidad de los sistemas tecnológicos, la presencia de modalidades y relaciones económicas tradicionales, la evidencia de la organización de los grupos de trabajo y de los derechos de propiedad mediante los sistemas de parentesco, y la profunda imbricación con un sistema cultural y territorial, son algunos de los aspectos que han permanecido ocultos de quienes

entre los "grupos negros" no se han dedicado a prácticas como la minería, la pesca, la agricultura o la recolección de moluscos.

El libro es, además, un reflejo y el resultado parcial de algunas de las investigaciones elaboradas en el contexto del Proyecto Bosques de *Guandal* PNUD Col 89/011, concretamente en el área social de su Programa de Investigación ejecutado por la Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín, entre 1992 y 1994. Silvicultores, campesinos, corteros o *tuqueros* son algunas de las diferentes categorías de análisis que no solamente evidencian la heterogeneidad de los enfoques teóricos y metodológicos instrumentalizados por los diferentes autores en cada uno de los artículos sino, también, la posibilidad del disenso y el respeto por las especificidades discursivas, lo cual, evidentemente, enriqueció las cotidianas discusiones y las múltiples preguntas que aún están por resolver. En este sentido, en la edición del presente libro se consideró pertinente no atenuar estas diferencias que nutrieron significativamente nuestro trabajo. "Grupos negros", afrocolombianos, gente y comunidad son otras categorías que expresan también diferencias conceptuales y metodológicas entre los autores. Antes que allanar y homogeneizar forzosamente estos conceptos, hemos optado por conservarlos; en verdad, preferimos que el texto sea calificado por los científicos sociales puristas que detentan la cúpula del saber, como caótico, mas no doctrinario.

No es tarea fácil reunir disciplinas diversas de las ciencias naturales, sociales y humanas para un propósito común: estudiar la relación entre los "grupos negros" y los bosques de *guandal* del municipio Olaya Herrera en el litoral pacífico nariñense. La multidisciplinariedad es difícil de lograr y la interdisciplinariedad pasa aún por su estado fetal en Colombia. Por ello nos declaramos moderadamente satisfechos al lograr lo primero mas no lo segundo. Al enfoque social de la obra contribuyeron antropólogos, historiadores y economistas, pero también ingenieros forestales. Todos, a la vez, fuimos alumnos y maestros y, aunque no logramos desbordar nuestras respectivas especia-

⁷ West, Robert. 1957. *The Pacific Lowlands of Colombia. A Negroid Area of the American Tropics*. Louisiana State Univ. Press, Baton Rouge, 278 p.

⁸ Patiño, Diógenes. 1991. "Fases arqueológicas en el bajo río Patía, Nariño, costa Pacífica. Colombia". En *San Agustín 200 años 1790-1990. Seminario La Arqueología del Macizo y el Suroccidente Colombianos, San Agustín-Huila, Octubre 24-26 de 1990*, pp. 105-119. Fundación de Investigaciones Arqueológicas Banco de la República-Instituto Colombiano de Arqueología, Bogotá.

⁹ West, Robert, op. cit.:95

¹⁰ Jurado, Fernando, op. cit.: 165.

¹¹ Jurado, Fernando, op. cit.: 260-162.

lidades profesionales, nuestros horizontes se ampliaron considerablemente al someternos por tiempo prolongado a tan heterodoxa manera de intentar hacer universidad.

El libro comprende ocho documentos presentados en una secuencia que, esperamos, sea lógica por cuanto pretendemos conducir al lector desde lo más general hasta lo más particular. Inicialmente presentamos el medio biofísico. Ello permite ubicar a los *renacientes* dentro del contexto ecológico en el que han configurado su cultura. Allí, entonces, se describen el clima, los suelos, las aguas, el paisaje natural y sus fragmentos, la vegetación. Con el siguiente artículo se presenta el proceso de poblamiento histórico, desde el arribo de las primeras cuadrillas de esclavizados africanos para la explotación del oro en las minas de aluvión de la Barbacoas colonial.

Se pesquisan los tempranos movimientos migratorios de los descendientes de aquellos esclavizados en un contexto de resistencia manifestada en el cimarronaje y la automanumisión. Igualmente se analizan las implicaciones de las leyes de manumisión de mediados del siglo XIX en la dinámica poblacional de los ríos Satinga y Sanquianga. Por último, en este artículo, se evidencian las continuidades y las rupturas de las "comunidades negras" con su historia de esclavitud y resistencia, específicamente en modalidades extractivas como la industria maderera y el proceso político-organizativo generado alrededor del Art. Transitorio 55 y posteriormente de la Ley 70.

Dos artículos -"Campesinos de los bosques *guandal*" y "Tierra, producción y trabajo familiar en la economía campesina de los bosques de *guandal*"-, utilizando metodologías cuantitativas, presentan una caracterización del sistema económico y de los múltiples agentes que intervienen en su dinámica. En el primero, el énfasis se coloca en el entendimiento de la lógica económica del campesino de los *guandales* que extrae madera sin recuperar el tiempo de trabajo invertido en ello. En el segundo artículo se pretende identificar los

niveles de ingreso familiar a partir de las diversas actividades económicas como el cultivo, la recolección o la cacería.

En los próximos tres artículos: -"Los *tuqueros* del Pacífico Sur colombiano, "El naidí entre los "grupos negros" del Pacífico Sur colombiano" y "Alimentación y cultura entre los "grupos negros" del Pacífico colombiano"-, partiendo de metodologías de investigación antropológica como la observación participante, se exponen algunas prácticas y aspectos del sistema simbólico de los "grupos negros" del área de los ríos Satinga y Sanquianga.

En el primer artículo se hacen evidentes las prácticas tradicionalmente desarrolladas por quienes extraen la madera en forma de trozas de los *guandales* por los *tuqueros*. La exposición de estas prácticas se conecta con las representaciones e imaginarios colectivos que posibilitan una configuración y manejo del entorno por parte del *tuquero*. Los múltiples usos y representaciones tradicionales sobre el naidí para los "grupos negros" es la preocupación inicial del segundo artículo. Ello se conecta con los cambios productivos por la comercialización y exportación del naidí por parte de algunas empresas enlatadoras a partir de las dos últimas décadas.

Alimentación y cultura es un ámbito donde se manifiesta con particular intensidad el universo simbólico y las estrategias económicas elaboradas por los "grupos negros" en el caso de la zona estuarina y del área media de los ríos en el Pacífico Sur colombiano.

"Prácticas tradicionales de producción y ordenamiento territorial", es el artículo que cierra el texto y se configura como una elaboración de síntesis apuntalada en las diferentes investigaciones a partir de la pregunta por la posibilidad y condicionamientos de una titulación colectiva con motivo de la Ley 70. En este artículo se exponen los limitantes de las prácticas tradicionales de producción en un contexto demográfico que pone en cuestión la sostenibilidad del medio. En

este sentido se consolida la pertinencia y la urgencia de la investigación para el desarrollo de alternativas tecnológicas a partir de la tradición silvicultural de los pobladores del *guandal*. Se analizan, así, las posibilidades que tiene la población del municipio Olaya Herrera, en el litoral pacífico nariñense, de lograr el manejo sostenible de los bosques de *guandal*, al igual que la posibilidad, en el futuro inmediato, de la diversificación económica. Todo ello se analiza en función del ordenamiento territorial.

Los editores.



Bosque intervenido

Para la extracción de las trozas de madera se cortan los árboles con una dimensión comercializable quedando en pie aquellos que por su especie o tamaño no son utilizables para tal fin.

Foto: Ignacio del Valle

El medio biofísico de los bosques de guandal

JORGE IGNACIO DEL VALLE*

** Ingeniero forestal. Profesor de la
Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.*

Área de estudio

El hoy llamado Chocó Biogeográfico, que podríamos situar en cuanto al litoral Pacífico entre Esmeraldas, Ecuador, y la ciudad de Panamá, e inclusive, un poco más al norte, hasta la península de Osa en Costa Rica, es un oasis en el árido y aún desértico Pacífico americano. Efectivamente, entre estos dos puntos se desplaza dos veces al año, de sur a norte y de norte a sur, en eterno y monótono ritornelo: enero-julio-enero, la Zona de Convergencia Intertropical, Zci, portadora de las lluvias, o mal tiempo, características de estos climas ecuatoriales.

Por esto no es de extrañar que los ríos San Juan y Patía sean los más caudalosos, no sólo del Pacífico colombiano sino, también, de toda la cuenca en América al sur del río Columbia en Estados Unidos de América. La temática de esta obra tiene lugar en parte del sistema deltaico del río Patía, el cual, poco después de romper la cordillera Occidental en la Hoz de Minamá, se dirige raudo hacia el océano Pacífico y forma un enorme delta de más de 3.000 km², cuyos cauces primigenios siguieron aproximadamente los cursos actuales de los ríos Tapaje y la Tola (Thouret, 1983), pero a los cuales Parra (1995) extiende hasta el río Iscuandé, además del de su curso actual, que es el más sureño, por cuanto las colinas del Terciario le limitaron su deriva. Los estudios se llevaron a cabo principalmente en el municipio Olaya Herrera, cuya cabecera municipal, Bocas de Satinga,

se levanta en la desembocadura del río Satinga al río Sanquianga, litoral Pacífico del departamento de Nariño (véase figura 1). Casi todo el municipio se encuentra entre estos dos ríos, incluyendo la zona estuarina y de marismas del último de ellos.

Hasta 1973 el río Sanquianga era un pequeño río independiente del Patía. A partir de este año, una empresa maderera construyó una pequeña *cuneta* que unió el río Patía Viejo con la *quebrada* La Turbia, afluente del Sanquianga, lo cual, finalmente, devino en que el grueso de las aguas del Patía y el total de las del Patía Viejo se transvasaran al Sanquianga a través del así llamado canal Naranjo que hoy supera los 200 m de ancho. Aparte de los enormes impactos ambientales, sociales y económicos que ello ocasionó al ecosistema y a sus pobladores, este hecho da cuenta de la inestabilidad del delta del río Patía en toda el área de estudio. Los bosques de *guandal* de su delta y ríos asociados, marco ecosistémico de esta obra, se encuentran localizados aproximadamente entre los 1°50' y los 2°07' de latitud norte y los 77°50' y 78°40' de longitud oeste.

Clima

Para caracterizar sucintamente el clima del delta del río Patía que ocupan los bosques de *guandal* acudiremos a la información que suministra un artículo reciente (Del Valle, 1994). Como corresponde a las áreas tropicales localizadas casi al nivel del mar— al punto de que a Bocas de Satinga lo afecta el flujo diario de las mareas, cuyas pujas de más de 4 m ocasionalmente cubren con una lámina de agua durante una o dos horas algunos diques del bajo Sanquianga así como los natales—, la temperatura es alta y su promedio mensual de 26°C, con mínimas variaciones mensuales multianuales de sólo 0,7°C, como máximo, en las estaciones más cercanas que miden esta variable— Tumaco y Guapi. Tan pequeñas diferencias oscurecen los extremos que han llegado a máximos de 28,2°C durante un marzo y un octubre en los 35 años de registros de Tumaco, y

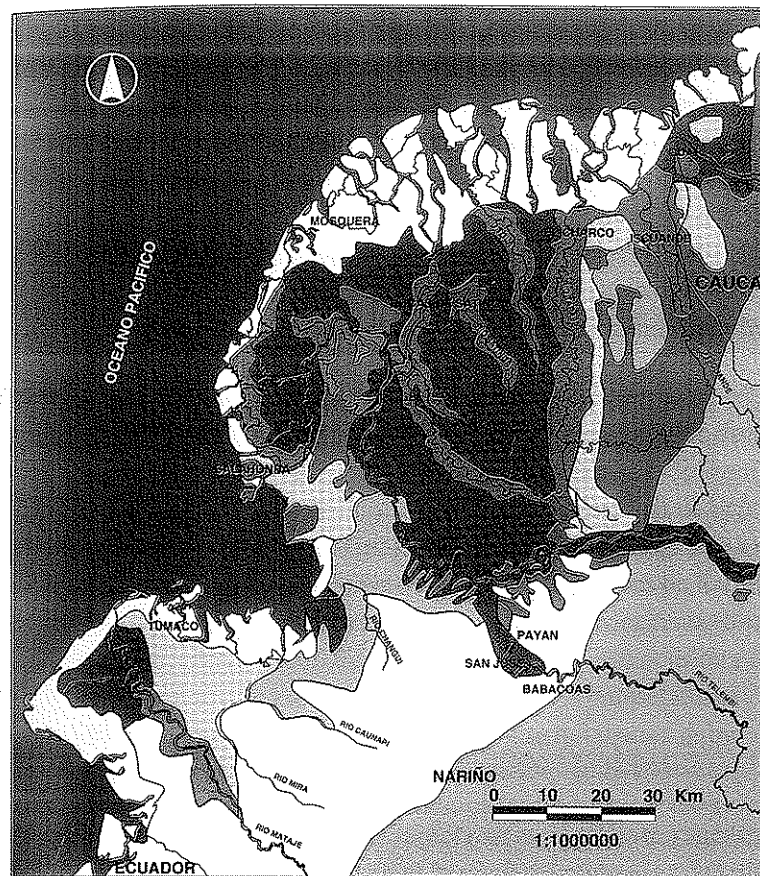


Figura 1

∨ Ríos

- Bosque mixto muy complejo (colinas altas)
- Bosque mixto muy complejo (terrazas planas no disectadas)
- Bosque mixto muy complejo (colinas del terciario y terrazas bajas no disectadas)
- Bosque mixto y agricultura (diques y vegas altas)
- Bosque mixto, agricultura y ganadería (terrazas altas)
- Bosques de *guandal* (planicie de inundación)
- Ecuador
- Lagunas
- Manglares y Natales (planicie mareal)
- OCEANO PACIFICO

mínimas como durante un mes de enero con 22,6°C registrado durante el mismo lapso en la citada estación. Así mismo, en Tumaco, la temperatura mínima absoluta registrada en el período ocurrió un mayo y fue de 11,9°C, y la máxima absoluta de 36,2°C, en octubre. Las diferencias entre las temperaturas promedias máximas y mínimas absolutas tienen, igualmente, una amplitud considerable: 10,6°C y 13,6°C para Tumaco y Guapi, respectivamente. Todo ello induce a pensar que en estos climas ecuatoriales los promedios esconden grandes variaciones y le dan pábulo al aserto citado por West: " la noche es el invierno del trópico" (1957:25).

Como habíamos mencionado, la Zci, o frente ciclónico *de mal tiempo*, se desplaza en el litoral Pacífico americano desde los 0° de latitud, hasta los 8-10° de latitud norte. Esta es una faja de bajas presiones en la que convergen masas de aire débiles, constantes y cargadas de humedad llamadas vientos alisios, procedentes de los cinturones subtropicales de altas presiones: los del hemisferio norte soplan del noreste; y los de hemisferio sur, del sureste. Esto ocasiona el choque de masas de aire ascendentes con diferentes temperaturas y contenidos de humedad, produciéndose una alta nubosidad debido a procesos de convección.

El reparto desigual de la tierra y el mar en el globo terráqueo,— aquella en mayor proporción en el hemisferio norte—, y las diferencias térmicas entre ambos materiales, en razón de que la tierra se calienta y enfría con mayor rapidez que el agua, explican el hecho de que la Zci se sitúe, por lo regular, al norte del ecuador geográfico. Por esta razón, el llamado ecuador climático se encuentra desplazado hacia el norte del geográfico—0° de latitud—; en el litoral Pacífico éste pasa al norte de Guapi, a unos 2°40' de latitud norte. Dicha circunstancia implica que los bosques de *guanadal* del delta del río Patía se encuentran regidos más por el clima del hemisferio austral que por el del boreal; por ello el primer semestre es menos lluvioso que el segundo, con picos máximos, por lo regular, en mayo-junio y no,

como sucede en Buenaventura, estación típica del hemisferio norte, que se presenta en octubre.

En el Pacífico Sur, las precipitaciones aumentan rápidamente de sur a norte al punto que entre Tumaco y Guapi se duplican — de 2.182 a 3.966 mm/año. Más dramático aún es el efecto de Föhn que se produce al enfriarse las corrientes de aire que ascienden por el flanco oeste o barlovento de la cordillera Occidental las cuales, al perder su capacidad de almacenamiento de humedad, generan abundantes precipitaciones que ya en Barbacoas frisan los 8.000 mm al año, cuatro veces más que Tumaco en menos de 80 km. Este es, después de la Zci, el otro gran factor que determina el clima del Pacífico Sur colombiano. De acuerdo con las isoyetas de Del Valle (1994), la precipitación en los bosques de *guandal* del delta del río Patía varía desde unos 3.500 mm anuales en su posición más occidental, hasta 6.500 mm cerca del piedemonte cordillerano. En Bocas de Satinga, cabecera municipal de Olaya Herrera, se estima una precipitación cercana a los 3.500 mm anuales.

La alta nubosidad prevaeciente durante todo el año sólo permite cerca de 3,6 horas de brillo solar diarias, en promedio. Se estima que la humedad relativa debe ser muy alta, quizá similar a la de Guapi cuyo promedio llega al 89 %. Habremos de decir, finalmente, que en los bosques de *guandal* del delta del río Patía los meses ecológicamente secos — con menos de 60 mm de lluvia — son muy escasos en las áreas más cercanas al litoral e inexistentes en las partes más lluviosas hacia el piedemonte de la cordillera Occidental.

De acuerdo con el sistema de Holdridge (1982), el delta del río Patía pertenece a las zonas de vida o bioclimas Bosque Húmedo Tropical (temperatura media mayor de 24°C y 2.000-4.000 mm de precipitación anual — hasta la isoyeta de los 4.000 mm y Bosque muy Húmedo Tropical — igual temperatura y pluviosidad entre 4.000 y 8.000 mm al año — en el área comprendida entre los 4.000 y 6.500 mm.

Geología y geomorfología

La historia geológica nos informa que en el Oligoceno, y durante el Mioceno, existió en el Pacífico una enorme fosa ocupada por el mar que se extendía unos 1.400 km entre Guayaquil, Ecuador, y el actual golfo de Urabá en Colombia, denominada por Nygren en 1950 geosinclinal Bolívar o cuenca Chocó-Pacífico (Galvis y Mojica, 1993). Esta depresión se fue rellenado paulatinamente con sedimentos de la cordillera Occidental y, de acuerdo con algunos autores (West, 1957), con sedimentos de la llamada cordillera de la Costa, hoy desaparecida, los cuales han arrojado espesores de entre 7.000 y 11.000 m (Thouret, 1983). La isla Gorgona sería un testigo que sobrevivió de tal cordillera. Pero también hubo aportes piroclásticos producidos por el vulcanismo de la cordillera Occidental. Estos sedimentos se acumularon en un medio marino; es así como al final del Cenozoico y durante el Cuaternario la estratigrafía indica limolitas, conglomerados, tobas y aglomerados volcánicos, areniscas y arcillolitas (Galvis y Mojica, 1993).

El final del Pleistoceno e inicio del Holoceno — últimos 10.000 años — estuvo marcado por el calentamiento de la tierra, ello ocasionó el ascenso del mar con la concomitante disminución de la pendiente y de la velocidad de los ríos creando, por ende, condiciones favorables para los procesos de sedimentación en el litoral Pacífico.

Los grandes cambios climáticos producidos durante el Holoceno han afectado el delta del río Patía. De acuerdo con varios autores, la desembocadura de este río ha venido migrando desde el río Tapaje hasta su posición actual, formando abanicos aluviales entre estos dos ríos (Galvis y Mojica, 1993; Von Prahl *et al.*, 1990 y Thouret, 1983) y terrazas del Pleistoceno en el piedemonte. Parra (1995), por el contrario, considera éste un delta de típico marea que se extiende desde Salahonda hasta el río Iscuandé; esta gran unidad es

"...la única de este tipo en el Pacífico de toda América" (Parra, 1995). En líneas generales describe así el delta del río Patía: el fenómeno más importante en este delta es la acción de una corriente que impulsa las mareas altas de 4 a 4,5 m hacia el continente, inicialmente a través de los cauces de los ríos y de los canales de marea o esteros, pero que llega a cubrir las marismas con una delgada lámina de agua salobre. Cuando baja la marea se establece una contracorriente con un gran poder erosivo que evacua esta enorme masa de agua redistribuyendo los detritus finos aportados por los ríos, los cuales, finalmente, se depositan cuando el agua se aquieta y la carga gruesa es transportada por la contracorriente hacia el delta subacuático costa afuera (Parra, 1995).

La dinámica de las mareas y las corrientes costeras — en dirección suroeste — han modelado el delta actual, cuyas principales características son:

"— En su contacto con el mar el delta tiene una forma típica de domo suavemente convexo producido por los aportes de sedimentos que exceden la capacidad redistributiva de las corrientes costeras.

— El delta está atravesado por numerosos canales mareales perpendiculares a la línea de la costa que separan áreas semisumergidas, cuya forma elongada sigue la dirección de los canales. Este conjunto se denomina planicie mareal deltaica y constituye la parte subaérea del delta. Las áreas intercanales sólo están emergidas durante la marea baja y, en su mayor parte, ocurre una sedimentación de limos y arcillas grises, con excepción de algunos remanentes arenosos o firmes ubicados en su periferia y adyacentes a los canales principales; en la línea costera estas áreas toman forma elongada paralela a la costa debido al efecto de las corrientes costeras. Esta zona es el hábitat natural del manglar.

— La planicie deltaica superior es el área no afectada por la marea y, por tanto, está sometida a la dinámica fluvial normal con la formación de los cordones areno-limosos adyacentes a los cauces de los ríos — diques — y detrás de ellos, las planicies de inundación con sustrato turboso donde se asientan los bosques de *guandal*.

— La transición entre la planicie deltaica mareal y la planicie deltaica superior está ocupada por sustratos de limos orgánicos con turbas o sin ellas: es este el hábitat de los natales" (Parra, 1995).

Llamaremos planicie de marea aquellos paisajes afectados por las mareas y, por tanto, por aguas salinas o, al menos, salobres. Se encuentra ocupada por el sistema estuarino así como por marismas generalmente cubiertas por manglares, barras, *bajo* y *firμες* que reflejan un continuo proceso de acrecimiento edáfico. En las zonas no afectadas por las mareas y, en consecuencia, por la resedimentación producida por ellas, se encuentra la planicie o llanura aluvial de inundación. El área transicional, que separa la planicie de marea de la aluvial, es un suelo muy estabilizado ocupado por bosques denominados natales. La planicie de inundación da asiento a los *guandales*; los cuales, durante los últimos milenios — Holoceno reciente —, probablemente han venido avanzando a costa de los manglares al tiempo que estos colonizan nuevos bajos donde el cielo casi aflora en la bajamar. Este proceso podría acelerarse con la desviación del río Patía hacia el Sanquianga que desemboca en pleno Parque de los Manglares o Parque Natural Nacional Sanquianga, dado su caudal — unos 1.000 m³/seg — y la abundante carga de sedimentos de la cual es portador. Galvis y Mojica (1993) consideran que este es el río más cargado del país. Por ahora, los efectos visibles incluyen la ampliación del cauce por erosión lateral así como la aparición de barras laterales en el lecho. Además, se han ampliado

los cordones laterales costeros cercanos a la bocana con barras, playas, etc, por traslación de la corriente costera.

En la planicie mareal deltaica no es usual encontrar turberas en los manglares, como sí sucede en la planicie de inundación ocupada por los bosques de *guandal*, por razones como éstas: 1) la gran oscilación de las mareas permite la aireación de la materia orgánica; 2) la marea transporta y redistribuye los detritus de las plantas, limos, arcillas y arenas, y 3) la abundante fauna consume gran cantidad de detritus orgánicos. En los natales y *guandales* sí se dan las condiciones para la formación de turbas. Cuando las aguas salobres entran a los *guandales* la mayoría de sus especies mueren, tal como ocurrió en los maremotos de 1906 y 1979, por cuanto el ingreso de agua salada a las depresiones turbosas de los *guandales* provocó el reemplazamiento de las especies del *guandal* por las del natal y del manglar. Se estima que, a causa de ese maremoto, el suelo bajó unos 50 cm; la penetración del agua salobre acabó extensas áreas de bosques de *guandal* en las bocas del río Patía aledañas a Salahonda. Sólo en estos casos, según von Prah *et al.* (1990), se encuentran en este delta manglares sobre sustrato turboso. La apertura de canales artificiales en los natales, para extraer madera de ellos y de los *guandales*, podría producir un efecto similar.

Aunque desde el Plioceno temprano —3,7 a 3,1 m.a.— se cerró el paso entre los océanos Pacífico y Atlántico por el levantamiento y emergencia completa del istmo de Panamá (Duque, 1993), en la actualidad quedan porciones del geosinclinal Bolívar no totalmente colmatadas. El delta del río Patía y el de los ríos asociados evidencian este hecho. Así, la planicie, llanura aluvial o de inundación se encuentra conformada por diques y vegas del Holoceno reciente dispuestas a ambos lados de los ríos y *guandales*. Muestras de turba y de madera colectadas en un horizonte orgánico de un dique en la vereda Las Marías, del río Satinga, entre los 92 y 112 cm de profun-

dididad, sobre el cual se depositaron capas de sedimentos minerales mezclados con algo de turba, indicaron edades por C^{14} de 2910 ± 60 años AP¹ y 2920 ± 50 años AP, respectivamente —Beta 82331 y 82332.

A manera de anticlinal se levanta en el bajo Patía la serranía del Gallinazo, de muy bajo relieve pero con escarpes pronunciados hacia la costa que forman acantilados hacia el norte de la rada de Tumaco hasta de 70 m de altura. Estas colinas bajas están sometidas a levantamientos recientes y se componen de sedimentos del Terciario superior del Pacífico; por ello algunos las llaman colinas del Terciario formadas, según Martínez (1993), por arcillolitas y conglomerados de la formación Naya. Esta serranía establece el límite sur del delta del río Patía.

Surcada por los diques de los ríos de las planicies de inundación yace una superficie plano-cóncava inundada que, como dijimos, alberga los bosques de *guandal*. Debido a los cauces abandonados y "madres viejas" de los ríos y *guandales* de la región, en especial del río Patía, descrito como meandriforme y de curso divagante por Galvis y Mojica (1993), con frecuencia se encuentran bateas en diferentes grados de colmatación por rellenos orgánicos y minerales y con diferentes tipos de vegetación, en dependencia de la profundidad del agua; ellas conforman lagunas donde a veces nacen ríos y *guandales*. En las vaguadas de las colinas del Terciario aledañas al río Patía, al oeste de la desembocadura del río Telembí, abundan también sistemas lagunares.

Suelos

Uribe y Marín (1990), quienes estudiaron los suelos de los diques y vegas del río Sanquianga, los agruparon dentro del orden Entisol, subórdenes Fluvaquent y Tropaquent, en razón del escaso desarro-

¹ AP significa antes del presente.

llo de su perfil, revelador de su juventud. En general, como cabría esperarlo, sus principales limitaciones son la baja fertilidad y el mal drenaje. Químicamente son de muy ácidos a moderadamente ácidos, bajos en fósforo; el calcio y el magnesio se encuentran en cantidades adecuadas, pero el potasio está en el límite de la deficiencia. Los contenidos de nitrógeno son de altos a normales, la capacidad catiónica de cambio efectiva es de media a baja pero el porcentaje de saturación de bases es muy alto. Casi todos los asentamientos humanos y los cultivos se encuentran sobre estos paisajes.

Los suelos *guandalosos* propiamente dichos ocupan las porciones más cóncavas y mayoritarias del plano de inundación. Ellos dan asiento a comunidades vegetales en diferentes grados de intervención y diversos estadios serales denominadas genéricamente bosques de *guandal*. Más que inundables, estos bosques son inundados por cuanto durante todo el año el nivel freático fluctúa pocos decímetros en torno de la superficie del suelo, de acuerdo con el ritmo de las lluvias. Así, cuando éstas arrecian, el agua asciende y llega, inclusive, a sobrepasar la superficie; pero cuando amainan, tanto el drenaje como la evapotranspiración evacuan agua y, en consecuencia, el nivel freático baja unos centímetros permaneciendo saturado el suelo en la superficie.

En estos suelos se alternan capas de turba con otras de sedimentos y diversos materiales minerales. El anegamiento permanente y la consecuente escasez de oxígeno disminuyen considerablemente la descomposición de la materia orgánica aportada por la vegetación. En el trópico húmedo y cálido, condiciones tan anaeróbicas mantenidas durante largos lapsos permiten la acumulación de la materia orgánica con la eventual formación de turba. Con la aireación la materia orgánica rápidamente se descompone. La capa más profunda de turba registrada se encuentra a 7m de profundidad y a 1.000m con rumbo sur oeste del caserío Las Marías en la orilla del río Satinga. Una muestra de turba fibrosa obtenida a 6,7m mediante C^{14} indicó

una antigüedad 4.370 ± 70 AP — Beta 82335. La sucesión de mantos turbosos y de sedimentos minerales seguramente se relaciona con los cambios climáticos durante los últimos 5.000 años revelados por Van der Hammen (1992) para varios sitios de Colombia y que evidencian la alternación de períodos secos y lluviosos; también debe haber aportes piroclásticos del vulcanismo de la cordillera Occidental.

En la vereda Naidizales, cinco muestras de estas turbas obtenidas entre los 0-30 cm de profundidad arrojaron contenidos de materia orgánica supremamente altos: 50 a 57 % (Uribe y Marín, 1990). Los suelos presentan colores pardo-rojizos muy oscuros, son extremadamente ácidos por cuanto su pH, por lo regular, fluctúa entre 3 y 4 y los contenidos de aluminio son tóxicos para las plantas no adaptadas a ellos. En los primeros 30 cm la capacidad de intercambio de cationes efectiva es baja, al igual que los contenidos de calcio. Los valores de los cationes magnesio y potasio son relativamente altos pero el porcentaje de saturación de bases es bajo (Uribe y Marín, 1990). En el sistema de clasificación del Departamento de Agricultura de los Estados Unidos estos suelos serían Histosoles del gran grupo Tropofibríst.

Las posibilidades agrícolas de los terrenos *guandalosos* son casi nulas, al menos con los sistemas agrotecnológicos tradicionales; la baja fertilidad y el anegamiento permanente no se pueden superar con las prácticas tradicionales de producción de las que es poseedora la gente que habita estos bosques, pero la silvicultura tiene allí grandes posibilidades (Del Valle, 1993). Espinal y Montenegro, citados por Alonso (1967), afirman que un drenaje artificial causaría el descenso del terreno por la aireación y consecuente oxidación de la turba; estiman que en cinco años, luego del drenaje, el terreno bajaría cerca de un metro.

Las aguas de los ríos y bosques

En los bosques inundables de la Amazonia los ríos penetran en la selva de las planicies aluviales, sumergiendo el piso selvático hasta nueve meses cada año con una lámina de agua que puede superar los seis metros de profundidad; durante el estiaje el agua del bosque drena. Ello permite al suelo secarse y a la materia orgánica acumulada descomponerse. Igual sucede en los cativales cercanos al golfo de Urabá afectados por las inundaciones episódicas de los ríos Atrato y León.

En los bosques de *guandal* del delta del río Patía y ríos asociados no es esta la situación dominante. El agua de los suelos *guandalosos* no proviene, en su mayoría, del desborde de los ríos y *guandales* de aguas blancas sino de las lluvias.

Cuando los ríos son café-amarillentos cargados de ricos sedimentos que depositan cada año en las planicies aluviales, una vez sus aguas de desborde se aquietan y reposan, se les llama ríos de aguas blancas; tal es el caso del río Patía. En Suramérica estos ríos nacen, por lo regular, en Los Andes. Los ríos negros de la Amazonia nacen en áreas ocupadas por escudos de areniscas; allí se originan suelos podzólicos con arenas blancas cuarcíticas, químicamente paupérrimos. Las aguas de los ríos allí originados son distróficas, teñidas con sustancias orgánicas producidas por la descomposición de la hojarasca — ácidos húmicos y fúlvicos, taninos, etc. — y sus escasos sedimentos son muy pobres. Este asunto ha sido estudiado en la Amazonia, entre otros, por Furch y Klinge (1989), Junk y Furch (1980, 1985) y Prance (1980).

Al igual que los ríos negros amazónicos, los ríos nacidos en los bosques de *guandal* llevan aguas negras pero, a diferencia de aquellos, los *guandalosos* se originan, no en suelos podzólicos sino en las turbas del *guandal* cuyas aguas, al provenir generalmente de las

lluvias, son también muy pobres en bases. Gran parte de los sedimentos que arrastran estas corrientes son partículas coloidales de materia orgánica. Ante la inexistencia de información acerca de estas aguas, decidimos alentar una investigación (Hoyos y Gil, 1994) a cuyos resultados más relevantes nos referimos sucintamente a continuación.

Monitoreos mensuales efectuados durante siete meses en seis estaciones representativas, tanto de las diversas corrientes de agua como de los diferentes tipos de *guandales*, revelan resultados como los que se exponen a continuación.

Los análisis efectuados a las aguas de los suelos *guandalosos* de color marrón-rojizo oscuro y a los que se denominó *guandales de aguas negras*, arrojaron estos resultados: pH 4,17, alcalinidad 6,01 mg/l CaCO_3 , calcio 3,01 ppm, magnesio 0,81 ppm y conductividad eléctrica 86,36 $\mu\text{s}/\text{cm}$; estadísticamente inferiores a los valores medios hallados en los *guandales de aguas blancas* aledaños al río Patía en estaciones localizadas tanto antes como después del punto de transvase hacia el río Sanquianga (véase figura 1), sitios en los cuales se obtuvieron para las mismas variables los siguientes promedios: 5,8; 37,8; 6,88; 2,74 y 143,62, respectivamente.

En estos últimos, los contenidos de sodio fueron 9,25 vs. 14,75 ppm, respectivamente. También los contenidos de oxígeno resultaron superiores en los *guandales* de aguas blancas con respecto a los *de aguas negras*. Lo referido implica que los *guandales*, cuya agua proviene tanto del río Patía como de las lluvias, poseen mejores condiciones para el crecimiento de la vegetación en razón de su mayor disponibilidad de nutrientes y mayor cantidad de oxígeno disuelto, lo cual posibilita una más rápida mineralización de la materia orgánica, comparados con aquellos cuya agua proviene sólo de las lluvias.

El reconocimiento visual de los bosques de *guandal* del delta del río Patía y ríos asociados nos permite afirmar que en la mayoría del área predominan los *guandales de aguas negras*; esta situación podría cambiar en la medida que el transvase del río Patía al Sanquianga por el canal Naranjo implique el aporte de aguas blancas a la depresión aledaña al río Sanquianga, afectándose así los *guandales de aguas negras* de este río con las aguas blancas del Patía.

En razón de la bajísima densidad de la turba, gran parte del volumen del suelo lo ocupa el agua; de ella deben extraer las plantas la mayor parte de sus nutrientes, pues virtualmente éstas flotan en el suelo. Al comparar las concentraciones de nutrientes de una solución hidropónica — Solución Hogland —, supuestamente portadora de cantidades adecuadas de todos los nutrientes esenciales requeridos por las plantas, con las concentraciones de esas mismas sustancias en las aguas de saturación de los *guandales*, se encontró que para los llamados macronutrientes las aguas del bosque sólo contenían como máximo estos porcentajes: 2,8 % N; 0,8 % P; 2,0 % K, 3,4 % Ca y 3,1 % Mg. Ello confirma la pobreza química de estos suelos y lo bien adaptadas que deben estar las plantas que allí medran.

En cuanto a las corrientes de agua de este delta se encontraron los siguientes tipos:

1. Corrientes negras *guandalosas*. Las tipifica el alto río Sanquianga; son corrientes que se originan propiamente en los *guandales*. Tienen los valores más bajos de calcio 2,81 ppm; magnesio 1,84 ppm; pH 5,05; alcalinidad 13,85 mg/1 C_aCO_3 ; conductividad eléctrica 24,01 $\mu s/cm$ y sólidos totales 183,43 ppm; las concentraciones de sodio 12,93 ppm y de potasio 2,12 ppm son medias.
2. Corrientes negras originadas fuera del *guandal*. Tipificadas por el río Satinga el cual aparentemente tiene aportes de aguas blancas procedentes de afluentes que nacen en terrazas o vegas cerca de

su nacimiento lo cual, además, se revela en sus propiedades químicas con valores más altos: en el pH, 6,27, calcio 3,48 ppm; magnesio, 2,44 ppm; alcalinidad, 27,5mg/1 C_aCO_3 ; y conductividad eléctrica, 118 $\mu s/cm$.

3. Corrientes negras de los esteros. Representadas por el estero o quebrada Cepangué; son de origen *guandaloso* pero la influencia de agua salada producto de las mareas y, eventualmente, de otras sustancias relacionadas con la presencia de desechos de animales marinos y estuarinos — crustáceos, moluscos... — así como la mezcla con aguas blancas del río Patía, permiten que se detecten concentraciones medias de calcio, 5,07 ppm; pH, 5,81; y concentraciones altas de magnesio, 4,56 ppm, sodio, 64,02 ppm; y potasio, 4,36 ppm. La conductividad eléctrica también es muy alta 421,4 $\mu s/cm$, así como el nitrógeno, 5,69 ppm.
4. Corrientes de aguas blancas. Esta categoría se encuentra tipificada por el río Patía que nace en la cordillera Central de Los Andes colombianos. Sus aguas, de color café, presentaron las menores concentraciones de materia orgánica, 36,5 ppm; y de nitrógeno, 1,1 ppm. Los siguientes promedios fueron los más altos entre todas las corrientes: oxígeno 46,21 % de saturación, sólidos totales 577,14 ppm, calcio 5,85 ppm, pH -6,67 y, alcalinidad 31,07mg/1 C_aCO_3 . La conductividad eléctrica fue intermedia: 91 $\mu s/cm$.

Mediante la siguiente clave dicotómica se diferencian los cuatro tipos de corrientes. En ella se enfrentan dos proposiciones contrastantes con igual número, la primera conduce a un tipo o grupo de corrientes similares y la otra a un nuevo par de proposiciones contrastantes con igual número la cual, a su vez se subdivide de igual manera:

1. Aguas de color café claro, pH mayor de 6, concentraciones de Ca mayores de 5,5 ppm	1. <i>Corrientes de aguas blancas</i>
1. Aguas de color marrón-rojizo	
2. pH mayor que 6	2. <i>Corrientes de aguas negras con aportes de aguas blancas de fuera de los guandales</i>
2. pH menor que 6	
3. Alcalinidad menor de 20 mg/l de CaCO_3 , concentraciones de sodio menores de 20 ppm, conductividad eléctrica menor de 100 $\mu\text{s/cm}$	3. <i>Corrientes de aguas negras que se originan en los guandales</i>
4. Alcalinidad mayor de 20 mg/ CaCO_3 , conductividad eléctrica mayor que 100 $\mu\text{s/cm}$, concentraciones de sodio mayores que 20 ppm	4. <i>Corrientes negras de los esteros</i>

Finalmente, debe mencionarse que las características físico-químicas de las aguas negras de los ríos *guandalosos* no son adecuadas para la fauna acuática y por ello, la pesca en estos ríos es muy escasa. Por lo regular, allí habitan pocos peces, pequeños y habitualmente sin escamas, del orden Siluriformes, denominados localmente *lisos o de baba*; los de escama o *concha* son más escasos. Las aguas del río Patía y, en particular, las de los estuarios, son mucho más adecuadas para los peces y albergan una variada y rica ictiofauna.

Vegetación

Mucho se ha ponderado la riqueza en especies de plantas de los bosques del llamado Chocó biogeográfico (Gentry, 1993); no obstante, poco énfasis se hace en la existencia de grandes extensiones forestales dentro de esta región cuya característica florística más relevante es la homogeneidad y no la diversidad, al menos en cuanto concierne a las plantas superiores. Este es el caso de los cativales, los manglares, los natales y los *guandales*, para citar sólo algunos de estos ecosistemas selváticos del Pacífico colombiano en los que pocas especies están representadas por un gran número de individuos. En estos ecosistemas, por lo regular, la especie dominante le da el nombre al ecosistema: cativo, mangle, nato; pero no en los *guandales* por cuanto el nombre proviene más de la condición edáfica —del suelo *guandaloso*; es decir, pantanoso— que de alguna especie que lleve este nombre.

Cuando en el trópico húmedo se presenta este tipo de ecosistemas, de muy baja diversidad florística, por lo regular existen factores limitantes ambientales que han restringido la diversidad, de los cuales los edáficos son los más frecuentes. Sólo las especies que logren adaptarse a estas limitantes se encuentran allí representadas, pues desarrollaron adaptaciones que les otorgan ventajas competitivas sobre las demás; en consecuencia, las más adaptadas, llegan a formar comunidades muchas veces casi monoespecíficas.

En los ecosistemas boscosos antes mencionados el principal factor limitante es el anegamiento, de allí el nombre genérico de humedales forestales con que se les conoce. Tal factor impide que en estos sitios se desarrollen los suelos que, de acuerdo con la vegetación y el clima tropical, cabría esperar que se formaran después de un prolongado período de tiempo; es decir, los suelos zonales, y hacen que se desarrollen, en cambio, suelos intrazonales; a ellos también les corresponde una vegetación intrazonal como la que ocupan los

guandales; esto es, suelos hidromórficos de turba a los cuales les corresponde el bosque de pantano (Hardy, 1970).

En el delta del río Patía, de manera muy extensa, se distinguen desde la planicie mareal hasta la planicie de inundación los siguientes ecosistemas forestales:

Manglares. Son en realidad varias asociaciones, cada una con un género o especie característico de mangle: *Rhizophora spp*, 3 especies; *Conocarpus erectus*, *Laguncularia racemosa*, *Avicennia spp*, 2 especies; *Pelliciera rhizophorae*.

Además del anegamiento producido por las altas mareas del Pacífico estas especies toleran altas salinidades por ser halófitas facultativas. La comunidad más extensa de manglares de Colombia, y de América, se encuentra entre los ríos Patía y Guapi (Von Prah! *et al.*, 1990). Sólo el Parque Nacional Natural Sanquianga o Parque de los Manglares ocupa allí 80.000 ha.

Natales. Se desarrollan detrás del manglar como una estrecha faja que, con frecuencia, no abarca más de 2 km de ancho, sobre capas de limos orgánicos, a veces turbosos en la transición de aguas dulces y salobres. Su especie más representativa es el nato (*Mora megistosperma*), gran árbol de la familia *Caesalpiniaceae*. Acompañan a esta especie otras tales como la palma naidí (*Euterpe oleracea*), el sapotolongo (*Pachira aquatica*) y el garza (*Tabebuia rosea*), entre otras. Estos bosques, denominados por Von Prah! *et al.* (1990) manglar-natal, separan los manglares de los bosques de *guandal*.

Guandales. Ocupan las posiciones cóncavas de la planicie de inundación sin influencia de aguas salobres. Su anegamiento proviene básicamente de las lluvias y, en menor medida, del desborde de los ríos de aguas blancas. Se encuentran limitados hacia el oeste por los

firmes donde se desarrollan los natales; hacia el este, por las terrazas del piedemonte de la cordillera occidental, hacia el sur, en el delta del río Patía, por las colinas del Terciario, y hacia el norte, e internamente, por los diques, vegas y terrazas de los ríos tanto de origen cordillerano como *guandaloso*. De acuerdo con la Uicn estos bosques se clasifican como humedales forestales de agua dulce en pantanos de turba (Dugand, 1992) o, simplemente, como bosques turbosos de pantano, como ha llamado Whitmore (1975) a bosques parecidos del sudeste asiático.

Los bosques de *guandal* no corresponden a un tipo único de vegetación; realmente representan un complejo de asociaciones, algunas muy claramente diferenciables aun en fotografías aéreas. Entre las más características se encuentran:

1. Sajales. Son asociaciones tan homogéneas que una muestra de 76 parcelas acopiadas en diferentes veredas, arrojó 85 (16 %) de sajo sobre el total de especies arbóreas por hectárea. Casi todos los sajales existentes entre los ríos Satinga y Sanquianga son de segundo crecimiento y su estructura diamétrica unimodal revela su coetaneidad. Es por ello posible encontrar sajales desde recién establecidos y con un año o menos de edad hasta rodales que superan las dos o tres décadas de haberse regenerado naturalmente. Los sajales jóvenes con poca o ninguna intervención tienden a formar sólo un estrato arbóreo; con el tiempo otras especies más esciófitas, tales como palma crespa (*Socratea exorrhiza*), cuángare (*Otoba gracilipes*) y chimbusa (*Ocotea oblongifolia*), entre otras, se van regenerando y creciendo a la sombra de este cerrado dosel, estableciendo otros estratos arbóreos, el más alto de los cuales podría llegar a reemplazar parcialmente al sajo y dar lugar a un bosque más heterogéneo y disetáneo quizá en 30-50 años, si los bosques no fueran intervenidos antes. En lugares donde éstos han estado sometidos a menor presión humana hemos detectado estructuras diamétricas que sugieren tal reemplazamiento. La escasa o nula regeneración del sajo bajo los

sombríos ambientes del sotobosque, cuando el dosel es muy cerrado, y su gran capacidad de regeneración cuando el bosque se interviene drásticamente, evidencian que ésta es una especie heliófita; hemos visto que el sajo tiene habilidad para colonizar desde claros pequeños hasta muy grandes.

Los sajales que se originan después de las intervenciones antrópicas tienen densidades muy altas y diámetros modestos. Una regresión que relaciona el número de árboles por hectárea con el diámetro promedio² en sajales poco intervenidos, calculada con datos de 88 parcelas, nos indicó que las parcelas cuyos árboles tienen 10 cm de diámetro promedio albergan unos 5.000 árboles por hectárea, en tanto que cuando el diámetro promedio es de 20 cm albergan unos 1.500 árboles. Las áreas basales para sendas situaciones serían 40 y 47 m²/ha, respectivamente. La reducción en la densidad del bosque se debe en este caso, ante todo, a la mortalidad natural antes que a procesos antrópicos.

Los resultados anteriores, obtenidos de parcelas pequeñas muy ocupadas, sobrestiman las áreas basales de grandes extensiones de sajales las cuales, no obstante, siguen siendo altas en comparación con las de otras asociaciones forestales de los bosques de *guandal*.

La limitada riqueza florística arbórea de los sajales se revela en el hecho de que en una hectárea, por lo regular, sólo cerca de unas ocho a diez especies arbóreas se encuentran haciendo parte de la asociación (Paniagua *et al.*, 1991). Así mismo, en el Índice de Valor de Importancia, Ivi, el cual es la sumatoria de la abundancia, la frecuencia y la dominancia relativas, el sajo, por lo regular, responde por más del 80 % del total. Esto es, más del 240/300 (Hoyos y Osorio, 1991). En los bosques tropicales húmedos sobre suelos zonales, el número de especies arbóreas con diámetro superior a los

² Árbol de área basal promedio a 1,3 m sobre el suelo.

10 cm, por lo regular, se encuentra entre las 100 y 230 especies diferentes por hectárea (Londoño, 1993; Whitmore, 1975).

Entre las especies que con mayor frecuencia acompañan al sajo se encuentran: camarón (*Alchorneopsis floribunda*), tostao (*Hasseltia floribunda*), mazamorro (*Psychotria santaritensis*) y las siguientes especies de palmas: quitasol (*Mauritiella macroclada*), crespa y naidí.

Lamb (1959), a quien le debemos quizá la primera descripción de estos sajales, de los cuales conoció bosques primitivos, los consideraba muy densos y homogéneos pero con un diámetro que rara vez sobrepasaba los 50 cm. Sin embargo, cuando el sajo crece como un elemento adicional de los *guandales* mixtos y cuangariales, hay evidencias de que alcanza los 80 cm de diámetro.

Indudablemente el sajo es, dentro de las dicotiledóneas, la especie más abundante en los bosques de *guandal*; es así como para los tres diferentes estratos considerados por Marag y Roche (1987) para estos bosques — *guandal*, *guandal* intervenido y *guandal* en regeneración — en relación con el total de árboles, esta especie ocupó estos porcentajes: 67 %, 40 % y 55 %, seguida del cuángare con: 8,4 % y 14,4 % y 10,8 %, respectivamente.

Los sajales tienden a ocupar, de preferencia, suelos más anegados que los cuangariales y *guandales* mixtos. Cuando este factor es extremo y se encuentran sobre suelos virtualmente lagunosos, en bateas permanentemente encharcadas, el bosque tiene un dosel muy abierto y sus áreas basales son muy reducidas. En tales casos, el árbol es achaparrado, con alturas de entre 10 y 12 m y los diámetros del orden de 15 cm. Aquí se asocia con la palma quitasol la cual, en condiciones tan extremas, no supera los cinco metros de altura. Debido a la alta iluminación, el piso abunda en gramíneas y ciperáceas. Esta asociación recibe el nombre local de *cambray*.

2. Cuangariales. Los caracteriza la abundancia del cuángare u otobo (*Otoba gracilipes*), gran árbol de la familia *Myristicaceae* que puede alcanzar los 35 m de altura y 1,30 m de diámetro por encima de las raíces tablares de la base. Aunque existen cuangariales casi monoespecíficos hay poca información sobre ellos, por cuanto la mayoría ya ha sido intervenida y, dado que no se regenera a plena exposición solar, probablemente han sido reemplazados por comunidades serales, en especial, por sajales.

El cuángare no ocupa, o no es tan abundante en las depresiones poco drenadas en las que predominan el sajo, la palma quitasol y la palma naidí. Pero, aun así, es una de las tres especies más características de los *guandales* del delta del río Patía; no obstante, a diferencia del sajo, tiene la habilidad de colonizar los bosques de los diques y aun de las vegas, terrazas altas y colinas con mejor drenaje y sobre sustratos edáficos minerales. En estas condiciones, hace parte del *guandal* mixto y, aun, de los bosques mixtos que no permanecen inundados donde el sajo no prospera. Existe, pues, toda una gradación desde los cuangariales bastante homogéneos donde el cuángare puede superar el 60 % de todos los árboles, hasta los bosques mixtos en colinas bajas donde esta especie representa menos del 15 % de la abundancia relativa (Cañadas, 1965; Alonso, 1967; Posada *et al.*, 1973; Cadavid y Henao, 1981; Giraldo *et al.*, 1991; Alvarez, 1993).

La estructura diamétrica en forma de j invertida, implica un gran número de individuos pequeños, cuya cantidad decrece a medida que se avanza hacia las clases diamétricas superiores. Esta estructura revela su disetaneidad; esto es, diferencias de edad entre los elementos arbóreos que componen el bosque. Así, dentro de una misma especie, los árboles más grandes tienen, generalmente, mayor edad.

Además del cuángare, las siguientes especies de dicotiledóneas suelen ocupar posiciones importantes en los cuangariales estudiados en los municipios Olaya Herrera y Pizarro, Nariño: sajo, cuña (*Swartzia*

amplifolia), jullero o suela (*Pterocarpus officinalis*), mascarey (*Hyeronima sp.*), pacora (*Cespedesia macrophylla*), garza, maría (*Calophyllum longifolium*), machare (*Symphonia globulifera*) chalviande (*Virola reidii*) y sebo (*Virola sebifera*), entre otras, y las siguientes especies de palmas: naidí o palmicha, piganá (*Bactris setulosa*), cecilia (*Euterpe precatória*), chapil (*Oenocarpus mapora*), zancona, mulata o crespá y chalar (*Pholidostachys dactiloides*). También es común la llamada palma chigua (*Zamia chigua*), gimnosperma de la familia *Zamiaceae*, verdadero fósil viviente del Carbonífero en el Pacífico colombiano.

En cuangariales no intervenidos estas asociaciones llegan a sustentar alrededor de 30 m²/ha de área basal en parcelas pequeñas. En *guandales* intervenidos y en proceso de recuperación, los árboles y, en especial, las especies comerciales entre las que se encuentran el sajo y el cuángare, por lo regular no superan los 50 cm de diámetro y los bosques sustentan áreas basales de entre 14 y 20 m²/ha (Cañadas, 1965; Alonso, 1967; Alvarez, 1993; Arroyave *et al.*, 1995).

A medida que los cuangariales se encuentran más cerca de los diques y vegas altas empiezan a aparecer otras especies que, aunque abundan en suelos mejor drenados, pueden habitar también en los *guandales*; entre las más características están: roble (*Terminalia amazonia*), mapán (*Isertia pittierii*), castaño (*Matisia idroboi* y *M. longipes*), purga (*Andira inermis*), guayabillos (*Eugenia spp.*), guabos (*Inga spp.*), piedrita (*Banara guianensis*), jigua (*Aniba puchury-minor*) y jigua baboso (*Ocotea cernua*).

En la literatura con frecuencia se incluye al tangare (*Carapa guianensis*) como especie típica del *guandal* que crece asociada con el cuángare. Nunca hemos encontrado esta especie en los inventarios realizados y parcelas establecidas en delta del río Patía. En las terrazas del Terciario, donde nacen afluentes del alto río Satinga, sí existe. Cañadas (1965) la reportó igualmente en el estudio que llevó a

cabo en un *guandal* de Esmeraldas, Ecuador, ocupando el tercer lugar en orden de abundancia — 16 %— donde el cuángare fue la especie más abundante— 62 %. La descripción del suelo que aporta el autor ecuatoriano y los sitios donde esta especie se encuentra en el delta del río Patía sugieren que, aunque crezca en suelos inundables, no parece ocupar un sitio destacado en suelos turbosos inundados permanentemente. Posada et al, (1973) la reportan en Barbacoas desde el plano aluvial hasta las colinas bajas. Castro y Rizzo (1982) la encontraron asociada con el naidí cerca de Iscuandé y El Charco.

3. Naidizales. La especie más abundante en estas asociaciones es la palma llamada localmente palmicha o naidí, palma cespitosa cuya mata o cepa puede dar origen a 15 o más estipes. El naidí está especialmente adaptado mediante neumatóforos a los suelos tanto inundados como inundables por aguas dulces o salobres. Por ello, es una de las especies más conspicuas en el delta del río Patía tanto en los natales —mas no en los manglares— como en las diferentes asociaciones de los bosques de *guandal*, donde sus frondas más altas se despliegan sobre sus estipes hasta a 26 m de altura formando un subdosel debajo del estrato dominante; o aun, un dosel dominante cuando los bosques ya han sido intervenidos. A veces se la encuentra formando masas de gran extensión casi monoespecíficas sobre suelos encharcados. Von Prah et al., (1990) describen la formación de naidizales como una comunidad seral en la sucesión primaria que conduce del manglar al *guandal* que se inicia en los llamados manglares de barra. A medida que el manglar se va sedimentando, la especie *Rhizophora* va siendo remplazada por *Avicénia*, y ésta, a su vez, por el natal dominado por el nato asociado con naidí; luego, aparecen naidizales casi puros. El ascenso de la barra, finalmente, impide el ingreso de agua salada y se establece el bosque de *guandal*. Este proceso explica la existencia de las estrechas fajas de naidí entre el natal y el *guandal*, pero no los extensos naidizales que se encuentran en el delta alejados del mar donde no hay influencia mareal o esta apenas si se nota.

También se ha argumentado (Castro y Rizzo, 1982) que los naidizales son comunidades pioneras de origen antrópico que se establecen como consecuencia de la intervención de los bosques de *guandal*. Aunque el naidí germina abundantemente bajo el sombrío dosel del bosque de *guandal*, pero requiere una mayor iluminación para establecerse una vez agotada la reserva alimentaria que le suministra su semilla, no hay, a nuestro juicio, evidencia suficiente para sustentar esta hipótesis. Nunca hemos visto en los bosques de *guandal* a la palma naidí dominando la primera fase de la sucesión secundaria inducida por procesos antrópicos. Más bien compartimos las ideas expresadas por Finol (1993) quien ha estudiado similares comunidades forestales en el delta del río Orinoco. Opina Finol que *E. oleracea* "[...] es una especie heliófita estrictamente pionera [...] acondicionada ecológicamente para invadir pantanos [...]" (1993: 59). Inicialmente el naidí se establece en pantanos con muy pocos otros elementos leñosos como una especie arbórea pionera de la sucesión primaria. A medida que los pantanos se van colmatando con sedimentos y materia orgánica otras especies invaden el sitio. Al tiempo que la condición pantanosa va cediendo, el bosque adquiere una mayor riqueza y diversidad arbórea al punto que, paulatinamente, la palma naidí va quedando como un elemento florístico adicional del bosque cuando en virtud del proceso de sucesión primaria se establece el bosque de pantano con predominancia de dicotiledóneas. En estas condiciones logra mantenerse en el bosque gracias a sus abundantes rebrotes de cepa, mas no a sus semillas que sólo cuando se encuentran en claros poco competidos tienen alguna posibilidad de establecerse.

En un estudio realizado por Delsa (Castro y Rizzo, 1982) entre los ríos Tapaje, Iscuandé y el caño Sequihonda y sobre una superficie de 10.700 ha, 5.066 ha resultaron con altas existencias de naidí las cuales albergaban en promedio 239 cepas y 1.509 estipes y rebrotes de más de 3 m de altura por hectárea. En los naidizales más densos,

que ocuparon 1.355 ha, se encontraron 493 cepas y 3.070 estipes y rebrotes por hectárea; esto es, una cepa por cada 20 m² de superficie. El análisis estructural efectuado en una hectárea de este bosque demostró que la palma naidí con más de 3 m altura alcanzó el 62% de los árboles mayores de 10 m de diámetro, y más del 125% / 300% del Ivi. No obstante, este bosque no representa aún a los naidizales más homogéneos de los bosques de *guandal* por cuanto acompañaban al naidí otras 25 especies de árboles conformando el 175% del Ivi. Tanto en este muestreo como en otras cinco hectáreas muestreadas las especies que en orden de frecuencia acompañaron al naidí fueron: suela, machare y cuña. En algunos sitios son importantes el roble, el castaño, el sapotojongo, el nato y el tangare (Castro y Rizzo, 1982). El alto Ivi del naidí parcialmente se debió a la explotación de las especies comerciales que redujo su dominancia — área basal.

4. *Guandal* mixto. En los diques y vegas de los ríos mejora el drenaje de los suelos y estos, además, son minerales y más fértiles. Aunque se pueden encontrar capas profundas de turba o superficiales pero delgadas, así como moteados o suelos grises, a veces a sólo 40-50 cm de profundidad, el nivel freático sólo ocasionalmente se encuentra en la superficie. El mejoramiento del drenaje se refleja en una mayor diversidad florística y en la disminución del acentuado gregarismo que caracteriza las anteriores asociaciones de los bosques de *guandal*. Entre los ríos Satinga y Sanquianga, donde aún se conservan relictos de estos bosques, por cuanto la mayoría han sido talados para establecer agricultura y los asentamientos humanos, se presentan con árboles emergentes de gran talla y diámetro tales como el ceibo (*Ceiba pentandra*) y el roble cuyas imponentes raíces tabloides de más de 5 m de altura culminan en fustes que superan el metro de diámetro y más de 40 m de altura; sus copas pueden alcanzar los 30 m de diámetro. Otras especies típicas de estas asociaciones y de gran porte son pichicande (*Vochisia sp*), cuángare y chalviande con sus enormes y rectos troncos monopódicos; pacora

y machare, cuyas raíces fúlcreas semejan en sus bases zocos de escoba, así como el caucho negro (*Castilla elástica*)³.

Acompañando los enormes especímenes de las especies citadas y de otras, que aunque escasas le dan una fisonomía especial a estas selvas, se encuentran varias decenas de especies desde el dosel que se cierra entre los 25 y 35 m de altura hasta el sotobosque.

En un inventario realizado hace veinticinco años entre los ríos Patía y Telembí, el estrato "Plano aluvial" comprendió 5.500 ha de "bosque primario" en un 95,6 % (Posada *et al.*, 1970: 36). Las 17 ha muestreadas arrojaron 353 árboles mayores de 10 cm de diámetro por hectárea —no se tuvieron en cuenta las palmas— distribuidos en 104 especies o grupos de especies —géneros y familias—; el 3% no se identificó ni aún con nombre vulgar. El área basal fue de 21,1 m²/ha. Las especies de árboles más abundantes fueron: cuángare, (10,6 %); guabos y guabillos (*Inga spp*), 4,9 %; sande (*Brosimum utile subsp. occidentale*), 4,0 %; pialdes (*Trichilia spp*), 4,0 %; y tangare, 4,0 %.

Es posible que en el estrato del inventario, citado en el párrafo anterior, se incluyeran terrazas pues, dado que el sande no es especie del *guandal*, su presencia es más bien rara. Marag y Roche (1987) no encontraron esta especie en los bosques de *guandal*, pero sí como elemento florístico importante en las terrazas y colinas bajas del litoral Pacífico nariñense.

³ A propósito del caucho negro, y aunque interrumpamos la ilación de nuestro discurso, quisiéramos mencionar que este fue el primer caucho conocido en Europa en 1746, de muestras obtenidas en el Pacífico ecuatoriano por La Condamine quien las llevó a Francia; ello inició el auge del caucho en el Pacífico colombo-ecuatoriano antes de que se conociera el caucho amazónico o *siringa* obtenido, principalmente, de la especie endémica de esta gran cuenca *Hevea brasiliensis*. Creemos que este fue el segundo producto forestal que exportó Colombia del litoral pacífico. El primero fue el mangle por cuanto según nos relata Von Prahl "Desde el siglo XVI está bien documentado el envío de mangles del Pacífico colombiano a Lima" (1989:33).

En cuanto a las palmas quizá la única novedad es la presencia de la palma güinul (*Astrocaryum standleyanum*) que no admite el encharcamiento permanente de las turbas del *guandal*.

4. Otras asociaciones. Con el proceso de transformación antrópica de los bosques de *guandal* durante los últimos cincuenta años, ciertas especies de temperamento heliófito, y quizá aun pioneras, han llegado a conformar asociaciones o consociaciones con amplio dominio de especies de rápido crecimiento y de dimensiones apreciables— hasta 30 m de altura y diámetros normales de hasta 80 cm— de mucho interés silvicultural y económico. Por sus tasas de crecimiento y tamaño, asumimos que, a diferencia de las pioneras típicas de los *guandales* que son de corta vida, tales como el sangregallina (*Vismia spp*), y el yarumo (*Cecropia obtusifolia subsp burriada*) y mora (*Miconia spp*), éstas son más longevas; esto es, su ciclo vital es de varias décadas. Aquí nos estamos refiriendo a las asociaciones en las que dominan bien sea el balsamacho (*Alchornea aff. leptogyna*) o el camarón, ambas pertenecientes a la familia *Euphorbiaceae*.

Bibliografía

- Alonso, Carlos. 1967. "Estudio de la regeneración natural en zonas explotadas de los bosques pantanosos de la costa sur del Pacífico". En: Colombia. Tesis Mg. Sc. Turrialba, Costa Rica. Iica.. 80 p.
- Alvarez, Rafael. 1993. *Análisis Estructural de Dos Bosques de Guandal Ubicados en Zonas con Diferente Nivel de Inundación*. Tesis Ingeniería Forestal. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. 242 p.
- Arroyave, Carmen *et al.* 1995. *Inventario Diagnóstico de la Regeneración Natural en un Sajal Intervenido en el Municipio de Olaya Herrera (Bocas de Satinga)*. Departamento de Nariño, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. 62 p.

- Buol, S.W., F.D. Holg y R.J. McCracken. 1981. *Génesis y clasificación de suelos*. México. Trillas. 417 p.
- Cadavid, Oscar y Henao Jesús. 1981. *Aspectos Ecofitosociológicos de Tres Tipos de Bosques del Municipio de Tumaco (Nariño)*. Tesis Ingeniería Forestal. Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá. 312 p.
- Cañadas, Luis. 1965. *Los bosques pantanosos en la zona de San Lorenzo, Ecuador. Turrialba*. Costa Rica. 15 (1): 225-230.
- Castro, Alcides y Rizzo, Guillermo. 1982. *Estudio de las Condiciones Ecológicas para un Manejo Silvicultural del Naidizal en la Costa Sur del Pacífico Colombiano*. Tesis Ingeniería Forestal. Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá. 198 p.
- Del Valle, Jorge Ignacio. 1993. "Silvicultura y uso sostenido de los bosques: referencia especial a los *guandales*, Nariño". En: Leyva, Pablo (ed.). *Colombia Pacífico*. Santafé de Bogotá. Fen. Tomo II. p 692-713.
- _____. 1994. "Anotaciones sobre el clima de los bosques de *guandal* del delta del río Patía". En: Revista Facultad Nacional de Agronomía. Medellín, 47 (1 y 2): 145-159.
- Dugand, Patrick J. (ed.). 1992. *Conservación de Humedales: Un Análisis de Temas de Actualidad y Acciones Necesarias*. Unión Internacional para la Conservación de la Naturaleza (Uicn), Gland. Suiza. 100 p.
- Duque, Hermann. 1993. "Los foraminíferos". En: Leyva, Pablo (ed.) *Colombia Pacífico*. Santafé de Bogotá. Fen. Tomo I. p 96-109.
- Finol, Hernán. 1993. "La palma manaca (*Euterpe oleraceae Mart*) en el delta del río Orinoco". En: De las Salas, Gonzalo y Felipe Padehla (eds.). *Actas de la V Reunión Internacional Silvicultura y Desarrollo Sostenible en América Latina*. Palmira, Colom-

- bia. Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Ivero, Fes. p 58-65.
- Furch, K. y Klinge. 1989. "Chemical relationships between vegetation, soils and water in contrasting inundation areas of Amazonia". p189-203. En: Proctor, J. (ed.). *Mineral Nutrients in Tropical Forest and Savanna Ecosystems*. Boston. The British Ecological Society. Blackwell Scientific. (Special Publication) No. 9.
- Galvis, Jaime y Mojica, Jairo. 1993. "Geología". En: Leyva, Pablo (ed.). Colombia Pacífico. Santafé de Bogotá. Fen. Tomo I. p 80-95.
- Gentry, Alwyn. 1993. "Riqueza de especies y composición florística". En: Leyva, Pablo (ed.). *Colombia Pacífico*. Santafé de Bogotá. Fen. Tomo II. p 200-219.
- Giraldo, Luz et al. 1991. *Estudio silvicultural de un bosque de guandal explotado en el litoral Pacífico colombiano (Departamento de Nariño)*. Cap.1, 2, 3. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. 187 p.
- Hardy, Frederick. 1970. *Suelos tropicales: pedología tropical con énfasis en América Latina*. México. Herrero Hnos. 334 p.
- Van der Hammen, Thomas. 1992. *Historia, Ecología y Vegetación*. Santafé de Bogotá. Fen., Corporación Coa y Fondo de Promoción de la Cultura. 411 p.
- Holdridge, Leslie. 1982. *Ecología Basada en Zonas de Vida*. San José. Instituto Interamericano de Cooperación para la Agricultura, Iica. 216 p.
- Hoyos, Flor Angela y Gil, Nelson. 1994. *Relación entre las Características Físicas y Químicas de Aguas de Bosques de Guandal y Ríos Asociados*. Trabajo de grado Ingeniería Forestal. Universidad Nacional de Colombia, Medellín. 109 p.
- Hoyos, Flor Angela y Osorio Angela. 1991. "Estructura horizontal" En: Estudio Silvicultural de un Bosque de *Guandal* Explotado en el Litoral Pacífico Colombiano (Departamento de Nariño). Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Agropecuarias. Medellín 285-313.
- Junk, Wolfgang y Furch, Karim. 1985. "The physical and chemical properties of amazonian waters and their relationships with the biota". p3-17. En: Prance, Ghilleen and Lovejoy, Thomas (eds.). *Key Environments: Amazonia*. New York. Pergamon.
- , Y Furch, Karim. 1980. "Química da agua e macrófitas aquáticas de rios e igarapes na bacia amazônica e nas áreas adjacentes". En: *Acta Amazônica*. 10 (3): 611-633.
- Lamb, Bruce. 1959. The coastal swamp forests of Nariño, Colombia". *Caribbean Forester*. 20 (3-4). p 79-89.
- Londoño, Ana Catalina. 1993. *Análisis Estructural de Dos Bosques Asociados a Unidades Fisiográficas Contrastantes en la Región de Araracuara (Amazonia Colombiana)*. Tesis Ingeniería Forestal. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. 478 p.
- Paniagua, Augusto de J. et al. 1991. "Riqueza florística de un bosque de *guandal* en el litoral Pacífico colombiano". En: *Estudio Silvicultural de un Bosque de Guandal Explotado en el Litoral Pacífico Colombiano (Departamento de Nariño)*. Cap. 4, 5, 6, 7. p 192-421.
- Parra, Luis Norberto. 1995. *Accidentes Geográficos de las Costas de Colombia*. Medellín, Universidad Nacional de Colombia, (documento en elaboración).

- Posada, Francisco, Guerrero, Manuel y Cossio, Guimbert. 1970. *Inventario y mapificación forestal de la región de Barbacoas (Nariño)* Bogotá. Inderena (mimeógrafo). 124 p.: anexos.
- Prance, Ghillelan. 1980. A terminología dos tipos de florestas amazônicas sujeitas a inundação *Acta Amazonica*. 10 (3): 495-504.
- Marag. y Roche Ltée. 1987. *Reactivación del Sector Forestal Industrial de la Costa Pacífica del Departamento de Nariño: Informe final del estudio de Prefactibilidad*. Corporación Autónoma Regional de Nariño, Corponariño. 169 p. anexos.
- Thouret, Jean Claude. 1983. "Geomoestructura". En: *Atlas del Pacífico*. Bogotá. Instituto Geográfico "Agustín Codazzi", Igac. p 16-21.
- Uribe, Martha y Marín, Nolberto. 1990. "Estudio preliminar de los suelos del Guandal". En: *Prácticas de Silvicultura Tropical en un Bosque de Guandal Explotado en el Litoral Pacífico Colombiano*. Medellín. Universidad Nacional de Colombia. p 16-52.
- Von Prahl, Henry. 1989. *Manglares de Colombia*. Bogotá. Villegas Editores. 207 p.
- Von Prahl, Henry, Cantera, Jaime R. y Contreras, Rafael. 1990. *Manglares y Hombres del Pacífico Colombiano*. Bogotá. Fen. 193 p.
- West, Robert. 1957. *The Pacific Lowlands of Colombia: A Negroid Area of the American Tropics*. Louisiana. Louisiana State University. 278 p.
- Whitmore, T.C. 1975. *Tropical Rain Forest of the Far East*. Oxford. Clarendon. 282 p.



Corte de árboles

En los bosques de guandal las prácticas de extracción maderera se han fundamentado en el hacha y el machete para las especies más comercializadas como han sido el Cuangate y el Sajo. La motosterra, en cambio, se ha circunscrito para el aprovechamiento de maderas finas.

Foto: Ivan Giraldo

Territorio, poblamiento y sociedades negras en el Pacífico Sur colombiano*

OSCAR ALMARIO**
RICARDO CASTILLO ***

** La primera versión de este capítulo fue presentada como ponencia por los autores al VII Congreso Nacional de Antropología, (Universidad de Antioquia, Medellín, junio de 1994), con el título "De la esclavitud del oro y la madera a la resistencia y recuperación del territorio".*

La presente versión ha sido corregida y ampliada por Oscar Almario.

*** Historiador, Universidad del Valle. Magister en Historia, Universidad del Valle-FLACSO. Profesor asociado, Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.*

**** Historiador, egresado de la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Actualmente es investigador del Instituto Geográfico Agustín Codazzi, Igac, Santafé de Bogotá.*

"La voluntad política expresada en actos de gobierno es la que decidirá si los campesinos silvicultores (negros e indígenas) de los guandales tienen derecho a mejorar su nivel de vida, mediante el diseño de un sistema silvicultural que asegure la perpetuación del recurso para ellos y las generaciones venideras; o si, como ya ha ocurrido en la región, los recursos se agotan sin beneficio ni progreso perceptibles para sus habitantes"

Jorge Ignacio del Valle

Descripción

A partir de núcleos negros ubicados en el área cultural del Pacífico Sur de Colombia, en Bocas de Satinga y su zona de influencia (véase figura 1 en el artículo "Medio biofísico" en este mismo texto), se intenta reconstruir los procesos mediante los cuales:

1. Estas comunidades del Pacífico conservaron y adaptaron elementos culturales africanos a las condiciones de la vida republicana, esfuerzos para la formación de sociedades negras que aportaron a la configuración de una cultura afro-colombiana.

Ambas —sociedades negras y cultura afro-colombiana— se vieron marcadas por las tensiones producidas por su resistencia a la aculturación y la marginalidad, para lo cual recurrieron a la memoria colectiva en su doble componente: el origen africano y la memoria esclava.

2. En algo más de un siglo estas comunidades han preservado y transformado —en condiciones de libertad— sus formas de producción económica, social, cultural y los términos de relacionarse con el medio natural. En particular, este último factor ha implicado un

manejo del bosque signado por la crudeza de las actividades extractivas, que obliga en esta investigación a considerar la incidencia de dicho elemento en los cambios en la estructura cultural. Tradicionalmente las relaciones más estudiadas han sido las que sostienen estas comunidades con el complejo mar-ríos-esteros y con el de minas-ríos-quebradas; pero se ha considerado muy poco la relación con el bosque y cómo ella incide en la cultura regional.

En esta investigación se procedió con una perspectiva etnohistórica, lo que implicó la combinación de trabajo de campo y de archivos, (1994-1995) cuyos resultados se sometieron a un análisis multidisciplinario.

La zona y sus características

Como es sabido, el Pacífico colombiano no constituye una región homogénea ya que sus condiciones bio-climáticas, edáficas y los recursos bióticos son ampliamente diversos. Este hecho incide en las distintas estrategias adaptativas asumidas por sus pobladores. En términos muy generales, dichas diferencias configuran tres grandes áreas culturales negras, a saber: la región norte —Chocó—, la región centro Valle del Cauca y Cauca— y la región sur —Nariño.

Este estudio se localiza en la región sur, más específicamente en la localidad de Bocas de Satinga, cabecera del municipio Olaya Herrera, y su área rural, influidas por las cuencas de los ríos Patía, Sanquianga y Satinga. Dicha espacialidad corresponde igualmente a la del Proyecto Bosques de *Guandal*, consistente en una zona de aproximadamente 50.000 ha con tres tipos de fisiografía: colinas bajas, muy escasas; diques y terrazas, donde se establecen la población y la agricultura; y el *Guandal* propiamente dicho, un bosque desarrollado en una depresión no totalmente colmatada en la zona déltica del río Patía —parte de la geosinclinal Bolívar— y que en razón de

su forma cóncava y altas precipitaciones permanece inundada dando lugar a suelos de turbas tropicales.

La población de la zona de investigación en 1993 era de 22.582 habitantes, de los cuales 4.968 vivían en el casco urbano, en Bocas de Satinga, y 17.614 constituían su población rural (Dane, 1994). El 95 % de su población está integrada por negros, el 3 % por blancos y mestizos, y el otro 2 % por indígenas de la etnia Eperara-Siapidara¹.

La extensión territorial de la jurisdicción municipal es de 1.142 km² (Igap, 1983), lo cual implica una densidad poblacional de 19, hab./km².

La totalidad del área corresponde a la zona de vida Bosque Húmedo Tropical. Más específicamente, la temperatura promedio es de 26°C y la precipitación aumenta desde unos 3.500 mm anuales en Bocas de Satinga hasta unos 6.500 mm en la parte más oriental de los *guandales*, cerca de la desembocadura del río Telembí al Patía (Del Valle, 1994).

El estudio etnobotánico de Caballero (1995) precisa que las comunidades negras e indígenas, a pesar de compartir la misma forma campesino-mercantil de producción, difieren ampliamente en sus idiomas, historias y conocimientos culturales los cuales aún se conservan, aunque seriamente amenazados por la cultura dominante, que amenaza, también, los recursos naturales de la zona. Por esta consideración fundamental se hace indispensable clarificar que nuestro estudio se ocupa sustancialmente de las comunidades negras. Con ello, sin embargo, no se desea desconocer la estrecha relación entre ambas culturas.

En las últimas décadas esta zona adquirió unas características muy singulares como resultado de varios factores convergentes y

¹ Ellos se reconocen como "descendientes de los verdaderos ancestros, de los auténticos". Su lengua es el eperá.

multideterminantes. Al respecto, el estudio de Del Valle llamó la atención sobre las consecuencias funestas que para el desarrollo regional y las comunidades han representado históricamente los ciclos de la explotación de los recursos naturales renovables, los cuales se pusieron en práctica a partir de mediados del siglo pasado y se mantienen en la actualidad. Los aparentes períodos de prosperidad que dichos ciclos reportan —desde las explotaciones forestales del caucho, de las semillas de tagua, de las maderas tropicales y de la corteza del mangle, hasta la más reciente del naidí— en realidad significan agotamiento evidente de los recursos naturales y desequilibrios ecológicos de vastas y dramáticas consecuencias no sólo de tipo ambiental sino también de carácter socio-cultural, como puede constatarse en el caso que nos ocupa (Del Valle, 1989).

Según las observaciones de campo y la documentación pertinente, hace cuatro décadas (o a lo sumo cinco), se inició en la zona de Bocas de Satinga la actividad extractiva de la madera con destino al mercado nacional e internacional. Al iniciarse la década del 70, como consecuencia del agotamiento de los recursos, disminuyó la producción maderera y declinaron los aserraderos de Tumaco. Bocas de Satinga despegó, entonces, como principal epicentro del comercio maderero, como resultado de la construcción del canal Naranjo que permitió que llegaran a Bocas de Satinga las maderas de los ríos Patía y Patía Viejo. Simultáneamente, la zona ha experimentado un proceso de crecimiento demográfico en el que intervienen flujos migratorios y dinámicas endógenas (Del Valle, 1989).

Entre 1973 y 1974 se inició la planeación y la construcción de una *cuneta*² que implicó cambios drásticos para la región. Inicialmente, la *cuneta* tenía un metro de ancho, dos de profundidad y 1.800 m de longitud; pero en 1979, el canal poseía ya 50 m de ancho y su profundidad tendía a los doce metros.

² Nombre regional para los canales de extracción realizados por los campesinos.

El canal Naranjo, como se le llamó, une

"[...] al río Sanquianga con el Patía Viejo y es obra de la avaricia e irresponsabilidad de los aserradores y comerciantes de maderas asentados en las bocas del primero, quienes después de haber arrasado con los bosques del río Sanquianga, buscaron con este canal hacer accesibles los del Patía" (Echeverri, 1979:12-13).

Como consecuencia de la construcción del canal, el Patía Viejo y el Patía Grande se trasvasaron al Sanquianga. El primero se fue tornando innavegable durante un período significativo; así, las familias habitantes de sus orillas quedaron aisladas, no podían movilizar sus productos. Entre tanto, el Sanquianga aumentó su caudal hasta que arrasó los cultivos y viviendas, afectó, pues, cientos de hectáreas de las mejores tierras y forzó a los campesinos negros a migrar en busca de tierras firmes. Logrado el acceso a las maderas de los ríos Patía Viejo y Patía Grande por la construcción del canal, se reorientó el tráfico de maderas hacia Bocas de Satinga al punto que en 1979 llegó a contar con cuarenta y seis aserraderos. En la actualidad, mediante un proceso de concentración económica, existen 28 aserraderos (Echeverri, 1979; Martínez, 1995). El canal ocasionó el cierre o traslado para Bocas de Satinga de la mayoría de los aserraderos de Salahonda y San Juan, en las bocanas del Patía, con consecuencias socio-económicas indeseables como el desempleo, la reducción en los niveles de ingreso y la movilidad geográfica de la población. En síntesis, Bocas de Satinga se convirtió así en el receptor y puerto de embarque de las producciones de los campesinos de otros municipios, principalmente de madera y plátano³.

³ Para una visión más completa de la historia y consecuencias de este desastre ambiental y social, cft. Ricardo Castillo. El Canal Naranjo: Historia de una tragedia socio-ambiental en la cuenca baja del río Patía. Tesis de grado en historia. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. 1995. Asociada al Proyecto Bosques de Guandal (Col 89/011).

En 1979, ocurrió el terrible maremoto que devastó la costa Pacífica del país. Las poblaciones y tierras de la línea costera —como las de las bocanas, esteros y de los terrenos inundables e inundados— sufrieron sus perniciosas consecuencias. Los suelos se modificaron y se deprimieron entre 0,5 m y 1 m, aumentando así las áreas inundables, algunas de ellas pobladas; se desequilibró la relación de la concentración del agua dulce-salada, ocasionando un cambio en la salinidad del área y la erosión de la superficie de la tierra de esteros y línea costera debido al reflujó de la marea y al oleaje (Cenprodes, 1983).

Al comenzar la década de los ochenta, la economía de la coca, producción de la hoja y su procesamiento para obtener la base de coca, irrumpió en Olaya Herrera. Estimulados por sus resultados monetarios, los campesinos procedieron a sustituir los cultivos tradicionales y la extracción de madera descendió. La autosubsistencia alimentaria local se resintió al tiempo que se dispararon los precios de la madera en los aserraderos. Así, la región consolidó su articulación con el mercado nacional e internacional, en esencia por la actividad coquera. Todos los órdenes de la vida local —el socio-económico, el cultural, el moral y el político— se afectaron por esta nueva actividad. La organización del trabajo experimentó serios cambios, entre los cuales cabe destacar dos: el primero, la amplia utilización de la mano de obra femenina e infantil proveniente del núcleo familiar para atender las distintas etapas del proceso productivo, cuyas indeseables consecuencias socio-culturales son múltiples: "Me quedé sin alumnos", afirmó una maestra de la zona recordando esos momentos; el segundo, la aparición del trabajo a destajo, utilizado fundamentalmente para la cosecha. Los patrones culturales trastocados posibilitaron nuevas modalidades de consumo ostentoso, el cual fue notable en el auge de la construcción en Bocas de Satinga. Después de un pico de bonanza coquera entre los años 1985 y 1986, ésta inició su fase de descenso en 1988 (Martínez, 1995).

Los asentamientos, los desplazamientos, la ocupación de las tierras bajas del litoral Pacífico Sur: aproximación a una demografía histórica

Los primeros asentamientos de los españoles en las tierras bajas del Pacífico Sur-colombiano actual estuvieron precedidos por el poblamiento precolombino, que fue notable aunque no alcanzó la densidad de las altas culturas andinas de pastos y quillacingas. Pero sería la propia empresa conquistadora hispánica, y los distintos sentidos o direcciones que ésta adquirió, la que terminaría por definir la ocupación y poblamiento de la región. En efecto, en un primer sentido, la conquista tuvo una dirección norte-sur, por la costa Pacífica desde Panamá hacia el Perú, donde las huestes de Francisco Pizarro vencieron a los incas. Después, en un segundo movimiento, la penetración española tomó una dirección sur-norte, es decir, desde el Perú y Quito, siguiendo el cordón magistral de Los Andes por el territorio que abrazan los cauces del Cauca y el Magdalena, en la actual Colombia (Rodríguez, 1992: 26-27).

Aproximadamente un siglo después de que Vasco Núñez de Balboa "descubriera" el Mar del Sur en 1513 y de que Francisco Pizarro hiciera pie en la Isla de Gorgona en 1527 para recuperarse y continuar a la conquista del Perú, se estabilizaron los primeros asentamientos españoles en esta región. Esos cien años les habían permitido formarse una primera idea de sus riquezas potenciales y efectivas, particularmente de las auríferas y de su población nativa (barbacoas, telembíes y los iscuandé), que al conjugarse auguraban promisorios dividendos para las aventuras dominadoras. Sin embargo, es probable que la prioridad por el Perú, aunada a las difíciles condiciones para estabilizar las posibles poblaciones (habida cuenta del clima, la humedad, las espesas selvas y lo amplio del territorio, surcado por ríos y esteros laberínticos), retrasaran estos proyectos

(Garrido, s.f; Merizalde y Recoleta, 1921; Yacup, 1976). Contando ya con una colonización estable en el eje andino (Pasto, Popayán y Cali), los españoles iniciaron los reconocimientos de estos territorios y la ampliación de la frontera conquistadora y colonizadora. Este es el contexto en el cual tienen origen Barbacoas, Iscuandé y Tumaco, los poblamientos históricos del Pacífico Sur colombiano.

A partir de estos hechos, y analizados en una perspectiva actual, se puede afirmar que estas tres poblaciones (Barbacoas, Iscuandé y Tumaco) constituyeron un triángulo histórico y socio-demográfico, en cuyas características, especificidades y mutuas influencias, reside la clave para comprender el proceso de poblamiento ocurrido.

Las tres poblaciones tuvieron un origen cronológico más o menos contemporáneo (la primera mitad del siglo XVII) y contaron con una base social similar en esta primera fase de su desarrollo: el sometimiento de las naciones indígenas. Sin embargo, cada una de ellas expresó desde un comienzo peculiaridades que gravitarían a lo largo del tiempo. En efecto, Barbacoas, localizada en un punto de transición entre las tierras bajas y las altas, relativamente cercana a los centros urbanos andinos del Sur (Túquerres, Ipiales, Pasto y Quito), comunicada también con el mar por vía ribereña y con amplias riquezas auríferas se convirtió en la casi mítica Ciudad del Oro (Guerra, 1980; Friedemann, 1987). Iscuandé, aunque rica también en minas y mejor localizada por su cercanía al mar, no alcanzó a tener el desarrollo de Barbacoas (De Granda, 1973); y finalmente, Tumaco fue un puerto de paso entre Guayaquil y Panamá, de baja categoría y escaso movimiento (Garrido, sf.).

El triángulo demo-histórico que configuran estas poblaciones costeñas presenta dos grandes peculiaridades. La primera consiste en que durante el período colonial y hasta la abolición de la esclavitud, 1600-1852, Barbacoas e Iscuandé fueron ciudades importantes y prósperas, donde habitaron selectos núcleos de blancos que deter-

minaron con su primacía las relaciones sociales y de poder en la región; mientras que el puerto de Tumaco fue categóricamente secundario. A lo largo de la segunda mitad del siglo XIX se irá invirtiendo esta jerarquización urbana hasta que, en la primera mitad del presente siglo, Tumaco se convierte en el puerto de Nariño y, en la actualidad, en la principal población de todo el Pacífico colombiano después de Buenaventura.

La segunda peculiaridad tiene que ver con la relación entre los núcleos urbanos coloniales y los amplios territorios selváticos que los circundaban, que formalmente hacían parte de sus respectivas jurisdicciones, pero que en la práctica permitían un poblamiento molecular que dificultaba su control efectivo. Según el censo del gobierno de Popayán de 1797, esto es, casi al final del dominio colonial, se puede apreciar cómo en torno de las ciudades originarias satelizaban pequeños sitios y poblados, indicadores del desarrollo de la esclavitud y de un incipiente proceso de poblamiento de características singulares que se detalla seguidamente (Tovar et al, 1994: 330-331).

Es el momento de intentar una síntesis de la periodización que organiza el proceso de poblamiento en la región. Al respecto, se pueden identificar tres grandes períodos, siguiendo en esto a Germán Granda. Veamos.

El primero comprende desde 1600 hasta 1640-50 y se caracteriza por el establecimiento de Barbacoas, Iscuandé y Tumaco, como se ha visto. Las dos primeras ciudades basaron su existencia en la presencia de una reducida minoría española o criolla, que sometió a una población mayoritariamente indígena, dedicada al laboreo de las minas (De Granda, 1973: 459-460).

El segundo período va desde 1650 hasta 1852. Desde 1640 se inició la introducción de esclavos africanos a la región; al principio esta dinámica fue lenta, pero se aceleró por los requerimientos de la

extracción de oro hasta que "se verifica la sustitución de la población india por la negra, fenómeno básico en la constitución de los rasgos definitivos de toda el área Pacífica colombiana hasta la actualidad" (De Granda, 1973: 460).

Como es sabido, razones económicas (el despoblamiento indígena y la necesidad de su reemplazo), sociales (la resistencia de los indígenas y su enmontamiento hacia las cabeceras de los ríos de la vertiente pacífica), y legales (las restricciones de la Corona sobre el trabajo indígena), llevaron a la "sustitución, prácticamente total, de las agrupaciones indígenas de esta zona por una mayoritaria población negroide, antecedente y punto de partida de un proceso etnohistórico que ha determinado la fisonomía actual del litoral Pacífico y, por tanto, de sus pautas de comportamiento, realizaciones culturales, lengua, folclor, etc., que no deben nada a la aportación indígena y sí a la interacción secular afro-hispánica que comienza, precisamente, en la segunda mitad del siglo XVII" (De Granda, 1973: 460).

El tercer período va desde 1852 hasta nuestros días. Con la abolición de la esclavitud se acentuó el proceso de disolución de la sociedad local colonial. En efecto, "la capa directiva blanca" (propietarios de minas, funcionarios de hacienda, administradores, etc.), inicia una acelerada emigración a Pasto, Cali y Popayán, al no poder reproducir las anteriores condiciones de dominación y explotación sobre sus antiguos esclavos: al tiempo, los pobladores negros inician una ocupación de hecho de los territorios "vacíos", mientras que toda el área del Pacífico se convierte en "marginal" respecto a la economía nacional. Simultáneamente, los antiguos centros administrativos y comerciales de la costa Pacífica comienzan una penosa decadencia, es el caso de San Juan de Micay, Iscuandé, Barbacoas, Santa Bárbara. En contraste, emerge Tumaco y hasta cierto punto Guapi (De Granda, 1973: 461-462).

Es necesario dejar claro que, en términos de generalización, la anterior periodización es correcta y permite diferenciar los distintos momentos del proceso cumplido. Sin embargo, como veremos, algunas de las afirmaciones de Germán de Granda requieren precisión, tal como lo reclaman las especificidades de cada una de las localidades y los entrecruzamientos que se establecieron entre ellas. Siguiendo esta pauta metodológica, la anterior periodización quedará mucho más ajustada a los hechos, como se tratará de mostrar en adelante.

Uno de los grandes hechos que incidió en la ocupación de este territorio se produjo cuando en:

"[...] la segunda mitad del siglo XVI los españoles extendieron sus estancias de ganado hacia la parte baja del valle del Patía, trasladando así el límite del dominio de Pasto más hacia el norte. Durante el siglo XVII la frontera se extendió hacia las llanuras bajas del Pacífico en el occidente, ricas en minerales, donde los españoles fundaron pueblos autónomos" (Calero, 1991:9).

Este es el origen de la población de Barbacoas, llamada anteriormente Santa María del Puerto de Barbacoas, en las orillas del río Telembí, tributario del Patía, fundada en la década de 1620, y que tipifica un ciclo de extracción minera que la convirtió en un importante poblado y residencia de notables familias pastusas. El rápido descenso de la población indígena, por su uso intensivo en el laboreo de las minas y por la guerra permanente con los sindaguas que se resistieron al dominio español (Orbes, 1957), aceleró la introducción de esclavos negros para reemplazarla. Con la utilización de los esclavos africanos la avanzada minera se extendió paulatinamente hacia el norte y el sur de la llanura Pacífica. Con frecuencia los mineros caucanos utilizaron a sus esclavos en expediciones de reconocimiento de placeres auríferos que:

"[...] partiendo de los polos de ocupación como Buenaventura o Barbacoas, alcanzaban las desembocaduras de los ríos vecinos. A partir de allí la movilidad que debían realizar los esclavos a través de un río permite reconocer algunos factores de su adaptación a la ecología ribereña y selvática de la costa Pacífica, así como el aprendizaje de algunos procedimientos de los nativos para desplazarse y acceder a los recursos" (Romero, 1990: 19).

Con seguridad, estas experiencias exploratorias les permitieron a los esclavos desarrollar estrategias adaptativas ambientales para la construcción de entornos y asentamientos. Tempranamente, entonces, se fue formando una memoria cultural y ambiental en los grupos esclavos.

Para finales del período colonial, de acuerdo con el censo del gobierno de Popayán de 1797, se puede deducir que la relación entre los centros urbanos de Barbacoas e Iscuandé y sus respectivos entornos rurales, había alcanzado significativos niveles de complejidad. En efecto, la jurisdicción de Barbacoas se componía de los pueblos San José (de indios y con cura propio), San Pablo y Chucunés a los que se anexaban Coayquer y Nembí, también de indios y habitados por algunas gentes libres. La ciudad estaba rodeada por los ríos Telembí y Guaquí: "En el primero en los de Maquí y Güelmambí se hallan 30 minas de oro corrido, así como en el del Patía, donde también hay unas escasas sementeras, que de algún modo contribuyen a la subsistencia de las cuadrillas de Negros" (Tovar et al, 1994: 330-331).

El gobierno político de la ciudad correspondía a un teniente gobernador que hacía funciones de oficial real y presidía el cabildo. El gobierno militar estaba a cargo de un capitán de milicias. Las parroquias de esta jurisdicción dependían del Obispado de Quito (Tovar et al, 1994-331).

La población de Iscuandé, denominada también Santa Bárbara de Iscuandé, fue establecida en 1600 (Zambrano y Bernard, 1993: 48-49). Localizada al norte del litoral Pacífico Sur, sobre el río del mismo nombre y a prudente distancia del mar, limita al norte con Guapi y al sur con El Charco. La población sólo adquirió las características que la definieron como un importante centro minero colonial hacia la segunda mitad del siglo XVII (De Granda, 1973: 445, 459-460). Entre 1650 y 1850, la jurisdicción adquiere una característica poblacional clave, ya que el área se subdivide en área urbana (Iscuandé propiamente dicho) y el área rural que la circunda (De Granda, 1973: 463-470).

El censo del gobierno de Popayán de 1797 confirma la aseveración anterior en lo que respecta a Iscuandé. En efecto, su jurisdicción comprendía el río de su nombre, el Tapaje y muchos otros que desembocan al Pacífico, donde hay playas que se denominan San Juan, Brasito de Patía, Majagual, Caballos, Tierra Firme Grande, Guascauna, Sanquianga, Mulatos, Boquerones, Los Reyes, Amaral y Pangamosa. "En estas playas y ríos hay lavadero de oro corrido, que se trabaja por uno y otro vecino sin formalidad ni método y sólo cuando tienen necesidad del metal" (Tovar et al, 1994: 330-331).

El gobierno político estaba a cargo de un teniente de gobernador y dos alcaldes ordinarios y un procurador general que componen su cabildo, quienes proponen los jueces necesarios en los ríos. En lo eclesiástico, la jurisdicción de Iscuandé y la de Micay dependían del Obispado de Quito (Tovar et al, 1994: 330-331).

La configuración de este complejo demográfico en las tierras bajas del Pacífico, de estrechas relaciones entre áreas urbanas y rurales, surgió como expresión peculiar del proceso de poblamiento de sus territorios. Veamos ahora más puntualmente sus especificidades locales e interrelaciones.

Al norte, en una zona de frontera disputada en aquella época por Pasto y Popayán, los reales de minas de Iscuandé fungían como satélites de Barbacoas. Entre ambas, mediante las cuencas del Patía y el Sanquianga, se establecieron comunicaciones y relaciones más o menos fluidas; las cuales, posteriormente y en condiciones de libertad, se recrearon como parte de la memoria colectiva durante la ocupación del territorio.

Desde los siglos XVII y XVIII, fenómenos de cimarronaje en haciendas caucanas y minas localizadas respectivamente en los valles interandinos y en los reales de minas de Barbacoas, llevaron a los huidos a optar por las estribaciones de la cordillera Occidental. Uno de estos célebres refugios fue el palenque de El Castigo, localizado en el valle del Patía. A partir de estos lugares, los cimarrones se aventuraban por las tierras bajas del litoral (Zuluaga, 1987; Almario, 1993). Para mediados del siglo XVIII hay evidencias de otro fenómeno: la automanumisión. Como lo indica Romero, muchos esclavos, desde la estructura misma de las cuadrillas, utilizaron para sí su día de guardar, el domingo, y el de descanso, el sábado, autorizados por los esclavistas para explotar los placeres con el fin de obtener algo de oro para ellos. Esta práctica, a lo largo de varios años, les permitió a los esclavos cierta acumulación, suficiente, eventualmente, para comprar su libertad y adquirir, además, herramientas y algunos animales tales como cerdos y gallinas. Esto posibilitó que algunos iniciaran una etapa de su vida en libertad de relativo autoabastecimiento, la cual, de todas formas, no les impedía continuar realizando labores de minería en las márgenes de las minas de donde habían salido (Romero, 1990:58).

Posteriormente, aproximadamente hacia la década de 1830, en el litoral de la provincia de Barbacoas, se presentan modalidades de terrazgo y aparcería, tanto en el uso como en la ocupación del suelo. Así lo confirman documentos notariales sobre propiedades de tierras o testamentos de personas acaudaladas de Iscuandé, Guapi y

Mosquera. Por ejemplo, en un documento de compra-venta de tierras se dice:

"[...] igualmente los dos rastrojitos de los indígenas sarcos, que igualmente le vendieron al citado Sifuentes, y se hallaron al cuidado del antiguo esclavo Joaquín Cifuentes, como aparece del documento de veinte y uno de junio de mil ochocientos cuarenta y cinco firmado por el Sr. Sifuentes que se trajo a la vista para demostrar la linderación de dicho terreno, que existe en poder de los herederos del expresado Joaquín, guardián de ellos [...]" (A.C.C. Sign. 7989).

Estas evidencias sobre las primeras formas de posesión de la tierra indican que ellas fueron frecuentes en el río Satinga, jurisdicción de Mosquera, donde los antiguos esclavos pudieron asentarse, cultivar la tierra, beneficiarse del entorno y procrear una familia o grupo familiar. Otro caso que ilustra también estas peculiares relaciones sociales se halla en la escritura pública del señor Carlos Olaya, del distrito de Iscuandé, mediante la cual dona unas tierras, ocupadas por terrajeros, a sus hijos naturales:

"[...] 2o. que los comprometidos terrajeros, que estaban bajo documento por el término de un año, seguirán trabajando hasta completar su término bajo las bases en que estamos convenidos y perteneciéndome siempre su producto, después de lo cual los referidos terrajeros harán sus arreglos con mis precitados hijos como que a ellos corresponden dichas tierras: [...]" (A.C.C. Sign. 7989. Instr. No. 1. 1866-1867).

Puede deducirse de la documentación que, en general, los terrajeros eran indígenas y negros.

El puerto de Tumaco fue establecido en 1640, con base en población indígena relocalizada y algunos militares españoles, en el arco infe-

rior de la rada de Tumaco, en una de las islas que allí forman un conjunto (Garrido, sf.: 34-62, 63). Durante la Colonia, como ya se dijo, fue un puerto de poca categoría y tampoco se desarrolló en la localidad una sociedad esclavista. Sin embargo, para finales del período colonial (Censo de 1797) y se le había otorgado la capital de una amplísima jurisdicción, donde se encontraban los pueblos de Salahonda, Palmarreal, Cayapas, Esmeraldas y Atacames. Esto es, territorios comprendidos entre el delta del Patía en el actual territorio colombiano y la provincia de Guayaquil en el Ecuador. El documento colonial da cuenta de la importancia de sus ríos y la potencialidad de los recursos naturales, especialmente maderas. Un teniente de gobernador y un juez ordinario constituían el gobierno político.

En cuanto a lo eclesiástico, su jurisdicción dependía del Obispado de Quito (Tovar et al, 1994: 331). Las características peculiares de Tumaco y su localización la irán convirtiendo, con la disolución del esclavismo y en el contexto republicano, en la ciudad emergente del Pacífico Sur.

Las tablas, 1 y 2, sintetizadas con base en Tovar et al (1994: 314-335, 339-341), permiten concluir algunos aspectos generales acerca de la evolución del triángulo demohistórico que conforman en la región Barbacoas, Iscuandé y Tumaco. Barbacoas se mantuvo pujante durante todo el período colonial, mientras que Iscuandé parecía sufrir un estancamiento para finales del mismo período. En estas dos ciudades residieron núcleos blancos importantes. Ambas basaron su prosperidad en el trabajo indígena y esclavo, definiéndose como sociedades locales esclavistas. En cambio, Tumaco fue asentamiento poco importante, con escasos residentes blancos y esclavos, mientras que abundaban los libres y los indios.

Se confirma, pues, el predominio de los centros mineros coloniales hasta la primera mitad del siglo XIX. Al tiempo, se prefiguraba el cambio demográfico de los siglos XIX y XX, cuando la primacía de

Tabla 1. Población de Barbacoas, Iscuandé y Tumaco en 1788

Lugar	Religiosos	Blancos	Indios	Libres	Esclavos	Total población	Porcentaje
Ciudad de Barbacoas	8	242	441	1488	1286	3.465	3,20
Ciudad de Iscuandé	3	609	363	855	921	2.751	2,54
Puerto e Isla de Tumaco	3	56	1029	1791	181	3.060	2,82*
	[1]	[28]	[102]	[663]	[18]	[782]	[0,72]**

* Incluye: Tumaco, Salahonda, Cayapas, Esmeraldas, Atacames

** Sólo la Isla de Tumaco

Fuentes: Censo de la Gobernación de Popayán 1788. Agn, Bogotá, Fondo Ortega Ricaurte Censos, Caja 37, doc. s.n. Censo de la Provincia de Tumaco 1788. Agn, Bogotá, Miscelánea de la República 97, f.387 r.

Tabla 2. Población de Barbacoas, Iscuandé y Tumaco en 1797

Lugar	Religiosos	Blancos	Indios	Libres	Esclavos	Total población	Porcentaje
Ciudad de Barbacoas	12	509	512	1678	3907	6618	4,86
Ciudad de Iscuandé	3	322	398	756	956	2435	1,79
Isla de Tumaco	5	58	506	1928	1622	4119	3,02*

* Incluye Tumaco, Salahonda, Cayapas, Esmeraldas, Atacames

Infelizmente, el padrón no especifica la población correspondiente a la Isla de Tumaco
Fuente: Archivo General de Indias, Sevilla. Santa Fe/623

las ciudades coloniales de Barbacoas e Iscuandé declinó y Tumaco se convierte en el puerto y ciudad más importante del Pacífico Sur colombiano.

Pero, sin duda, el hecho que marca un hito en el proceso de poblamiento y migración hacia esta región es la declaratoria de la abolición de la esclavitud, decretada por el gobierno liberal en 1851. No obstante el prolongado proceso de disolución de los vínculos esclavistas, todavía el sistema esclavista era importante en la antigua provincia de Popayán; a diferencia de la de Cartagena, el otro gran centro esclavista de la Nueva Granada.

Esta fue una de las causas de la guerra civil de 1851, desatada por los esclavistas caucanos contra la abolición. En efecto, en sus haciendas y en sus distritos mineros se encontraba el 60% de los 16.500 esclavos manumitidos en 1851. En particular, los

"[...] distritos mineros del Pacífico (Barbacoas, Tumaco, Iscuandé, Micay) se las habían arreglado para retener más de dos mil esclavos, una cifra casi equivalente a la de los que habían beneficiado minas, allí mismo en 1788. Este fenómeno puede explicarse por un hecho corriente en la minería colonial, a saber, la necesidad de desplazar esclavos a regiones con yacimientos más ricos de otras que habían entrado en decadencia" (Colmenares, 1990: 9-10).

Con la manumisión aumentó considerablemente la migración y el poblamiento del litoral Pacífico Sur (West, 1957). Este nuevo poblamiento se desplegó en las llamadas zonas bajas, es decir, en los esteros, las playas, los diques, las vegas, los brazos y las bocanas de los ríos. Consecuentemente, surgieron nuevos poblados como expresión de las migraciones y formas de asentamiento, en el contexto de las tendencias de la nueva construcción republicana en la segunda mitad del siglo XIX y cuando Popayán tendió a perder el control

de varias provincias y distritos. Cabe mencionar aquí el caso de la *fundación* de Mosquera. En efecto, el general Tomás Cipriano de Mosquera compró a la señora Ana María González, apodada Mariquita, las tierras donde se asienta hoy la población, y las donó a sus pobladores en 1859 (I.M.-A.H.P., Fondo Gobernación, correspondencia, caja No. 57. Alcalde de Mosquera, 1920).

En relación con la forma como se produjo esta migración —especialmente, el sentido de sus flujos— se avanza sólo exploraciones parciales, hipótesis de trabajo para confirmar. Algunos autores (Jaramillo, 1986; Colmenares et al, 1986; Zuluaga, 1987), mencionan los lugares desde donde partieron los esclavos para iniciar el poblamiento de las tierras bajas. Sin embargo, sus estudios no precisan las posibles rutas ni los medios utilizados por los pobladores. Al respecto, es necesario considerar la hipótesis sugerida por el sacerdote carmelita José Miguel Garrido, quien postula la existencia de dos rutas migratorias:

"Con la emancipación de los esclavos ocurrida en 1851 pero convertida en realidad en 1852, Barbacoas e Iscuandé, centros mineros, modificaron su forma de vida. Los esclavos libres, tuvieron que buscar su sustento, pues no tenían mina donde hacerlo; esto llevó a un flujo migratorio. Este flujo tiene dos direcciones: una desde Iscuandé hacia la Isla del Gallo, ocupando los ríos, playas, esteros, y otra, que naciendo en Barbacoas y siguiendo el curso del Patía, se extiende desde la Isla del Gallo hasta la provincia de Esmeraldas en Ecuador. Sin embargo, se entremezclan todas" (Garrido, s.f:56).

La documentación hasta ahora consultada parece confirmar la hipótesis del padre Garrido acerca del primer flujo migratorio, el que partiendo de Iscuandé tomó el sentido norte-sur hasta la Isla del Gallo, aunque con algunas precisiones. En nuestra opinión, es posible que estos movimientos ocurrieran un poco más temprano, hacia

finales del siglo XVIII y primeras décadas del XIX, cuando mineros y comerciantes de Popayán, Cali y Buga, con cepas familiares originarias de Popayán, vía Buenaventura, se establecieron especialmente en Guapi, Iscuandé y Mosquera. Estos descendientes de españoles no venían solos, sino que traían sus esclavos que, organizados en cuadrillas, se dedicaron a la explotación de algunos placeres mineros como los de Sanabria, Tapaje y La Tola. Además, mediante distintas posesiones y usos del suelo, estos esclavos sirvieron para abrir una frontera agrícola con la ocupación de firmes, playas y montes incultos, de bosques y rastrojos. De esta forma, familias de las poblaciones interandinas —ausentistas, semiausentistas o residentes— se convirtieron en grandes propietarios en la zona, fundamentalmente, en los distritos de Guapi, Iscuandé y Mosquera. Algunos de sus apellidos eran: Olaya, Payán, Peña, Aguirre, los cuales aparecen citados con gran frecuencia en los documentos relacionados con negocios de tierras o testamentos en la Notaría Única de Iscuandé (véase tabla 3).

Los descendientes de africanos y de antiguos esclavos se las arreglaron para obtener tierras mediante modalidades diversas, que iban desde la ocupación espontánea y la donación testamentaria de un antiguo amo, hasta la compra de una porción o botija. Algunos casos pueden ilustrar este proceso. Uno de ellos testimonia cómo:

"[...] en el año de 1874, la señora Apolinaria Vallejo [...] residente en el distrito de Mosquera, da en venta real y enajenación perpetua a la señora María Luciana Cuero, vecina del distrito de Mosquera, mayor de edad y viuda, una botija de tierra de pan sembrar cita (sic) a la margen izquierda del río Satinga" (A.C.C. Sign. 7994. Instrumento No. 3, abril 20 de 1874).

Tabla 3. Propietarios en el distrito de Mosquera, provincia de Barbaacoas. (1866-1891)

Persona	Procedencia	Residencia	Tipo de propiedad	Lugar
Olalla Carlos	Cali (1801)	Iscuandé	Minas y tierras de pan comer	Sanabria, Tapate, Satinga, Sanquianga.
Cifuentes Antonio	Cali	Iscuandé	-----	-----
Lemos Rafael	Barbaacoas	Iscuandé	Tierra de pan sembrar	La Bodega, río Satinga
Salas Ma. Antonia (T)	-----	Iscuandé	-----	-----
Olalla Virginia	Barbaacoas	Mosquera	Minas y tierras de pan comer	Ríos: Tapaje, Satinga, Sanquianga, Nerete y playa Sanquianga.
Delgado Camilo	Guapi	Mosquera	Minas y de pan sembrar	Ríos: Tapaje, Satinga, Sanquianga, Nerete y playa Sanquianga.
Rodríguez Celso	-----	Mosquera	Casa y huerta	Mosquera
Estupiñán Antonis Ma.	-----	Iscuandé	-----	-----
Molano Eladio	-----	Iscuandé	Tierras de pan sembrar	El Secadero, playas Barreras
De Lemos Vallejos Apol.	-----	Iscuandé	Tierras de pan sembrar	Margen izquierda río Satinga
Cuervo Ma. Luciana	-----	Mosquera	Pan Sembrar	Margen izquierda río Satinga
Molano Inocencio Antonio.	-----	Mosquera	-----	-----
Olmedo Nicanor	-----	Mosquera	Tierras de pan sembrar	La Pampa
Payán Ramón	Popayán	Guapi	Tierras de pan sembrar, minas y bien raíces.	Bocana de playa Sanquianga, Sanabria, río Tapaje

Tabla 3. (Cont) Proprietarios en el distrito de Mosquera, provincia de Barbaacoas. (1866-1891)

Persona	Procedencia	Residencia	Tipo de propiedad	Lugar
Peña Juan	-----	Mosquera	-----	-----
Obando Matilde (T)	-----	Mosquera	Firmes y tierras de pan sembrar	Esteros: Chontaduro, las Cruces y Sangoval
Paz Isidro	-----	Iscuandé	Firmes y tierras de pan sembrar	1/2 firme en estero las Cruces
Portocarrero Juana(fila)	-----	Iscuandé	Tierras y cementeras	Bocas de Satinga y margen izquierdo río Sanquianga
Luciano Aguirre (Natural)T	-----	Iscuandé	Tierras y bienes varios	Playa Domingo Ortiz, firme el Pital, río Tapaje, agua Prieta
Rafael Totesi (T)	Sinigalia (Italia)	Iscuandé	1 barco, 1 canoa, 1 potrillo, 13 marranos	Iscuandé
Segura Francisco Javier	-----	Mosquera	Pan sembrar	Río Satinga
Perlaza Bernabé	-----	Mosquera	Pan sembrar	Río Satinga
Bonilla Ma. Máxima	-----	Mosquera	Pan sembrar	Río Sanquianga, qda. la hojal
Familia Rodríguez	-----	Mosquera	Tierras de pan sembrar	Quebrada la Iguanera, río la Tola
Casiera Damaso	-----	Mosquera	Tierras de pan sembrar	Quebrada la Iguanera, río la Tola
Pancho Ambrosio	-----	Mosquera	Tierras de pan sembrar	Quebrada la Poija, río la Tola

Tabla 3. (Cont) Proprietarios en el distrito de Mosquera, provincia de Barbaacoas. (1866-1891)

Persona	Procedencia	Residencia	Tipo de propiedad	Lugar
Sánchez José Ignacio	-----	Mosquera	Tierras de pan sembrar	Río la Tola
Yesquen Mónica	-----	Mosquera	Tierras de pan sembrar	Río la Tola
Peña Agustín	-----	Guapi	Tierras de pan sembrar	Mosquera, Estero el Cauchal cerca de Guascauna, ríos: Tapaje, Satinga, Sanquianga, la Tola, playa Sanquianga, Sanabria
Ibarra Angel	-----	Mosquera	Platanar (los terrenos son de Lucía Aguirre)	Brazo seco, río Tapaje
Mantilla Ruperto	-----	Iscuandé	Tierras de pan sembrar	Playa Sanquianga; esteros Cañaverlito y Puerquera

T: Testamento

Acción: Propiedad compartida

Fuente: Notaria Única de Iscuandé- A.C.C.

En otro caso:

"[...] Francisco Javier Segura otorga escritura a Bernabé Perlaza por la venta de un rastrojo para cultivo, ubicado en las márgenes del río Satinga" (A.C.C. Sign. 7995. Instrumento No. 11. 1875).

Estos ejemplos sirven para confirmar otras modalidades del poblamiento negro; en este caso, representados en los apellidos Cuero y Perlaza, los cuales son raizales, es decir, que son característicos de la zona.

Hasta ahora nos hemos ocupado de uno de los flujos migratorios, siguiendo en esto la pista del padre Garrido. Pero veamos también el otro, el señalado por West (1957). Según el geógrafo norteamericano, con la manumisión, los negros se trasladaron desde el distrito minero de Barbacoas hasta los ríos al norte de Tumaco. Como prueba del papel de epicentro difusor del antiguo distrito minero West sostiene que la mayoría de los agricultores que estudió, localizados a lo largo de los ríos Rosario, Chagüí, Patía Viejo y Sanquianga, descendían de padres y abuelos barbacoanos. En condiciones relativamente tranquilas se habría desarrollado la vida de sus gentes, en los pueblos mineros de los ríos Telembí, Guelmambí y Magüí, en el distrito de Barbacoas. Otros pobladores se habrían movilizad desde Barbacoas hasta las áreas relativamente inestables del norte de la provincia de Esmeraldas, en el Ecuador, movimiento poblacional éste que todavía persiste (West; 1957:105-106). Con seguridad, el flujo de estos desplazamientos terminó entrecruzando los sentidos originales de sus centros difusores principales: Barbacoas e Iscuandé.

Con los datos de los Censos de Población de 1843 y 1870, presentados en las tablas 4 y 5 podemos observar, cuantitativamente, el proceso que se ha descrito; los datos son tomados del estudio de Luis Valdivia (1980: 102-110).

Tabla 4. Población de la provincia de Barbacoas en 1843

Provincia de Barbacoas	21.778
Cantón de Barbacoas	8.994
Barbacoas	4.769
San José	3.200
San Pablo	1.025
Cantón de Tumaco	2.557
Tumaco	2.157
Salahonda	400
Cantón de Iscuandé	3.709
Iscuandé	3.709
Cantón de Micay	6.518
Guapi	2.250
Micay	2.032
Timbiquí	2.236

Fuente: Censo oficial de población de 1843, provincia de Barbacoas.

Tabla 5. Población del municipio de Barbacoas en 1870

Municipio de Barbacoas	22.527
Barbacoas	5.509
Iscuandé	4.176
Mosquera	2.032
San José	2.723
San Pablo	1.759
Salahonda	562
Tumaco	2.642
Boca Grande	1.214 3.856
Magüí	1.910

Fuente: Censo oficial de población de 1870, estado del Cauca.

Como se puede observar, mientras se estancaban Barbacoas e Iscuandé, Tumaco continuaba su crecimiento sostenido, que se aceleró en la segunda mitad del siglo XIX, recibiendo población migrante de los antiguos centros mineros, utilizada ahora para el despegue de la explotación de la tagua, el caucho negro y la balata. Adicionalmente, los insignificantes asentamientos de los entornos rurales de las ciudades coloniales han ido creciendo en población, que tiende a nuclearse, anunciando los futuros municipios republicanos.

Estas tendencias se confirman con los datos del censo oficial de 1905, en lo que hace al departamento de Nariño y las provincias de Barbacoas y Núñez, datos presentados en la tabla 6.

Para 1936, la Comisión de Cultura Aldeana estimaba que la población andina del departamento de Nariño era de 330.000 habitantes, el 83 % de su población total. El otro 17 % de la población, 63.000 almas, habitaba la llanura del Pacífico, en las provincias de Barbacoas y Núñez (Zalamea, 1936: 11).

Tabla 6. Departamento de Nariño, censo de población 1905

Provincias	Municipios	Habitantes
Barbacoas	Barbacoas	6.413
	Ricaurte	2.367
	San José	2.995
	Magüí	2.736
		14.511
Núñez	Tumaco	11.145
	Mosquera	3.235
	Guapi	8.211
	Iscuandé	6.898
		29.489

Fuente: Censo oficial de 1905. Dirección General de Estadísticas. Bogotá. Tomado del volumen del Diario Oficial correspondiente al primer trimestre de 1917.

Los actuales municipios de la costa Pacífica nariñense pertenecieron anteriormente a la provincia de Núñez, compuesta por los distritos de Tumaco, Iscuandé y Mosquera, y a la provincia de Barbacoas, conformada por los distritos de Ricaurte, Magüí y San José. El municipio Olaya Herrera fue creado mediante Ordenanza 02, del 5 de octubre de 1979, segregándolo del municipio de Mosquera

En consecuencia, podemos concluir que la ocupación de la cuenca del río Sanquianga, el área específica de la investigación, estuvo alentada por dicho proceso. Así lo confirman algunos testimonios y documentos. En efecto, consultados los protocolos de la Notaría Única de Iscuandé, se revelan negocios de tierras entre 1866-1891, para el río en mención; en donde personas como Carlos Olaya, Virginia Olaya, Camilo Delgado, Juana Portocarrero y María Máxima Bonilla, poseían tierras en el río Sanquianga (Almario y Castillo, 1994).

Ahora bien, en lo relacionado con los asentamientos negros en aquella cuenca para el presente siglo el hecho se presenta de manera más dinámica y en forma colectiva, de acuerdo con los polos migratorios arriba anotados. Veamos. En un informe del alcalde del distrito de Mosquera, fechado en 1920, éste daba cuenta de la distribución territorial de su distrito así:

"El distrito de Mosquera está dividido para su administración política en 10 secciones o comisarías mayores, que están bajo las órdenes de un inspector de policía, los que están sujetos a cumplir las órdenes del alcalde y son los siguientes: Mosquera, Caballos, Guandipa, las Cruces, Tolita, Calabazal, Bajo Satinga, Alto Satinga, Bajo Sanquianga y Alto Sanquianga" (Informe del alcalde de Mosquera, I.M.-A.H.P., caja No. 57/1920).

El anterior documento es prueba de la existencia de pequeños poblados, que se fueron asentado sobre las vegas y diques de los ríos que vierten sus aguas al océano Pacífico. Que el poblamiento había alcanzado ciertos niveles de complejidad en el caso del río Sanquianga también lo confirman algunas disposiciones administrativas al registrar que su cuenca se había dividido en baja y alta, siendo cada una de estas una comisaría mayor. De acuerdo con el informe del alcalde, el río Sanquianga poseía una escuela para niños; esto significa, de acuerdo con testimonios orales recogidos, que existía un número de viviendas significativo dispuestas alrededor de ésta. Pareciera que la lógica de los asentamientos era que los núcleos más consolidados estarían cerca de la parroquia o la escuela. Es posible que dicha escuela se hubiese situado en la parte baja del río, por ofrecer ésta mayores condiciones de navegación y más específicamente, en el caserío de La Herradura.

Para mediados de los años cincuenta se producen nuevos asentamientos en el Sanquianga. Así, nuevas familias van llegando al río, siguiendo más o menos la ruta de anteriores migrantes —sus antecesores familiares—, ya fuera la de Iscuandé o la de Barbacoas. La familia Becerra Alegría es un caso típico de construcción de hábitat en esa zona. Según narra don José Celino Becerra, cabeza de familia, que hacia los años cincuenta, ellos salieron de bajo Patía —Vuelta de Papí, jurisdicción de Barbacoas—; pues allá el río Patía anegaba de manera frecuente los cultivos y se perdían las cosechas. Ello los impulsó a buscar nuevas tierras; hasta que, luego de explorar algunos ríos hacia el norte de Barbacoas, se convenció de que el Sanquianga era un río tranquilo, de buenas tierras para cultivar en los bordes o riberas. Por eso, decidió trasladarse con su familia al Sanquianga, para asentarse inicialmente en el sitio de Naidizales y posteriormente en San José de Turbio.

A continuación, se mencionan algunas familias que se asentaron por el mismo sector de los Becerra, ellas son: Clemente Vivas, oriundo de Guapi, Cauca, pero venido del río Patía, caserío de Sandorango, casado con doña Segunda Ayala, se estableció en la vuelta de Marbella frente a la Turbia del medio; Juan José Muñoz y familia, los Viveiros, los Cuero, la familia Ríos, en la Prieta; Juan Caicedo y Eloísa Castro, venidos del Patía Viejo, Valentín Muñoz y familia, Isidro Paz, en la Vuelta del Convento, entre otros.

Así, se fueron consolidando muchos caseríos en cada una de las márgenes del río, los más consolidados eran: La Herradura, Naranjal, Soledad, Mojarrera, Tumaquito, Vuelta Larga, Candelaria y San José La Turbia (Castillo, 1995: 11-14).

Este rápido recorrido por el proceso de la ocupación de las tierras bajas del litoral Pacífico nariñense permite confirmar varias cuestiones de importancia. De una parte, la presencia de una larguísima tradición de resistencia a la esclavitud, como lo testimonian palenques, cimarrones y la automanumisión. Al tiempo, estos núcleos pobladores iniciaron una apropiación territorial, en cuyo entorno se construyó su cultura e identidad. Por otra parte, el decreto de manumisión dejó, en la práctica, a los antiguos esclavos librados a su suerte y sin mayores relaciones con la República. En tales circunstancias de libertad y autonomía, los negros debieron ampliar y consolidar la ocupación del territorio así como recrear y fortalecer su cultura. Por ello, no dudamos en considerar a los campesinos negros como los propietarios originales y antiguos, de hecho, de estos territorios. Por otra parte, hay que reconocer también la existencia de una larga presencia socio-histórica y la interacción cultural entre blancos y negros, que ha marcado las relaciones sociales en la región a lo largo del tiempo. El estudio de este fenómeno desborda los límites del presente ensayo.

La relación de las tierras bajas y altas: acercamiento a una geografía política de la costa y la sierra en el sur de Colombia⁴

Una primera aproximación al sur de Colombia, forzosamente geográfica, nos revela la maravilla del encuentro telúrico de todas las posibilidades del trópico en un solo haz. En efecto, la impresionante cordillera de Los Andes forma allí el no menos portentoso Nudo de los Pastos y, flanqueando la cordillera, a lado y lado, se extienden con profusión las tierras bajas. Al oriente, las selváticas y amazónicas y, al occidente, la amplia faja costera del litoral Pacífico.

Esta contundente fisiografía permitió diferencias etnográficas y culturales de hondo calado histórico. Así, en tiempos precolombinos, en los altiplanos andinos prosperaron altas culturas indígenas —pastos y quillacingas—, densamente pobladas y muy estratificadas. En estas áreas fue donde el dominio hispánico se estableció preferentemente. Mientras que en las tierras bajas del oriente y el occidente se establecieron otros sistemas culturales, con múltiples grupos reducidos y esparcidos: en el extremo norte, los chinchas y patías; y en el ángulo nor-occidental, los chapanchicas, abades y sindaguas; en la llanura del Pacífico, los iscuandé, telembés, tumacos y kwaikeres; y hacia el oriente, los sibundoyes o kamsá y sionas, inganos y kofanes. Una parte de estos grupos fue dominada y puesta en servidumbre durante la primera mitad del siglo XVII, pero otra parte fue irreductible a la dominación española hasta el exterminio, resistente de una u otra forma, no experimentó el contacto temprano con la civilización occidental.

⁴ Con base en: Oscar Almario. "Territorio, religión y poder en el Sur de Colombia, 1832—1932". Ponencia IX Congreso de Historia de Colombia Universidad Pedagógica y Tecnológica de Tunja, Tunja, Mayo 2—6 de 1995. Se trata de un avance de investigación del proyecto "Poder y cultura en el Occidente colombiano en el siglo XIX: patrones de poblamiento, conflictos sociales y relaciones de poder" Colciencias-Cindec— Universidad Nacional de Colombia, del cual el autor es el investigador principal.

Aunque el intercambio cultural entre estas áreas y grupos se presume muy intensa, con la expansión incásica y el posterior dominio ibérico, habida cuenta de los repetidos fracasos para integrar efectivamente al Tawantinsuyo y al Virreinato peruano los grupos que habitaban el piedemonte amazónico, éste aparece como un espacio fronterizo entre dos universos radicalmente distintos: el de las altas culturas andinas y el de las bajas culturas amazónicas. Las primeras, con sus gobernantes incas e ibéricos, lo consideraron como la línea divisora entre la civilización y el salvajismo. Esta doble herencia —incásica e ibérica— continuará operando en lo fundamental sobre la mentalidad andina del sur de Colombia durante el siglo XIX, incidiendo en la vocación del poblamiento y la apropiación del espacio. Aquí encontramos un primer y fuerte referente para comprender por qué la mentalidad altoandina tendió a despreciar los territorios periféricos del Oriente, reducidos a área de frontera, y a afirmarse, tercamente, en su espacio ancestral. Tímidamente, las gentes de Los Andes se adentraron en esos espacios, atraídos por los ciclos extractivos enfebrecidos que tipificaron el decimonono colombiano.

El caso colombiano de las empresas quínicas y caucheras en la Amazonia parece confirmar que "civilización o barbarie" no son antinomias o alternativas históricas opuestas. Por el contrario, la historia de América Latina entraña la conjugación dramática de ambas alternativas y nuestra "fórmula" histórica al parecer es: "civilización y barbarie". Este es el camino que explora el antropólogo australiano Michael Taussig (1980, 1978), para quien las aventuras caucheras en Colombia a finales del siglo XIX y principios del XX condujeron a la construcción de un "espacio de terror" que escapaba a las reglas de juego formales establecidas por la República. De allí que dicho "espacio de terror" (establecido por los empresarios caucheros y la casa Arana del Perú) haya sido contestado o replicado por otro imaginario mental, el de los indígenas, a través del chamanismo y el rito de los bebedizos de yagé, que actuaban a la

manera de un dispositivo de resistencia, en el plano simbólico. Una perspectiva que se puede entender como complementaria o distinta, según se mire, es la que asumen Camilo Domínguez y Augusto Gómez para quienes la experiencia de la ocupación del espacio amazónico es leída, en un primer momento, a la luz de un modelo económico extractivo que violentó las culturas nativas (Domínguez y Gómez, 1990) o, en un segundo momento, a partir de la oposición entre dos discursos, la nación y las etnias (Domínguez y Gómez, 1990), lo que inscribe sus análisis en una perspectiva de conflictos.

En contraste, el área del Pacífico se vio tempranamente vinculada al espacio andino, aunque sólo parcialmente y por motivos mineros y comerciales, como se ha visto.

Por otro lado e independientemente de las definiciones republicanas en materia de límites territoriales, la amplia zona fronteriza del sur entre Colombia y el Ecuador se define como un continuo espacial para uno y otro país a lo largo de la historia, permitiendo un intercambio permanente de efectivos demográficos y bienes, tanto en la sierra y la costa, como en la selva. De tal manera que serranos (mestizos e indígenas), negros e indígenas (kwaikeres) de la costa y varios grupos étnicos de la zona selvática, trasvasarán y compartirán un espacio que les ha pertenecido históricamente, aunque los límites formales pretendan reducir el margen de acción de estos complejos movimientos.

Como ya se dijo, la relación del núcleo central andino con el área periférica del Pacífico tuvo como epicentro a Barbacoas que se ligaba directamente con la sierra mediante un camino indígena que la unía con Túquerres, que se fue mejorando poco a poco hasta llegar a la carretera actual. Vía fluvial por el Telembí, de Barbacoas se llegaba al Patía y por éste hasta el mar y Tumaco, donde se recibían las mercancías que venían de Guayaquil. Estas ventajas hicieron de Barbacoas una zona de transición espacial y comercial entre las

tierras altas y las bajas, que tuvo también sus efectos en la mentalidad y la cultura regionales como se verá. Pero más allá de esta relación predominantemente económica, en el Pacífico Sur ocurrió un vasto proceso de apropiación territorial y construcción de cultura por esclavos africanos y sus descendientes (afro-americanos o afrocolombianos). La abolición de la esclavitud aceleró la apropiación de las tierras del Pacífico Sur por los pobladores negros, en unas condiciones singulares: como espacialidad marginal y autónoma del eje andino. En efecto, desde 1852 las prestantes familias blancas de los centros urbanos de Barbacoas e Iscuandé que habían dirigido la sociedad esclavista, abandonaron las tierras del Pacífico al no poder reproducir las anteriores condiciones de dominación. Estas tierras pasaron entonces a ser consideradas como inhabitables por las gentes "civilizadas" y desestimadas para las iniciativas empresariales. La cultura negra debió construirse, entonces, a partir de la doble memoria, africana y esclavizada, pero ahora sin la mediación de la presencia de los blancos. Esto dio libertad a su manera de habitar los ríos y esteros, permitió fortalecer sus lazos de solidaridad y consanguinidad, sus expresiones dialectales y su religiosidad (De Granda, 1973).

Sin embargo, la presencia blanca persistió en la región, adaptándose a las nuevas condiciones. En efecto, es sabido que algunas familias blancas, aunque perdidas ya sus anteriores riquezas y prerrogativas, continuaron habitando los decadentes centros urbanos de Barbacoas e Iscuandé, aportando una descendencia que hace parte fundamental de la historia regional. Por otra parte, como lo subrayó Germán de Granda, están aún sin estudiar histórica y antropológicamente los "núcleos blancos" de los caseríos de San Juan de la Costa, La Vigía, Amarales, Boquerones, Mulatos y La Loma en el litoral Pacífico nariñense (De Granda, 1973: 463). Finalmente, importantes familias blancas, migrantes de Barbacoas e Iscuandé, se establecieron en Tumaco; a ellas se sumaron inmigrantes extranjeros que llegaron al puerto, atraídos por la comercialización de la tagua, el caucho negro

y el cacao. El estudio en profundidad de las relaciones interétnicas entre blancos y descendientes de esclavos, en el contexto de la República, hasta nuestros días, está aún por adelantarse.

Mientras la mayoría de los estudios hacen énfasis en que el proceso de ocupación se aceleró a raíz de la manumisión en 1851, lo cual es válido, Almario y Castillo (1994) recuperan la larga duración de la apropiación de este espacio y su transformación en territorio de la cultura afro-colombiana en un continuo que llega hasta nuestros días. Por otra parte, la distinción entre espacio (natural), hábitat (espacio social) y territorio (conciencia y pertenencia), ha sido sugerida por Zuluaga y Romero (1993) para comprender la peculiaridad histórica de este poblamiento negro, y del Valle (1995) la ha utilizado para reflexionar sobre el actual proceso de titulación colectiva de tierras a las comunidades negras, al tenor de la Ley 70 de 1993.

En síntesis, en este espacio, periférico para el núcleo central andino, se vivió una apropiación territorial intensa, extensa, versátil y armónica con el medio natural, que fue la base para la construcción de una cultura de raíces africanas pero completamente recreada y reinventada. Todo ello, cumplido virtualmente al margen de la construcción de la región y de la nación. Cómo fue posible, sin embargo, que finalmente las comunidades negras fueran integradas a la unidad nacional y regional, es una cuestión que todavía es objeto de estudio y discusión. Pero sin duda, lo singular de este proceso estriba en la capacidad de la cultura negra para traducir a su imaginario cultural los imaginarios más amplios y universales, como en efecto ocurrió con el republicano-liberal y con el cristianismo, que en ella sólo pueden existir como rito, mito, leyenda, música y fiesta.

Sobre la construcción de los imaginarios políticos en los grupos negros no existen trabajos específicos, aunque sí notorias alusiones en estudios que se ocupan centralmente de otras problemáticas,

cultura, sociedad, economía, familia, etc. La forma como el ideario liberal, más que el "partido", se difundió e impuso mayoritariamente en las tierras bajas del Pacífico es un estudio aún por realizar; así como su relación y comparación con la historia política bipartidista que predominó en el resto del país. También el estudio de la formación de clientelas, de prácticas electorales y de ciertas modalidades de resolución de conflictos por una vía no violenta son un territorio promisorio para la investigación.

Sobre la religiosidad popular, y su relación con la religiosidad institucional y el universo folklórico de la cultura negra, los estudios más avanzados son los del sacerdote carmelita José Miguel Garrido (Garrido, 1981).

Al reconstruir el proyecto vial del sur durante el siglo XIX salta a la vista que éste no tendió a unir la región con el resto del país sino todo lo contrario: buscó integrar los mercados interiores regionales y salir al Pacífico, negándose a una conexión con el norte. En el contexto de un incremento de las actividades comerciales propias de la época y de unas condiciones geográficas desfavorables en la región fue necesario un ordenamiento espacial acorde con la situación. En efecto, el comercio con el norte (Cauca) era prácticamente inexistente, ya que la ausencia de caminos lo hacía imposible, encareciendo el escaso tráfico de las exportaciones de las provincias del sur. Como si esto fuera poco, las tierras del sur del Cauca que lindan con el sur son despobladas y yermas. En el alto Putumayo existía un poblamiento indígena relativamente significativo pero con escasa capacidad de compra, como para estimular la expansión comercial hacia esas tierras. Quedaba, entonces, la opción de la amplia frontera internacional con el Ecuador (Zalamea, 1936: 14-15). Sin embargo, esta última alternativa presentaba varias dificultades adicionales. La más importante, que la temprana definición en el Ecuador del núcleo central de su espacio nacional, fenómeno único en los países latinoamericanos, como lo establece el estudio de J. P. Deler

(1987) al respecto, constituía una notoria desventaja comparativa para las Provincias del Sur de Colombia.

La indiscutible hegemonía del Ecuador sobre las provincias del sur produjo en ellas la consiguiente reacción y estimuló el regionalismo que, en materia de su ordenamiento espacial, se orientó hacia dos objetivos básicos: el primero, el establecimiento de una red de comunicaciones interiores, que tuvo como columna medular el cordón magistral de Los Andes; con lo cual se consolidó este núcleo central de la región. En este esfuerzo fueron definitivas las comunidades campesinas y sus formas asociativas de trabajo con fines a un interés común, tales como las *mingas* y *convites* (Zalamea, 1936:14-15). El segundo objetivo se concentró en acceder al Pacífico, desde Túquerres y Barbacoas hasta Tumaco. Por supuesto, en esta última alternativa inciden las tendencias librecambistas que predominan en la época —búsqueda de empréstitos e inversiones inglesas para la construcción de ferrocarriles y carretables modernos que contribuyan a expandir y controlar el comercio. En medio de tendencias descentralizadoras, hacia mediados de siglo, la legislatura provincial de Pasto aspiró a resolver su secular aislamiento con el interior y el exterior del país y acordó la construcción de un camino de herradura entre Túquerres y Barbacoas y, finalmente, al mar. En este contexto, surge a finales del siglo la Universidad de Nariño y a principios del presente siglo la Escuela de Matemáticas e Ingeniería, avalada por el presidente Rafael Reyes y que contará con la dirección del ingeniero bogotano Fortunato Pereira Gamba, cuya influencia fue notable sobre el proyecto de la primera administración departamental del doctor Julián Buchelli, desde 1904.

La construcción de la vía Túquerres-Barbacoas genera desde 1910 una intensa actividad comercial (importaciones-exportaciones) que hará de estas dos ciudades, hasta 1930, las más importantes del sur del país. Barbacoas se convirtió en un próspero puerto que movilizaba el flujo comercial y Túquerres en un centro aprovisionador y

distribuidor hacia el interior andino, donde tuvieron sede importantes casas comerciales y de representación de intereses extranjeros. Lo anterior tuvo sus efectos políticos, porque las élites de ambas ciudades cobraron conciencia de la importancia estratégica de su ubicación y desplegaron iniciativas políticas y periodísticas para defender sus fueros, con lo cual se acentuó la diferenciación política de Túquerres de la tradición conservadora de Pasto. Acompañando este florecimiento comercial se aceleran procesos de poblamiento y colonización de las terrazas del río Güiza y se fortalecen Ricaurte y Mallama, como centros complementarios al comercio. Sin embargo, la hegemonía de Túquerres y Barbacoas en el sur duraría poco, porque desde 1920 la estructura vial que la favorecía empezó a cambiar y otras vías de comunicación aumentaron los flujos comerciales a Pasto: como la construcción del puente colgante sobre el río Guáitara, el de la Guasca en el Patía (para pasar del Peñol a Policarpa), los del río Güiza y el puente del Potosí sobre el río Guáitara que comunica a Ipiales con ese municipio. Más de treinta puentes que permitieron unir los aislados valles interandinos de Nariño y Putumayo dan testimonio de la ingente labor adelantada por el ingeniero portugués Julio Souza Alvez, contratado por el departamento. En la década de los 20 del presente siglo, la hegemonía de Pasto se consolidaría con la construcción del ferrocarril Tumaco-El Diviso y la prolongación de la conexión por carretera hasta Pasto. Con su importancia portuaria y comercial, Tumaco atrajo nuevas oleadas de migrantes a su malla urbana que se fue densificando, al tiempo que varios asentamientos se establecieron en la línea Tumaco-El Diviso, como Espriella, Llorente, Bucheli, entre otros.

Las consecuencias de lo anterior fueron: una mayor integración regional; con el sistema vial Pasto recobró su importancia económica, en detrimento de la hegemonía de Túquerres y Barbacoas, situación que se consolidó cuando la guerra con el Perú obligó a construir en 1932, en tiempo récord —11 meses—, la carretera que unió a Popayán con Pasto, en contraste con el camino a Barbacoas que se

demoró 50 años; se produjo, pues, una nueva jerarquización urbana en la región con obvios efectos políticos y sociales. Mayormente conectada a la nación, la región quedó expuesta a la creciente influencia de las nuevas regiones nacionales, Valle del Cauca y Viejo Caldas, que en adelante recibirían las migraciones nariñenses (Almario, 1994), muy probablemente a causa del descenso poblacional entre 1931 y 1951, como lo establece un estudio sistemático al respecto (Cerón, 1985: 106-110).

En cuanto a la integración política del sur de la República, ésta fue igualmente tortuosa y larga.

En 1845 terminó en el Ecuador la hegemonía de J.J. Flórez y con ella la primera fase de las aspiraciones anexionistas de ese país, que eran parte de la situación de vacío de poder en las Provincias del Sur después de la independencia. También la preponderancia del caudillo J.M. Obando se redujo después de la guerra de 1851, en la cual el gobierno impuso el orden en el sur con el general Franco. Cuando Obando lo desplazó e intentó rehacer sus viejas estructuras de poder, encontró serias dificultades para hacerlo. Algo había cambiado en la correlación de fuerzas: el protagonismo creciente de la Iglesia era ese factor de cambio y bajo su amparo se fortalecía de nuevo la élite regional.

Según Helguera, entre 1842 y 1845 se vivió una situación de extrema pobreza y de paulatina reconstrucción del ordenamiento regional, agudizada porque en 1843 las provincias de Túquerres y Barba-coas fueron sustraídas de la antigua gobernación de Pasto. Tal división duró hasta 1855 cuando Barba-coas y Túquerres fueron de nuevo recogidas en una restaurada provincia de Pasto y luego, a mediados de 1857, la región de Pasto entró a formar parte del multi-provinciano estado del Cauca, gobernando desde la ciudad de Popayán. Hacia mediados del siglo, dicha situación de crisis se encontraba superada y la región entró en una franca etapa de crecimiento eco-

nómico (actividades ganaderas y comerciales de los sectores dominantes y artesanales de los sectores medios y populares —y desarrollo cultural e intelectual —colegios, escuelas, proyectos editoriales y periodísticos— que, según Helguera permitieron la relación simbólica de la región con el discurso republicano y la nación distante, impidiendo las tendencias disolventes o separatistas (Helguera, 1985: 50). Aunque cabe agregar, a esta interpretación, que tal esfuerzo simbólico era expoliado por la significativa presencia indígena y negra que se expresaba en términos de poderosas tradiciones orales, induciendo a las élites mestizo-blancas a una radical diferenciación cultural.

No hay duda de que la principal animadora de este cambio cultural fue la Iglesia, al lograr la estabilidad política y social de la región, a través del liderazgo del obispado. Primero con el obispado auxiliar en 1836, dependiente del de Popayán y, finalmente, con el obispado residente en Pasto en 1859. Sin embargo, las guerras civiles del 60 y 76 volvieron a desestabilizar la región y los proyectos regionales de poder. A finales del siglo, las élites de Túquerres, Ipiales, Barba-coas, Tumaco y Pasto coincidían, aunque con los matices políticos conocidos, en la idea del "decimismo", de la creación de una nueva unidad política en el sur, que se venía agitando desde mediados del siglo. Pero una nueva polarización política, interna y externa, fracturó una vez más a las élites regionales: en el plano externo, el triunfo de los liberales en el Ecuador en 1895 conducirá a una larga hegemonía, —hasta 1925—, con lo cual se volvió a un estado de agudas tensiones en la frontera. En cuanto a lo interno, la Guerra de los Mil Días enfrentó a liberales y conservadores; consiguientemente, las subregiones del sur asumieron posiciones que reeditaron las viejas divisiones etnoculturales. Así, la costa apoyó al liberalismo aliándose con Túquerres e Ipiales, mientras que la sierra y su centro, Pasto, fueron fieles al gobierno nacional. Mientras tanto, la Iglesia hizo de la confrontación con el liberalismo un asunto de principios y de supervivencia del anhelado proyecto de una "república cristia-

na" en el sur del país, como se expresó a lo largo del conflicto y del liderazgo del Obispo de Pasto, Fray Ezequiel Moreno Díaz. Sin embargo, no debe perderse de vista que el proyecto de la Iglesia en el sur iba más allá de la cuestión de la confrontación ideológica con el liberalismo. En realidad, éste consistía en: poblar cristianamente y controlar así territorios, por eso las iniciativas que condujeron primero a la creación de la prefectura apostólica del Caquetá en 1904 y, varios años después, a la prefectura de Tumaco en 1927. Las consecuencias de la guerra civil dislocaron este proyecto y las élites regionales andinas retomaron el protagonismo político, pero su proyecto se redujo espacial y culturalmente hablando al área andina, en contraste con los dilatados territorios que dependían del Obispo de Pasto y que cubrían la selva oriental, Los Andes al centro y las tierras bajas del Pacífico al occidente.

El departamento de Nariño fue creado mediante la Ley 1 de agosto 6 de 1904, dando cumplimiento a un viejo anhelo de los nariñenses: constituir una sección autónoma del Gran Cauca. Dicha aspiración no se pudo concretar durante el siglo XIX, no obstante su fuerza, dado que se vio generalmente afectada por los conflictos políticos nacionales que obligaron a aplazar el proyecto una y otra vez (Quijano, 1980; Valencia, 1993; Almario, 1994). En efecto, cuando expiraba el siglo pasado y las élites regionales, liberales y conservadoras, coincidían de nuevo en una auténtica campaña por la autonomía, la guerra de fin de siglo polarizó una vez más las fuerzas regionales, frustrando el proyecto autonomista.

Durante la Guerra de los Mil Días y dado el apoyo explícito del presidente ecuatoriano Eloy Alfaro a los liberales, Nariño se convirtió en una importante zona de contactos diplomáticos y operaciones militares, durante las cuales el minoritario liberalismo adquirió una notoria presencia. Sin embargo, esta situación no representaba un cambio sustancial en la efectiva relación de fuerzas políticas en la región, como lo confirman las sucesivas victorias conservadoras y

del ejército del gobierno, hasta la victoria definitiva en agosto de 1901, que de paso consolidó a Pasto como la ciudad hegemónica de la región y como el nuevo centro político de la misma. Por estas circunstancias, cuando terminó la guerra y los sectores dirigentes de Nariño volvieron a plantear ante los poderes centrales la cuestión de la autonomía, lograron hacerse escuchar y fueron satisfechos en su demanda. Se daba paso así a la primera desmembración del Gran Cauca, al inevitable debilitamiento de los antiguos poderes regionales decimonónicos y al reconocimiento a la consolidación de las nuevas élites y sus proyectos. A comienzos del presente siglo se logró, al menos, la cohesión política regional a través de la superación de la tradicional rivalidad entre Pasto y las ciudades sureñas de Ipiales y Túquerres, en la medida en que estas tres ciudades andinas se unificaron en torno al autonomismo. Seguramente, una mayor conciencia nacional en los sectores dirigentes del país permitió ver con buenos ojos este proyecto, que contribuía a premiar al conservatismo nariñense, al tiempo que a delimitar más claramente las relaciones con el vecino Ecuador. No obstante, el proyecto de la élite nariñense puede definirse como un "proyecto regional andino". En efecto, éste se definió en torno al corazón cultural de Los Andes y tuvo por eso grandes limitaciones para extenderse a otras áreas y a sectores sociales que en principio quedaron bajo su influencia. De allí que sus relaciones con los territorios orientales y de la costa Pacífica se vieran definidos por el etnocentrismo cultural y el centralismo político-administrativo.

Como ya se ha sugerido, son más fuertes los lazos de Nariño con el Ecuador que con los otros territorios de su jurisdicción, al tiempo que es notoria la débil relación de las ciudades andinas con el Pacífico y con la Amazonia. De otra parte, la evolución jurisdiccional del nuevo departamento de Nariño expresa claramente las dificultades del proyecto regional para cohesionar un espacio amplio y su tendencia a reducirse al ámbito andino. Cuando en 1904 se creó el departamento, se dispuso que se compondría de las provincias de

Barbacoas, Caquetá, Núñez, Obando, Pasto y Túquerres. Pero en 1905 perdió a Caquetá, porque con ella se formó la intendencia de Putumayo y Caquetá. En 1906 se suprimieron las intendencias y el Putumayo fue anexado a Nariño. En 1908 Nariño fue dividido en tres departamentos: Tumaco, Túquerres y Pasto, formado este último por las provincias de Pasto, Juanambú y La Cruz, Caquetá y Putumayo. Finalmente, en 1909 se estableció que los límites del departamento serían los mismos de 1905. En consecuencia, su superficie total se redujo a 29.910 km (Almario, 1994).

Los campesinos silvicultores y la esclavitud de la madera

De los factores arriba anotados, y que definen la región del Pacífico Sur, el de la explotación extractiva es el que, sin duda, ha marcado más su vida social. Sobre todo, porque ha tenido una presencia permanente; es decir, porque un ciclo ha sido sucedido por otro, sin interrupción. Las relaciones culturales y de poder impuestas por este modelo, en la práctica, no le han dado reposo a las comunidades negras e indígenas, quienes durante décadas han debido combinar adaptación y resistencia para enfrentar los ciclos extractivos. Mientras los recursos declinan, el nivel de vida de la gente también decae.

Lo que llamamos esclavitud de la madera, como característica principal de las relaciones sociales en la zona, proviene de la configuración de un complejo de relaciones humanas, ambientales y económico-sociales, que se puede discriminar esquemáticamente así: la de los campesinos con el bosque; la existente entre los campesinos mismos y, finalmente, la establecida entre los campesinos y los propietarios del negocio de la madera.

En cuanto a la relación de los campesinos con el bosque, son muchos los aspectos que se deben considerar y, sin pretender agotar el tema, sintetizaremos aquellos que más han destacado los investiga-

dores: "Es indudable que los *Guandales* y bosques similares del litoral Pacífico son los tipos de bosque que más madera han producido al país tanto con destino al mercado interno como de exportación" (Del Valle, 1989:13). Sin embargo, y a pesar de esta explotación, el bosque se ha mantenido permitiendo la permanencia de sus producciones, fenómeno cuya razón "[...] radica en la dificultad de transformar estas áreas en tierras agrícolas o ganaderas, tanto por razones de índole económica como ambiental dada su pobreza y condición edafo-hídrica [...]" (Del Valle, 1989:13). En efecto, en la región no existe virtualmente el colonato ni las fincas ganaderas o agrícolas convencionales. La escasa agricultura existente se limita a cultivos asociados y multiestratificados, que incluyen algunos componentes forestales —agro-silvicultura—, localizados exclusivamente en los diques de algunos ríos y, generalmente, de subsistencia. La ganadería tiene aún mayores limitaciones (Del Valle, 1989:13). En 1921, el Padre Merizalde recuerda haber visto a lo sumo cinco caballos en toda la costa (Merizalde y Recoleta 1921). Al respecto, el panorama actual no ha cambiado sustancialmente.

En tales condiciones: "Muchos de estos habitantes no podrían llamarse con propiedad agricultores y, puesto que su mayor actividad, ingresos y bienes los derivan de producciones silvícolas permanentes, debería denominárseles campesinos silvicultores" (Del Valle, 1989: 13-14). Tal caracterización establece una distinción clave con los antiguos recolectores de la tagua, el caucho y el mangle, ya que los recolectores de la madera, llamados corteros,

"[...] al construir los canales de aprovechamiento, mantenerlos y emplearlos durante muchos años en la cosecha y extracción de la madera, conservando una cobertura forestal con potencial para regenerar el bosque original, demuestran que han realizado actos de 'posesión' y mejoras que los harían propietarios de las tierras o, cuando menos, poseedores de algunos de sus bienes de producción, lo cual permite

llamarlos campesinos en el sentido sociológico del término"
(Del Valle, 1989: 14).

Es pertinente anotar, además, que en su relación con el bosque las comunidades encuentran una gran base para la reproducción de su vida cotidiana y doméstica. El aporte del bosque a la dieta alimentaria diaria es definitivo: la caza y la pesca y el complemento de las frutas silvestres ricas en aceites. Otras producciones forestales de importancia significativa para las comunidades son varias especies de árboles y palmas, con los cuales se construyen las viviendas, las canoas, canales y potros, los instrumentos musicales y los enseres domésticos (Del Valle, 1989: 14-15).

El estudio etnobotánico de Caballero (1995) permite deducir una larga historia de intercambios culturales entre las etnias indígena y negra, acerca de saberes y destrezas. West pensaba que los negros aprendieron más de los indígenas y consideraba las tradiciones africanas significativamente debilitadas. Pero otros estudios y datos indican otra cosa, la construcción de una vigorosa cultura afro-colombiana en las tierras bajas del litoral Pacífico (Zuluaga, 1987; Friedemann y Arocha, 1986; Romero, 1990). Dados los escasos estudios etnobotánicos en Colombia cabe destacar el trabajo de Caballero. Dicho estudio se dividió en seis fases: contacto y convivencia con las comunidades negras e indígenas; identificación y entrevista a los curanderos, jaibanás, sobanderos, parteras, constructores, artistas y demás agentes de la cultura tradicional; selección de sitios para la recolección del material vegetal de acuerdo con las indicaciones de los reconocedores de las plantas; recolección y registro de datos etnobotánicos; determinación de las especies colectadas; clasificación en grupos según los usos. Los resultados son elocuentes acerca de la amplitud de los intercambios culturales y el vigor de las culturas negra e indígena, así como sobre la relación entre las culturas y el medio natural. Caballero encontró un

total de 235 especies que corresponden a 80 familias: *Piperaceae*, *Asteraceae*, *Labiatae*, *Graminae*, *Acanthaceae*, *Mimosaceae*, *Rubiaceae* fueron las más abundantes con 17, 11, 11, 8, 7, 6, y 6 especies respectivamente. De acuerdo con los usos, se encontraron las siguientes categorías y números de especies 110 medicinales, 81 alimenticias, 30 construcción y vivienda, 22 rituales y mágicas, 17 combustibles —leña y carbón— 12 para construcción de embarcaciones, 10 como cebaderos de fauna silvestre —*aguaitaderos*—, 7 elaboración de instrumentos musicales, 8 utensilios domésticos, 6 condimentos, 6 cestería, 6 indicadores de suelos agrícolas, 4 utensilios para la pesca, 4 venenosas, 4 aromáticas, 3 barbascos o ictiotóxicos, 2 como forraje para animales domésticos, 2 sicotrópicas, 1 lubricante.

Las 110 plantas medicinales se clasificaron según su aplicación y número de especies así: 22 antiofídicas, 22 analgésicas, 18 mágico-medicinales, 16 gastrointestinales, 14 antipiréticas, 11 hepáticas, 7 antiespasmódicas, 7 antiinflamatorias, 6 antirreumáticas, 6 antihemorroidales, 7 hemostáticas, 6 antianémicas, 4 bacteriostáticas, 4 bronquiales, 3 antibióticas para enfermedades de transmisión sexual, 3 analgésicos locales, 2 uteroestimulantes, 2 renales, 2 tranquilizantes, 1 antihipertensiva, 1 estimulante del sistema nervioso, 1 oftálmica, 1 ótica, 1 abortiva, 1 dérmica, 1 antisicótica (Caballero, 1995: 3-4).

Un manejo, conocimiento y dominio del bosque como el que se deduce de esta investigación, sólo es comprensible en tanto forma parte de la memoria colectiva, de la herencia de grupo y del resultado de un profundo y complejo proceso de apropiación del territorio. Apropiación en sentido integral, es decir, cósmico-vital, de aprovechamiento, de convivir y existir de él, de aprender y crecer juntos; en una palabra, de haberlo ocupado históricamente.

No obstante, en contraste con el anterior panorama, las relaciones actuales de los campesinos con el bosque se han tornado críticas. Hasta hace poco tiempo, no se contaba con un estudio de diagnóstico socio-económico de las comunidades negras e indígenas de la zona. Pero, en 1992, el Programa de Investigación del Proyecto Bosques de *Guandal* realizó una encuesta en el terreno, complementada con talleres participativos con la comunidad, que cubrió un universo del 23 % del total de la población en la misma proporción para las dos etnias. En 1993 se realizó la sistematización estadística de la encuesta y la interpretación de estos datos (Martínez, 1995). Con base en este estudio, aludiremos a aquellos aspectos relacionados con la perspectiva del presente escrito.

Las relaciones de los campesinos con el bosque como productores de madera no tienen más de cuatro décadas de duración, lapso relativamente breve si se considera que el ciclo biológico de las especies maderables dura mucho más de cuarenta años. En este período, la producción maderera ha tendido a declinar; tal reducción de la capacidad productiva se puede asimilar a una descapitalización efectiva —si se acepta al *Guandal* como un bien de producción o de capital—, cuya consecuencia es la reducción del producto forestal per cápita y, si no hay fuentes sucedáneas de ingreso, los niveles del ingreso familiar también declinan.

El deterioro de la productividad del bosque de *guandal* es el fruto de prácticas relacionadas y reforzadas entre sí, de las cuales se destacan: 1) la cosecha de madera ha superado la productividad natural, como lo confirman la reducción de las existencias de cuángare (*Otoba gracilipes*), la disminución del lapso entre una y otra corta y la disminución del volumen de trozas extraídas; 2) la erosión genética "[...] que implica la corta sistemática y por décadas de los individuos más precoces y sanos en los bosques coetáneos —*sajales*— y disetáneos —*cuangariales*—, de *piolos* —árboles jóvenes de escaso diámetro—" (Del Valle, 1993: 31) ; 3) el predominio de un méto-

do de extracción consistente en la construcción de *cunetas* —zanjas—, que modifica la estructura y dinámica del bosque; y 4) la desaparición de productos forestales y animales, como evidencia de la pérdida de la diversidad de especies típicas del Bosque Húmedo Tropical (Martínez, 1995).

Las actividades agrícolas también se han deteriorado. En la medida que la población ha crecido, ha descendido la capacidad productiva y la agricultura migratoria ha sido sustituida por la permanente. Productos que antes se cultivaban, como el maíz, el plátano y el arroz, hoy se compran. Esto ocurre, principalmente, entre las familias negras en contraste con las indígenas, que con la constitución de las reservas han ampliado su dotación de tierras. De este modo, se ha llegado a un grave deterioro de la autosuficiencia alimentaria dentro de la explotación familiar. De acuerdo con datos del Plan Pacífico (1992) acerca de la población que se encuentra en situación de "pobreza", Olaya Herrera —Bocas de Satinga— presenta un 93% de sus habitantes en tal situación, uno de los porcentajes más altos del Pacífico colombiano (Martínez, 1995).

Este manejo del bosque y la crítica situación de las actividades agrícolas tiene que ver tanto con las conflictivas relaciones entre los campesinos y los propietarios de los aserraderos, quienes han convertido el aprovechamiento del bosque en una nueva esclavitud para aquéllos —como se detallará más adelante—, como con el proceso de apropiación de las tierras agrícolas y silvícolas, el cual, en gran medida ya terminó. Así, el hecho de que la herencia sea el origen principal de la tenencia de las tierras, permite proponer como hipótesis

"[...] la existencia de un proceso de fragmentación de las tierras forestales y agrícolas. Esto es, que la dotación de recursos de tierra de las familias negras e indígenas es cada vez menor y, consecuentemente, dada la ausencia de cam-

bios que acrecienten la productividad natural y del trabajo y de transformaciones en la distribución del producto neto, igual suerte corre el ingreso familiar de origen agrario" (Martínez, 1995).

Cabe precisar, sin embargo, que entre los indígenas es notable la apropiación por trabajo como forma de adquisición de las explotaciones agrícolas y forestales; ello está asociado con la constitución de reservas indígenas, tanto en la parte alta del río Satinga como en la del Sanquianga. Las reservas han propiciado, por así decirlo, la ampliación de las bases campesinas de las familias indígenas y es deducible que también un fortalecimiento de su cultura.

De otra parte, entre los campesinos negros de Olaya Herrera la diferenciación social —asociada con la desigual dotación de activos de tierras—, se acentúa, diferenciación que ellos tratan de atenuar mediante la utilización de determinadas relaciones de producción para potenciar los recursos productivos disponibles y generar el ingreso familiar requerido. El mecanismo que mejor tipifica estas relaciones es el acto de *pagar la salida*, o cancelarle al poseedor del bosque la extracción de la madera, por los campesinos que, o bien no disponen de bosque, o éste no es suficiente para cubrir sus necesidades. Este pago se hace con parte del producto extraído. Así se configuran evidentes desniveles en el ingreso familiar, siendo éste más precario para unos que para otros (Martínez, 1995).

Pero también, como lo confirman distintas observaciones de campo y la propia opinión de los campesinos negros, las relaciones sociales vienen sufriendo notables y perniciosos cambios. Durante el último período, por ejemplo, el *cambio de mano* ha declinado como forma comunitaria de trabajo. Por tanto, de una forma tradicional que permite ampliar la capacidad laboral y productiva de las familias mediante la reciprocidad y las relaciones horizontales de consanguinidad, compadrazgo y amistad; se ha consolidado, en su defecto, el

trabajo en sociedad y ha aparecido el *contrato* —trabajo a destajo—, como nuevas formas de organización del trabajo que son extrañas a los patrones culturales de la región. Adicionalmente, con el fin de atenuar en algo las difíciles condiciones del núcleo familiar, se está presentando la migración de uno o más de sus hijos, en la mitad de las familias campesinas negras y en la tercera parte de las indígenas. No hay suficientes elementos para sostener que se trata de una migración definitiva o temporal; pero sí se sabe que, en algunos casos, los ausentes continúan apoyando como pueden a sus familias de origen.

Finalmente, deterioradas tanto la productividad natural del bosque como la productividad del trabajo de los campesinos negros, el verdadero negocio de la madera lo están realizando los "industriales" y comerciantes de la misma, localizados en Bocas de Satinga, en 28 aserraderos, que intermedian con el gran mercado de Buenaventura. Los campesinos negros transfieren toda la riqueza de su extenuante trabajo a los propietarios de los aserraderos, quienes no agregan ningún valor al trabajo humano y, en cambio, sí realizan una apropiación inequitativa del esfuerzo ajeno (Martínez, 1995). El precio pagado a los campesinos negros por las trozas apenas remunera entre el 83 y 86 % del valor de los jornales movilizados. No es mejor la situación de los trabajadores de los aserraderos, a quienes se les impone el pago a destajo y el desconocimiento de sus derechos laborales ante la indolencia de las autoridades respectivas, siendo tan pobres como los campesinos negros (Martínez, 1995).

Del Valle, con base en varias investigaciones, resume la delicada situación de estas comunidades así:

"De las 114.200 ha que tiene el municipio, sólo 20.139 ha como máximo se pueden dedicar al uso agropecuario, hay 51.413 ha de bosques aprovechables, 100 % de los cuales ya han soportado una o varias intervenciones en los últimos 50

años y quedan 42.587 ha en manglares del parque Sanquianga, bosques inaccesibles, pantanos y cuerpos de agua. De los aproximadamente 21.000 habitantes del municipio, unos 15.000 son rurales. Esto significa que sólo se dispone 22 y 8.6 ha de bosque y tierra agrícola respectivamente por familia promedio, verdaderos minifundios dada tanto la cosecha posible en estos ecosistemas como su sistema 'paleotécnico'. Nuestras investigaciones indican que una familia requiere para vivir sólo del bosque unas 250 ha y si fuese de la agricultura o de la agrosilvicultura de 17 y 35 ha mínimo, respectivamente. Desde estos puntos de vista el municipio está sobrepoblado" (Del Valle 1994:10).

Conclusión: recuperación del territorio negro y desarrollo sostenible del bosque

En el extremo sur-occidental del país se configuran unas características geofísicas y etnográficas bastante peculiares. En términos fisiográficos la región presenta una síntesis del país colombiano, puesto que allí se articulan tres espacios naturales diferentes: en primer lugar, la región oriental, selvática y amazónica; en segundo término, la región occidental, las tierras bajas de la costa Pacífica, que permiten la invasión del mar en ellas, y dan lugar a los humedales forestales denominados manglares, natales, *Guandales*, así como a los esteros, y hacia donde corren diversos ríos nacidos en la cordillera Occidental; finalmente, a estas dos regiones las separa el cordón montañoso andino, configurándose la región más andina de Colombia. Las regiones occidental y central corresponden al departamento de Nariño, mientras que la oriental pertenece a los de Putumayo y Caquetá. Ahora bien, desde el punto de vista cultural, complementan la anterior geografía dos zonas etnográficas, claramente delimitadas. Por una parte, como se ha visto, en la vasta zona del litoral Pacífico crecieron las poblaciones negras y mulatas a

partir de los antiguos centros mineros, así como algunos grupos indígenas marginales. Por la otra, las culturas indígenas y las poblaciones blancas y mestizas ocuparon la zona andina central y oriental, asentadas en las mesetas frías de Ipiales, Túquerres y Pasto, y en los valles medios de las hoyas del Guaitara, el Pacual y el Mayo. Ambas zonas etnográficas poseen como línea divisoria principal la cordillera Occidental. Pero, aunque estos son hechos evidentes, ni el Estado ni la sociedad colombiana lo han reconocido históricamente así. La trascendencia actual de este acto de elemental justicia con las comunidades negras no admite discusión y es un principio de solución a los problemas que las aquejan.

En el contexto del proceso de la Asamblea Nacional Constituyente, que condujo a la nueva Carta Constitucional de 1991, fue evidente la presencia de la etnicidad negra. El Artículo Transitorio 55 (Constitución Política de Colombia, 1991) y su transformación en la actual Ley 70 de 1993, que reconoce el derecho a la propiedad colectiva de las tierras ancestralmente ocupadas por las comunidades negras, deben ser comprendidos como expresiones e instrumentos de la etnicidad negra. En la medida que se propone reivindicar el territorio, lo étnico pasó a asumir un papel activo, de "actualización histórica" de las comunidades negras, de conciliación entre su pasado, presente y futuro.

En la actualidad, una mayor conciencia acerca de la importancia de defender el territorio se va convirtiendo en un hecho político, en torno del cual se está construyendo identidad y puede contribuir con los procesos de concertación con el Estado. En este proceso, la Consultiva Departamental de Nariño —respecto de la Comisión Especial—, que agrupa a las distintas organizaciones de las comunidades negras, ha dado un gran paso en cuanto concierne a la claridad de sus propósitos al cambiar su nombre en la última asamblea de mayo de este año celebrada en Bocas de Satinga, por el de Palenque Departamental de Nariño: Territorio Negro.

En este escrito se ha tratado de mostrar el proceso mediante el cual los ocupantes negros del Pacífico Sur colombiano construyeron, en condiciones de relativa libertad y autonomía, no obstante los expoliantes modelos extractivos que se les impusieron, una cultura propia afro-colombiana y unas formas de identidad. La ocupación histórica del territorio no deja lugar a dudas, pero es necesario subrayar la peculiaridad de la condición de estos campesinos negros al respecto. En efecto, se trata de ocupantes de hecho del territorio; es decir, una forma original de la propiedad que responde a la especificidad histórica del proceso de poblamiento de estas tierras. En una palabra, los campesinos negros son los propietarios antiguos de la tierra, con la cual se identificaron para construir su cultura.

Algunos investigadores nacionales (Vélez, 1988; del Valle, 1989), a partir de reflexiones sobre la silvicultura y siguiendo principios planteados por investigadores internacionales, poseen el mérito de haber planteado, inclusive en términos políticos, la trascendencia de estos problemas para el país y las comunidades negras, en particular. Ellos sostuvieron que si no existía claridad jurídico-política sobre la propiedad de las tierras del Pacífico en el desarrollo económico-social, tampoco era posible pensar en un manejo sostenido del bosque. En consecuencia, que desde el Estado debía haber voluntad política para hacer armónico el desarrollo y para definir quiénes eran los verdaderos propietarios de los recursos, única forma de establecer un auténtico manejo sostenido del bosque. La propuesta de la propiedad comunal y familiar para las familias negras fue planteada por Del Valle desde 1989, y el Programa de Investigaciones del Proyecto Bosques de *Guandal* encuentra aquí una de sus grandes justificaciones.

Así, en la presentación de la edición de la Ley 70 que realizó el programa para difundir entre las comunidades negras, se dice:

"El Proyecto intenta corresponder sus objetivos y formas de trabajo, con elementos fundamentales contenidos en la Ley 70. Objetivos de aquél como el de lograr el manejo sostenido del bosque a través de metodologías participativas y el de mejorar el nivel de vida de la población que habita en sus áreas de asentamiento ancestral en la costa Pacífica nariñense, no podrían llevarse a cabo sin una definición acerca de la propiedad, en manos de quienes han hecho acto de posesión desde hace más de un siglo en dichos ecosistemas, y por medio de la cual han construido elementos de una específica identidad cultural. La creación del territorio de *Guandal* ha conllevado además la práctica de unos deberes y derechos sociales, económicos y políticos, que el Estado colombiano ha comenzado a reconocer con la Ley 70, que asumiremos el conjunto de instituciones y ciudadanos de la nación colombiana".

En caso de consolidarse este camino esperanzador, basado en la resistencia, se podría cerrar el largo período de la esclavitud del oro y la madera, dándose paso a uno nuevo: la recuperación del territorio negro e indígena.

Archivos

A.C.C: Archivo Central del Cauca. Popayán.

I.M.-A.H.P: Instituto Municipal. Archivo Histórico de Pasto. Pasto.

Bibliografía

Almario, Oscar. 1993. "Espacio, poblamiento y cultura en el valle geográfico del río Cauca, 1850-1900." En: *Fronteras, Regiones y Ciudades en la Historia de Colombia*. Bucaramanga. VIII Congreso Nacional de Historia de Colombia.

_____. 1994. "Subregiones políticas y subregiones culturales". En: *Historia del Gran Cauca.*, Periódico Occidente. Noviembre. Fascículo No 9. p 167-172. Cali. Universidad del Valle.

_____. 1994. *La Configuración Moderna del Valle del Cauca, Colombia 1850-1940*. Cali. Cegan.

Almario, Oscar y Castillo, Ricardo. 1994. "Comunidades negras en Bocas de Satinga Nariño: de la esclavitud del Oro y la madera a la resistencia y recuperación del territorio." Medellín. Ponencia VII Congreso Nacional de Antropología. Universidad de Antioquia.

Caballero, Rodrigo. 1995. *La Etnobotánica de las Comunidades Negras e Indígenas del Delta del Río Patía*. Quito. Abya-Yala. Biopacífico.

Calero, Fernando. 1991. *Pastos, Quillacingas y Abades 1535-1700*. Bogotá. Biblioteca Banco Popular.

Castillo, Ricardo. 1995. *El canal Naranjo: historia de una tragedia socio-ambiental en la cuenca baja del río Patía*. Medellín. tesis de grado historia. Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín. Asociada al Proyecto Bosques de *Guandal* (Col 89/011).

Cenproes. 1993. Bogotá (documento).

Colmenares, Germán. 1979. *Popayán: una sociedad esclavista, 1680-1800*. Medellín. La Carreta.

_____. et al. 1986. *La Independencia: Ensayos de Historia Social*. Bogotá. Colcultura.

_____. 1990. "El tránsito a sociedades campesinas de dos sociedades esclavistas en la Nueva Granada. Cartagena y Popayán, 1780-1850." En: *Revista Huellas*. Barranquilla. Universidad del Norte. No. 29.

Cerón Solarte, Benhur. 1985. *Contexto Socioeconómico de las Migraciones Internas de Nariño*. Pasto. Universidad de Nariño.

Departamento Administrativo Nacional de Estadística (Dane). 1994. "Censo 93: Población por departamentos y municipios". En: *El Espectador*. p 1D y 4D, agosto 3.

Díaz, Zamira. 1994. *Oro, sociedad y economía*. El sistema colonial en la gobernación de Popayán: 1533-1733. Santafé de Bogotá. Banco de la República.

Deler, Jean Paul. 1987. *Espacio y nación: Ecuador del espacio al Estado nacional*. Quito. Banco Central del Ecuador.

De Granda, Germán. 1973. "Dialectología, historia social y sociología lingüística en Iscuandé." En: *Thecuandé*. Bogotá. Boletín del Instituto Caro y Cuervo. Tomo XXVIII. No.3 Sep- dic 1973. p 461-462.

Del Valle, Jorge Ignacio. 1989. "Pasado, presente y perspectiva de manejo de los bosques de *Guandal* del litoral Pacífico colombiano". En: *Revista Facultad Nacional de Agronomía*. Medellín. 42 (1):3-24.

- _____. 1993. "El problema de la selección disgénica en los bosques de *Guandal* y propuesta para su solución". En: *Crónica Forestal y del Medio Ambiente*. Medellín. 8:59-74.
- _____. 1994. "Programa de Investigación del Proyecto Bosques de *Guandal*." Seminario Internacional Primera Fase del Plan de Acción para Colombia. Santafé de Bogotá. 13 p.
- Del Valle, Jorge Ignacio. 1995. "*Prácticas tradicionales de producción y ordenamiento territorial*". En: Restrepo Eduardo y del Valle, Jorge Ignacio (eds.). *Renacientes del Guandal: "Grupos Negros" de los ríos Satinga y Sanquianga*. Medellín Biopacífico - Universidad Nacional Sede Medellín.
- _____. y Gómez, Augusto. 1990. *La economía extractiva en la Amazonia colombiana. 1850-1930*. Bogotá. Tropenbos-Coa.
- Echeverry, Rodrigo. 1979. "El canal ecocida; un daño irreparable a toda una región". En: *Alternativa*. Nariño. No. 231, Sep. p 20-27
- Friedemann, Nina S. de y Arocha, Jaime 1986. *De sol a sol: Génesis, Transformación y Presencia del Negro en Colombia*. Bogotá. Planeta.
- Garrido, José Miguel. s.f. Ocd. "La misión de Tumaco". En: *Creencias Religiosas*. Tomo VII. San Sebastián. España. Victoria España. Biblioteca Carmelita Teresiana.
- _____. 1981. *Tras el Alma de un Pueblo. Folklore Religioso del Vicariato de Tumaco*. Sin datos bibliográficos.
- Guerra, Gonzalo. 1980. *Tierra del Oro. Reseña Histórica de Barba-coas*. Pasto. Imprenta Departamental. Marzo.

- Helguera, José León. 1985. "Pasto: política y prensa en la Frontera Granadina, 1830-1854". En: *Popayán*. Popayán. Organo de la Academia de Historia del Cauca. No 72 (301). Agosto.
- Instituto Geográfico Agustín Codazzi (Igac.). 1983. *Atlas regional Pacífico*. Bogotá. 96 p.
- Jaramillo, Jaime. 1986. *Ensayos de Historia Social Colombiana*. 2 Vol. Bogotá. Tercer Mundo.
- Martínez, Arturo. 1995. "Campesinos de los bosques de *Guandal*". En: Restrepo, Eduardo y del Valle, Jorge Ignacio (eds.). *Renacientes del Guandal: "Grupos Negros" de los ríos Satinga y Sanquianga*. Biopacífico. Universidad Nacional Sede Medellín.
- Merizalde, P. Bernardo y Reoleto, Agustino. 1921. *Estudio de la costa colombiana del Pacífico*. Bogotá. Imprenta del Estado mayor general.
- Orbes, Camilo. 1987. *Los Sindaguas: ¿Caribes o Mayos del Mar Pacífico?*. Bogotá. Cafam. 197 p.
- Quijano, Alberto. 1980. "Gestión del departamento de Nariño (antecedentes políticos)" En: *Revista Meridiano*. Pasto. No 23, agosto.
- Rodríguez, Pablo. 1990. "Aspectos del comercio y la vida de los esclavos. Popayán, 1780-1850". En: *Boletín de Antropología*. Medellín. Universidad de Antioquia. Vol. 7, N° 23.
- _____. 1992. *Cabildo y vida urbana en el Medellín colonial. 1675-1730*. Medellín. Editorial Universidad de Antioquia.

Romero, Mario. 1990. *El Poblamiento Negro en la Costa Pacífica Colombiana, Siglo XVIII*. Tesis de maestría en historia andina. Universidad del Valle. Cali.

Taussig, Michael. 1978. *Destrucción y Resistencia Campesina*. El Caso del Litoral Pacífico. Bogotá. Editorial Prag.

Tovar Pinzón, Hermesa; Tovar M., Camilo; Tovar M. Jorge. 1994. *Convocatoria al Poder del Número. Censos y Estadísticas de la Nueva Granada. 1750-1830*. Santafé de Bogotá. Archivo General de la Nación. República de Colombia.

Valdivia Rojas, Luis. "Mapas de densidad de población para el suroccidente 1843 y 1870". En: *Historia y Espacio*. Revista de Estudios Históricos Regionales. Cali. Departamento de Historia. Universidad del Valle. Vol. 2. No 5-6. Abril-junio de 1980.

Valencia, Alonso. 1993. "La cuestión decimista: la independencia política del Sur del Cauca". En: *Región*. Revista del Centro de Estudios Históricos Regionales del Suroccidente Colombiano. Cali. Año 1. No 1. Noviembre de 1993.

Yacup, Sofonías. 1976. *Litoral recóndito*. Buenaventura.

Vélez, Norberto. 1988. "Los bosques tropicales: conservación y desarrollo." En: *Crónica Forestal y del Medio Ambiente*. No. 5.

West, Robert. 1957. *The Pacific Lowlands of Colombia: a Negroid Area of the American Tropics*. Baton Rouge. Louisiana State University Press.

Zalamea, Jorge. 1936. *El Departamento de Nariño*. Esquema para una Interpretación Sociológica. Bogotá. Imprenta Nacional.

Zambrano, Fabio y Bernard, Oliver. 1993. *Ciudad y Territorio*. El proceso de poblamiento en Colombia. Santafé de Bogotá. Academia de Historia de Bogotá-Instituto Francés de Estudios Andinos.

Zuluaga, Francisco. 1987. "El Patía: un caso de producción de una cultura." En: Cifuentes Alexander (ed.). *Seminario Internacional sobre: la Participación del Negro en la Formación de las Sociedades Latinoamericanas*. Bogotá. Canal Ramírez-Antares Ltda.

Zuluaga, Francisco y Romero, Mario Diego. 1993. "Comunidades negras del Pacífico: territorialidad y economía," En: *Revista Universidad del Valle*. Cali. No. 5, p. 18-27.



Zanjas para la extracción de las trozas de madera

Las zanjas son fundamentales en la infraestructura construida en los bosques para el proceso maderero.

Con la época de lluvias o con la influencia de las mareas se llenan las zanjas de agua permitiendo el desplazamiento de las trozas a través de ellas.

Foto: Eduardo Restrepo



Campesinos de los bosques de guandal

ARTURO MARTÍNEZ BOLÍVAR*

** Economista del Proyecto Bosques de Guandal,
adscrito a la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.*

Introducción

Los campesinos silvicultores que aprovechan los bosques de *guandal* de la costa Pacífica nariñense proveen aproximadamente el 25 % de la madera extraída de los bosques naturales del país (Motta, 1992). De esta manera, aquellos campesinos suministran una fracción apreciable de las maderas que consume la economía nacional, particularmente la industria de la construcción, que llegó a ser considerada el sector líder del crecimiento económico "[...] para hacerle frente a los problemas propios del subdesarrollo" (Giraldo y López, 1987:55).

Simultáneamente, en los municipios donde se encuentran aquellos campesinos y bosques hay altísimos porcentajes de población pobre. Así, en Olaya Herrera, localidad que delimita el territorio de este trabajo y de las tareas del Proyecto Bosques de *Guandal* —Pbg—, los pobladores con necesidades básicas insatisfechas representan el 93 % del total (Presidencia de la República, 1992). Con tal porcentaje no debe parecer extraña la aspiración de dicho Proyecto de "mejorar el nivel de vida de los campesinos". Una de las vías para lograr esta aspiración es, ciertamente, el acrecentamiento del ingreso que obtienen los campesinos negros e indígenas por la producción y realización de uno de sus bienes: la madera que le venden a los propietarios de los aserraderos instalados en la misma localidad.

Ahora bien, como la suerte del ingreso monetario se decide tanto en la producción como en la venta de los productos llevados al mercado, el propósito de elevarlo nos condujo a examinar ambas esferas de la actividad económica maderera.

Para cumplir este objetivo consideramos las relaciones de los campesinos tanto con los propietarios de los diferentes factores productivos que intervienen en el proceso productivo, como con el objeto del proceso de trabajo: los bosques de *guandal*. También examinamos las relaciones entre los campesinos silvicultores y los propietarios de los aserraderos para la fijación del precio de mercado de la madera bruta, y la participación de Corponariño —el organismo estatal que debe promover el "desarrollo sostenible" del territorio que estamos considerando— en la riqueza maderera local y la asignación de estos recursos.

Sin embargo, durante la ejecución del trabajo requerimos abarcar en nuestras indagaciones la producción agrícola. El examen de esta actividad, fuente importante de ingresos y empleo, nos permitió avanzar en la inteligencia del funcionamiento de la economía familiar en cuyo seno ocurre la producción forestal. El mismo criterio nos animó a incluir una nota sobre el ciclo coquero vivido por la localidad en la década anterior.

Este trabajo, además, hace aportes a la identificación de la heterogeneidad económica de los campesinos negros e indígenas que ocupan los bosques de *guandal*. En efecto, con el examen del sistema de producción, dilucidamos las diversas relaciones económicas que los campesinos ponen en juego para emplear las desiguales dotaciones de recursos productivos y, de este modo, definir los niveles en estas economías. La importancia de ello se aprecia mejor si se advierten sus efectos desiguales en las acciones que emprenda el Pbg.

Nótese que empleamos el concepto "campesinos" para referirnos a los pobladores negros e indígenas Eperara del área de trabajo del

Pbg: las relaciones sociales que usan para producir, las cuales describiremos adelante, proveen la base para el uso de aquel concepto. Otros criterios que nos impelen a calificarlos como campesinos son: sus relaciones de mercado —de subordinación— con los propietarios de los aserraderos, su participación en el mercado local de factores productivos, y su articulación con la economía nacional y con los mercados internacionales —en la doble condición de oferentes y demandantes de bienes y servicios. Empero, lo precedente no significa que se hayan extinguido las "adcripciones étnicas" de ambos grupos. Es así como en este período hemos asistido a la recreación y fortalecimiento de las "[...] identidades [que] se dan por autoadcripción y por adcripción por parte de otros," (Mendoza, 1990:367), de estos negros e indígenas Eperara.

Para la obtención de la información necesaria en la elaboración de este trabajo, el cual se ejecutó en el marco del Diagnóstico Participativo realizado por el Pbg, usamos diversas técnicas de trabajo de campo, como la observación directa, las entrevistas y el muestreo. También revisamos una parte de los archivos del distrito Satinga de Corponariño y, por supuesto, la bibliografía pertinente. Mención especial merece la utilización de los talleres participativos, ya que no sólo aportaron bastante información sino que, también, fueron los lugares y momentos en los cuales los pobladores de las áreas rurales expresaron su lectura de la realidad que viven.

Los talleres participativos consistieron en la formulación de interrogaciones, confeccionadas y revisadas en diversos momentos por miembros del Proyecto, agrupadas en tres temas —social, forestal y agroforestal—, a los campesinos de las veredas comprendidas en su área de intervención, quienes se reunieron durante tres noches para tal fin.

Sin embargo, la información obtenida por medio de los talleres participativos expresa en ciertas oportunidades no la situación predo-

minante en la respectiva vereda sino la del grupo que respondió; siendo necesaria, entonces, su comparación con la obtenida mediante otros instrumentos.

Las tablas que aparecen en este trabajo se elaboraron con base en la encuesta efectuada por el Proyecto en su área de trabajo en octubre de 1992. Encuestamos el 23 % de las familias campesinas de cada una de las veredas comprendidas en el área de trabajo del Proyecto; de esta manera, la población de cada río y etnia conservó en la muestra la participación que tiene en el total. Este último lo consultamos en un documento que poseen los sacerdotes de la parroquia de Bocas de Satinga, el cual contiene los resultados de un censo elaborado por ellos y las entidades públicas que laboran en el municipio. El censo de marras se realizó en diciembre de 1991.

Los datos muestrales los obtuvimos mediante la "autoinscripción". En los talleres participativos se comunicaron los propósitos, fechas y lugares de la encuesta. A los jefes de familia se les invitó a participar insistiendo en la voluntariedad del acto. Una vez cumplida la meta propuesta en cuanto al número de jefes encuestados, suspendimos la labor y les informamos a los campesinos que, eventualmente seguían llegando, que la cantidad de formularios respondidos era suficiente para nuestros propósitos.

El tamaño de la muestra nos compelió a contratar cuatro bachilleres de la localidad. Los seleccionamos, capacitamos y supervisamos su labor; luego de cada jornada se revisó el trabajo hecho y se introdujeron los correctivos y ajustes necesarios.

Es plausible que hayamos contratado bachilleres de Bocas de Satinga para que trabajaran como encuestadores. En algunos casos, su familiaridad con los pobladores de las veredas del área de intervención del Proyecto permitió un ambiente más propicio para la tarea de encuestar dado que ciertos problemas derivados de algunas ac-

ciones del Proyecto, la coyuntura histórica del Pacífico colombiano y los temores apenas naturales despertados por las encuestas, provocaron que en algunos casos, al arribo de los encuestadores, se percibiera un ambiente con un hálito poco menos que hostil. Sin embargo, salvo uno o dos casos —particularmente en Nuevo San José—, cumplimos con las metas fijadas.

Otra circunstancia digna de mención, y que se constituye en factor que limita las posibilidades de los datos obtenidos con la encuesta, fue la imposibilidad de expresar las dimensiones de las explotaciones agrícolas y forestales así fuera en unidades domésticas para que, después de su conversión, pudieran leerse en las unidades que el desarrollo industrial, comercial y científico ha popularizado entre nosotros.

Estructura de las explotaciones agrícolas y forestales

La apropiación originaria de las tierras agrícolas y silvícolas que hoy aprovechan los campesinos indígenas y negros de Olaya Herrera, se realizó mediante la inversión de su trabajo en ellas: actividad humana que las transformó por medio de la construcción de *carrileras*, *zanjas* o desmontándolas para luego cultivarlas. No obstante, actualmente la apropiación por trabajo es la forma de acceso a la posesión de tierras forestales y agrícolas menos importante; las otras dos formas de adquisición de tierras, la compra y la herencia, tienen un mayor peso (véanse tablas 1 y 2).

La alta participación de la herencia, sumada a otras cuestiones que comentaremos adelante, nos conduce a proponer como hipótesis la existencia de un proceso de fragmentación de las tierras forestales y agrícolas; es decir, que la dotación de recursos de tierra de las familias negras e indígenas es cada vez menor y, en consecuencia, dada la ausencia de cambios que acrecienten la productividad natural y

del trabajo y de transformaciones en la distribución del producto neto, igual suerte corre el ingreso familiar de origen agrario.

La importancia relativa de la compra como forma de adquisición de las tierras informa la existencia de un mercado de este factor productivo al que acuden los campesinos como oferentes y demandantes: es, pues, un mercado campesino; pero ¿quiénes compran o acumulan activos de tierra?, ¿quiénes venden o desacumulan? El trabajo de campo indica que mediante las transacciones en el mercado de tierras opera un proceso de redefinición de la estructura de la "pro-

Tabla 1. Forma de adquisición de las explotaciones forestales desglosada por etnia

Adquisición	Negra		Eperara	
	No.	%	No.	%
Apropiación por trabajo	19	21,59	2	33,33
Compra	36	40,91	1	16,67
Herencia	32	36,36	3	50
Sin dato	1	1,14	0	0
Total	88	100	6	100

Tabla 2. Forma de adquisición de las explotaciones agrícolas desglosada por etnia

Adquisición	Negra		Eperara	
	No.	%	No.	%
Apropiación por trabajo	28	14,66	3	25,0
Compra	68	35,6	7	58,33
Herencia	90	47,12	2	16,67
Sin dato	5	2,62	0	0
Total	191	100	12	100

riedad" que expresa: 1) la constitución de un núcleo campesino que logra adquirir más tierras y, por tanto, mantiene o eleva su ingreso y 2) que ciertas familias, compelidas por la insuficiencia de los ingresos corrientes, venden todas o una parte de sus tierras. Advertimos que mientras los primeros se oponen a la predicha fragmentación, los segundos, con su comportamiento, la contrarrestan o la confirman. Además, estos dos fenómenos, relacionados entre sí, sugieren la actuación en la localidad de un proceso identificado en otras regiones de economía campesina en América del Sur: dada la inexistencia de nuevas tierras en la localidad para ser incorporadas a la producción y la práctica imposibilidad de un fraccionamiento mayor, la permanencia de unos exige la descampesinización de otros (Carrasco, 1990).

En este sentido, la posibilidad de elevar, o incluso mantener, el ingreso producido por la explotación de las tierras exige acrecentar la cantidad de éstas, o sea, se hace por la vía extensiva.

El proceso de fraccionamiento identificado, resultado neto de las tendencias y contratendencias anotadas, participa en la explicación de una situación que es particularmente crítica, por sus consecuencias, en el caso de las tierras silvícolas: el aprovechamiento irracional de los bosques, en el sentido de su no conservación, expresado, entre otras cosas, en la extracción de los denominados *piolos*¹. Tal irracionalidad, al lesionar la productividad del ecosistema forestal, incide negativamente en la cantidad de producto e ingreso generados que debe dividirse entre un mayor número de habitantes².

Las situaciones descritas en los párrafos anteriores evidencian que el proceso de apropiación de tierras ya terminó o que, como ocurre

¹ Voz local usada para designar las trozas cuyo diámetro inferior es menor de ocho pulgadas.

² Según el Dane (1988), la tasa de crecimiento exponencial de la población de Olaya Herrera entre 1973 y 1985 fue 2,708.

en el caso de las silvícolas, los costos que implica la extracción de madera con la tecnología predominante y los precios en el mercado local, determinan que haya áreas *boscosas* — con poca intervención o sin ella — no susceptibles de ser aprovechadas.

Entre los indígenas la participación que exhibe, en los últimos años, la apropiación por trabajo como forma de adquisición de las explotaciones agrícolas y forestales es asociada con la constitución de reservas indígenas en las partes altas de los ríos Satinga y Sanquianga. Algunas familias indígenas, que apenas se asoman a la vida social y productiva, se han hecho poseedoras apropiándose mediante la inversión de trabajo, de tierras ubicadas en las reservas. Además, todas pueden acceder a ciertas áreas *boscosas* de las reservas. Estas reservas han propiciado, digámoslo así, la ampliación de las bases campesinas de las familias indígenas; como lo mostraremos adelante, son menos frecuentes o inexistentes entre ellas la venta de su fuerza de trabajo, la migración, la extracción de madera de tierras forestales de otros mediante el pago de rentas y la relación financiera con los propietarios de aserraderos. Así, en la obtención del ingreso que les permita reproducirse, las familias campesinas indígenas, en oposición a las negras, poco usan estrategias que signifiquen adquirir ingresos monetarios por fuera de sus propias explotaciones o ceder, mediante el pago de intereses, parte del producto generado.

Un fragmento considerable de las *fincas* de negros e indígenas fue adquirido mediante la compra y la apropiación por trabajo en los últimos quince años (véanse tablas 3 y 4). Esta movilidad e incorporación de nuevas tierras agrícolas a la producción coincide con la reasignación de recursos productivos y, por tanto, con cambios en el perfil de la economía local y en sus relaciones con la economía nacional e internacional que trajo consigo el cultivo y procesamiento de la hoja de coca. La simultaneidad de la intensa demanda de tierras cultivables con la bonanza coquera, sugiere que la última favoreció

o financió la acumulación familiar de *fincas* y que su excedente también tuvo un uso productivo y no meramente de consumo.

Los siguientes datos permiten un primer acercamiento a la jerarquización de las diferentes fuentes de ingreso familiar del conjunto campesino: el 33 % de los jefes de familia encuestados no posee explotaciones forestales mientras que sólo el 3,88 % del total carece de tierras agrícolas. El 41,17 % de los primeros, todos ne-

Tabla 3. Relación de la forma de adquisición de las explotaciones agrícolas mediante la apropiación por trabajo con el tiempo de adquisición

Años	Negra		Eperara	
	No.	%	No.	%
0-5	2	7,41	1	33,33
> 5-15	15	55,56	2	66,66
>15-25	7	25,93	0	0
>25-35	0	0	0	0
>35	3	11,11	0	0
Total	27	100	3	100

Tabla 4. Relación de la forma de adquisición de las explotaciones agrícolas por compra con el tiempo de adquisición

Años	Negra		Eperara	
	No.	%	No.	%
0-5	10	14,71	3	42,85
>5-15	28	41,18	3	42,85
>15-25	16	23,53	1	14,28
>25-35	8	11,76	0	0
>35	6	8,82	0	0
Total	68	100	7	100

> = mayor que

gros, afirman que su ocupación principal o secundaria —definida según la distribución de su tiempo de trabajo— es la extracción de madera; por lo que, para realizar esta actividad, deben *pagar la salida*, es decir, cancelan al poseedor del bosque que aprovechan rentas en dinero, producto o trabajo; son, entonces, campesinos sin tierra silvícola. Los campesinos sin tierra agrícola son aquellos cuya ocupación principal o secundaria es el cultivo de la tierra, pero que no poseen *fincas*, estos, también negros, que representan un magro 2,0 % de la muestra, recurren a la aparcería. Debe advertirse, además, que una fracción apreciable de los "sin tierra" conforman núcleos familiares relativamente jóvenes (Pbg, 1993).

Pero no sólo los campesinos sin tierra silvícola *pagan la salida*; también lo hacen campesinos negros que sí poseen tierras forestales y agrícolas, pero insuficientes para obtener el ingreso familiar requerido.

Así, entonces, se fortalece la hipótesis relativa al fraccionamiento de la posesión de las tierras y sus consecuencias sobre el ingreso: la inexistencia de una frontera agrícola en la localidad y el fraccionamiento de las tierras del frente agrícola han determinado la existencia de campesinos negros con poca tierra o sin ella que deben pagar a otros campesinos rentas territoriales. Además, podemos iniciar el delineamiento de otra hipótesis: la existencia de niveles en los campesinos negros de Olaya Herrera, de estratos ligados, en este caso, con la desigual dotación de recursos de tierra.

Se ha usado adrede el concepto "posesión" y no el de "propiedad" para aludir al control, no sancionado jurídicamente por el Estado, ejercido por los campesinos sobre sus tierras. La conducta estatal limita y pone en desventaja a estos campesinos en sus relaciones económicas con otros agentes, como la banca oficial y los enlatadores de palmito. Es, por tanto, una especie de propiedad que no surte todos sus efectos.

Relaciones sociales de producción

Relaciones de trabajo

Lo primero que debe relevarse aquí es la diversidad de relaciones de trabajo que usan los campesinos negros e indígenas para aprovechar sus bosques, cultivar sus tierras y realizar otras actividades productivas. Relaciones que, con excepción del trabajo asalariado, permiten movilizar capacidad de trabajo sin la mediación del dinero.

Los campesinos de ambas etnias utilizan con mayor frecuencia mano de obra familiar, *cambio de mano* y trabajo asalariado en las actividades agrícolas que en las forestales (véanse tablas 5 y 6). Aunque los datos contenidos en las tablas aludidas no informan sobre la cantidad de trabajo que en cada forma y conjuntamente se aplica en cada actividad, éstos sí son indicadores que contribuyen a precisar la respuesta a la interrogación por la jerarquía de las fuentes de ingreso familiar y de la asignación del tiempo de trabajo disponible.

Tabla 5. Relaciones de trabajo en la explotación agrícola familiar, dadas por etnia y río, en porcentaje

Etnia y río	Trabajo familiar		Cambio de mano		Jornal	
	Sí	No	Sí	No	Sí	No
Negra						
Satinga	80,36	19,64	57,14	42,86	92,86	7,14
Negra						
Sanquiange	77,14	22,58	83,87	16,13	77,42	22,58
Negra						
Esteros	100		100		62,5	37,5
Eperara						
Satinga	100		75	25	50	50
Eperara						
Sanquianga	75	25	75	25	25	75

Tabla 6. Relaciones de trabajo en la explotación forestal familiar, desglosadas por etnia y río, en porcentaje

Etnia y río	Trabajo familiar		Cambio de mano		Jornal	
	Sí	No	Sí	No	Sí	No
Negra						
Satinga	62,5	37,5	41,07	58,93	62,5	37,5
Negra						
Sanquianga	58,06	41,94	67,74	32,26	61,29	38,71
Negra						
Esteros	75	25	75	25	62,5	37,5
Eperara						
Satinga	75	25	75	25	75	25
Eperara						
Sanquianga	50	50	50	50	25	75

Distribución del tiempo de trabajo familiar

De la lectura de la tabla 7, referida a la estructura ocupacional de los hombres negros, resaltamos:

1. En ningún grupo de edad la silvicultura es la ocupación principal con mayor participación; sí lo es, después de los veinte años, y en forma creciente, la agricultura.
2. Sólo en el caso del grupo etario 12-19, donde el estudio es la ocupación principal más frecuente, la participación de la silvicultura supera a la de la agricultura.
3. Alrededor de la tercera parte de los hombres negros entre los 12 y los 19 años ocupa la mayor parte de su tiempo en el uso y manejo de los recursos naturales; la silvicultura es la opción predominante.

4. La venta de su fuerza de trabajo, como ocupación principal, es más frecuente entre la población joven y tiende a perder importancia con la edad.

La anterior descripción recuerda la tesis de varios estudiosos de las economías campesinas, cuyo contenido afirma que a lo largo del desarrollo demográfico de la unidad familiar cambian tanto la disponibilidad y el acceso a los recursos productivos, como la racionalidad de sus estrategias económicas y sociales (Bernal, 1990). Veamos las razones por las cuales esta hipótesis se adecua a la realidad de las unidades familiares campesinas en Olaya Herrera.

1. Una fracción importante de los hombres negros menores de 29 y mayores de 12 años encuentra en la venta de su mano de obra, o sea, en el trabajo asalariado, su opción individual de reproducción y su forma de contribución a la de la unidad familiar. Son campesinos que apenas se vinculan o llevan relativamente poco tiempo en la producción, y que deben trabajar y obtener ingresos en explotaciones forestales o agrícolas diferentes de las de su unidad familiar.

Tabla 7. Ocupación principal de la población masculina, etnia negra, por grupos de edad, en porcentaje

Ocupación principal	Edad (años)				
	< 12	12-19	20-29	30-55	>55
Silvicultura	1	18,87	30,23	29,85	10
Agricultura	1	13,21	37,21	59,70	76,67
Oficios domésticos	1	3,77	2,33	1,49	0
Carpintería	0	0	2,33	1,49	6,67
Estudio	47	54,72	4,65	0	0
Trabajo asalariado	2	5,66	20,93	4,48	0
Pesca	0	1,89	0	2,99	3,33
Ninguna	48	1,87	2,33	0	3,33

Queda la duda sobre si estos campesinos llegarán a producir como poseedores de suficientes recursos de tierra.

Lo dicho en el párrafo anterior nos entrega otro elemento que contribuye a delinear la hipótesis ya propuesta acerca de la existencia de estratos en el interior de las economías campesinas de los negros del municipio Olaya Herrera. Tal elemento que, por supuesto, debe cruzarse con otros, consiste en la existencia de unidades donde algún(os) miembro(s) debe(n) vender, no incidentalmente sino en forma más o menos permanente, su fuerza de trabajo, puesto que entre otras razones, la familia no posee suficientes tierras donde aquélla pueda emplearse.

2. Con la edad, la silvicultura y la agricultura como ocupaciones principales pierden y ganan importancia respectivamente: el esfuerzo físico requerido por las tareas de extracción de madera, sumado a la relativamente rápida "depreciación" de la fuerza de trabajo que ellas provocan, imponen restricciones a la movilidad de la mano de obra, a su aplicación en las diferentes actividades productivas.

Esta limitación a la movilidad de la fuerza de trabajo campesina explica los momentos desiguales de la distribución entre los hijos de las tierras que poseen los padres: mientras que las forestales se reparten a medida que aquéllos se hacen capaces de trabajar sin la tutela de los padres o se separan del núcleo familiar para formar otro, las agrícolas se distribuyen generalmente cuando el padre muere.

Entre los campesinos indígenas se cumple lo expresado acerca de la desigual importancia de las actividades silvícolas y agrícolas entre los negros (véase tabla 8); empero, hay diferencias que deben subrayarse.

1. Los hombres indígenas se vinculan más temprano que los negros a la producción como ocupación principal.

Tabla 8. Ocupación principal de la población masculina, etnia Eperara, por grupos de edad, en porcentaje

Ocupación principal	Edad (años)			
	< 12	12-19	20-29	30-55
Silvicultura	0	0	50	20
Agricultura	0	100	50	0
Estudio	54,55	0	0	0
Otras (enfermería, educación)	0	0	0	33,33
Ninguna	4,45	0	0	16,67

Nota: no existe población masculina de la etnia indígena mayor de 55 años.

2. Si se comparan las ocupaciones principales de los indígenas con las de los negros, se concluye que la economía familiar de los primeros es menos diversificada que la de los segundos. Proponemos dos explicaciones de esta diferencia: la primera recuerda lo manifestado sobre el efecto de la constitución de las reservas en la ampliación de las bases campesinas de los indígenas; así, por ejemplo, el trabajo asalariado no aparece como alternativa predominante de ocupación en cualquiera de los grupos de edad. La segunda, y menos significativa, es la localización de la mayor parte de sus viviendas y frentes de trabajo en la parte alta de los ríos, lejos de la zona de estuarios que brinda una oferta ambiental más diversa, que es aprovechada, con un menor gasto de trabajo en transporte, por los negros que habitan en ella.

Ahora comentaremos algunas cuestiones relativas al trabajo de las mujeres campesinas indígenas y negras (véanse tablas 9-12).

Que el trabajo en el hogar sea en forma creciente la ocupación principal de las mujeres negras no obsta para que algunas dediquen la mayor parte de su tiempo de trabajo a otras actividades; así, debe considerarse, para las mujeres de esta etnia de los grupos 20-29 y 30-

Tabla 9. Ocupación principal de la población femenina, etnia negra, por grupos de edad, en porcentaje

Ocupación principal	Edad (años)				
	< 12	12-19	20-29	30-55	>55
Silvicultura	0	0	2,38	1,33	0
Agricultura	1,14	1,85	0	1,33	0
Oficios domésticos	5,68	24,07	64,29	62,67	86,67
Estudio	39,77	51,85	4,76	0	0
Trabajo asalariado	0	7,41	7,14	13,33	0
Ganadería	0	0	0	1,33	0
Pesca	0	0	0	1,33	0
Artesanía	0	0	7,14	2,67	0
Otras (enfermería, educación)	0	1,85	14,27	16,00	13,33
Ninguna	53,41	12,95	0	0	0

Tabla 10. Ocupación secundaria de la población femenina, etnia negra, por grupos de edad, en porcentaje

Ocupación principal	Edad (años)				
	< 12	12-19	20-29	30-55	>55
Silvicultura	0	0	0	1,33	0
Agricultura	3,41	3,7	14,29	10,67	20
Ganadería	0	0	0	2,67	0
Oficios domésticos	5,68	25,93	4,76	12	0
Artesanía	2,27	1,85	7,14	6,67	20
Pesca	0	0	2,38	4	13,33
Otras (madre comunitaria, enfermera)	3,41	1,85	11,9	18,67	13,33
Sin respuesta	85,23	66,67	59,52	44	33,33

Tabla 11. Ocupación principal de la población femenina, etnia Eperara, por grupos de edad, en porcentaje

Ocupación principal	Edad (años)			
	< 12	12-19	20-29	30-55
Oficios domésticos	0	40	100	80
Estudio	25	60	0	0
Sin respuesta	75	0	0	20

Nota: no existe población femenina de la etnia indígena mayor de 55 años.

Tabla 12. Ocupación secundaria de la población femenina, etnia Eperara, por grupos de edad, en porcentaje

Ocupación principal	Edad (años)			
	< 12	12-19	20-29	30-55
Agricultura	25	0	0	0
Artesanía	0	40	100	60
Otras (ayuda al esposo)	0	0	0	20
Sin respuesta	75	60	0	20

55 años, el trabajo asalariado como la ocupación principal más frecuente luego de las actividades domésticas. Debe anotarse, también, el lugar de la agricultura y los servicios -que en las tablas aparecen con el rótulo de otras- como ocupaciones secundarias de algunas mujeres negras.

No sucede lo mismo con las mujeres indígenas, puesto que su contribución a la reproducción de los núcleos familiares se desarrolla fundamentalmente en el hogar; por lo cual poseen una débil participación en el tejido de relaciones interfamiliares que conforman la sociedad campesina.

Es necesario, sin embargo, realizar una aclaración pertinente al análisis elaborado en este apartado: los comentarios se refieren sólo a las ocupaciones principales y secundarias de los hombres y las mujeres de las dos etnias que desde hace decenas de años pueblan el territorio de intervención del Proyecto *Guandal*. No se soslaya, entonces, que desarrollen otras actividades, pero sólo nos referimos a aquéllas que consumen la mayor parte del tiempo de trabajo familiar.

Completamos lo expresado sobre el trabajo de las mujeres con lo manifestado por los campesinos en los talleres participativos acerca de él. La mano de obra femenina se demanda con mayor intensidad en las coyunturas de relativa escasez de fuerza de trabajo; esto es, en ciertas épocas de siembra o cosecha y en la víspera de las celebraciones de Semana Santa y Navidad. La capacidad de trabajo de las mujeres constituye, entonces, una reserva que anularía eventuales aumentos del valor del jornal en los momentos de mayor demanda en el mercado campesino de fuerza de trabajo.

Finalmente, diremos que en las veredas Pambul y La Loma, ubicadas en zonas de esteros, el trabajo de las mujeres y los niños se aplica intermitentemente a otra actividad: la captura de peces y crustáceos que no sólo se autoconsumen sino que, con su venta en el mercado local de Bocas de Satinga, engruesan el ingreso monetario de la familia.

Cambio de mano

El *cambio de mano*, forma de intercambio campesino de fuerza de trabajo no mediada por el dinero, es la misma "mano prestada" o "mano vuelta" que usan los campesinos de Los Andes o de las regiones de colonización.

Nos interesa destacar que la intensidad del uso de esta relación de trabajo contribuye a definir tanto el monto de los costos monetarios

de la madera extraída o de los productos de la finca, como la necesidad y cuantía del crédito que deben contratar los campesinos para financiar su "capital de trabajo". Puede plantearse, entonces, que con la utilización del *cambio de mano* la unidad familiar amplía la capacidad de producción más allá de los límites trazados por su disponibilidad de trabajo y dinero.

Sin embargo, en casi todas las veredas donde se celebraron los talleres participativos, los pobladores afirmaron que el *cambio de mano* cede lugar a otras relaciones de trabajo. Esta tendencia descendente obedece a: 1) no permite movilizar mano de obra con la celeridad que reclaman las circunstancias del mercado o del proceso de producción, y 2) el campesino que presta su trabajo no lo monetiza, esto es, no obtiene un ingreso monetario—el jornal— por su jornada de trabajo. En este punto es clara la existencia de un conflicto entre la lógica de cada una de las dos partes participantes del *cambio de mano*: la una, el "prestatario", quiere mantener bajos los costos monetarios y los adelantos de dinero para efectuar la producción; la otra, el "prestamista", desea conseguir un ingreso monetario que le dé capacidad de comprar los bienes de consumo que la familia requiere. Es esto lo que aparece implícito en el alegato de los campesinos cuando culpan al "costo de vida" de la suerte del *cambio de mano*.

Sólo en cuatro veredas— La Nueva Balsa, La Herradura, La Nueva Floresta y Caimanes, las dos primeras pobladas por negros y las otras por indígenas—, los campesinos aseveraron que, antes que declinar, el *cambio de mano* se ha fortalecido. En estas cuatro veredas, y ahí habría que buscar una de las causas de la evolución desigual del *cambio de mano*, descuellan procesos de organización comunitaria que han robustecido los intercambios horizontales entre los campesinos que las habitan.

Trabajo en sociedad

En la encuesta realizada no hay referencias del *trabajo en sociedad*, y ellas no abundaron en los talleres participativos; pero en nuestro trabajo de campo sí tuvimos noticia de él. El *trabajo en sociedad* no es sólo una relación de trabajo, también una relación social en la que se redistribuye la posesión de las tierras forestales.

La confluencia de varias circunstancias permite considerar que esta relación social de producción tiende a expandirse:

1. Posibilita la movilización de recursos de trabajo, tierra y dinero diferentes de los propios. Aunque no todos los socios deben poseer áreas *boscosas*, cada uno debe aportar su mano de obra y pagar, de acuerdo con sus recursos de dinero, una parte de los costos monetarios de la extracción. Un efecto importante de lo último es la reducción de la inversión de dinero por cabeza.
2. Empequeñece el monto y la necesidad misma del crédito para financiar el aprovechamiento por la disminución de los costos monetarios de la extracción y su pago conjunto.
3. Permite adquisición, mediante la compra conjunta, de *zanjas* de explotaciones forestales, dada la baja capacidad de ahorro de las economías familiares.
4. Cabe esperar del *trabajo en sociedad* un impacto ambiental positivo de la redistribución de la tierra y el producto forestal que trae consigo porque: 1) se accede, como ya se comentó, a activos de tierras diferentes de los propios, aliviándose así la presión sobre éstos, y 2) a diferencia de lo expresado por algunos, sobre lo ocurrido cuando se paga la salida, tienen menos posibilidad las conductas más devastadoras del bosque puesto que su poseedor es un *socio* y trabaja en la *sociedad*.

Trabajo asalariado

La compra y venta de mano de obra es más común de lo que sugieren las tablas sobre las ocupaciones principales y secundarias de los hombres y las mujeres de las dos etnias que pueblan los campos de Olaya Herrera. A ese mercado campesino, campesino puesto que los oferentes y demandantes tienen esa calidad, acuden muchos en forma más o menos incidental. Lo cierto es que la venta de fuerza de trabajo es una de las estrategias de reproducción de muchas unidades campesinas de Olaya Herrera, que se traduce en la elevación del ingreso monetario familiar.

Reiteramos que los campesinos compran fuerza de trabajo para responder a las exigencias de los procesos productivos y extractivos, a las coyunturas favorables del mercado local de la madera, y a la disponibilidad de tal factor productivo en la unidad familiar, y no porque estén viviendo necesariamente un proceso de transición hacia formas capitalistas de organización de la producción. Finalizamos esta sección entregando otro dato que ilustra la situación de —para expresarlo en forma benigna— desigualdad que, en relación con los hombres, padecen las mujeres de las dos etnias: el valor de su jornal es menor que el de aquéllos.

Relaciones de los productores directos con los poseedores de la tierra

En los párrafos siguientes explicitaremos nuevos elementos acerca de las relaciones entre campesinos negros poseedores de activos de tierra que consienten que otros, campesinos negros también, a cambio de la cesión de un fragmento del producto que obtienen, exploren sus tierras.

Pagar la salida

Cuando un campesino extrae madera y usa la *cuneta*, la *carrilera*, o ambas, de un bosque ajeno debe *pagarle la salida* a su poseedor, bien sea en dinero, producto o trabajo. La forma y el monto del pago dependen del grado de intimidación existente entre las dos partes; así, por ejemplo, pueden ser 10, 15 ó 20 trozas por cada 100 extraídas o sus respectivos equivalentes en dinero, o tres días de trabajo o los necesarios para limpiar la *cuneta*, o...

Hemos denominado, con cierta imprecisión, a dicho pago "renta territorial". En realidad, es una amalgama de rentas del suelo y recuperación de la inversión de trabajo y dinero realizada por el campesino "propietario" en la construcción y mantenimiento de la *zanja* y la *carrilera*.

Propusimos arriba una descripción de la lógica del campesino que *paga la salida*; en seguida describiremos la de quien recibe el pago. Partimos del siguiente interrogante: ¿por qué este último no extrae directamente la madera? Sugerimos: su explotación excede la capacidad tanto de trabajo como de dinero de la familia, así recibir el *pago de la salida* es una forma de movilizar tales factores productivos sin acudir a otro tipo de relaciones que no puede o no quiere utilizar, por ejemplo, el trabajo asalariado y la contratación de un crédito con los propietarios de aserraderos. Ese campesino tiene, por tanto, un excedente de recursos de tierra que emplea mediante la relación comentada. El agente que recibe el pago es, en la mayoría de los casos, un campesino que guarda un vínculo de amistad, vecindad o parentesco con quien paga; en pocas ocasiones es un propietario de aserradero (véase tabla 13).

Lo último concuerda con algo que hemos comprobado en el terreno: en términos generales, los propietarios de aserraderos no lo son de áreas *boscosas*; por consiguiente, los grados desiguales de integra-

Tabla 13. Relación de producción *pagar la salida*, dada por etnia y río, en porcentaje

Etnia y río	Paga salida		Condición del propietario del bosque que recibe el pago			Forma de pago			
	Sí	No	DA	PT	Otro	D	M	D&M	NR
Negra									
Satinga	32,14	67,86	11,11	22,22	66,67	38,89	22,22	0	38,89
Negra									
Sanquianga	5,81	74,19	2,5	0	87,5	37,5	37,5	25	0
Negra									
Esteros	37,5	62,5	0	0	100	66,67	0	0	33,33
Indígena									
Satinga	0	100							
Eperara									
Sanquianga	0	100							

Donde

DA: dueño de aserradero

D: dinero

PT: partidor

M: madera

Otro: (amigo, pariente)

D&M: las dos anteriores

NR: no respondió

ción vertical existentes en la transformación-circulación de la madera no cobijan, con excepciones desdeñables, la fase de la extracción que, como ya ha sido advertido por otros autores (Marag y Roche, 1987), la ejecutan los campesinos negros e indígenas.

El impacto ambiental de *pagar la salida* tiene dimensiones positivas y negativas: el campesino que paga, al aplicar su trabajo en tierras forestales ajenas, disminuye la presión sobre las propias, si las tiene; no obstante, hemos escuchado quejas que lo tildan de arrasador de las primeras.

Con la relación de marras se hace evidente que las interacciones entre los campesinos no sólo son horizontales —*cambio de mano, trabajo en sociedad*—, sino también verticales o de subordinación, en las que unos se ven obligados a entregar a otros una parte de su trabajo sobrante o incluso necesario, en la forma de rentas, restringiéndose así la capacidad de ahorro y de consumo de los primeros.

La aparcería

Por medio de las encuestas pudimos detectar una aparcería marginal entre los campesinos negros. Los indígenas no la practican. A ella acuden, como aparceros, tanto ese escaso 2% de campesinos sin tierra agrícola como un 5,82 % de los campesinos que sí poseen *fincas* (véase tabla 14). El carácter marginal de la aparcería sugiere que las unidades familiares poseen los recursos de trabajo y dinero suficientes para adelantar directamente la explotación de sus parcelas, o que los disminuidos rendimientos de los cultivos, cuestión que ampliaremos adelante, hacen inviables las formas de producción que signifiquen la división del producto de las *fincas*. La lógica de cada una de las dos partes participantes en la aparcería es similar a la de las que intervienen en el *pago de la salida*, esto es, cada una busca valorizar recursos productivos excedentes. Quien da aparcería, además de aportar la tierra, cancela una fracción de los costos monetarios; el aparcerero, en cambio, cubre la parte restante y entrega la fuerza de trabajo necesaria. La división del producto se hace de acuerdo con esa distribución del pago de los costos monetarios.

Si, entre otros determinantes, los resultados económicos concuerdan con su forma de tomar decisiones económicas y poseen la capacidad técnica y financiera pertinentes, los campesinos aprovecharán la oferta ambiental³ brindada por el ecosistema que ocupan y, por

³ Entenderemos la oferta ambiental como "la capacidad actual y potencial de los ecosistemas para rendir flujos alternativos de bienes y servicios económicos" (Cepal/Pnuma, 1990).

Tabla 14. Aparcería, dada por etnia y río

Etnia y río	Sí		No	
	N	%	N	%
Negra				
Satinga	4	7,14	52	92,86
Negra				
Sanquianga	2	6,45	29	93,55
Negra				
Esteros	2	25	6	75
Eperara				
Satinga	0	0	4	100
Eperara				
Sanquianga	0	0	4	100

Sistemas de aprovechamiento forestal y de manejo agrotecnológico.

tanto, transforman. Es así como los pobladores de los bosques de *guandal*, amén de extraer madera de especies como el sajo (*Camposperma panamensis*) y el cuángare (*Otoba gracilipes*), cosechan de él otros productos como animales, frutos y fibras vegetales. También pescan y cultivan en las áreas que actualmente se pueden dedicar a tal actividad.

Debemos subrayar aquí la naturaleza estacional de esa oferta ambiental que, por ejemplo, condiciona el transporte menor de las trozas a la cantidad de agua en las *zanjas*, la cual varía gracias a las lluvias, a las *pujas* o a ambas. Otros condicionantes, en este caso de la intensidad del aprovechamiento de la oferta ambiental, son de orden cultural: para atender un consumo acrecentado, en la víspera de algunas celebraciones religiosas, los campesinos extraen casi que con frenesí toda la madera que pueden empujando, con ese comportamiento, los precios de ésta hacia abajo.

Aspectos de los sistemas de extracción y producción

Los sistemas de extracción y producción de los campesinos de las dos etnias comparten elementos claves para entender tanto su contexto de relaciones económicas como los condicionantes y posibilidades de las acciones del Proyecto dirigidas a promover la transformación de dicho contexto. Veamos dichos elementos:

1. Tanto en el aprovechamiento de los productos del bosque como en el cultivo de la finca el trabajo es el principal insumo productivo. Las tecnologías predominantes pueden calificarse de intensivas en trabajo, lo que hace a las economías campesinas ora débiles, ora fuertes, en la competencia con otras formas de organización de la producción.

La importación de arroz de mayor calidad y menor precio, producido en las *fincas* capitalistas del interior del país, provocó la desaparición de su cultivo en la localidad. El arroz vernáculo, según testimonio oral de un trabajador del Sena que vivió en la región, era de muy bajo rendimiento y su cultivo, manejo y cosecha, consumían un alto número de jornales, casi todos femeninos. No usaron la hoz. Para completar el malhadado cuadro, el arroz de Bocas de Satinga, cuya venta también se efectuaba en los mercados locales vecinos, se descascaraba en pilones ineficientes y con básculas que se equivo-caban, pero no a favor del campesino.

En la región que hoy es jurisdicción del distrito Satinga de Corponariño hubo, según Inderena y Reid Collins Associates Ltd. (1976), "aprovechamiento mecanizado" de madera. Creemos que éste desapareció porque llegó a ser técnica y económicamente inviable. Los frentes de aprovechamiento se alejaban paulatinamente de las *quebradas* y, de manera concomitante, los costos de extracción crecían. Así, esta forma capitalista de aprovechamiento su-

cumbió frente a la competencia de las economías campesinas que con su tecnología y su ya proverbial "[...]disposición[...] a producir a precios inferiores de los que un productor capitalista exigiría para hacerlo en igualdad de condiciones [...]" (Cepal., 1982), pudieron y pueden entregar trozas a precios menores.

2. En los sistemas de producción de estos campesinos el consumo de insumos importados es muy bajo o, lo que es lo mismo, se reproduce con base en la utilización de recursos locales.

3. La cultura productiva, forestal y agrícola, está en ciernes. Ejemplos de ello son: la manifiesta incompetencia para controlar con algún éxito las plagas y enfermedades que hoy atacan con severidad casi todos los cultivos, y el desconocimiento de prácticas forestales más o menos elementales.

Con justicia podemos aducir que el estadio de la cultura productiva de la localidad revela también el tipo de presencia del Estado, que ni siquiera ha llevado los servicios técnicos que otras regiones campesinas conocen desde hace varios quinquenios. Pero no podemos soslayar otras determinaciones estructurales: las relaciones de los campesinos con el bosque, en su acepción de productor de madera, no tienen más de cuatro décadas de edad, lapso relativamente breve si se considera que el ciclo biológico de las especies maderables dura mucho más de cuarenta años. Además, gracias tanto a las conflictivas relaciones de aquéllos con los propietarios de aserraderos, como al mayúsculo y agotador esfuerzo físico para extraer las trozas, el aprovechamiento del bosque aparece para los campesinos como una "esclavitud" y así lo escuchamos una y otra vez en forma de petición cuando encuestamos: "que el Proyecto nos ayude a salir de la *esclavitud* de la madera", dijeron tanto negros como indígenas. En fin, si la relación con el bosque es tan oprobiosa no hay un suelo nutricional para el desarrollo de una cultura forestal.

Sistema de aprovechamiento forestal

La hipótesis sobre la descapitalización

Un ecosistema forestal como el *guandal* puede considerarse como un bien de producción que genera un conjunto diverso de productos. Pero la intervención humana en ese ecosistema puede conducir a que tal bien de producción rinda una menor oferta de bienes y servicios. A esta reducción de la capacidad productiva podemos denominarla descapitalización, y es lo que está ocurriendo en el área de trabajo del Proyecto; que, sumada al crecimiento de la población y al tipo de evolución de los precios, resulta en una reducción del producto forestal por cabeza y en—si no hay fuentes sucedáneas de ingreso— la caída de los niveles de ingreso familiar.

El deterioro de la productividad del bosque de *guandal* es el fruto de prácticas que se relacionan y refuerzan entre sí. Entre ellas, siguiendo las respuestas de los campesinos y otros agentes privados y públicos que operan en la localidad, y nuestra observación directa, destacamos:

1. La cosecha de madera ha superado la productividad natural. Ello se manifiesta en la drástica reducción de las existencias de cuálgare, y en la disminución tanto del lapso entre una y otra corta del diámetro de los individuos apeados, como del volumen de trozas extraídas.
2. La erosión genética "[...]que implica la corta sistemática y por décadas de los individuos más precoces y sanos en los bosques coetáneos —sajales— y disetáneos —cuangariales— (Del Valle, 1993).
3. El método de extracción predominante: la construcción de *cunetas*, por ejemplo, propicia cambios desfavorables en la estructura y dinámica del bosque. Los indígenas y algunos negros cuentan que

las *zanjas* producen impactos negativos como el drenaje, el derribamiento de los árboles próximos a ellas y la aparición de especies no comerciales. Empero, hay campesinos negros que afirman que tales construcciones propician el desarrollo de individuos de especies muy apreciadas comercialmente como el cedro (*Cedrela odonata*) y la garza (*Tabebuia rosea*). Todos sí coinciden en señalar que en los contornos de la *zanja* se pueden cultivar productos agrícolas. La determinación de su efecto neto debe ser objeto de la investigación, al igual que las presuntas ventajas de las *zanjas* ciegas.

Pero no sólo se afectan negativamente las especies maderables comerciales sino también las que ofrecen fibras vegetales, y los animales. En el taller participativo realizado en San José los campesinos dijeron que la materia prima para confeccionar canastos escasea "porque la construcción de *zanjas* seca el terreno" (Pbg, 1993). En nuestras entrevistas con indígenas y negros hay un común denominador: ya no cazan, porque prácticamente se extinguieron animales como el saino (*Tayassu pecari*), el mico, el mono y el mongón. Aparece, entonces, una problemática ya conocida en otras regiones de bosque húmedo tropical: la pérdida de la diversidad de especies, ya que en estos ecosistemas ellas presentan una alta susceptibilidad a la extinción por la acción de tres factores: alto endemismo, estrecha dependencia de la mayoría de las especies frente al hábitat y la baja densidad de especies por área de bosque.

Costos y excedentes

El análisis precedente provoca que admitamos como cierta otra aserción campesina: que los costos de extracción de las trozas exhiben una tendencia creciente. Si ha caído la productividad del bosque, cuestión también expresada en la existencia de unas *puntas*⁴ menos

⁴ Área boscosa en la cual se encuentran los árboles para contar.

densas en árboles aprovechables, y los frentes de aprovechamiento se alejan de las *quebradas*, cada vez que los campesinos extraigan madera deben intervenir una extensión boscosa mayor y construir más *brazas*⁵ de *zanja* y *carrilera*. El resultado es el aumento de los costos de transporte menor.

Pero como las *puntas* no son homogéneas en densidad ni las *carrileras* y *zanjas* que deben recorrer las trozas tienen la misma longitud, aparece la posibilidad de la obtención de "rentas diferenciales" lo que implica que haya campesinos que al invertir un menor número de jornales en la extracción de un ciento de trozas, produzcan un mayor excedente.

El seguimiento de algunos casos arrojó resultados que no impugnan lo expuesto en los anteriores párrafos. Aquellos dicen que el precio que los propietarios de los aserraderos les pagan a los campesinos por la madera extraída no cubre el valor de los jornales que éstos deben invertir en tal aprovechamiento, configurándose así el denominado "intercambio desigual", en la teoría de la articulación de las formas de producción campesinas con la economía capitalista. Si multiplicamos el número promedio de jornales que un campesino silvicultor debe invertir para extraer un ciento de trozas, 54,13 (véase tabla 15) por el precio del jornal, \$3.000—octubre de 1992—, obtenemos el costo total de la fuerza de trabajo que demanda el aprovechamiento de cien trozas, es decir, \$162.390. Como el precio promedio de un ciento en la misma fecha era \$140.000 es evidente que el "mercado"—léase: las relaciones comerciales entre los campesinos y los aserraderos— sólo remunera, con los precios anotados, el 86,21% de los jornales que el campesino consume en la extracción. Además, si en los costos se incluye la depreciación de los instrumentos de trabajo—hacha y machete—, tal porcentaje se

haría menor. Podemos concluir, entonces, que a la producción natural de madera el "mercado" no le imputa ningún valor.

Finalmente, nótese que las mayores desviaciones estándar ocurren en las labores de transporte menor, lo que es coherente con lo expresado arriba sobre la existencia de "rentas diferenciales" en el aprovechamiento maderero.

La extracción de *piolos*

Aunque, como lo cuentan los campesinos de Naidizales y Guabillales, "hasta los *piolos* están escasos" (Pbg, 1993) el estrechamiento del lapso entre una corta y otra—es decir, el estrujamiento del bosque— ha implicado el progresivo aprovechamiento de árboles de menor diámetro. Si antes, según ellos, obtenían trozas de más de 30 pulgadas, las de hoy no pasan de 20 pulgadas de diámetro.

Tabla 15. Insumo de jornales en la extracción de cien trozas

Labor*	Número promedio de jornales	Desviación estándar
Cortar	3,83	1,04
Rozar	5,59	1,56
Desramar	4,50	-
Trozar	3,43	0,51
Montar	6,89	1,02
Labrar	1,70	-
Correr	4,58	2,49
Regar	5,40	2,96
Bañar	8,09	2,02
Amarrar	1,60	0,14
Construcción de la carrilera	8,52	2,70
Total	54,13	

* La descripción de cada una de estas labores se encuentra en Marag y Roche (1987).

⁵ La braza, unidad de longitud nativa, equivale aproximadamente a 1,7 m.

Un conjunto de factores naturales, técnicos y económicos determinan este tipo de aprovechamiento por parte de negros e indígenas. Algunos de estos factores son:

1. La existencia de demandantes de *piolos*.
2. Con la extracción de *piolos*, en oposición a lo que acontece con las trozas de diámetro superior, los campesinos consiguen superar las limitaciones que la escasez de agua en las *zanjas* le impone al transporte menor.
3. Si bien el precio de los *piolos*, alrededor de \$ 40.000 el ciento, es inferior al de las trozas de diámetros superiores, los costos monetarios de su extracción son también menores. Al aprovecharlos los campesinos pueden adelantar una actividad consecuente con su baja capacidad de ahorro. Además, hay quienes acuden a su extracción con el propósito de obtener algún dinero que les permita financiar el aprovechamiento de árboles de diámetros mayores. Este objetivo se favorece, como lo veremos en seguida, con el uso de la fuerza de trabajo de los niños, mujeres y ancianos del núcleo familiar.
4. En las tareas de extracción de los *piolos*, particularmente en las de transporte menor, participan miembros de la unidad familiar que no podrían emplearse, por el enorme esfuerzo físico que reclaman las labores de movilización de trozas más gruesas.
5. La ausencia de costos de oportunidad para los recursos movilizados en la actividad que comentamos, ni el dinero ni el trabajo tienen un uso más fructífero para el campesino.

Lo expuesto indica que no es suficiente colocarle epítetos a la conducta del campesino, es necesario descubrir las razones del tipo de relación que sostiene con el ecosistema forestal.

Sistemas de manejo agrotecnológico

En nuestra estancia en la localidad se identificaron tres subsistemas, a saber:

1. Agricultura migratoria, pero no de tala y quema. Es el cultivo del maíz alternado con un período de descanso, barbecho, de más o menos dos años. Uribe (1993) encontró que los rendimientos del cultivo del maíz, 1.336 kg/ha con 12,5 kg de semilla, son similares a los obtenidos en otros lugares de la costa Pacífica; pero menores que los conseguidos en el interior, los que pueden ascender a 4.000 kg/ha con igual cantidad de semilla. La misma autora considera que las causas de esta marcada desigualdad se encuentran en el carácter extremadamente ácido de los suelos y en la inexistencia de prácticas de sostenimiento de los cultivos de maíz en Olaya Herrera.

Sobre la tendencia de este sistema en el municipio, proponemos la siguiente hipótesis: el crecimiento de la población, en presencia de fenómenos que han determinado descensos de la capacidad productiva y de los rendimientos ha causado la declinación de la agricultura migratoria en favor de una permanente. Por eso, un porcentaje apreciable de las familias negras que antes cultivaba maíz hoy lo compra (véase tabla 16). Esto no se presenta entre las indígenas que, ya lo hemos escrito arriba, con la constitución de las reservas han ampliado su dotación de tierras.

2. Policultivos. Son sistemas multiestrata con gran variedad de árboles y cultivos. En una misma parcela pueden hallarse especies maderables como el cedro (*Cedrela odorata*), el cuángare y el chimbuza (*Ocotea oblonga*); frutales como el plátano (*Musa AAB tipo French*), el borojó (*Borojoa patinoi*), la naranja (*Citrus aurantium*) y el cacao (*Theobroma cacao*); hortalizas y plantas medicinales.

Tabla 16. Evolución de la autosuficiencia alimentaria, dada por etnia y río, en porcentaje

Etnia y río	Compra produc.		Productos que antes cultivaba					
	Sí	No	Plátano	Arroz	Frijol	Maiz	Caña	Coco y otros
Negra Satinga	92,86	7,14	35,71	82,14	30,36	28,57	44,64	35,71
Negra Sanquianga	96,77	3,23	32,26	90,32	32,26	38,71	29,03	32,26
Negra Esteros	100		37,5	75	50	25	62,5	
Eperara Satinga	75,0	25	75,0	25	100			
Eperara Sanquianga	100	50	100	50	25			
Total	94,17	5,83	33,98	84,47	33,01	29,13	42,72	29,13%

Uribe (1993) expresa que las especies más estimadas por los campesinos de la localidad, gracias a su participación en la dieta diaria —el plátano— o a sus precios de mercado —borojó y cacao—, presentan las más altas densidades de siembra y son objeto de gastos superiores de trabajo en la fase de sostenimiento.

En los talleres participativos, los campesinos narraron los porqués de tales asociaciones:

1. Cosecha de diversidad de productos para el autoconsumo, y los excedentes para la venta.
2. Aprovechamiento mayor de la tierra disponible.
3. Cultivo de especies con diferentes ciclos de producción.

4. Moderación de los impactos adversos derivados de la reducción o pérdida de la cosecha de uno o varios cultivos por la acción de plagas o enfermedades.

5. Reciclaje de nutrientes.

6. Reducción de la competencia de las malezas.

7. Anulación de los efectos negativos del sol en el suelo y proporcionarle sombra a las plantas que lo requieran.

Estas razones nos sugieren algunos elementos constitutivos de la racionalidad de los campesinos de Olaya Herrera. La importancia de la producción para el autoconsumo en la estructura de decisiones económicas, la sensación de incertidumbre y, a veces, de impotencia ante un medio humano y natural difícil para su reproducción material y social; y la adecuación de respuestas a las condiciones medioambientales.

3. *Silvipastoral*. Formado por una estrata abierta de especies como cedro, guayabo, matarratón, leucaena y asociado con pastos como el braquiaria y el común o grama, no siempre idóneos para optimizar, en las condiciones locales, la producción bovina. La población vacuna es el resultado del cruce de las razas cebú y criollo.

La colonia de bovinos está localizada en los diques contiguos a la cabecera municipal, pues ahí se encuentran los aserraderos cuyos propietarios lo son también, en muchos casos, de hatos. Otro factor que incide para su localización en las cercanías de Bocas de Satinga, donde se halla el "matadero", es la facilidad y el menor costo de transporte de los animales al pueblo.

En tal panorama sobresale, por las relaciones de producción presentes pero no por el sistema técnico utilizado, la cabaña de los campe-

sinos de La Nueva Balsa, donde la propiedad de las cabezas y la gestión del proceso productivo reposan en las familias habitantes del poblado. Estos vacunos tienen problemas reproductivos y de peso causados por la deficiente alimentación proporcionada.

En términos generales, la productividad bovina está restringida por los conocimientos técnicos e insumos usados en esta actividad, ya que no enfrentan con éxito las limitaciones impuestas por el medio natural. En efecto, el contenido proteínico de los pastos es bajo, el componente arbóreo no contribuye a definir un hábitat que eleve la productividad del sistema, el suministro de suplemento mineral es una rareza y la sanidad animal se le confía a los *rezos* de los *curanderos* (Uribe, 1993).

Selección y adecuación de los terrenos

Las tierras cultivables se encuentran en los diques y en los contornos de las *cunetas* construidas en el bosque. A lo largo de estos párrafos aludiremos sólo a las primeras, las segundas son desdeñables cuantitativamente.

Entre los criterios acumulados por los campesinos con el propósito de seleccionar un terreno apto para su cultivo están: la presencia de ciertas plantas —santa maría y hojas blancas— y de lombrices, el color del suelo y, por supuesto, que no se anegue.

En los suelos seleccionados, invariablemente, hacen *zanjas*. En esta labor, además de fuerza de trabajo, consumen instrumentos como la pala, el barretón y el machete.

Adquisición de semillas y fabricación de semilleros

Los campesinos recolectan las semillas en menguante, escogen las de mejor aspecto exterior y a algunas las asolean. Las semillas pueden tomarse de las producidas en la finca propia o adquirirse mediante

la donación, el trueque por trabajo—por ejemplo, tantos colinos a cambio de desmalezar la parcela—, o la compra. En este último caso, el precio depende del grado de intimidad entre las dos partes.

En la fabricación de semilleros, lo anterior ilustra lo ya expresado acerca de la autonomía de los sistemas de producción predominantes en la localidad y de la no mediación del dinero en algunos intercambios campesinos de trabajo y productos. Los materiales más usados en la fabricación de semilleros son la guadua y los trastos viejos.

Sostenimiento

Los campesinos poseen una serie de conocimientos y creencias, por ejemplo, para seleccionar y adecuar los terrenos y las semillas, pero son incapaces de enfrentar los problemas fitosanitarios que asuelan a algunos cultivos. Ellos desconocen prácticas culturales no muy complejas ni muy costosas que se traducirían en un aumento de los rendimientos físicos y económicos. Apenas desmalezan, apuntalan el plátano y, en algunas ocasiones, retiran los frutos atacados.

Evolución de la producción

Según las declaraciones de los campesinos entrevistados en la localidad, hasta hace unos 10 o 15 años, se generaban excedentes agrícolas que se exportaban a los mercados vecinos de El Charco, Guapi, Tumaco e, incluso, a los de Saija y Buenaventura. En ellos, productores y comerciantes vendían arroz, chontaduro, plátano o naranjas cosechadas en Olaya Herrera. Hoy se exporta, casi exclusivamente, —así lo comprobamos en el terreno—, naranjas a Buenaventura y algo de cacao a Tumaco. El municipio de Olaya Herrera no sólo ha deteriorado su condición de exportador sino que se ha convertido en importador de productos que antes realizaba en mercados regionales, como el plátano y el arroz.

De este modo se ha llegado a un grave deterioro de la autosuficiencia alimentaria local. Un indicador de esta situación lo proporcionan los resultados de un muestreo realizado durante las mañanas —8am-12m— de los cinco sábados comprendidos entre el 25 de junio y el 22 de agosto de 1992, en el muelle de Bocas de Satinga que es también la *galería*. Sólo en uno de ellos, agosto 1, hubo oferta de plátano cosechado en Olaya Herrera, éste representó el 20,34 % del total. La fracción restante, al igual que el 100 % de los otros sábados, provino de las parcelas ubicadas en la zona del río Patía Viejo. No pretendemos afirmar que el plátano llegado al muelle represente la oferta total de este fruto en el municipio, pues los campesinos de los ríos y los esteros producen algo de él para el autoconsumo y, eventualmente, para la venta o el trueque en el mismo río, en Bocas de Satinga o, como lo hacen algunos indígenas, en *las mares*-los esteros.

La base del deterioro de la autosuficiencia local es el proceso de pérdida de la autosuficiencia alimentaria microeconómica en la explotación familiar. Nótese en la tabla 16 que un altísimo porcentaje de los encuestados admitió que hogaño compra productos cultivados anteriormente en sus *fincas*. Los casos del arroz, la caña y el plátano, básicos en la cultura culinaria de los habitantes de la localidad, ejemplifican la situación tratada. Ya hemos identificado los procesos particulares determinantes de la evolución del arroz y del maíz. En la evolución de los otros obran fenómenos comunes como:

1. Las plagas y las enfermedades que, por ejemplo, impidieron la cosecha de siquiera un solo chontaduro.
2. El terremoto-maremoto de 1979 que, según los campesinos, provocó el descenso del nivel de los diques —las tierras agrícolas—, los que así se volvieron susceptibles al anegamiento temporal, malográndose, en consecuencia, la viabilidad de su cultivo.

3. El trasvase, gracias a quienes promovieron y toleraron la construcción del canal Naranjo, del río Patía al Sanquianga; el cual arrasó, con arreglo a lo manifestado por los pobladores, un número apreciable de hectáreas de tierras agrícolas y continúa erosionando paulatinamente los diques.

Los dos últimos fenómenos significan, ni más ni menos, la pérdida de tierras agrícolas; esto es, y siguiendo lo ya explicitado sobre el deterioro de la base productiva por la forma actual de aprovechamiento del bosque, otra vía de descapitalización de la economía local.

Los tres, que informan un proceso de disminución del producto agrícola, ante el crecimiento de la población, se traducen en la reducción del producto por cabeza. Reducción ocurrida; en efecto, si se considera que en el panorama técnico de las economías campesinas estudiadas no se aprecian cambios significativos en los conocimientos, ni en los instrumentos de trabajo, que incrementen o conserven los rendimientos físicos de las cosechas en un medio natural abundante en características adversas para la producción agropecuaria. De éstas, las más relevantes son: 1) la poca fertilidad, el exceso de elementos —toxicidad y acidez— y los problemas de drenaje los suelos; 2) la escasa luminosidad; 3) los riesgos de inundación, y 4) el régimen de pluviosidad (Dnp et al. 1983).

Estas proposiciones son demostradas también por la suerte aparentemente corrida por la cabaña de bovinos en los últimos 10-15 años. Su reducción se manifiesta en la menor oferta de leche desde ese tiempo.

Ingreso familiar

En la tabla 17 puede leerse que: 1) la mayor participación de la extracción de madera en el ingreso medio monetario familiar ocurre

Tabla 17. Participación de las distintas actividades en el ingreso medio monetario familiar, dada por etnia y río

Etnia y río	Ingreso monetario					Total
	Jornal	Madera	Cultivos	A extractiva	Artesanías	
Negra	\$168.727,68	\$572.250	\$586.739,29	\$15.321,43	\$1'343.038,39	100%
Satinga	2,56%	42,61%	23,69%	1,14%	\$34.103,23	\$2'098.717,20
Negra	\$162.387,1	\$566.291,4	\$1'335.354,84	1,62%	\$58.500	\$1'672.468,75
Sanquianga	7,74%	26,98%	68,49%	3,50%	\$1'323.100	100%
Negra	\$117.000	\$386.250	\$800.718,75	\$310.000	\$320.400	\$1'494.775
Esteros	7%	23,09%	68,12%	18,54%	21,43%	100%
Eperara	\$740.250	\$362.500	\$220.350			
Satinga	55,95%	27,04%	16,65%			
Eperara	\$9.000	\$265.000	\$900.375			
Sanquianga	0,6%	17,73%	62,73%			

en el río Satinga; 2) el peso relativo de la extracción de madera en el ingreso promedio es superior o similar al de la agricultura entre los campesinos indígenas y negros de este río, mientras en el río Sanquianga y en el estero Cepangué acontece lo contrario; 3) la importancia, también desigual, de los ingresos monetarios generados por otras actividades como la pesca y la fabricación de artesanías; y 4) el no despreciable lugar del trabajo asalariado en la composición del ingreso medio de las familias negras y su intrascendente participación en el de las indígenas.

A pesar de que son las familias negras del río Sanquianga quienes extraen más madera, obtienen—junto con las indígenas del mismo río— más bajos precios por sus trozas (véase tabla 18). Este resultado, cuyo contenido es el aprovechamiento de árboles de menores diámetro y valor por parte de los campesinos de este río, concuerda con las apreciaciones de los pobladores de la localidad que consideran que los frentes de aprovechamiento de las familias del Sanquianga han soportado una mayor presión. Este proceso es fruto de los cambios producidos por el canal Naranjo en la estructura de activos y ocupacional de las familias del así denominado por muchos, río "Patianga". Además, en la cuenca de este río se concentró la operación de las empresas que antaño aprovecharon directamente, con sistemas mecanizados, el recurso maderero.

El cálculo del ingreso total familiar exige que a la fracción del producto realizado en el mercado local se le adicione la que se autoconsume. La cuantificación de la última se hizo parcialmente, puesto que no estimamos todas las cosechas forestales. La producción agrícola sí se calculó y aparece en la tabla 19. Con tales limitaciones se obtienen las cifras correspondientes al ingreso medio total y a la participación de las diversas actividades económicas en él (véase tabla 20). Así encontramos que sólo entre los indígenas del Satinga la extracción de madera es la fuente de ingresos más importante.

Tabla 18. Número y precio promedio de las trozas extraídas anualmente por la unidad familiar, dadas por etnia y río

Etnia y río	Número promedio	Precio promedio
Negra Satinga	384,46	\$ 1.488,45
Negra Sanquianga	435,55	\$ 1.300,17
Negra Esteros	275	\$ 1.404,34
Eperara Satinga	387,5	\$ 1.910,32
Eperara Sanquianga	275	\$ 963,63

Tabla 19. Destino de la producción agrícola, dado de acuerdo con su valor medio y discriminado por etnia y río

Etnia y río	Destino de la producción agrícola		
	Autoconsumo	Venta	Total
Negra	\$ 376.215,59	\$ 586.739,29	\$ 962.954,88
Satinga	39,07 %	60,93 %	100 %
Negra	\$323.679,03	\$1'335.354,84	\$1'659.033,87
Sanquianga	19,51 %	80,49 %	100 %
Negra	\$1'062.175	\$800.718,75	\$1'862.893,75
Esteros	57,02 %	42,98 %	100 %
Eperara	\$217.800	\$362.500	\$580.300
Satinga	7,53 %	\$62,47	100 %
Eperara	\$100.075	\$900.375	\$1'000.450
Sanquianga	10 %	90 %	100 %

Tabla 20. Ingreso medio familiar

Etnia y río	Ingreso medio				Total
	Jornal	Madera	Cultivos	A extractiva Artesanías	
Negra	\$168.727,68	\$572.250	\$962.954,88	\$15.321,4	\$1'719.253,9
Satinga	9,81 %	33,28 %	56,01 %	0,89 %	100 %
Negra	\$162.387,1	\$566.291	\$1'659.000	\$34.103,23	\$2'422.396,1
Sanquianga	6,7 %	23,38 %	68,49 %	1,41 %	100 %
Negra	\$117.000	\$386.250	\$1'862.893,75	\$310.000	\$2'734.643,7
Esteros	4,28 %	14,12 %	68,12 %	11,34 %	100 %
Eperara	\$240.000	\$740.250	\$580.300	\$220.350	\$1'540.900
Satinga	15,35 %	48,04 %	37,66 %	14,30 %	100 %
Eperara	\$9.000	\$265.000	\$1'000.450	\$320.400	\$1'594.850
Sanquianga	0,56 %	16,62 %	62,73 %	20,09 %	100 %

Si bien no estimamos el valor comercial de todas las producciones —las vendidas y las autoconsumidas—, sí pudimos elaborar la tabla 21 con base en la información sobre las diferentes actividades realizadas por los miembros de la unidad familiar. En dicha tabla puede leerse que el aprovechamiento del bosque va más allá de la mera extracción de madera y que la agricultura es la actividad más frecuente, pero no necesariamente la que le genera mayor ingreso a la unidad familiar. Esto depende, en el caso concreto del área del Proyecto, de la dimensión y productividad de las explotaciones agrícolas y forestales poseídas y de la capacidad de los campesinos para apropiarse del excedente creado en cada una de ellas.

Tabla 21. Diversidad económica, dada por etnia y río, en porcentaje

Etnia y río	Aprovechamiento del bosque			Productos agropecuarios			
	Madera	Otros*	Caza	Agrícola	Pecuario	Artesanía	Pesca
Negra Satinga	76,79	50	30,36	94,64	89,29	67,86	25
Negra Sanquianga	87,1	74,19	48,39	96,77	100	47,27	32,26
Negra Esteros	87,5	62,5	37,5	100	100	87,5	100
Eperara Satinga	75	75	50	100	50	75	75
Eperara Sanquianga	50	100	75	75	75	100	50
Total	78,64	61,17	38,83	95,15	97,09	75,73	35,92

* Otros productos como: chapil, chocolate, tetera, yaré, naidí.

Migración

Los datos contenidos en las tablas 22, 23 y 24 nos sirven de base para formular las siguientes proposiciones acerca del tipo de movimiento de la población local.

1. La emigración de uno o más hijos del núcleo familiar es más frecuente entre la población rural negra que entre la indígena.
2. La emigración ocurre en un porcentaje superior en las familias campesinas negras del río Sanquianga, las cuales han soportado un mayor menoscabo de la capacidad productiva de sus explotaciones agrícolas y forestales, como consecuencia de los fenómenos señalados antes.

Tabla 22. Distribución de las familias según el número de hijos que han emigrado

Etnia y río	Flias. sin hijos emigrantes		Flias. con ≤ 2 hijos emigrantes		Flias. con 2 hijos emigrantes	
	No	%	No	%	No	%
Negra Satinga	27	48,21	20	35,71	16,07	
Negra Sanquianga	14	45,16	12	38,71	5	16,13
Negra Esteros	6	75	2	25	0	0
Eperara Satinga	2	50	2	50	0	0
Eperara Sanquianga	3	75	1	25	0	0

Tabla 23. Causas de la emigración, dadas por etnia y río y por número de hijos emigrantes, en porcentaje

Etnia y río	Causas				
	1	2	3	4	5
Negra					
Satinga	21,88	14,06	50	9,38	4,69
Negra					
Sanquianga	9,38	12,5	50	28,13	0
Negra					
Esteros	0	0	66,67	33,33	0
Eperara					
Satinga	50	0	50	0	0
Eperara					
Sanquianga	0	0	100	0	0

Donde:

1. Prefiere otro oficio, le gusta la ciudad.
2. Estudio
3. Desempleo - expulsión
4. Otras (separación de los padres, se fue a vivir con un familiar)
5. No se especificó razón alguna.

Tabla 24. Contribución económica de los hijos a la familia, etnia negra, en porcentaje

Río	Contribución económica	
	Sí	No
Satinga	46,88	53,13
Sanquianga	50	50
Esteros	66,67	33,33

En este sentido, otros testimonios, orales y escritos (Martínez et al. 1986), indican que cuando el trasvase del río Patía al Sanquianga arrasó masivamente una magnitud apreciable de hectáreas de tierras agrícolas se produjo un éxodo rural que condujo a familias enteras a la cabecera municipal y a determinadas ciudades del interior del país y de Ecuador.

Así se ha podido generar o reforzar la situación ya revelada por el censo local efectuado en 1991. En él aparece que hay más familias y número de personas por familia en el río Satinga —716 y 5,69— que en el Sanquianga —697 y 5,06.

3. La principal causa de la emigración es el "desempleo", esto es, que más de la mitad de quienes migran no puede emplear su fuerza de trabajo en la economía local. El deterioro de los activos productivos de los campesinos y la ausencia de la formación de nueva capacidad productiva en la localidad participan en la explicación de lo descrito.

4. Un porcentaje considerable de los hijos migrantes acrecienta, con sus giros de dinero, el ingreso monetario de quienes se quedan.

De la conjugación de las tesis expresadas en los dos últimos párrafos resulta que los migrantes no son ajenos a las estrategias de reproducción ejecutadas por quienes continúan en la localidad. Ellos reducen la presión sobre el fondo de consumo familiar y engruesan el ingreso monetario de la familia. La migración se convierte así en un mecanismo opuesto tanto a la intensificación de los actuales aprovechamientos del ecosistema como al debilitamiento del ingreso familiar.

En el tema de los movimientos de la población local aparecen preguntas bien interesantes que momentáneamente se quedan sin respuestas. Algunas de ellas son:

1. ¿La emigración es estacional o definitiva? En el trabajo de campo pudimos detectar casos de migración, inclusive internacional, ora estacionales, ora definitivos.

2. ¿Los migrantes sólo participan en la financiación del fondo de consumo de quienes se quedan o también de uno destinado a la compra de tierras?

3. ¿El patrón de distribución de la emigración por edades, afecta negativamente la productividad del trabajo?

La economía de la coca

La producción de hoja de coca y su procesamiento para obtener base de coca irrumpieron en Olaya Herrera en la alborada de los años 80. En los primeros años del segundo quinquenio de esa década se produjo una, denominémosla así, bonanza coquera en la localidad. La destorcida, que se inició en 1988, dura —¿duró?— hasta hoy. La actividad coquera trajo consigo transformaciones en todas las dimensiones de la vida local; en cada fase del ciclo ocurrieron, con desigual intensidad, cambios en la distribución de los recursos productivos familiares, en las relaciones de trabajo, en el impacto ambiental de las actividades productivas, en las relaciones de poder, en la articulación de la economía local con la nacional e internacional, etc. Las interesantes lecciones de este momento de la historia local, y la aparente reanimación de los precios y de la producción de la coca, nos impelen a escribir unas líneas sobre su economía.

Los mejores resultados económicos del cultivo de la coca, con respecto a los obtenidos en las otras actividades productivas y extractivas, condujeron a los campesinos a reasignar sus recursos productivos. La respuesta de estos al movimiento de los precios de la hoja consistió en una variación de igual signo del área sembrada con coca, lo que significó, en las fases de ascenso y de mayores

precios de la hoja, la sustitución de los cultivos tradicionales y el descenso de la extracción de madera. La sustitución y el descenso fueron reforzados por las características agronómicas de dicho cultivo —"La sombra retarda su crecimiento", afirmaron casi todos los entrevistados— y su alta y regular demanda de trabajo —"Hay que rozar continuamente", también nos dijeron.

Resultados notables de lo último fueron: el curso negativo de la producción alimentaria local, la reducción de la oferta de madera bruta en Bocas de Satinga y los cambios en la articulación de la economía local con la nacional e internacional. La sustitución de cultivos se le sumó al deterioro tanto del potencial natural de producción de las tierras agrícolas como de la productividad del trabajo, para agravar el proceso de deterioro de la producción alimentaria local.

La redistribución del tiempo de trabajo familiar en beneficio de la producción de hoja y base de coca determinó la reducción de la oferta de madera proveniente de las explotaciones forestales de los campesinos de Olaya Herrera; lo que produjo, aunque a Bocas de Satinga llegaba madera bruta extraída de otros municipios vecinos, la elevación del precio de la materia prima de los aserraderos.

Ahora bien, lo descrito en los párrafos precedentes se acompañó de transformaciones en la articulación de las economías campesinas de la localidad con la economía nacional e internacional. El contenido y la cantidad de los intercambios de mercancías se modificaron puesto que se incrementaron las importaciones de alimentos y aparecieron las de los bienes intermedios necesarios para la fabricación del nuevo producto de exportación, la base de coca, la cual se realizaba en Buenaventura, Cali o en algún puerto panameño. De este modo, en el área de trabajo del Proyecto Bosques de *Guandal* se han producido fracciones de las materias primas de dos industrias que aún descuellan por el lugar que ocupan en la vida del país: la construcción y la producción-comercialización de la cocaína.

En el paisaje de las formas de organización del trabajo también se verificaron cambios, destacamos dos: 1) la altísima participación de las mujeres y los niños en las tareas de establecimiento, sostenimiento y, sobre todo, cosecha del nuevo cultivo, y 2) la irrupción del trabajo a destajo en la última labor. En efecto, la fuerza de trabajo de las mujeres y los niños se movilizó en forma intensa para responder a las exigencias del nuevo cultivo. Una descripción gráfica de ello la proporciona el testimonio de la profesora de una de las escuelas del río Satinga: "Me quedé sin alumnos", nos dijo cuando narraba el frenesí con el que los miembros del núcleo familiar se emplearon en el cultivo de la coca. Además, el *ripiado* —cosecha de la hoja—, actividad especializada inédita en la localidad hasta ese momento, se realizó, en un enorme porcentaje, por mujeres.

Mencionemos rápidamente que la vinculación de agentes de otros grupos sociales, no sólo con los procesos de producción y circulación de la base de coca sino también con la satisfacción del patrón de consumo ostentoso, modificó la estructura del poder local, pero no desplazó el consuetudinario poder económico y social ejercido por los propietarios de aserraderos, quienes también participaron del nuevo negocio.

Finalmente, digamos que las limitaciones, aún existentes, para la reinversión productiva en la localidad de los excedentes producidos en ella contribuyeron a definir el uso que los campesinos le dieron a su producto neto coquero, el que, en términos generales, financió un consumo personal ostentoso.

El mercado local de la madera

En esta sección presentamos las hipótesis que hemos confeccionado acerca de las relaciones financieras y comerciales de los campesinos silvicultores con los propietarios de los aserraderos que operan en Olaya Herrera.

La industria local del aserrado

En la actualidad existen 28 aserraderos en Bocas de Satinga. Los primeros se instalaron a mediados de la década de 1950 estimulados por la demanda internacional de cuángare— (Inderena y Reid Collins Ltda, 1976). La construcción del canal Naranjo trajo consigo la reorientación de los flujos de productos forestales —madera— y agrícolas —plátano— que partían de las explotaciones de los campesinos de Payán, Nariño, y terminaban o, mejor, hacían una primera escala en Salahonda, Nariño. Tal reorientación determinó cambios en la estructura industrial, de empleo e ingresos del último municipio, y la relocalización de sus aserraderos en Olaya Herrera, convertido ahora en receptor y puerto de embarque de las producciones de los campesinos de otros municipios. Según los propietarios de aserraderos y los funcionarios de Corponariño, entre el 70 y el 80 % de la madera que se transforma en Olaya Herrera proviene del municipio de Payán. Esto, que no es una idea extravagante si se recuerda lo dicho arriba en relación con la reducción de la base productiva forestal del primero, no deja de tener implicaciones en cuestiones como la asignación territorial de los ingresos de Corponariño.

Con la certidumbre de su importancia para los objetivos del Proyecto proponemos ahora dos criterios para dibujar una tipología de estos industriales, los propietarios de los aserraderos, a saber:

1. Su grado de participación en procesos de integración vertical, es decir, en la propiedad de empresas diferentes que operan en las diversas etapas del negocio maderero: transformación, transporte marino y comercialización. Así, en Bocas de Satinga hay agentes con sólo un aserradero, con un aserradero y una motonave, y otros, que además de tener varios aserraderos y motonaves, trabajan como comerciantes en el puerto de Buenaventura.

2. El porcentaje de capacidad ociosa de sus aserraderos y la capacidad de autofinanciación (Marag y Roche 1987), singularizaron los aserraderos de acuerdo con estos factores pero no identificaron las relaciones existentes entre ambos. Nosotros creemos que ellos se refuerzan mutuamente y son elementos que reproducen la desigualdad entre los industriales.

La operación con un porcentaje relativamente alto de capacidad desempleada trae consigo una baja masa de ganancia industrial que podría demorar la constitución de un fondo para financiar el capital circulante y el capital fijo requeridos, y obligar a la contratación de créditos, a veces no muy favorables, que podrían incidir negativamente en la cuota de ganancia del industrial.

Relaciones financieras y comerciales entre los campesinos silvicultores y los propietarios de los aserraderos

Como ya vimos, en contra de la realidad que pretenden los permisos de aprovechamiento entregados por Corponariño, los campesinos silvicultores negros e indígenas extraen de sus bosques la madera que transforman los aserraderos. Anotamos también que el precio de las trozas cubre apenas el 86,1 % del valor de los jornales invertidos por los primeros en la extracción —si no se hace abstracción de la depreciación de los instrumentos de trabajo y de la *zanja* y la *carrilera*, el porcentaje sería menor. Empero, la compra-venta no es la única relación de mercado entre campesinos e industriales.

En efecto, para financiar los costos monetarios del aprovechamiento de la madera, concretamente el pago de jornales y una fracción de los bienes de consumo que no producen o recolectan, los campesinos negros e indígenas contratan un crédito con los propietarios de aserraderos que los obliga a venderle a éstos las trozas extraídas.

Prácticamente todos los campesinos de Olaya Herrera repudian "*comprometer* la madera con un patrón", que es como ellos denominan la relación financiera con los *empresarios*, porque, como su nombre lo sugiere, les niega la libertad de ofrecer si no al mejor, sí a cualquier postor. Por ello, sólo cabe argumentar que los campesinos que adquieren créditos, aproximadamente el 60 % según la tabla 25, lo hacen compelidos por su baja capacidad de ahorro, por la incapacidad de financiar los jornales y bienes de consumo que requieren comprar durante el tiempo de la extracción.

Como cualquier financista que cede temporalmente capital-dinero, los propietarios de aserraderos esperan obtener una remuneración por los recursos monetarios prestados a los campesinos. Tal remun-

Tabla 25. Relación de producción *madera comprometida*, en porcentaje

Etnia y río	Producción de madera comprometida			Prestamista			Forma del préstamo		
	1	2	3	1	2	3	1	2	3
Negra									
Satinga	8,93	28,57	35,71	23,21	3,57	5,36	12,5	10,71	14,29
Negra									
Sanquianga	25,81	4,94	19,35	54,84	9,68	3,23	22,58	6,45	38,71
Negra									
Esteros		25	50	25				12,5	12,5
Eperera									
Satinga		25	50	25					25
Eperera									
Sanquianga		25		25			25		

Producción de madera comprometida: 1: siempre; 2: algunas veces y 3: nunca.
Prestamista: 1. dueño de aserradero; 2. partidor y 3. otro (vecino, pariente, amigo).
Forma del préstamo: 1. dinero; 2. remesa y 3. ambas.

neración no es, idealmente, otra cosa que su participación en el excedente creado por el productor. Pero en el área de trabajo del Proyecto, donde mediante la mera relación comercial al campesino le pueden expropiar, no sólo el trabajo sobrante sino también parte del trabajo necesario, los intereses cobrados por el industrial, hasta del 100 % trimestral, exceden ampliamente lo que las normas vigentes califican como usura, ya no están limitados por el excedente del campesino.

Es evidente, entonces, que las relaciones comerciales y financieras reproducen tanto la baja capacidad de ahorro de las economías campesinas como la desigualdad con las unidades familiares que no contratan créditos. Estas relaciones son más gravosas para los campesinos, ya que una parte del crédito otorgado consiste en un vale para retirar bienes de consumo —la remesa— de las tiendas de Bocas de Satinga, pero a un precio 5 a 10 % superior al que tienen cuando las transacciones son al contado. Con dicho vale el *empresario* estira su liquidez y, por tanto, el capital de operación y, con aquel sobrecosto el tendero le cobra al campesino el interés del préstamo realizado al propietario del aserradero.

Ahora bien, ¿cuáles son los efectos de esta exacción en las economías campesinas? En el trabajo de campo hemos encontrado situaciones en las que las relaciones comerciales y financieras de marras determinan que el ingreso —la cantidad de trozas ofrecidas por el precio de mercado respectivo— obtenido por los campesinos es inferior al monto del crédito tomado. Lo común en estos casos es que éste reciba un nuevo préstamo para extraer otra vez madera que debe entregar al *empresario*-prestamista; no obstante, en otras ocasiones, las menos, el aserrador le exige al campesino la cancelación de la deuda con el único activo que posee: su bosque con *cuneta*.

El juego de las hipótesis expuestas arriba debe conducir a lo dicho en el párrafo anterior. Así pues, las relaciones de mercado entre esos

dos agentes les permiten a los propietarios de aserraderos asegurarse una oferta más o menos segura de materia prima y a unos precios que, al no remunerar siquiera el trabajo invertido por los campesinos silvicultores en el aprovechamiento, pueden provocar que estos pierdan la posesión de una parte o la totalidad de los medios de producción que se concentrarían en manos de los aserradores. Empero, lo último no es la norma. Los *empresarios* prefieren refinanciar a los campesinos antes que quitarles sus tierras forestales, dado que si extrajeran directamente la materia prima su costo sería superior al precio pagado a los campesinos por sus trozas.

En efecto, las ganancias de los industriales se alimentan de la extracción de trabajo a los proveedores de la materia prima⁶. Gracias a tal extracción el elemento de mayor jerarquía es un conjunto de determinantes que incluye la condición de unos equipos varias veces depreciados, los aserraderos se reproducen a pesar de su proverbial ineficiencia ya reseñada por los estudios realizados en la década de 1980. Siguiendo a Marag y Roche (1987) y a Zapata et al. (1990) es dable advertir los sobrecostos derivados de las condiciones de almacenamiento de las trozas, de la obsolescencia y deficiente mantenimiento de los equipos, de los tiempos muertos, del secamiento de los productos y de la ausencia de la disciplina de la contabilidad de costos; no obstante "la rentabilidad de estos aserraderos es satisfactoria" (Zapata et al. 1990: 45).

Ahora, luego de explicitados los impactos de la relación de subordinación en las economías campesinas y las capitalistas del área del Proyecto, es pertinente preguntarnos por las respuestas o las estrategias de las primeras.

⁶ El fenómeno de la transferencia de riqueza constituye una de las dos fuentes de ganancia, "ganancia por enajenación", que ha identificado la economía política clásica. La otra fuente es la "ganancia por plusvalía" (Shaikh, 1990).

En este caso específico, los campesinos buscan reducir los costos monetarios del aprovechamiento y, por consiguiente, el valor del crédito necesario mediante: 1) la producción o recolección de parte de los bienes de consumo requeridos, y 2) el uso de formas de organización del trabajo que conducen al empleo de mano de obra familiar —de niños y mujeres—, la cual no se remunera con un "salario" y posee un bajo costo de oportunidad. Así alcanzan una diferencia positiva entre el ingreso obtenido por la venta de trozas y los costos efectivamente monetarios gastados en su extracción.

Otra respuesta campesina consiste, según se comprobó en terreno, en el abandono del aprovechamiento maderero. A esta situación se llega cuando insistentemente el ingreso que esta actividad arroja es inferior a la inversión en dinero y al valor de los medios de consumo comprados durante la extracción.

Movimientos del precio de la madera bruta

Podemos individualizar dos tipos de movimientos de los precios relativos de la madera bruta de acuerdo con su horizonte temporal y sus determinantes.

El primero, de carácter estacional, es fruto del comportamiento de las lluvias y, en ciertas zonas, de las mareas. Ambos fenómenos naturales condicionan, por medio de las variaciones del caudal de las *zanjas* y quebradas, el transporte menor y, consecuentemente, la oferta de trozas. La respuesta de los campesinos a este tipo de oscilación de los precios no es totalmente simétrica: cuando estos suben, reinician o aceleran las tareas previas al transporte menor con el propósito declarado de capturar el diferencial de precios cuando lleguen las primeras lluvias; pero si bajan, sólo quienes no tienen el afán de obtener un ingreso monetario almacenan las trozas hasta cuando mejoren los precios. Otro movimiento estacional, superpuesto al anterior, es el causado por las normas culturales de consu-

mo. En vísperas de ciertas fiestas religiosas los campesinos se vuelcan enteramente al aprovechamiento de madera con el propósito de generar ingresos para pagar un consumo fuera de lo cotidiano y, de esta suerte, deprimen los precios en el mercado local.

El segundo movimiento del precio relativo de las trozas ha operado en el largo plazo y lo derivamos del coro monótono formado por las declaraciones de los pobladores sobre la disminución del poder de compra del ingreso maderero. En esta situación, que aparece como deterioro de los términos de intercambio, también debe buscarse la presencia simultánea de unos costos de extracción crecientes de trozas de diámetros paulatinamente menores.

Corponariño

Aquí proponemos que la corporación no es sólo la extensión de un Estado alcabalero, no preocupado por la reproducción de la base económica que genera los excedentes apropiados por él, sino también ineficiente en su recaudo.

Marag y Roche (1987) encontraron que los ingresos de Corponariño, constituidos por las tasas y los derechos pagados por la industria del aserrado, eran inferiores a la participación que en el papel le corresponde y que sólo el 22 % de aquellos ingresos era gastado en la región, pero no en "inversión en el manejo racional de los recursos naturales renovables" sino en funcionamiento.

Nuestras entrevistas con los funcionarios del distrito Satinga, la "vaca lechera" de Corponariño, nos permiten afirmar que lo descrito por Marag y Roche no sólo no se ha modificado sino que además aquel porcentaje es ahora menor. En efecto, mientras que el monto de los ingresos mensuales de este Distrito se encuentra entre los 12 y los 16 millones de pesos, el valor en igual rango de tiempo del grueso de sus gastos cancelados en la localidad, nómina y combustible,

ascienden aproximadamente a 1 millón y a 330 mil pesos respectivamente. Resulta, entonces, que el distrito Satinga aplica en su jurisdicción entre 8,31 y 11,08 % de los dineros captados. No sobra escribir que él no ha invertido en la conservación de los recursos naturales ni en el desarrollo de nueva capacidad productiva, por medio de la formación de activos, que compense el deterioro del potencial natural de producción del ecosistema.

Conclusiones

Las notas anteriores nos sirven de fundamento para formular las tendencias que siguen las economías campesinas de Olaya Herrera:

1. La tendencia a la baja del ingreso familiar de estas economías es el producto de procesos que operan en las esferas de la producción y la distribución de la riqueza creada por los campesinos negros e indígenas, conjuntamente con la naturaleza. Esos procesos son:
 - El deterioro de la capacidad de producción del ecosistema ocupado por los campesinos; lo que se expresa en la reducción de todos los bienes —madera, fauna "apetecible comercialmente" de los bosques y los medios acuáticos y cultivos agrícolas— que ellos extraen o producen. Los determinantes del deterioro son de orden natural —el maremoto-terremoto de 1979— y, sobre todo, antrópico. Los últimos comprenden cuestiones como las consecuencias aún vigentes de la construcción de infraestructura para el transporte mayor de la madera —el canal Naranjo mediante el cual se presentó el trasvase del río Patía al Sanquianga— y la racionalidad campesina con su contexto de relaciones económicas.
 - La ausencia de cambios en la base técnica de la producción que siquiera eviten la evolución negativa de la productividad del

trabajo registrada por las economías campesinas de la localidad. En el panorama tecnológico de éstas no se aprecian cambios significativos en los conocimientos técnicos ni en los instrumentos de trabajo que respondan al deterioro de la capacidad de producción del ecosistema, al brote de plagas y enfermedades en los cultivos agrícolas, al crecimiento de la población y a la inexistencia de una frontera agrícola en la región. Además, debe recordarse que la introducción del cambio técnico— el uso de la motosierra— para el aprovechamiento de otros bienes como madera de especies "especiales" y "muy especiales", no sólo es reciente sino que ha sido auspiciada por agentes externos que, una vez más, están movidos por una lógica extractivista. En la explicación de la evolución de la base técnica participan, entre otros, las relaciones de transferencia de riqueza de los campesinos silvicultores a los propietarios de aserraderos, que, articuladas con lo manifestado en el párrafo anterior, conducen a una débil capacidad de ahorro de los primeros. Otro determinante que debe mencionarse es el tipo de acción del Estado en la región.

De lo dicho en los dos párrafos anteriores, se obtiene la siguiente tendencia: los campesinos, aunque inviertan la misma suma de trabajo, cada vez obtienen una menor cantidad de producto. Los campesinos aseguran igualmente, que los precios relativos de los productos que ofrecen, particularmente la madera bruta, exhiben un comportamiento desfavorable para ellos. Además, el precio de ésta en el mercado local sólo cubre, en promedio, el 86,2 % de los jornales invertidos por los campesinos silvicultores en su extracción. Resulta, entonces, que a la producción natural de madera el "mercado" no le imputa valor alguno.

El deterioro tanto de la productividad natural como de la productividad del trabajo y la situación de transferencia de riqueza que signa las relaciones entre los campesinos y los propietarios de aserraderos, se ajustan a los fenómenos que Sarmiento (1991) califica como "raí-

ces profundas de la pobreza". Ellas son: la insuficiencia del valor agregado por el trabajo humano y su apropiación inequitativa. Por tanto, no son extravagantes los datos recogidos por el Plan Pacífico acerca de la población en situación de "pobreza" en Olaya Herrera: el 93 % del total, uno de los porcentajes más altos en el Pacífico colombiano (Presidente de la República, 1992).

2. En las economías campesinas de Olaya Herrera, particularmente en las de los negros, existen diferencias asociadas con la desigual dotación de activos de tierra y, por consiguiente, con el uso de determinadas relaciones de producción para emplear los recursos productivos que se poseen y generar el ingreso familiar requerido. Por eso, no todas las familias campesinas sienten con igual fuerza la tendencia descendente del ingreso familiar. Así, por ejemplo, las que deben *pagar la salida*, es decir, cancelarle al poseedor del bosque que aprovechan una fracción del producto obtenido, se encuentran al final de la actividad extractiva con un ingreso bruto monetario menor, mientras que quienes reciben dicho pago terminan con un ingreso acrecentado por esta relación.

3. Entre las estrategias de reproducción desplegadas por estos campesinos para responder a los procesos descritos arriba, destacamos las siguientes:

- De un lado, la consolidación, del *trabajo en sociedad* y la aparición del contrato —trabajo a destajo—; formas de organizar el trabajo que le permiten a los campesinos negros emplear los recursos productivos propios mediante el acceso a los de otros y maximizar, en las condiciones locales, la productividad del trabajo. La declinación, del otro lado, del *cambio de mano* entre los campesinos negros. Los determinantes de la suerte de esta relación de trabajo son sus propias contradicciones internas que han sido realizadas por el actual tejido de relaciones de los cam-

pesinos entre sí, con la naturaleza y con los agentes de otras formas de organización de la producción.

- La migración de uno o más hijos del núcleo familiar—cuestión que se presenta en la mitad de las familias campesinas negras y en la tercera parte de las indígenas— que, dados los motivos que los mueven a salir y su no desvinculación de los esfuerzos realizados por quienes se quedan para conseguir un ingreso monetario—muchos migrantes envían dinero o bienes de consumo a los miembros del núcleo familiar que permanecen en Olaya Herrera—, arroja un balance positivo a corto plazo: se acrecienta el ingreso total y se reducen los consumos familiares. A largo plazo, sin embargo, el balance puede tornarse negativo si la fuerza de trabajo de los campesinos jóvenes que se quedan es menor de la requerida para sustituir la capacidad de trabajo de quienes, por su edad u otra circunstancia, se retiran de la producción.

De todas formas, a corto plazo, tanto la migración como la aludida redefinición de la estructura de la posesión de las tierras que opera mediante las transacciones en el mercado de este recurso productivo, son mecanismos que se oponen a una severa reducción del ingreso per cápita de quienes se quedan.

- La reconversión de las economías familiares que ya han exhibido una gran flexibilidad para reasignar sus recursos productivos en función de la búsqueda de mejores resultados económicos. Lo ocurrido durante el ciclo de la producción coquera es un buen ejemplo de ello.
4. Que la industria de la transformación de la madera localizada en Bocas de Satinga continúe operando a pesar de su proverbial ineficiencia, obedece a varios determinantes; empero, el de mayor peso es la relación de mercado—comercial y financiera— entre

la industria y los campesinos negros e indígenas de la región. Gracias a tal relación, la primera le extrae a los segundos una fracción del producto neto creado por el trabajo de los campesinos, fracción que alimenta las ganancias de los industriales.

5. La industria de la transformación de la madera localizada en Bocas de Satinga no es homogénea. Su diferenciación económica se manifiesta en la desigual capacidad financiera y de utilización del capital fijo de los diversos aserraderos y, consecuentemente, de poder para negociar el precio y distribuirse el excedente económico con los comerciantes de Buenaventura. Tal proceso de diferenciación está asociado con los grados desiguales de integración vertical en la transformación-circulación de la madera en el mercado regional que genera ganancias que no son reinvertidas en la región.
6. La lógica de Corponariño coincide con la de los industriales y comerciantes: es, pues, extractivista. Por eso, la Corporación tampoco reinvierte en la localidad los recursos obtenidos en ella; es decir, no ha estado interesada en la reproducción de la actividad que le genera los ingresos que transfiere al interior.
7. Si a lo expuesto acerca del deterioro de la capacidad productiva del ecosistema aprovechado por los campesinos de la localidad se le suma lo dicho acerca de la no reinversión local de los excedentes y recursos de los agentes privados y de Corponariño, el resultado es la descapitalización de la economía local, lo que significa, entre otras cosas, la redundancia de población.

Bibliografía

Bernal, Fernando. 1990. "La aparcería contemporánea en el Oriente de Cundinamarca." En: Fernando Bernal (ed.). *El Campesino Contemporáneo: Cambios Recientes en los Países Andinos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores y Cerec.

Carrasco, Hernán. 1990. "Migración temporal en la Sierra: una estrategia de recampesinización." En: Fernando Bernal (ed.). *El Campesino Contemporáneo: Cambios Recientes en los Países Andinos*. Bogotá: Tercer Mundo Editores y Cerec.

Cepal. 1982. *Economía Campesina y Agricultura Empresarial*. México. Siglo XXI Editores.

Cepal/Pnuma. 1990. "Ecosistemas: conceptos fundamentales." En: Comercio Exterior. Vol. 40, No.12. México.

Departamento Administrativo Nacional de Estadística (Dane). 1988. *Colombia Estadística 1987*. Bogotá.

Departamento Nacional de Planeación (Dnp) et al. 1983. *Plan de Desarrollo Integral para la Costa Pacífica*. Cali.

Del Valle, Jorge Ignacio. 1993. "El problema de la selección disgénica en los bosques de *guandal* y propuesta para su solución." En: *Crónica Forestal y del Medio Ambiente*. N° 4. Medellín.

Giraldo, Fabio y López, Héctor. 1987. "El sistema Upac en el contexto del crecimiento económico." En: *Economía Colombiana*. No 194. Bogotá.

Inderena y Collins, Reid. 1976. *Informe sobre el recurso forestal y las industrias forestales de la zona Pacífica de Colombia*. Tomo I. Bogotá.

Marag y Roche. 1987. *Reactivación del Sector Forestal Industrial de la Costa Pacífica del Departamento de Nariño: Informe Final del Estudio de Prefactibilidad*. Pasto.

Martínez, Yolanda et al. 1986. *Aproximación a la realidad de la economía indígena Emberá de Nariño*. s.e.

- Mendoza, Enrique. 1990. "Café y dinero entre los arhuacos de la Sierra Nevada de Santa Marta." En: Fernando Bernal (ed.). *El Campesino Contemporáneo: Cambios Recientes en los Países Andinos*. Bogotá. Tercer Mundo Editores y Cerec.
- Motta, María. 1992. *Régimen de Aprovechamiento del Bosque Natural y Sistema de Tasas Forestales: Informe Final de Consultoría*. s.e.
- Presidencia de la República. 1992. *Plan Pacífico: una Nueva Estrategia de Desarrollo Sostenible para la Costa Pacífica Colombiana*. Bogotá.
- Proyecto Bosques de Guandal. 1993. *Talleres participativos*. Medellín.
- Sarmiento, Libardo. 1991. "La pobreza rural en Colombia." En: *El campesinado en Colombia hoy: diagnósticos y perspectivas*. Bogotá. Edelmira Pérez (editora), Universidad Javeriana.
- Shaikh, Anwar. 1990. *Valor, Acumulación y Crisis: Ensayos de Economía Política*. Bogotá. Tercer Mundo Editores.
- Uribe, Gloria. 1993. *Caracterización y Evaluación de los Sistemas Agroforestales del Area de Trabajo del Proyecto Bosques de guandal*. Trabajo de grado, Ingeniero Forestal, Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Agropecuarias. Medellín.
- Zapata, Fredy et al. 1990. *Diagnóstico de la Industria del Aserradero en la Localidad de Bocas de Satinga en el Departamento de Nariño, Colombia*. Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín.



Amarre de las trozas

Para conducir las trozas desde las zonas altas o medias de los ríos hasta los corrales o aserraderos, se amarran con cables de acero o utilizando fibras vegetales recolectadas del mismo bosque.

Tierra, producción
y trabajo familiar
en la economía
campesina de los
bosques de guandal

LUZ ADRIANA MOLINA*

* *Ingeniera Forestal. Universidad Nacional
de Colombia, Sede Medellín.*

E Presentación

Este estudio pretende, aportar al conocimiento de las relaciones y la racionalidad económica de las familias campesinas negras e indígenas que habitan las riberas de los ríos Satinga, Sanquianga y del estero Cepangué; quienes explotan la madera y la cada vez más reducida población faunística de los bosques de *guandal*, donde trabajan y obtienen con gran esfuerzo físico, productos agrícolas de las áreas de dique; además de movilizarse entre manglares en la recolección de cangrejos y en las aguas del estero en la pesca de camarones. Se pretende hallar, mediante el conocimiento de cada uno de los conceptos por los cuales una unidad familiar percibe ingresos y realiza egresos, el área mínima requerida para que cada una de ellas pueda desarrollar sus actividades productivas, garantizándoles así su producción y la de sus medios de reproducción.

El área mínima de producción se halló con la utilización de varios modelos matemáticos de programación lineal, donde las restricciones están dadas por:

1. La fuerza de trabajo que posee la familia.
2. Los rendimientos físicos y económicos de cada *jornal* invertido en las diferentes producciones.

3. Las existencias faunísticas, ictiológicas, madereras y de tierra cultivable.

La investigación no realiza un desglose particular ni un análisis discriminado de la economía campesina negra e indígena, dado el bajo número de unidades familiares que participaron en ella: 4 indígenas y 19 negras. No obstante, las relaciones laborales, venta de jornales, cambio de mano y trabajo en sociedad son similares en ambas etnias; los productos cultivados, las técnicas utilizadas y los lugares elegidos para cada cultivo se realizan bajo una racionalidad similar; por ello, la economía de las dos se denomina economía campesina de los bosques de *guandal*.

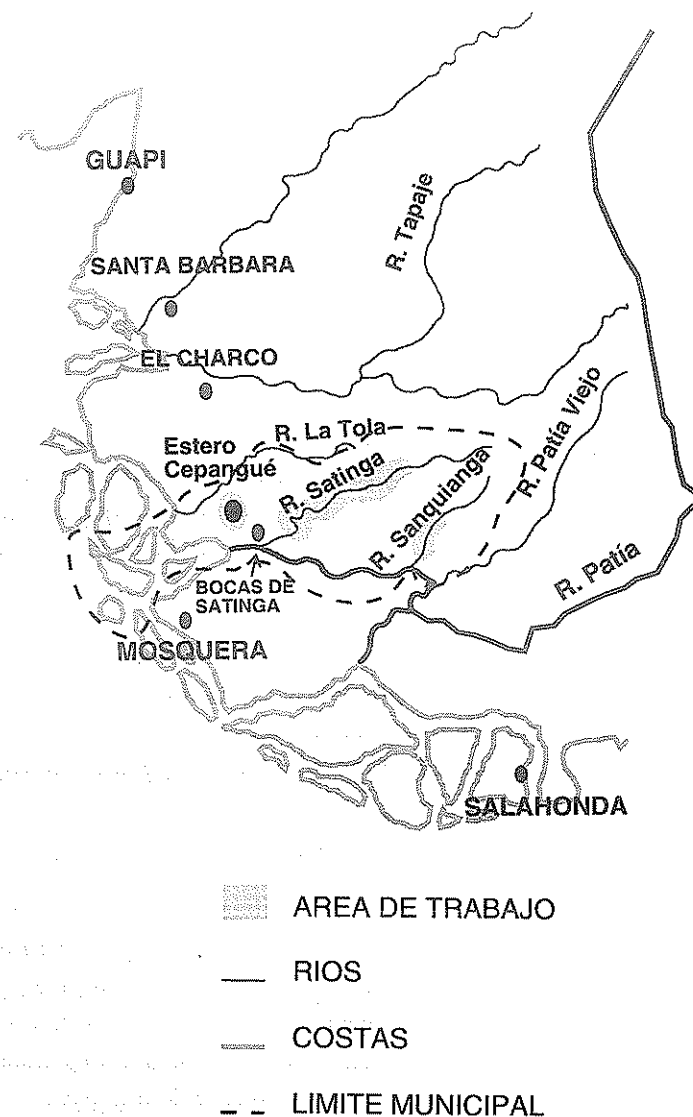
Los poblados de los ríos y el estero, a pesar de estar ubicados dentro de un área geográfica de condiciones ambientales similares, exhiben comportamientos económicos y de relación con los cultivos diferentes, derivados de los cambios ecológicos en las cuencas, situación que hace necesario particularizar los modelos matemáticos para cada río (véase figura 1).

Metodológicamente, la información se obtuvo a través de charlas, entrevistas, visitas a los sembrados y frentes de aprovechamiento forestal, levantamiento de parcelas temporales de medición, acompañamiento en las actividades de pesca, *cangrejeo* y *camaroneo*; donde se obtuvieron rendimientos en la producción, se cuantificaron tiempos en las actividades y otros.

Localización económica

Las áreas de dique sobre los ríos Satinga y Sanquianga se dedican a la producción de cacao, naranja, banano, ñame, papachina, borojó, y maíz, entre otros. En el estero Cepangué predomina el cultivo de caña de azúcar y coco, este último atacado por el anillo rojo (*Radinaphelenchus cocophilus*) y el gualpán (*Rhynchophorus*

Figura 1



palmarum) con rendimientos que sólo alcanzan a suplir las necesidades familiares.

La producción agrícola tiene dos destinos: el principal es el autoconsumo con las cosechas de papachina, ñame, banano, maíz, plátano y frutas fácilmente perecederas como la papaya, el lulo, el caimito y la piña. En segundo lugar está la venta en el mercado de Bocas de Satinga de la producción sobrante después de satisfacer el autoconsumo, conjuntamente con las producciones de borojó, naranja, cacao y coco.

La actividad maderera se dirige a la extracción de sajo, cuángare, sande y otras especies de menor valor comercial; la madera se procesa en los aserraderos y una vez transformada en bloques, tablores, tablas, tablilla y bolillos¹, es enviada a Buenaventura por los dueños de aserraderos, quienes a su vez son los propietarios de embarcaciones y depósitos; de allí se distribuye hacia las ciudades del interior del país.

La carne de *monte* proviene de animales tales como el ratón espinoso, el paletón, el venado y el tatabro; éstas y el camarón se destinan al autoconsumo, así como la producción artesanal consistente en canastos, abanicos y otros. Las comunidades indígenas, con mayor producción artesanal que las negras, ofrecen una importante fracción en el mercado de Bocas de Satinga.

La articulación de la mano de obra familiar con la producción se hace desde edades tempranas, y se inicia en el acompañamiento de los niños a los mayores a las parcelas agrícolas, al *cangrejeo* y al *camaroneo* en el estero. De jóvenes, se vinculan a la actividad maderera y cuando dicha actividad los ha desgastado físicamente, regresan a la agricultura como principal fuente de ingresos.

¹ Bolillo: varas redondas utilizadas como palos de escoba.

Existen tres estadios de vinculación al mercado: el primero es dentro de la comunidad con donaciones e intercambios; el segundo es local con el mercado de Bocas de Satinga a través de la producción agrícola, pesquera, de camarón y cangrejo; el tercero, con los mercados madereros regionales de Pereira, Bogotá y Medellín, intermediados por los dueños de aserraderos, que perciben las ganancias.

Organización social

Tradicionalmente se ha considerado que una persona es dependiente económicamente cuando está en edad improductiva; esto es, los menores de 12 años y los mayores de 65 años (Lora, 1991). No obstante, en los bosques de *guandal* los niños entre los 6 y los 12 años dedican una cuarta parte de su tiempo a las labores productivas; los adultos, a medida que se desgastan físicamente en la extracción maderera, la abandonan para dedicarse a la agricultura y a actividades menores; en ambos casos con rendimientos inferiores a los logrados por personas mayores de 12 y menores de 65 años de edad.

Así, esta investigación considera a los menores de 12 años y a los mayores de 65 años como personas parcialmente dependientes económicamente de un adulto. A esta relación se denominará razón de dependencia, Rd; la cual es mucho mayor en el río Sanquianga—1,53 personas dependen parcialmente de un adulto— generada en primera instancia por la gran población infantil existente y, en segundo lugar, por la migración de mujeres hacia el río Satinga para participar en las labores de *ripiado* de hoja de coca (véanse tablas 1 y 2).

La composición familiar promedia de los núcleos estudiados fue de 6,6 integrantes: 0,65 ancianos, 3 adultos y 3 niños (véase tabla 3). Tal composición familiar varía por sectores; es así como en el río Sanquianga existen 5 niños en promedio por unidad familiar, la cual

incide negativamente en el ingreso per cápita; ya que éste fue en 1993 de \$155.909,25 año/persona, mientras que el promedio en el río Satinga fue de \$302.544,794 año/persona. El promedio general fue de \$256.883,28 año/persona.

Tabla 1. Estructura poblacional desglosada por ríos y estero, en porcentaje

Lugar	Edad (años)					
	Masculina			Femenina		
	0-12	12-65	>65	0-12	12-65	>65
Toda la población	42,86	50	7,14	39,71	55,88	4,41
Satinga	34,38	53,13	12,50	33,33	62,96	3,70
Sanquianga	68,97	31,03	0	42,10	52,63	5,26
Cepangué	21,74	69,57	8,70	45,45	50	4,55

Tabla 2. Razón de dependencia económica

Lugar	Razón de dependencia económica
Toda la población	0,90
Satinga	0,74
Sanquianga	1,53
Cepangué	0,67

Tabla 3. Composición promedio por edades y grupo familiar

Lugar	Ancianos		Adultos		Niños		Promedio	
	\bar{X}	s	\bar{X}	s	\bar{X}	s	\bar{X}	s
Toda la población	0,65	0,88	2,65	1,03	3,30	1,97	6,60	1,83
Satinga	0,60	0,97	2,80	0,78	2,40	1,17	5,80	1,39
Sanquianga	0,16	0,41	2,70	0,81	5,16	2,13	8	1,79
Cepangué	1,14	0,90	2,43	1,50	3	1,80	6,57	1,90

Donde:

\bar{X} : media, S: desviación estándar.

El censo poblacional rural efectuado por la parroquia de Bocas de Satinga en 1991 junto con el realizado en 1993 por el Departamento Administrativo Nacional de Estadística, Dane (1994) (véase tabla 4), muestran un crecimiento poblacional diferencial entre los ríos Satinga y Sanquianga. La razón de este desigual crecimiento es el aumento de niños en el río Sanquianga, a pesar del desplazamiento de mujeres adultas al río Satinga. La presente investigación halló que el 58,33 % de la población del río Sanquianga es infantil mientras que en el río Satinga sólo lo es el 33,90 %.

En concordancia con el gran número de mujeres que deben dedicarse a la recolección de hoja de coca, existen hogares comunitarios que atienden un número promedio de 15 niños subsidiados por el Instituto Colombiano de Bienestar, Icbf, que aporta con alimentos y con el pago a una madre comunitaria, a quien se induce a la mejora de la vivienda y a la construcción del salón infantil, con préstamos de bajo interés.

Asentamientos poblacionales

Los ríos Satinga y Sanquianga presentan asentamientos poblacionales determinados en gran medida por los lazos familiares y de parentesco. Las veredas La Victoria, Barbacoítas y Gembao, a orillas del río Satinga, y Naidizales y Guavillales a orillas del río Sanquianga, poseen asentamientos en grupos donde, a partir de una matriz principal, el proceso hereditario y la repartición de la tierra permiten que los hijos construyan sus viviendas cerca del grupo familiar inicial. Este asentamiento gregario determinado por el parentesco tiene otra connotación de mayor trascendencia: la contribución mutua con fuerza de trabajo sin mediación del dinero, donación de alimentos entre las unidades familiares, apoyo en caso de enfermedad y captación de recursos del Estado en obras como escuela, hogar comunitario y dispensario.

Tabla 4. Comparación del crecimiento poblacional entre 1991 y 1993

Lugar	Población		Crecimiento		No. familias		Crecimiento		Promedio de integrantes por unidad familiar	
	1991*	1993**	%	%	1991	1993	%	%	1991	1993
Toda la población	6826	12359	81,05		1250	1932	54,56		5,47	6,57
Satinga	3564	5901	65,57		605	925	52,89		5,89	6,38
Sanquianga	3262	6125	87,76		645	959	48,68		5,06	6,39
Cepangué	-	333	-		-	48	-		-	6,94

* Censo parroquial 1991.

** Censo Dane 1993.

- No existe información.

Los asentamientos más cerrados ocupan una misma orilla del río, poseen viviendas distanciadas entre sí pocos metros, y existe una organización laboral familiar. Este asentamiento cuenta con una unidad familiar matriz, donde los hijos son jóvenes y apenas comienzan a establecer nuevas unidades familiares.

Existe otro tipo de asentamiento familiar más amplio en términos espaciales; las viviendas se ubican a lado y lado del río, bastante distanciadas entre sí, y llegan a ocupar toda una vereda, incluyendo habitaciones aisladas no pertenecientes al mismo tronco familiar. Las unidades campesinas están conformadas por parejas de edad avanzada con varios hijos, algunos de ellos en edad de trabajar.

En este sentido, los diferentes tipos de asentamientos tienen implicaciones sociales que pueden interpretarse como de relaciones laborales solidarias.

El asentamiento poblacional del estero Cepangué no está determinado por relaciones de parentesco, compadrazgo o similares. Es el resultado de las pocas tierras altas existentes y, con menor frecuencia, de inundaciones. El terreno fue donado por Salvador Perlaza para que allí se establecieran numerosas viviendas conservando las palmas de coco que serían cosechadas por la familia dueña del lote. Poco a poco, se establecieron familias procedentes de *las mares* y conformaron un poblado que hoy cuenta con más de 20 viviendas, escuela, hogar comunitario y dispensario. Con el tiempo, las familias se emparentaron conformando nuevas unidades campesinas que permanecen allí; la construcción de sus viviendas cada vez se acerca más a la orilla del estero, se reduce el espaciamiento entre una y otra y se establecen relaciones de solidaridad y cohesión mucho más fuertes.

Esta forma de poblamiento y organización social es cíclica y posee dos pretensiones muy claras: obtener bienes, servicios y fuerza laboral sin mediación del dinero, mediante la colaboración de familiares y amigos.

Relaciones de trabajo solidario

Frente al requerimiento de mano de obra, especialmente en las labores más pesadas como el *tuqueo* y la tumba para la siembra del maíz, los hombres pertenecientes a estos asentamientos se organizan en grupos. La distribución de la faena se corresponde con su duración; así, cuando se extrae madera, el tiempo requerido puede ser de varias semanas consecutivas, pero si se siembra maíz se dedican de 1 a 3 días consecutivos.

Cada miembro de la familia tiene un rol cultural y productivo particular, con un conjunto de deberes correspondientes más a su sexo que a su edad. Así, el papel de la mujer está limitado a actividades productivas no remuneradas en dinero e indispensables en la reproducción familiar como la preparación de alimentos, el lavado de ropa, el aseo del hogar, la alimentación de animales domésticos, la recolección de plantas medicinales y la elaboración de canastos y abanicos, entre otras. El hombre es el encargado de la consecución de los recursos monetarios para obtener los bienes no producidos en la finca y el bosque; situación típica en los ríos mas no completamente en el estero, donde las mujeres desarrollan, además de las actividades mencionadas, otras para la obtención de recursos monetarios, sin necesidad de que el hombre deje de lado la actividad maderera, principal fuente de ingresos monetarios. Algunas mujeres de los ríos obtienen ingresos monetarios por el *ripiado* de hoja de coca.

Existen actividades que propician una organización no diferenciada por el sexo, como la preparación del terreno y la siembra del maíz, o la *poda* o bajada de altura del cacao; donde la mayor actividad le corresponde a la familia dueña del lote, que deberá asumir los gastos de alimentación, mientras otras familias aportan su mano de obra, con lo cual se *compromete* a la familia promotora de la actividad a compensar luego dicho trabajo en la misma forma o con el

pago en dinero, que siempre es inferior al *jornal* promedio pagado, dados los lazos de amistad.

Martínez (1995) diferencia las relaciones laborales aquí denominadas de cooperación en dos categorías: el *cambio de mano* y el *trabajo en sociedad*, relaciones no mediadas por el dinero, en donde la segunda contribuye con la redistribución de la posesión de las tierras forestales y donde el pago de rentas depende de si los participantes en la relación son o no poseedores de explotaciones silvícolas. La distribución del bien no es proporcional al dinero invertido, además facilita el acceso a otros bienes o activos.

Existen relaciones sociales y de parentesco que facilitan la cooperación laboral, ellas son:

Compadrazgo.. "Establece una relación de mucho más respeto"² entre los compadres; este vínculo no tiene tanta fuerza entre padrino y ahijado mas establece un compromiso permanente de ayuda ante las dificultades y logros económicos y familiares que pueda tener cualquiera de las dos partes.

Producción compartida. Ante la deficiente dieta alimentaria originada en la baja productividad de las tierras cultivables y el escaso ingreso monetario para suplirla, compartir las producciones agrícolas logradas en cada unidad campesina es la mejor forma de garantizar que estas necesidades se satisfagan. La deficiencia de la dieta se manifiesta en los bajos consumos de proteínas, verduras y granos, y en el alto consumo de carbohidratos. Los campesinos poseen una diversificación muy alta de cultivos tanto dentro de sus parcelas como entre las unidades campesinas que conforman los poblados, en arreglos denominados huertos mixtos y agricultura migratoria.

² Palabras de Félix Vélez, campesino y profesor de la vereda Guavillales, río Satinga.

Al indagar a los campesinos por el precio de venta de productos como la yuca, el ñame, la papachina, la rascadera y otros, reconocieron que no existía un cobro monetario por el producto para los vecinos, mas sí lo tiene cuando se lleva al mercado de Satinga. Luis Montaña³ se refería a este no cobro monetario en los siguientes términos: "Si yo le cobro a mi vecino por lo que hoy tengo de sobra, él me lo paga y listo; pero si le regalo, él está comprometido a devolverme el favor cuando yo no tenga qué comer o cuando a él le sobre comida".

Las donaciones, como las define Vélez (1991), son expresiones de una economía poco mediada por el dinero. Quizá los pocos bienes con que cuentan los campesinos sean los de autoconsumo, producidos en sus fincas; ello conduce a que sean los de mayor intercambio, dado que otros bienes como ropa, medicina y herramientas, presentan los mismos niveles de acceso para el núcleo poblacional, con excepción de los cultivadores de hoja de coca.

Apoyo en calamidades. Los asentamientos poblacionales en grupos definidos por el parentesco permiten mantener una vigilancia constante sobre la evolución y desarrollo de cada uno de los habitantes. Esto facilita la consecución de recursos para la atención de los enfermos, traslado al hospital del pueblo, adecuación de viviendas, bailes, participación en las fiestas religiosas: velorios, entierros, bautizos y otras actividades que requieren el trabajo comunitario.

División del tiempo de trabajo familiar

El mayor número de *jornales* de los disponibles por una unidad familiar se dedican a la agricultura y al *madereo* (véanse tablas 5 y 6) en correspondencia con dos hechos:

³ Campesino del estero Cepangué.

Tabla 5. Jornales promedio anuales de carácter familiar dedicados a las actividades de producción, desglosado por río y estero

Actividad	Total la población		Satinga		Sanquianga		Cepangué	
	\bar{X}	S	\bar{X}	S	\bar{X}	S	\bar{X}	S
Madereo	170,14	134,23	132,63	122,85	178,44	87,58	216,6	163,81
Agricultura	189,11	149,77	137,90	89,12	165,92	95,68	282,13	204,08
Caza	21,71	38,42	26,56	43,05	30,63	44,59	7,14	13,55
Pesca	29,44	40,87	6,30	12,41	42,18	41,28	51,57	49,14
Camaroneo	3,57	11,24	1	0,30	1	1,41	10,71	18,41
Cangrejeo	134,43	155,88						
Jornaleo	39,17	71,82	45,60	50,07	73,5	112,27	0,57	1,40

Donde:

\bar{X} : media, S: desviación estándar.

Tabla 6. Remuneración por jornal invertido en cada actividad productiva

Lugar	Madereo	Agricultura	Pesca	Caza	Camaroneo	Venta jornales	Cangrejeo
Total la población	2.895	5.668	1.190	13.950	3.467	3.917	-
Satinga	4.139	7.030	170	18.600	449	3.917	-
Sanquianga	3.131	5.586	1.169	9.286	249	3.917	-
Cepangué	1.641	4.760	1.383	6.413	3.757	3.926	1.430

-- No se desarrolla la actividad.

1. La alta remuneración ofrecida por cada *jornal* invertido en la agricultura y la necesidad de proveerse en primera instancia de alimento.

2. La necesidad de obtener recursos monetarios, lo cual se logra por medio de la madera.

Si bien la cacería ofrece una mayor rentabilidad económica por *jornal* invertido, la baja oferta natural limita su explotación, valorizándose aún más el producto obtenido; la venta de fuerza de trabajo se limita por la imposibilidad de los campesinos para pagarla, a pesar de la gran oferta existente, pues se puede afirmar que todo campesino en edad económicamente productiva está dispuesto a vender su fuerza de trabajo.

La mayor o menor diversificación en la producción depende de: la oferta natural —la cual es mayor para el estero dadas sus condiciones hidrobiológicas— y la vinculación con la producción de cada integrante de la unidad familiar. Una de las razones por las que se requiere una mayor diversificación productiva en el estero es el reducido tamaño de las parcelas agrícolas, de tan sólo 3,3 ha/familia como promedio y con rendimientos en la producción agrícola muy bajos (véase tabla 11).

Consecución de fuerza de trabajo

La economía en los bosques de *guanadal* es intensiva en el uso de fuerza de trabajo. La principal fuente de mano de obra es la familiar y, ante lo insuficiente que esta resulta en ciertas épocas del año, se recurre a la solidaridad y cooperación de los vecinos.

La contratación de mano de obra —compra de *jornales*— la determina el dinero circulante entre las partes comprometidas. La venta de *jornales* predomina sobre el *cambio de mano* en los lugares don-

de existe mayor circulación de dinero; generalmente por la producción de hoja de coca (véanse tablas 7 y 8). Los *jornales* comprados se destinan esencialmente a la actividad coquera —roza de malezas y recolección de hoja de coca por mujeres— y a la agricultura.

Los *jornales* comprados se destinan esencialmente a la actividad coquera —recolección hecha preferiblemente por mujeres—, roza de malezas y a la agricultura.

El *trabajo en socieda* y el *cambio de mano* van quedando relegados a los núcleos familiares que habitan sectores donde no hay producción de hoja de coca, como en el estero, haciéndose necesario implementar formas asociativas de trabajo para explotar el bosque y obtener recursos monetarios.

Tabla 7. Porcentaje de jornales anuales vendidos y cambio de mano en los ríos y el estero

Total	Población %	Satinga %	Sanquianga %	Cepangué %
Venta	40	100	70,67	0,47
Cambio mano	45	0	29,33	99,50

Tabla 8. Ingresos monetarios netos anuales promedios por unidad familiar por río y estero

Lugar	\bar{X}	S
Toda la población	438.893,74	1056.887,76
Satinga	860.019,87	1355.027,29
Sanquianga	122.499,31	589.384,05
Cepangué	108.480,20	845.694,49

Donde:

\bar{X} : media, S: desviación estándar.

Tabla 9. Precio de los jornales por diferentes actividades para los ríos y el estero

	Todo la población		Satinga		Sanquianga		Cepangú	
	X	S	X	S	X	S	X	S
A.S.A.	3942	663,4	3600	374,17	4375	992,16	3937	324,76
A.C.A.	2923	603,6	2555	196,42	3500	845,15	2850	229,13
T.S.A.	4600	489,9	4000	0	5000	0	--	0
T.C.A.	2917	920,5	3000	0	2875	1125	--	0
B.S.A.	5000	0	5000	0	--	0	--	0
B.C.A.	4000	0	4000	0	--	0	--	0
J.F.S.A.	2000	0	2000	0	2000	0	--	0

Donde:

X: media; S: desviación estándar.

A.S.A: jornal sin alimentación en agricultura.

A.C.A.: jornal con alimentación en agricultura.

T.S.A: jornal sin alimentación en tuqueo.

- No hay diferenciación en el pago.

T.C.A: jornal con alimentación en tuqueo.

B.S.A: jornal sin alimentación en bañado de madera.

B.C.A: jornal con alimentación en bañado de madera.

J.F.S.A: jornal femenino sin alimentación.

Rol sexual y de edad en el trabajo

La división sexual y por edades del trabajo se hace evidente en el tiempo destinado por cada integrante de la familia a las actividades de producción (véase tabla 10). Los niños entre los 6 y los 12 años se inician en la actividad productiva con las labores agrícolas, reco-

En estas condiciones, la actividad maderera debe ofrecer rentabilidad diferenciada por sectores para explotarse. En el río Satinga, donde algunas de las opciones para conseguir dinero son la explotación coquera o la maderera, esta última sólo es viable si el precio pagado por las trozas deja ganancias después de haber pagado los gastos de extracción; esta situación garantiza la explotación de los bosques más maduros, mientras que en lugares como el estero, la madera se extrae sin consideración para lograr algún dinero.

El *cambio de mano* y el *trabajo en sociedad* se convierten en los reguladores internos de la fuerza de trabajo en comunidades con economías pauperizadas, donde la compra y venta de *jornales* es imposible y los lazos familiares y de vecindad se refuerzan por necesidad.

La mayor o menor circulación de dinero incide en la existencia de un pago diferenciado en los *jornales* comprados, según la actividad desarrollada, siendo mayor esta variabilidad en el río Satinga e ínfima para el estero Cepangú (véase tabla 9).

La mujer recibe como *jornal* la mitad del valor pagado al hombre por la misma labor, no es extraño encontrar mujeres *tuquiando*, rodando trozas y *bañándolas*; su participación es decisiva en los procesos productivos, especialmente en aquéllos de producción para el autoconsumo como son la agricultura, el cuidado de los animales domésticos y la recolección de frutos silvestres, entre otros. Los rendimientos del trabajo femenino e infantil frente al trabajo masculino deben estudiarse más a fondo.

Tabla 10. Jornales anuales promedios invertidos por una familia en las diferentes actividades productivas desglosado por lugar, sexo y edad

	Maderero		Agricultura		Recolección de fibra		Caza		Pesca		Camaroneo		Cangrejeo	
	H	M	H	M	H	M	H	N	H	M	N	M	N	M
Población	170,14	171,17	6,73	4,52	6,18	3,10	0,98	15,60	5,59	29,63	3,72	0,66	3,52	0,04
Total	132,63	114,47	5,81	1,20	3,15	3,11	0,0	18,00	7,35	4,17	1,52	1,52	0	1
Satinga	178,44	151,40	6,88	8,70	2,08	6,04	3,75	21,44	9,19	43	7,22	0	1	0
Cepangué	216,60	269,10	7,31	5,70	14,00	0,57	0,0	7,14	0	47,7	9	0	10,7	134,43

H: hombres, M: mujeres, N: niños entre los 6 y 12 años.

lección de fibras y acompañamiento a los padres en la cacería; mientras que las niñas permanecen en sus hogares realizando las labores domésticas y colaborando con las mujeres adultas en el cuidado de los niños menores, los animales domésticos, el secado del cacao y elaboración de artesanías.

Los hombres dedican sus años de juventud, de mejores condiciones físicas, a la extracción de madera; pero, a medida que el trabajo deteriora su capacidad, se dedican más a la agricultura hasta emplearse por completo en ella, contando siempre con la ayuda de su esposa e hijos menores.

Las mujeres de los ríos Satinga y Sanquianga se dedican, además de a sus hogares, a la agricultura y a la elaboración de implementos de trabajo como canastos. En el estero Cepangué, además del hogar, se ocupan de la consecución de dinero mediante la recolección del camarón y de cangrejos.

Rendimientos de la producción

La producción del campesino de los bosques de *guandal* está mediatizada por la condición de subsistencia. Razón que explica el porqué de la alta inversión de *jornales* en actividades poco productivas como la cacería y la pesca (véanse tablas 11 y 12).

La cacería habitualmente es una actividad paralela a la maderera y se realiza durante los desplazamientos al lugar de corta. Otros cazan al acecho o con trampa. De las 23 familias, dos lo hacen con cebaderos o aguaitaderos en las fincas bajo los árboles de pepepan (*Artocarpus communis*), para lograr carne de venado (*Mazama americana*), sahino (*Tayassu pecari*) y en ocasiones tatabros (*Tayassu tajacu*); otra familia del río Satinga mantiene trampas armadas con escopeta en lugares considerados como de frecuente visita de los animales; este sistema requiere revisión diaria.

Tabla 11. Producciones anuales promedias por actividad y unidad familiar, desglosada por ríos y estero

Lugar	Agricultura		Maderero		Caza		Pesca		Camaroneo		Cangrejeo	
	kg	Frutos	Tallos	m3	kg	No. animales	kg	No. animales	kg	No. animales		
Toda la población	1184,82	13869	659	208,41	53,16	308	55,81	--	--	--	--	--
Satinga	2095,65	19370	5	211,90	72,93	115	0,4725	--	--	--	--	--
Sanquianga	438,58	23408	0	171,06	70,56	150	0,1125	--	--	--	--	--
Cepangué	523,28	15864	2159	242,30	9,98	719	182,61	6948				

-- No se desarrolla la actividad.

Tabla 12. Producciones anuales promedias obtenidas en cada actividad por jornal invertido, desglosada por ríos y estero

Lugar	Agricultura		Madera		Caza		Pesca		Camaroneo		Cangrejeo	
	Kg/jr	Fr/jr	Ta/jr	m3/jr	Kg/jr	No. a/jr	Kg/jr	No. a/jr	Kg/jr	No. a/jr		
Toda la población	19,48	228,10	10,84	1,22	2,51	9,06	15,68	--	--	--	--	--
Satinga	51,76	478,40	0,10	1,60	2,88	15,95	0,4725	--	--	--	--	--
Sanquianga	7,88	420,50	0,00	0,96	2,30	2,99	0,1125	--	--	--	--	--
Cepangué	5,56	168,69	22,96	1,12	1,40	12,68	17,0700	51,68				

Donde:

Fr: frutos; Ta: tallos;

No. a: número animales.

-- No se desarrolla la actividad.

La pesca y el *camaroneo* son actividades muy esporádicas durante el año para las familias de los ríos Satinga y Sanquianga. Una familia de cada río — indígena — desarrolla tales actividades obteniendo rendimientos extremadamente bajos por unidad de trabajo invertido. En el estero Cepangué estas dos actividades cobran importancia dado el ambiente y la dependencia que con respecto al medio acuático mantienen los campesinos.

Producción y comercialización de madera

Los mayores o menores rendimientos en la producción de madera dependen no sólo de las existencias en el bosque y de las oportunidades del campesino para dedicarse a una labor mejor remunerada sino, también, de sus relaciones comerciales con los dueños de aserraderos (véase tabla 13).

El 72,22 % de los campesinos estudiados vendió su *madera libre de compromiso*, mientras que el 66,66 % la comprometió. De ellos, el 38,88 % desarrolló las dos formas de venta.

En el río Satinga prima la forma de venta *libre de compromiso* con los dueños de aserraderos, gracias a la mayor capacidad adquisitiva brindada por el dinero proveniente del *ripiado* de la hoja de coca, el cual cubre el déficit generado en los costos de otras producciones; así, la madera se extrae y se vende al mejor postor.

En el estero Cepangué existe un contrato tácito entre las parejas cabeza de familia. Las mujeres proveen la *remesa* semanal con los dineros provenientes de la venta de cangrejos en el mercado de Bocas de Satinga y los hombres, al liberarse de esta obligación, pueden vender su madera al mejor postor que llegue al estero, y entregar parte del dinero de la venta a su compañera. Doña Susana⁴ decía que ésta era una "forma de *comprometer la madera*" pero el dinero queda en el hogar.

⁴ Cangrejera, camaronea y ama de casa del estero Cepangué.

Tabla 13. Número y porcentaje de familias que venden su madera en forma comprometida y libre, respecto a la población dedicada a la actividad maderera

Forma de Venta	Toda la zona		Satinga		Sanquianga		Cepangú	
	Fila	%	Fila	%	Fila	%	Fila	%
Toda la población	18	100	6	100	6	100	6	100
M. Comprometida	12	66,66	3	50	5	83,33	4	66,66
M. Libre	13	72,22	5	83,33	2	33,33	6	100
M.Comp. y Libre	7	38,88	2	33,33	1	16,66	4	66,66

Donde:

M. Comp. y libre: En ocasiones comprometida, en ocasiones Libre.

Tabla 14. Volumen de madera extraída (m³/año) por unidad familiar para los ríos y el estero

Actividad	Toda la población			Satinga			Sanquianga			Cepangú		
	\bar{X}	s	\bar{X}	s	\bar{X}	s	\bar{X}	s	\bar{X}	s	\bar{X}	s
V. libre	128,64	103,86	155,4	90,11	29,5	0	139,4	112,31				
V. comprometido	168,59	96,48	162	105,94	193,6	66,32	142,4	111,84				
Promedio	208,41	108,23	211,9	71,78	171,1	83,96	242,3	142,79				

Donde:

\bar{X} : media., S: desviación estándar.

Los campesinos de Cepangú ejercen una mayor presión sobre el bosque por cuanto la escasez de árboles grandes los llevó a explotar *piolos* —árboles cercanos a los 25 cm de diámetro— de sajo y cuángare.

El volumen de madera extraído aumenta a medida que el pago de las trozas es menor (véase tabla 14). Así, para el estero Cepangú una troza puede valer entre \$974 y \$946 dependiendo de si está libre o comprometida, respectivamente (véase tabla 15).

En Cepangú una familia extrae un promedio de 242,3 m³/año con un valor promedio por troza de \$918, mientras que en el río Sanquianga extrae 171,1 m³/año con un valor promedio por troza de \$1.496; la variación de los precios es muy alta, como lo señala la desviación estándar.

En términos generales, los tres sectores comportan un volumen de venta de *madera libre* mucho menor que el de *madera comprometida*; el precio de pago por las trozas muestra una tendencia inversa.

Destino de la producción

La producción posee una distribución entre el mercado y el autoabastecimiento: el 63,71 % del volumen de la producción agrícola, cinegética y pesquera se destina al autoconsumo (véase tabla 16).

En los ríos Satinga y Sanquianga la pesca y el *camaroneo* son producciones que satisfacen las necesidades de proteínas, pero en el estero Cepangú permiten obtener ingresos monetarios significativos. El *cangrejeo* se desarrolla en el estero Cepangú en razón de las condiciones ambientales —agua salobre y raizales de mangle—; el 97% de su producción se destina al mercado de Bocas de Satinga. El bajo autoconsumo de esta fuente de proteínas en el estero se explica

Tabla 15. Precios promedios pagados por troza en los aserraderos diferenciados por lugar de procedencia

Actividad	Toda la población		Satinga		Sanguianga		Cepangúe	
	\bar{X}	S	\bar{X}	S	\bar{X}	S	\bar{X}	S
M. Libre	1674	1318,3	1584	352,9	4000	2000	974	167,1
M. Comprometida	1258	585,6	1795	727,9	1186	484,9	946	132,6
Promedio	1336	511,5	1593	481,5	1496	506,9	918	172,8

Donde:

 \bar{X} : media, S: desviación estándar.

Tabla 16. Porcentaje de la producción destinada al autoconsumo

Lugar	Agricultura		Madera		Caza		Pesca		Camaroneo		Cangrejeo	
	Kg	%	Tallos	%	%	%	%	%	%	%	%	
Toda la población	53,36	59,16	36,65	0	99,65	81,91	48,51	-	-	-	-	
Satinga	49,38	58,62	100	0	99,50	100	100	-	-	-		
Sanguianga	79,38	79,93	-	0	100	100	100	-	-	-		
Cepangúe	79,78	57,47	36,44	0	99,03	74,52	48,29	2,99	-	-		

- No se desarrolla la actividad.

por ser ésta una de las pocas actividades que les permite a las familias obtener ingresos monetarios y, en especial, a las mujeres.

La producción maderera genera los mayores ingresos monetarios a las familias campesinas de los ríos; en menor medida la agrícola. En el estero, el aporte en dinero proviene en forma decreciente de la producción maderera, el *cangrejeo* y, finalmente, de la agricultura por la venta de tallos de caña de azúcar a los corteros para el consumo directo.

Análisis económico

Las familias campesinas de los bosques de *guanadal* desarrollan estrategias de subsistencia con el objeto de obtener alimentos para el sostenimiento diario; no tienen la posibilidad de planear este vital asunto en el largo o mediano plazo.

De la lectura del balance de la economía familiar (véase tabla 17) de los campesinos de los bosques de *guanadal* se puede inferir, además de lo anterior, que los ingresos netos, I.n, considerados como los ingresos percibidos por una familia menos los dedicados al consumo familiar y donaciones, llegan a ser negativos; ello indica que el consumo familiar es más alto que los rendimientos físicos de la producción —haciéndose necesario, así, recurrir a las donaciones de otras familias— y refleja que los rendimientos obtenidos en los cultivos son tan bajos que no alcanzan a cubrir los gastos de producción.

Lo anterior se hace más evidente cuando se observa que existen numerosas familias con ingresos monetarios netos, Imn, negativos, evidenciando el endeudamiento adquirido por las familias con los dueños de aserraderos y tiendas y, por consiguiente, la pérdida de poder adquisitivo para mejoras técnicas y sociales.

Tabla 17. Balance económico, año 1993, de las familias campesinas de los bosques de guadual investigadas para hallar el área mínima de producción

Ud.camp.	Lugar	Integres.	I. N.	I. M. N.	I. Pn. Año	I. Pn. Mes	I. Pm. Año	I. Pm. Mes
1	ce	8	1915354,04	798613,81	239419,26	19951,61	99826,73	8318,89
2	ce	9	736667,32	28227,56	81851,92	6820,99	3136,40	261,37
3	ce	5	113901,53	-190989,60	22780,31	1898,36	-38197,92	-3183,16
4	ce	8	-227074,38	-1470147,87	-28384,30	-2365,36	-183768,48	-15314,04
5	ce	4	445173,74	-95794,26	111293,44	9274,45	-23948,57	1995,71
6	ce	4	5595467,54	1069312,04	1398866,89	116572,24	267328,01	22277,33
7	ce	7	851091,83	620139,74	121584,55	10132,05	88591,39	7382,62
8	sq	9	858253,92	-493271,62	95361,55	7946,80	-54807,96	-4567,33
9	sq	8	1456240,53	931528,38	182030,07	15169,17	116441,05	9703,42
10	sq	11	1897485,89	-239042,11	172498,72	14374,89	-21731,10	-1810,93
11	sq	7	2034893,71	61008,41	290699,10	24224,93	8715,49	726,29
12	sq	6	1192922,65	758094,80	198820,44	16568,37	126349,13	10529,09
13	sq	7	-27680,57	-283322,00	-3954,37	-329,53	-40474,57	-3372,88
14	st	7	2132831,57	85464,20	304690,22	25390,85	12209,17	1017,43
15	st	7	1028581,49	208684,44	146940,21	12245,02	29812,06	2484,34
16	st	6	2065856,68	-86851,25	344309,45	28692,45	-14475,21	-1206,27
17	st	7	552331,49	423539,05	78904,50	6575,38	60505,58	5042,13
18	st	7	5686150,55	3354594,44	812307,22	67692,27	479227,78	39935,65
19	st	7	690321,12	54858,20	98617,30	8218,11	7836,89	653,07
20	st	5	1515253,21	683994,55	303050,64	25254,22	136798,91	11399,91
21	st	6	3950845,70	3422355,80	658474,28	54872,86	570392,63	47532,72
22	st	4	523445,34	495025,34	130861,34	10905,11	123756,34	10313,03
23	st	3	441878,35	-41466,03	147292,78	12274,40	-13822,01	-1151,83

Donde:

I. N.: ingreso neto.

I. Pn. Año: ingreso per cápita neto año.

I. Pm. Año: ingreso per cápita monetario año.

c.e.: Estero Cepangú.

sg: Río Sanquianga.

I. M. N.: ingreso monetario neto.

I. Pn. Mes: ingreso per cápita neto mes.

I. Pm. Mes: ingreso per cápita monetario mes.

st.: Río Satinga.

Tabla 18. Valor total en pesos colombianos de 1993 de los insumos de trabajo correspondientes a cada actividad, con excepción de la fuerza de trabajo contratada

Ud.Camp.	Lugar	Agricultura	Maderero	Cacería	Pesca	Cangrejeo	Camatoneo
1	ce	47427,65	679418,55	0,00	0,00	43200	0
2	ce	13674,65	176048,55	18477,91	25198,39	0	0
3	ce	13674,65	272438,55	0,00	25998,39	0	0
4	ce	13674,65	323846,55	0,00	0,00	33300	7500
5	ce	16706,65	333128,55	0,00	24698,39	0	0
6	ce	53674,65	0,00	54685,91	26198,39	20000	5000
7	ce	18674,65	154628,55	0,00	27198,39	0	0
8	sq	13674,65	184973,55	96733,91	790,00	0	0
9	sq	13674,65	65378,55	0,00	790,00	0	0
10	sq	18674,65	261371,55	98485,91	0,00	0	0
11	sq	13674,65	208178,55	0,00	12419,39	0	0
12	sq	25174,65	315278,55	0,00	790,00	0	1000
13	sq	28294,65	386678,55	0,00	1500,00	0	1500
14	st	31174,65	0,00	54685,91	1500,00	0	1500
15	st	29674,65	0,00	19645,91	0,00	0	0
16	st	15174,65	358118,55	98485,91	0,00	0	0
17	st	29268,65	0,00	0,00	0,00	0	0
18	st	28674,65	0,00	117757,91	0,00	0	0
19	st	19674,65	177119,55	0,00	0,00	0	0
20	st	25674,65	404528,55	18477,91	0,00	0	0
21	st	13674,65	337769,55	0,00	0,00	0	0
22	st	0,00	259943,55	0,00	24198,39	0	0
23	st	28174,65	181403,55	96733,91	0,00	0	0

Donde: ce: Estero Cepangué. sq: Río Sanquianga. st.: Río Satíngua.

Los Imn se hallaron al calcular la sumatoria de ingresos monetarios por cada una de las actividades productivas, menos los gastos totales en que incurrió la familia, tanto en consumo productivo como reproductivo. A las herramientas de trabajo, *carrileras* y *cunetas* se les calculó la depreciación contable; ello con la idea de que la economía campesina mínimamente debe reproducir sus actuales condiciones de producción para mantenerse en el tiempo y en el lugar (véase tabla 18).

Los valores negativos en el Imn dan cuenta no sólo de la cada vez más reducida capacidad de reproducción productiva de la unidad familiar y de acceso a tecnologías mejoradas, semillas seleccionadas u otros avances técnicos sino, también, de la pérdida constante de los bienes de capital como tierra y herramientas de trabajo para, en un determinado momento, frenar el endeudamiento adquirido.

A mayor número de integrantes por familia más posibilidad de ahorro, de fuerza de trabajo y de tierra trabajable; pero también es cierto que se genera un mayor consumo, y si los integrantes de la unidad familiar son personas económicamente dependientes, las posibilidades de fuerza de trabajo se reducen. La situación se agrava en razón de la poca tierra cultivable disponible y de las numerosas familias que de ella viven.

Banda de pobreza

Línea de pobreza. El método para establecer la línea de pobreza consiste en definir el ingreso necesario para que una persona o un hogar logre cubrir sus gastos en bienes y servicios indispensables para alcanzar un nivel de vida mínimo, que le permita una adecuada alimentación, vivienda, vestuario, etc. (Departamento Nacional de Planeación, Dnp, 1989).

Tabla 19. Ingresos netos, ingresos netos monetarios y per cápita promedio para una familia promedio de los bosques de guandal, en pesos colombianos de 1993

Medida	I.N.	I.N.M	I.N.P.A	I.N.P.M	I.N.M.P.A	I.N.M.P.M
X	1'540.443	438.893	256.883	21.407	75.639	6.303
S	1'550.803	1'056.887	309.323	25.777	164.504	13.709

Donde:

I.N.: Ingresos netos.

I.N.P.A.: Ingresos netos per cápita año.

I.N.M.P.A.: Ingresos netos monetarios per cápita año.

I.N.M.: Ingresos netos monetarios.

I.N.P.M.: Ingresos netos per cápita mes.

I.N.M.P.M.: Ingresos netos monetarios per cápita mes.

Figura 2 Ubicación de los ingresos netos per cápita de los campesinos de los bosques de guandal en la banda de pobreza

\$46.330	Línea de pobreza 1993-1994
\$21.407	Banda de pobreza
\$19.727	Campeños de los bosques de guandal 1993-1994
	Línea de indigencia 1993

Para 1991 el Dane estableció la línea de pobreza rural en \$12.945,30 por persona/mes; este valor llevado a 1994 por medio del Índice de precios al consumidor —Ipc de 357,89— fue \$46.329,93 por persona/mes.(Dane, 1994).

Línea de indigencia. Consiste en el cálculo del valor que adquiere una canasta de alimentos para una familia promedio.

En la ponderación que el Dane (1992), realizó de los bienes y servicios participantes del Ipc en los diferentes grupos socioeconómicos del país se establece que los alimentos participan con el 42,58 % en los grupos de ingresos bajos. Así, la canasta de alimentos para una familia de bajos ingresos fue calculada en \$19.727 persona/mes.

Banda de pobreza. Es la existente entre la línea de pobreza y la línea de indigencia.

En el caso de las familias campesinas de los bosques de *guandal*, sus ingresos netos per cápita mes (véase tabla 19) se encuentran ligeramente por encima de la línea de indigencia, pero muy por debajo de la línea de pobreza (véase figura 2).

De las 23 familias investigadas, 3 están por encima de la línea de pobreza, debido, en uno de los casos —estero Cepangué— a la renta que le reportan bienes de capital facilitados a terceros en calidad de arriendo y, en las otras dos familias, a los ingresos obtenidos en la comercialización de la hoja de coca; 15 familias no acopian recursos monetarios suficientes para su alimentación, encontrándose por ello debajo de la línea de indigencia; y, sólo 6 familias logran recursos suficientes para alimentarse y cubrir exiguamente algunos gastos de vivienda y salud, sin posibilidad alguna de ahorro.

La situación económica de las 23 familias campesinas de los ríos Satinga y Sanquianga y el estero Cepangué no se diferencia mucho

de la población rural restante del municipio de Olaya Herrera. Podemos interpretar estos resultados como una situación generalizada de los campesinos de los bosques de *guandal*, donde un porcentaje no inferior al 20 % tienen insuficiencia económica para conseguir su alimentación básica.

Área mínima de producción

La interpretación dada aquí al término economía campesina se recoge con la de Alejo Vargas quien la definió así: "Forma de producción no capitalista que contiene en su seno un conjunto de relaciones sociales que no existen sino de una manera articulada o subordinada a otras formas o modos de producción" (Vargas, 1990: 151).

Por esto, y con base en el análisis presentado, se plantea un área mínima de producción y no de subsistencia, pues ello implicaría, necesariamente, mantener y perpetuar las condiciones económicas y sociales en las cuales viven los campesinos de los bosques de *guandal*.

Después de varios análisis se optó por hallar esta área por medio de un modelo de programación lineal que incluyera las variables: tiempo total disponible, Ttd, de una unidad familiar para las actividades productivas, y mayor remuneración ofrecida por *jornal* invertido en cada actividad. Debía, además, cumplir con dos restricciones: la obtención de un ingreso mínimo anual y la consideración de la oferta natural de recursos como tierra y otros.

Modelo lineal

Se halló el área total de los diques —únicos con posibilidades de adecuación para cultivos— existentes en el municipio de Olaya Herrera. Para ello se empleó el mapa de Sicco Smit (1971) en escala 1:200.000, se le restó el área ocupada por las aguas de los ríos Satinga

y Sanquianga y la zona estuarina donde se incluyen los esteros y cauces menores con la ayuda de fotografías aéreas en escala 1:10.000. El área de dique natural y vegas altas resultó ser de 21.239,00 ha, con error de escala de +1,25%; por lo cual, el área de dique natural y vega alta corregida es de 20.972,27 ha. Como el área ocupada por ríos y *quebradas* —Patía, La Prieta, Santa Ana, Bocas de Víbora, Platanillo, Conejito, Conejo, Satinga y Sanquianga y zona estuarina— es de 832,97 ha, el área total cultivada y cultivable es de 20.139,31 ha.

El área ocupada por los bosques se halló mediante un muestreo del 4 % de las 435 fotografías aéreas del área de trabajo existentes en el Proyecto Bosques de *Guandal*. Las 17 fotografías se seleccionaron al azar restringido, evitando que se superpusieran fajas. En cada una de ellas se muestreó el 100 %; cada fotografía cubre 361 ha. El área total muestreada fue de 6.137 ha, de las cuales, 2.767,75 ha son bosques de *guandal* intervenidos, equivalentes al 45,1 % del área estudiada. En este sentido, para el municipio Olaya Herrera se tienen: 51.413,33 ha de bosques de *guandal* intervenido, 20.139,31 ha de vega alta y dique natural, y 42.447,36 ha en manglares, pantanos y planicies anegadas, playas y costas, para un área aproximada de 114.000 ha, extensión total del municipio (Igac, 1983).

En el cálculo del tiempo total disponible por unidad familiar para dedicarlo a labores productivas, se utilizó la ecuación planteada por Vélez (1991).

$$TTD = TH + TM + C1*TN,$$

con la modificación siguiente:

$$TTD = TH + TM + C1*TN + C2*TN,$$

Donde:

TH: (N(de hombres por familia) * tiempo laboral año,

TM: (N(de mujeres por familia) * tiempo laboral año,

TN: (N(de niños por familia) * tiempo laboral año,

C1: coeficiente de transformación del tiempo de los jóvenes entre 12 y 16 años,
 C2 : coeficiente de transformación del tiempo de los niños entre 6 y 12 años,
 TH: 365 - 88 días festivos $\frac{3}{4}$ domingos y fiestas $\frac{3}{4}$: 277 días,
 TM: 365 - 88 días festivos $\frac{3}{4}$ domingos y fiestas $\frac{3}{4}$: 277 días,
 Las madres e hijos laboran en el hogar los 88 días festivos,
 C1: equivale a media jornada de un adulto, o sea, 138,5 días,
 C2: equivale a un cuarto de la jornada de un adulto, o sea, 69,25 días.

Considerando las diferencias existentes en la composición familiar entre los sectores, el Ttd se promedió para cada una de ellas y este fue el valor utilizado en el modelo matemático (véase tabla 20).

Con la información obtenida en el campo y durante las entrevistas se halló el tiempo promedio de una unidad familiar dedicado a labores productivas—*madereo*, agricultura, cacería, pesca, *camaroneo* y *cangrejeo*— por sexo y edad (véase tabla 10).

Con los ingresos monetarios netos promedio percibidos por una familia no alcanza para plantear una condición de producción, sino de subsistencia. Por tanto, y reconociendo la deficiencia en la dieta alimentaria que actualmente posee el campesinado de los bosques de *guanabal*, en el presente estudio se supone como ingreso mínimo requerido por una familia promedio— 6,4 integrantes— la ponderación hecha en la línea de pobreza rural dada por el Dane citado por Sarmiento (1993). Este valor es de \$46.329,93 persona/mes, obtenida mediante Ipc de abril de 1994 (367,59— para un valor de \$296.511,55 mes/familia y 3'558138,60 al año/familia.

Este valor debería alcanzar para satisfacer un conjunto de necesidades básicas establecidas por el Dane (1992): alimentos, vivienda, vestuario y calzado, productos farmacéuticos y asistencia médica, educación, cultura y esparcimiento, transporte, comunicaciones y otros gastos.

El modelo lineal consta de las ecuaciones planteadas en la tabla 21, con ellas se pretende maximizar el ingreso monetario anual obteni-

Tabla 20. Tiempo total disponible, Ttd, por unidad familiar para actividades agrícolas, madereras, pesqueras, artesanales y de recolección, desglosado por sexo, edad, río y estero (jornada*).

Familiar	Total la población		Satinga		Sanquianga		Cepangüé	
	\bar{X}	S	\bar{X}	S	\bar{X}	S	\bar{X}	S
T.M	313,13	205,10	277,00	277,00	369,33	130,5	316,57	96,93
T.H	433,57	280,90	387,80	221,60	369,33	130,5	554,00	391,74
T.N >12<16	96,35	103,60	124,35	115,05	69,25	69,25	79,14	100,09
T.N >6<12	96,35	90,73	76,18	75,30	173,13	87,14	59,36	77,90
T.T.N	192,0	145,77	200,83	143,43	242,38	87,14	138,50	169,63
T.T.F	939,41	402,21	865,63	408,81	981,04	156,98	1009,14	507,47

Donde:

\bar{X} : media., S: desviación estándar.

T.M: tiempo de las mujeres.

T.H: tiempo de los hombres.

T.N: tiempo de los niños.

T.T.N: tiempo total de los niños.

T.T.F: tiempo total de la familia.

do por medio de las labores de producción tradicionales como el *maderero*, la agricultura, la pesca, la cacería, el *camaroneo* y la venta de *jornales* (véase tabla 21).

Tabla 21. Ecuaciones que se maximizaron en el modelo de programación lineal para hallar el área mínima de producción

Actividad	Población total	Satinga	Sanquianga	Cepangué
Madereo	+ 2895,17	+ 4138,67	+ 3130,97	+ 1641,07
Agricultura	+ 5668,21	+ 7029,59	+ 5585,54	+ 4759,58
Caza	+ 13950,66	+ 18595,18	+ 9285,88	+ 6413,47
Pesca	+ 1189,92	+ 170,91	+ 1169,13	+ 1382,50
Camaroneo	+ 3466,59	+ 449,4	-249,00	+ 3756,73
Cangrejeo				+ 1429,92
Jornaleo	+ 3917,06	+ 3916,7	+ 3916,67	+ 3926,49

El Ttd se convierte en una restricción mayor por ser la única condición que permite controlar la oferta ambiental, dada la escasa información existente sobre recursos cinagéticos y productos secundarios del bosque.

Los siguientes son los modelos matemáticos con solución óptima para hallar el área mínima de producción para los campesinos de los bosques de *guandal*, obtenidos mediante el programa LP88.

Solución para toda la población rural del municipio Olaya Herrera

Solución básica: ninguna Objetivo: maximizar Variables: 6
Restricciones: 8 Holguras: 8

	Madereo	Agricultura	Pesca	Caza	Camaroneo	Venta del Jornal	Valor restricción
Ingso. x jornal	2.895	5.668	1.190	13.950	3.467	3.917	≥ 0
Ingso. anual	492.600	1'071.900	35.030	302.900	12.380	153.400	≤ 3'558.139
Jornales	1	1	1	1	1	1	≤ 939,41
Jr. Caza				1			≤ 21,71
Jr. Agricultura		1					≤ 189,11
Jr. Venta					1		≤ 39,17
Jr. Camaroneo					1		≤ 3,57
Jr. Madereo	1						≤ 170,14
Jr. Pesca			1				≤ 29,44

Solución óptima: maximizar

Pivotes: 8 Solución de las variables: 6 Variables: 8
Restricciones Invertidas: 0 Solución de las variables de holgura: 2 Holguras: 8
Ingresos 2068. Restricciones: 8

Bases	Caza	S.2	S.1	Agricultura	Jornaleo	Camaroneo	Madereo	Pesca
Solución inicial	21,71	486,3	99999	189,1	39,17	3,57	170,1	29,44
Solución ampliada	0	0	13950	5.668,0	3.917,00	3.467,00	2.895,0	1.190,00

Solución maximizada

Ingresos: 2'068.125

Solución al problema inicial

Variable	Estado	Valor	Ingreso/unidad	Valor unitario	Ingresos netos
MADERO	Básica	170,14	2.895	2.895	0
AGRICULTURA	Básica	189,11	5.668	5.668	0
PESCA	Básica	29,44	1.190	1.190	0
CAZA	Básica	21,71	13.950	13.950	0
CAMARONEO	Básica	3,57	3.467	3.467	0
JORNAL	Básica	39,17	3.917	3.917	0
S.1	Básica	2'975.017	0	0	0
S.2	Básica	4,8627	0	0	0
S.3	No básica	0	0	1'395.000	-1'395.000
S.4	No básica	0	0	566.800	-566.800
S.5	No básica	0	0	391.700	-391.700
S.6	No básica	0	0	346.700	-346.700
S.7	No básica	0	0	289.500	-289.500
S.8	No básica	0	0	119.000	-119.000

Solución para el río Satinga

Solución básica : ninguna

Objetivo: maximizar

Variables: 6

Restricciones: 8

Holguras: 8

	MADERO	AGRICULTURA	PESCA	CAZA	CAMARONEO	VENTA del JORNAL	VALOR restricción
Ingso. x jornal	4.139	7.030	170,9	18.600	449,4	3.917	0
Ingso. anual	548.900	969.400	1.077	493.900	449,4	178.600	≥ 3'558.139
Jornales	1	1	1	1	1	1	≤ 865,63
Jr. caza				1			≤ 26,56
Jr. agricultura	1						≤ 137,90
Jr. venta					1		≤ 45,90
Jr. camaroneo					1		≤ 1,00
Jr. maderero	1						≤ 132,63
Jr. pesca			1				≤ 6,30

Solución óptima: maximizar

Pivotes: 8

Solución de variables de Holgura: 2

Solución de las variables: 6

Restricciones Invertidas: 0

Ingresos: 2'92550

Holguras: 8

Restricciones: 8

Bases	CAZA	S.2	S.1	AGRICULTURA	JORNAL	CAMARONEO	MADERO	PESCA
Solución inicial	26,56	5,156	99999	137,9	45,6	1,0	132,6	6,3
Solución ampliada	0	0	18600	7030,0	3917,0	449,4	4139,0	170,9

Solución: maximizada

Solución al problema inicial.

Ingresos: 2'192.554

Variable	Estado	Valor	Ingreso/unidad	Valor/unidad	Ingresos netos
MADERO	Básica	132,631	4.139,0	4.139,0	0
AGRICULTURA	Básica	137,900	7.030,0	7.030,0	0
PESCA	Básica	6,300	170,9	170,9	0
CAZA	Básica	26,560	186,0	186,0	0
CAMARONEO	Básica	1,000	4.494,0	4.494,0	0
JORNALEO	Básica	45,600	3.917,0	3.917,0	3.917,0
S.1	Básica	2'250.744	0	0	0
S.2	Básica	5,15639	0	0	0
S.3	No básica	0	0	1'860.000	-1'860.000
S.4	No básica	0	0	703.000	-703.000
S.5	No básica	0	0	413.900	-413.900
S.6	No básica	0	0	391.700	-391.700
S.7	No básica	0	0	44.940	-44.940
S.8	No básica	0	0	17.090	-17.090

Solución para el río Sanquianga

Solución básica: ninguna

Objetivo: maximizar

Variables: 6

Restricciones: 7

Holguras: 7

	Madereo	Agricultura	Pesca	Caza	Camaronero	Venta del Jornal	Valor restricción
Ingso. x jornal	3.131	5.586	116,900	9.286	249	3.917	0
Ingso. anual	558.700	926.800	4'930.000	284.400	249	287.900	≥ 3'558.139
Jornales	1	1	1	1	1	1	≤ 981,04
Jr. caza				1			≤ 30,63
Jr. agricultura	1						≤ 165,92
Jr. venta					1		≤ 73,50
Jr. camaroneo				1			≤ 2,54
Jr. madereo	1						≤ 178,44
Jr. pesca			1				≤ 42,18

Solución óptima: maximizar

Pivotes: 7

Solución de variables de holgura: 2

Variables: 6

Restricciones invertidas: 0

Holguras: 7

Restricciones: 7

	Caza	S.2	S.1	Agricultura	Jornaleo	MADERO	Pesca
Solución inicial	30,63	4,904	99999	65,9	73,57	178,4	42,18
Solución ampliada	0	0	9286	5.586,0	3.917,00	3.131,0	1.169,00

Solución: maximizada
Solución al problema inicial

Ingresos: 2'107.163

Estado	Valor	Ingreso/unidad	Valor/unidad	Ingresos netos
MADEREO	178,44	3.131	3.131	0
AGRICULTURA	165,92	5.586	5.586	0
PESCA	42,18	1.169	1.169	0
CAZA	30,63	9.286	9.286	0
CAMARONEO	0,00	-249	0,00	-249
JORNALEO	73,50	3.917	3.917	0
S.1	2'827.440	0	0	0
S.2	4.9037	0	0	0
S.3	0	0	928.600	-928.600
S.4	0	0	558.600	-558.600
S.5	0	0	391.700	-391.700
S.6	0	0	313.100	-313.100
S.7	0	0	116.900	-116.900

Solución para el estero Cepangué

Solución básica: ninguna

Objetivo: Maximizar

Variables: 7

Restricciones: 9

Holguras: 9

MADEREO	AGRICULTURA	PESCA	CAZA	CAMARON	CANGREJO	VENTA	VALOR
							del jornal
							restricción
Ingso. x jornal	1.641	4.760	1.383	6.413	3.757	1.430	3.926
Ingso. anual	355.500	1'342.800	71.300	457.900	402.300	192.200	223.800
Jornales	1	1	1	1	1	1	1
Jr. caza			1				≤ 7,14
Jr. agricultura	1						≤ 282,13
Jr. venta					1		≤ 0,57
Jr. camaroneo				1			≤ 10,71
Jr. maderero	1						≤ 216,60
Jr. cangrejeo					1		≤ 134,43
Jr. pesca						1	≤ 51,57

Solución óptima: maximizar

Solución de las variables: 7

Variables: 7

Pivotes: 9

Solución de las variables de holgura: 2

Holgura: 9

Soluciones invertidas: 0

Ingresos: 2'050.200

Restricciones: 9

Bases	CAZA	S.2	S.1	AGRICULTURA	JORNALEO	CAMARONEO	MADEREO	CANGREJO	PESCA
Solución inicial	7,14	3,06	9.999	282,1	0,57	10,71	216,6	134,4	51,57
Solución ampliada	6413,00	0	1.383	4.760,0	3.926,00	3.757,00	1.641,0	1430,0	0,00

Solución : maximizada
Ingresos: 2'050.200
Solución al problema inicial

Variable	Estado	Valor	Ingreso/unidad	Valor/unidad	Ingresos netos
Maderero	Básica	216,60	1.641	1.641	0
Agricultura	Básica	282,13	4.760	4.760	0
Pesca	Básica	51,57	1.383	1.383	0
Caza	Básica	7,14	6.413	6.413	0
Camaroneo	Básica	10,71	3.757	3.757	0
Cangrejeo	Básica	134,43	1.430	1.430	0
Jornaleo	Básica	0,57	3.926	3.926	0
S.1	Básica	4'834.425	0	0	0
S.2	Básica	3,0599	0	0	0
S.3	No básica	0	0	641.300	- 641.300
S.4	No básica	0	0	476.000	- 476.000
S.5	No básica	0	0	392.600	- 392.600
S.6	No básica	0	0	375.700	- 375.700
S.7	No básica	0	0	164.100	- 164.100
S.8	No básica	0	0	143.000	- 143.000
S.9	No básica	0	0	138.300	- 138.300

Estos modelos bajo las restricciones de Ttd por familia—hombres, mujeres y niños— y tiempo máximo posible de invertir en cada actividad, arrojan los *jornales* necesarios en cada una de ellas para obtener un ingreso anual de \$3'558.139.

El procedimiento para hallar el área mínima en bosque es el siguiente: con 30,73 *jornales* se pueden extraer 100 trozas (Giraldo, 1994), con 170,1 se podrán extraer 554 trozas. De un árbol con un promedio de 1,42 m³ de volumen comercial o volumen útil, se pueden obtener 3 trozas de 3 m de longitud (Giraldo, 1994); o sea, que son necesarios 185 árboles para obtener un volumen comercial de 262,7m³ al año. Como el crecimiento de volumen comercial de los bosques de *guanadal* es de 2 m³/ha/año (Del Valle, 1993) son necesarias 131,35 ha de bosque.

El procedimiento para hallar el área dedicada a la agricultura es el siguiente: en la tabla 22 se presenta el área promedio cultivada por unidad campesina según sea de río o de estero; utilizando esta información y la presentada en la tabla 10 sobre el número de *jornales* promedios dedicados por una familia a su parcela agrícola se realiza el siguiente cálculo: si son necesarios 121,35 *jornales* para la labranza de 10,08 ha con 137,9 *jornales* se necesitan 11,46 ha de diques, para el caso del río Satinga (véase tabla 10 y solución lineal).

La cacería, la pesca y el *camaroneo* no necesitan la definición de un área, pero sí de unas condiciones ambientales adecuadas. Si las áreas agrícolas y forestales halladas para cada río y para la población en general son suficientes y logran atender las necesidades del campesinado, las aguas y los bosques tendrán la calidad y exuberancia necesarias para garantizar provisiones ictiológicas y faunísticas, pues la calidad del medio acuático depende de las explotaciones forestales y de la cubierta vegetal del suelo.

En la tabla 23 se presentan las áreas agrícolas y forestales obtenidas por sector, donde una familia promedio de 6,6 miembros puede la-

Tabla 22. Área promedio de las parcelas agrícolas de los campesinos de los bosques de guandál

	Total la población		Satinga		Sanquianga		Cepangué	
	\bar{X}	S	\bar{X}	S	\bar{X}	S	\bar{X}	S
Agricultura	7,06	8,14	10,08	11,56	6,42	2,97	3,3	1,83

Donde:

 \bar{X} : media, S: desviación estándar.

Tabla 23. Áreas mínimas de producción forestal y agrícola halladas para los campesinos de los bosques de guandál

Lugar	Área mínima (ha)		
	Agrícola	Forestal	Total
Toda la población	7,339	131,35	138,689
Satinga	11,455	102,24	113,695
Sanquianga	6,424	137,39	143,814
Cepangué	3,296	166,82	170,116

borar con su fuerza de trabajo y obtener un ingreso medio anual de \$2.068.120.

Ninguno de los modelos matemáticos logró igualar o superar el ingreso incorporado como restricción; ello indica que con las tecnologías existentes y la fuerza de trabajo de las familias no basta para lograr dicho ingreso.

Discusión final

- El cuello de botella de la producción del campesinado de los bosques de *guandál* está no sólo en el transporte y la comercialización de sus productos; sino, también, en el precio obtenido, especialmente por la madera.
- El modelo matemático, tanto para la población en general como por sectores, no logra obtener una solución óptima que iguale o supere el ingreso anual mínimo asignado como restricción, \$3'558.139.

Este bajo ingreso se proviene de la carencia de tecnologías adecuadas para la agricultura y la extracción maderera, y en la sobreexplotación del bosque; por lo cual, hay pérdida de riqueza faunística y deterioro del medio acuático.

- La situación no mejora cuando se calcula cuántas familias podrían vivir en el área rural del municipio Olaya Herrera con 7,4 ha de tierras cultivables y 131,4 ha de bosque. Sólo existe tierra para que vivan de ella y obtengan un ingreso promedio de \$2'068.120 al año, 391 familias; mientras que 2.443 familias podrían tener acceso a la tierra cultivable mas no al bosque.

En las actuales condiciones de mercado y de valoración del recurso forestal es imposible plantear un ingreso neto anual que logre cubrir las necesidades consideradas básicas por el Dane.

Bibliografía

Del Valle, Jorge Ignacio. 1993. "Silvicultura y uso sostenido de los bosques : referencia especial a los guandales, Nariño". En: Pablo Leyva (ed.) Colombia Pacífico. V. 2, Fen, Santafé de Bogotá. p.692-713.

Departamento Administrativo Nacional de Estadística. (Dane). 1989. "Metodología del nuevo índice de precios al consumidor (IPC-60)". Boletín de Estadística Especial. Santafé de Bogotá. No. 433: 265-282.

_____. 1992. "Plan Nacional de rehabilitación (Pnr): Una Década de presencia estatal en regiones marginadas " Boletín de Estadística. Santafé de Bogotá. No. 476.

_____. 1994. "Censo 93. Población por departamentos y municipios", *El Espectador*, p. 1D-4D. Agosto 3. Santafé de Bogotá, p. 1D-3D.

_____. 1994 "Índice de precios al consumidor y variación mensual acumulada por niveles de ingreso, según ciudades y grupos de bienes y servicios 1994". (Enero-Dic.). Boletín de Estadística, Santafé de Bogotá, Nos. 490-501.

Departamento Nacional de Planeación (Dnp., Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (Pnud) y Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia (Fnui.). 1989. La Pobreza en Colombia. Dnp., V.2, Tomo 1, Bogotá.

Giraldo, Iván. 1994. El Sistema de Aprovechamiento Forestal en los Bosques de *Guandal*. Programa de investigación Proyecto Bosques de *guandal*. Col. 89/011. Medellín. Pnud. 134 p.

Instituto Geográfico Agustín Codazzi.(Igac.) 1983. Atlas Regional del Pacífico. Igac. Bogotá. 96 p.

Lora, Eduardo. 1991. Técnicas de Medición Económica : Metodología y Aplicaciones en Colombia. Tercer Mundo, Santafé de Bogotá. 490 p.

Martínez, Arturo. 1995. "Campesinos en los bosques de *guandal*". En: Restrepo, Eduardo y del Valle, Jorge Ignacio (eds.). Renacientes del *Guandal*: "Grupos Negros" de los ríos Satinga y Sanquianga. Medellín Biopacífico-Universidad Nacional, Sede Medellín.

Parroquia Bocas de Satinga. 1991. Censo poblacional rural. Manuscrito. 5p.

Restrepo, Eduardo. 1995. "Tuqueros negros de los ríos Satinga y Sanquianga". En: Restrepo y del Valle Jorge Ignacio (eds.). Renacientes del *Guandal*: "Grupos Negros" de los ríos Satinga y Sanquianga, Biopacífico-Universidad Nacional de Colombia. Sede Medellín.

Sarmiento A., Libardo. 1993. La política social: el paquete social del neoliberalismo. Revista Foro: Política social. Los pobres contra la pared. Santafé de Bogotá. No. 20: 4-20.

Sicco, Gerardus. 1971. Aplicación de las Imágenes de Radar en la Fotointerpretación de Bosques Húmedos Tropicales : Región de Tumaco - Barbacoas - Guapi. Departamento de Nariño. Ciaf. Bogotá. 18p.: mapa.

Vargas, Alejo. 1990. "Las transformaciones regionales de las economías campesinas en Colombia". En: Cuadernos de Economía. No. 14 p. 141-172.

Vélez, Norberto. 1991. Guía para las Prácticas de Economía. Universidad Nacional de Colombia, Sede Medellín. 14 p.

El río Satinga y Sanquianga, en el departamento de Cauca, Colombia, es un curso de agua que fluye por una zona de selva tropical. Los ríos de esta región son importantes para la agricultura y la ganadería, ya que proporcionan agua para riego y para el consumo de los animales.

Los ríos de esta zona son muy caudalosos y tienen una gran capacidad de erosión. Esto hace que los ríos sean muy peligrosos para las personas que viven en las zonas ribereñas. Además, los ríos de esta zona son muy importantes para la economía local, ya que proporcionan agua para riego y para el consumo de los animales.

Los ríos de esta zona son muy importantes para la economía local, ya que proporcionan agua para riego y para el consumo de los animales. Además, los ríos de esta zona son muy importantes para la economía local, ya que proporcionan agua para riego y para el consumo de los animales.

Los ríos de esta zona son muy importantes para la economía local, ya que proporcionan agua para riego y para el consumo de los animales. Además, los ríos de esta zona son muy importantes para la economía local, ya que proporcionan agua para riego y para el consumo de los animales.

Los ríos de esta zona son muy importantes para la economía local, ya que proporcionan agua para riego y para el consumo de los animales. Además, los ríos de esta zona son muy importantes para la economía local, ya que proporcionan agua para riego y para el consumo de los animales.



Chorizos de madera

Es cotidiano observar por los cursos de los ríos Satinga y Sanquianga el lento desplazamiento, rumbo a los corrales o aserraderos, a veces de cientos de trozas amarradas, denominadas localmente chorizos. Como el desplazamiento requiere varios días, se improvisan fogones para cocinar.

Foto: Iván Giraldo



Los tuqueros negros del Pacífico Sur colombiano

EDUARDO RESTREPO*

** Antropólogo del Proyecto Bosques
de Guandal adscrito a la Universidad Nacional
de Colombia, Sede Medellín.*

"El hombre propende siempre a considerar el estrecho horizonte en que vive como el centro del universo y a convertir su vida particular y privada en pauta del universo, pero tiene que renunciar a esta vana pretensión, a esta mezquina y provincial manera de pensar y de juzgar".

(Montaigne)

Introducción

Aquellos *hombres* y mujeres que en el Pacífico Sur se dedican en mayor o menor medida a extraer directamente maderas blandas en forma de *trozas* de los bosques naturales, se reconocen a sí mismos y son identificados por otros como *tuqueros*. El *tuquero*, sin embargo, ha sido un actor particularmente desconocido para aquellos seres humanos que habitan más allá del espacio de su cotidianidad; por tanto, cuando aparece, lo hace sólo tímidamente insinuado, y ciertamente desfigurado, en algunas líneas marginales publicadas por ciertos antropólogos, periodistas, economistas o ingenieros.

Las páginas que siguen pretenden atrapar, en la sucesión de un discurso escrito, múltiples aspectos del manejo económico y de la configuración simbólica del mundo del *tuquero*, de su relación material y mental con su medio "natural" y cultural. Así, en la primera parte se intenta no sólo ilustrar los procedimientos utilizados por el mismo sino, también, adentrarse en la complejidad y particularidad de las relaciones establecidas por él para extraer la madera de las entrañas mismas de las selvas del litoral. Además, se evidencia cómo el manejo económico del mundo del *tuquero* está inscrito en dos lógicas económicas diferenciales que se contraponen, subordinan y com-

plementan, las cuales permiten diferenciar analíticamente dos tipos fundamentales de *tuqueros*: el "tradicional" y el "especializado".

En la segunda parte se presentará la configuración simbólica del territorio del *tuquero*, además de las categorías de ordenación y de existencia de los seres en su mundo con algunas alusiones al plano mítico. Se efectuarán algunas anotaciones sobre la especificidad e identidad cultural del *tuquero* para finiquitar, sólo provisionalmente, este primer acercamiento al ser y hacer económico y cultural del *tuquero* en su relación con su medio "natural".

La presentación del trabajo en dos secciones, una dedicada al manejo económico y la otra a la configuración simbólica del mundo del *tuquero*, no significa que se considere que existe una determinación mecánica, o lineal, entre uno y la otra. Esta división, de carácter analítico, se mantiene sólo con fines expositivos puesto que una actividad o acción del *tuquero* no es ni simbólica ni económica a secas; sino que implica al mismo tiempo, además de estos dos niveles, muchos otros. Lo económico está literalmente atravesado por lo simbólico, por lo cultural; y éste, a su vez, encuentra en aquél el soporte material de su existencia.

Los datos e interpretaciones que el antropólogo presenta han sido obtenidos metodológicamente de la observación participante, esto es, mediante la convivencia cotidiana y constante con tres grupos de *tuqueros* de los ríos Satinga y Sanquianga del litoral Pacífico nariñense. La preocupación fundamental fue acercarse desde la perspectiva misma del *tuquero* a su relación económica y simbólica con su mundo posible. En la redacción se conservan, entonces, múltiples giros gramaticales y términos propios del *tuquero* con el fin de retener —en la medida de lo posible— aquella perspectiva. Sin embargo, lo que en últimas presenta el antropólogo es un modelo interpretativo, una construcción conceptual sobre y a partir de la cotidianidad vivenciada del *tuquero*: he aquí sus alcances y límites.

Por ello, los planteamientos realizados son susceptibles de contrastarse con el orden de lo real para decantar el modelo o, acaso aun, sustituirlo por otro más útil. De todas maneras, no sobra anotar que el nivel de construcción del modelo no es sólo el de la conciencia del *tuquero* sino que, en varios aspectos, se pretende haber evidenciado elementos inconscientes de aquél.

El *tuquero* es uno de los múltiples enigmas existentes en el Pacífico, a pesar de su fundamental importancia en la dinámica ecológica, económica, social, cultural y política de vastas regiones del Litoral. El develamiento de aquel enigma no sólo implicará la participación de múltiples discursos científicos; sino también, y fundamentalmente, que este conocimiento sea requerido, producido y utilizado con y por los mismos *tuqueros*. De tal manera, este escrito pretende ser, a lo sumo, un intento de pensar la realidad económica y cultural del *tuquero* desde, con y para él.

Notas para una historia del *tuquero*

Hace cientos de años el "hombre blanco" denominó a uno de los innumerables espacios que se abrían a sus ojos Océano Pacífico. Paradójico nombre para unas aguas y unas tierras que han vivenciado procesos tan cruentos como los del etnocidio y la esclavitud de miles de gentes traídas del "continente negro".

Desde cientos de años atrás, antes de la llegada del primer "hombre blanco", eso que sería el Pacífico era conocido y profundamente apropiado por mujeres y *hombres* de las más diversas culturas. Seguramente, en aquellos tiempos, se configuraron procedimientos adecuados, se precisaron conocimientos pertinentes y se decantaron relaciones necesarias para pescar en las diferentes aguas, sembrar en los particulares suelos o cazar los múltiples animales. Las tradiciones cerámicas y los puntuales líticos encontrados son indicios insospechables de la temprana presencia humana. Los mitos, las

lenguas y los dioses de aquellos arcaicos pobladores del Pacífico se han diluido, junto con aquellos, bajo el infinito silencio de sus restos materiales o, quizás, aún persistan algunas de sus voces en las manifestaciones culturales propias de los actuales habitantes.

El "hombre blanco" llegó al Pacífico bajo su imaginario de riqueza, materializada y circunscrita al oro. La apropiación del fetiche, su inscripción en la "acumulación originaria", fue uno de los móviles fundamentales, la "racionalidad económica" de la exploración y apropiación del Pacífico por el "hombre blanco". Su afán de riqueza, el ejercicio del poder y el discurso de la verdad determinaron las relaciones establecidas con las culturas existentes en aquellas tierras; permitieron la introducción de miles de *hombres* y mujeres traídos en calidad de mercancía desde el otro lado del océano. Las diferentes barreras efectivas e imaginarias tarde o temprano fueron superadas: el Pacífico de lo que posteriormente, y en términos jurídico-políticos, sería Colombia, se convirtió en uno de los ejes de la producción fundamental del período colonial.

Los forzados pobladores negros del Pacífico provenían de las más diversas culturas, poseían diferentes lenguas, desempeñaban los más disímiles oficios: desde heroicos guerreros de las planicies africanas, hasta sagrados sacerdotes o sabios cazadores de los bosques tropicales. Sin embargo, en América desembarcaron individuos con cadenas, llegaron mercancías de piel negra; al otro lado del océano se quedaron los sistemas culturales que los hacían guerreros, sacerdotes o habilidosos cazadores: ahora todos eran fuerza de trabajo esclava para producir riqueza ajena.

Los dioses, las lenguas, los valores; en fin, esas "culturas africanas" seguramente pervivieron en las mentes de aquellas mujeres y *hombres* que habían crecido en esos otros *cielos* donde eran *libres*. No obstante, la memoria de aquellos contextos simbólicos diferentes se

diluyó paulatinamente de la conciencia de sus descendientes, ya que la prohibición explícita y sistemática de todo lo que no fuese hispano y las novedosas condiciones socio-económicas, imposibilitaron un proceso de simple pervivencia de las culturas africanas (Barona, 1986).

Desde por lo menos los siglos XVII y XVIII se presentó un poblamiento sistemático de ciertos puntos fundamentales del litoral Pacífico con la intención de extraer oro (West, 1957). Es claro que este proceso de exploración y asentamiento temprano en la colonia estuvo signado por la producción minera del litoral; así, la introducción de esclavos al Pacífico colombiano se relacionó con estos procedimientos extractivos tempranos.

No obstante, procesos como el cimarrojane, la automanumisión y, en el siglo XIX, la libertad jurídica de los esclavos, no implicó necesariamente el aislamiento económico o cultural de los nacientes "grupos negros". Algunos asumieron así, por su cuenta, la extracción del oro o la comercialización de productos agrícolas o forestales con la denominada sociedad mayor. En el último siglo, la extracción de los "recursos" del Pacífico colombiano no se ha limitado al oro: "recursos" forestales como el caucho, las semillas de tagua, la corteza de mangle y la palma de naidí (Del Valle, 1989), o recursos zoológicos como las pieles de animales como la nutria, el caimán y el tigre han sido sistemáticamente explotados respondiendo a una demanda nacional o extranjera de aquellos. Los diferentes pobladores del Pacífico, entre los cuales están los denominados "grupos negros" han participado en múltiples formas de estos procesos de extracción.

Hace aproximadamente cinco decenios fue la exportación hacia mercados internacionales la que difundió la existencia de *hombres*, mujeres y niños, alrededor de la extracción directa de la madera de

los bosques naturales: la historia recurrente del Pacífico, la de la extracción de sus "recursos", se inició nuevamente. Después de la limitación de la exportación de las maderas provenientes de los bosques naturales del Pacífico colombiano surgió una no menos pujante demanda nacional en correspondencia con los procesos económicos, políticos y sociales vivenciados por el país desde la década de los setenta. Así, ese hombre "negro" que en calidad de esclavo permitió la extracción del oro; el mismo que después de su libertad pobló todos los rincones del Pacífico; el que además de seguir siendo minero se convirtió en pescador, cazador, sembrador, o facilitó la explotación de la corteza del mangle, del caucho o de las pieles de algunos animales: ese hombre "negro" ha devenido *tuquero*.

Primera parte: el manejo económico

En el lenguaje cotidiano se denomina *tuquero* a quien vive fundamental u ocasionalmente de la extracción directa de *trozas* de madera de los bosques naturales del Pacífico Sur colombiano. El *tuco*, también denominado troza, es una sección del tronco de los árboles, de aproximadamente 3,20 m de longitud; es ese objeto resultante del trabajo de múltiples *jornales*, de múltiples esfuerzos de un colectivo de *hombres*, mujeres y niños. De árboles en pie, a cientos de metros de las *quebradas* o ríos por donde se los transporta, se producen los *tucos*, mediante procesos profundamente artesanales; al sonido rítmico de las hachas de los *hombres* "negros". Así nacen esos miles de *tucos* que alimentan diariamente los casi treinta aserraderos existentes en Bocas de Satinga. En oposición a las grandes concesiones forestales, en las cuencas de los ríos Satinga, Sanquianga y Patía Viejo, son los miles de "pequeños" *tuqueros* los que día tras día se encargan de satisfacer una demanda *creciente* de las maderas blandas provenientes de los bosques naturales. De las selvas del Pacífico colombiano procede un alto porcentaje de este tipo de maderas; de las cuales la costa nariñense aporta más del 25 %,

por lo cual es uno de los centros fundamentales de extracción de madera del Pacífico (Martínez, 1995).

Sistema tecnológico

La especificidad de esta zona sur del Pacífico en cuanto a la extracción maderera se debe a múltiples factores: desde limitaciones técnico-económicas de las grandes empresas, hasta la adecuación y relativa efectividad de las tecnologías tradicionales en un ecosistema como el bosque de *guandal*. El *tuquero* ha desarrollado, en el curso de unas pocas décadas, tecnologías adecuadas para sus condiciones ecológicas, económicas, sociales y culturales; las cuales parecen ser competitivas — a costa de una muy baja o hasta negativa tasa de ganancia — con las tecnologías occidentales.

Los *tuqueros* de los ríos Satinga y Sanquianga — y, probablemente, todos los del bosque de *guandal* del Pacífico Sur —, poseen un sistema tecnológico que incluye prácticas, instrumentos y saberes específicos para producir y extraer los *tucos* del bosque natural. Este sistema tecnológico del *tuquero* ha sido consecuencia de su práctica, de la experimentación y adecuación aproximadamente de medio siglo. Aún persisten en la memoria de muchos *tuqueros* los cambios de instrumentos y prácticas de la extracción maderera.

En la actualidad, sin embargo, en la extracción de la madera de los bosques naturales de los ríos Satinga y Sanquianga, no existen diferencias significativas en el sistema tecnológico; es más, la utilización de elementos ciertamente recientes como la motosierra no se han popularizado ni han modificado fundamentalmente la producción de las *trozas*.

Se podrían distinguir dos fases en la producción del *tuco* o, lo que es lo mismo, en el *tuqueo*: la primera incluye el conjunto de procedi-

mientos que convierten el árbol del *monte* en *tuco*. Los instrumentos generalmente utilizados en esta fase son el machete y el hacha. La segunda fase se refiere a aquellos procedimientos de transporte del *tuco* desde el *monte* hasta el agua y desde ésta hasta los lugares de venta o aserraderos. Así, en la fase de transporte existen dos momentos diferentes y complementarios: el uno por tierra y el otro mediante el agua. Para transportar los *tucos* por tierra requiere construir una carretera, es decir, un trazado continuo de algo más de 3m de ancho desde donde el *tuquero tumba* el *palo* hasta llegar al agua. En dicho trazado se colocan dos líneas paralelas de delgados troncos, los *rieles*, para que el *tuco* ruede por encima de ellos. Estas *carreteras* se construyen y reconstruyen con cada nuevo ciclo productivo; por lo cual se van haciendo cada vez más largas a medida que el *tuquero* se adentra paulatinamente en la selva extrayendo la madera comercial de ésta. Algunas *carreteras* llegan a medir varios kilómetros de longitud y configuran redes supremamente vastas y complejas que, a la mirada de un observador aéreo, aparecen, sin lugar a dudas, como particulares obras de arte moderno.

Para el transporte por agua se necesita llevar los *tucos* hasta la orilla de una quebrada o río. Pero, además de estas vías "naturales" de transporte por agua, también se construyen las *cunetas*, permitiendo así una mayor facilidad y "eficacia" en el transporte de los *tucos*, ya que si no existe el trayecto construido en *cuneta*, el transporte se realiza por medio de la carretera. La *cuneta* es una excavación de aproximadamente 1m de ancho por 2m de profundidad, en línea recta hacia el *monte* del cual se está extrayendo el *tuco*. Con los incrementos en las lluvias o el influjo de las mareas las *cunetas* se llenan de agua. Al igual que las *carreteras*, las *cunetas* pueden medir kilómetros de longitud e, incluso, algunas de ellas se convierten —con el paso de los años— en verdaderas *quebradas*. Sin embargo, en oposición a las *carreteras*, las *cunetas* no son tan prolijas en ramificaciones y redes. Ambas construcciones se complementan

mutuamente: mientras que las *carreteras* son más fluidas en busca de algunos *palos* susceptibles de ser tuquiados, las *cunetas* se constituyen más rígidamente en función de poblaciones densas de *palos*, puesto que de otra manera no compensarían los *jornales* invertidos en ellas.

Podría decirse, entonces, que las *cunetas* y las *carreteras* son esa infraestructura fundamental en la producción del *tuco*; específicamente para llevarlo hasta los lugares donde éste se realiza como mercancía; es decir, hasta los aserraderos o puntos de venta. Esta infraestructura de extracción del *tuco* la *produce*, generalmente, el mismo *tuquero*, que invierte ya sea buena parte de su trabajo o de su dinero para la construcción de esta obra. La construcción de tal infraestructura productiva no se contrapone ni está por fuera de las condiciones económicas, sociales y ecológicas del *tuquero*. Su construcción puede asumirla él, acudiendo a las formas sociales de producción existentes; en algunas de las cuales, por ejemplo, el parentesco efectivo y ritual tienen un papel fundamental. Sin embargo, en la realización de las *cunetas* existen ciertos límites, ya que exigen una "inversión" mayor y sólo se efectúan para procesos de extracción significativamente largos y numerosos que permitan asumir el "costo" de su construcción (Giraldo, 1994; Martínez, 1995).

Aunque esta infraestructura se construye con elementos del mismo bosque —en el caso de las *carreteras*— o cambia las condiciones de humedad de los suelos —en el caso de las *cunetas*—, después de cinco décadas de extracción maderera parece que dicha infraestructura permite una relativa reproducción de los ecosistemas y, por consiguiente, presenta una adecuación al contexto ecológico. No obstante, con este enunciado no se pretende desconocer los procesos de deterioro ambiental; ellos, sin embargo, no se correlacionan simplemente con la variable tecnológica sino, esencialmente, con la lógica e intensidad de la extracción (Del Valle, 1993).

En las dos fases del proceso de producción del *tuco*, del *tuqueo* se puede ubicar un número determinado de procedimientos, de operaciones nominalmente separadas y secuencialmente ordenadas por el *tuquero*. La primera de ellas, por donde se inicia el proceso, se puede denominar de reconocimiento y ubicación. Este reconocimiento y ubicación se realiza, generalmente, como una actividad complementaria de las exploraciones de cacería y de recolección que el *tuquero* efectúa por sus bosques potenciales o efectivos. Cuando él va a *montear*, entonces, existe una preocupación —entre otras— por la evaluación de las características y dimensiones de los *palos* susceptibles de comercialización. Así, pues, se ubican y reconocen permanentemente las condiciones de una relativa vasta zona forestal, lo cual permite orientar el sentido y el énfasis de las próximas y futuras extracciones madereras. Sin embargo, cuando el *tuquero* *montea*, su propósito no se circunscribe a, ni es fundamentalmente, este reconocimiento; aunque así es como generalmente se efectúa. Para decirlo en otros términos, los *tuqueros* raras veces recorren el *monte* con la sola intención de ubicar los *palos* susceptibles de extracción; por lo general, este reconocimiento es consecuencia de la constante y variada circulación del *tuquero* por el *monte* en función de otras actividades. El *tuquero*, por tanto, posee un detallado mapa mental de los espacios y de sus "recursos", a partir del cual configura la orientación e intensidad de su producción.

Después de ubicados los *palos* para *tumbar*, se *rozan* cortándoles los bejucos enredados en su tronco y la vegetación alrededor de su asiento con el propósito de que, posteriormente, sea posible la labor del *tuquero* con su hacha. Esta operación, la *roza*, se realiza con machete algunos días antes de *tumbar* los *palos*, o el mismo día de la *tumba*. Generalmente, el *tuquero* *roza* un número significativo de *palos* antes de comenzar la operación siguiente: la *tumba*.

Mediante la utilización del hacha se apean, se tumban, los *palos* susceptibles de convertirse en *trozas*, en *tucos*. En la *tumba* los

tuqueros calculan con bastante precisión las condiciones y el lugar de la caída del árbol. Así, no es arbitrario, sino absolutamente consciente y controlado hacia dónde caen los *palos*, ya que los criterios decisivos para orientar esta caída son los de la facilidad de operación, la cercanía de las *carreteras* y la conservación de los *palos* que por su diámetro y longitud prontamente podrán ser extraídos.

Después de la *tumba* se *roza* nuevamente alrededor de los troncos caídos para así poder *tronquearlos* cómodamente. En esta *roza* se corta toda la vegetación existente a un metro de distancia aproximadamente. En esta actividad se procede con supremo cuidado por la posible presencia de las *culebras* o de otro tipo de *avichuchos* que hacen de los árboles caídos sus hábitat favoritos. No se evidencia una tendencia a conservar en esta *roza* pequeños o medianos árboles susceptibles de cualquier uso posterior; lo más importante parece ser poder trabajar con suficiente comodidad y seguridad.

Entre la *tumba* y la *roza* pueden pasar varios meses; sin embargo, el *tuquero* prefiere no dejar largos períodos de tiempo los árboles *tumbados* sobre el suelo, pues ello los hace más pesados porque absorben la constante agua del terreno e, incluso, se deterioran significativamente. Esta "demora" entre *tumba* y *roza*, o sea, en la continuación del proceso, está determinada por la coexistencia y superposición de diferentes ciclos de producción. En efecto, el *tuquero* no se limita a iniciar y concluir un solo ciclo sino que cuando el primero ya ha avanzado inicia otro y así sucesivamente; lo cual le permite, entonces, que el tiempo entre la conclusión de uno y otro se reduzca, acortándose el lapso entre la obtención de ingresos por la venta de *tucos*. Sin embargo, es necesario señalar que no necesariamente esta estrategia de coexistencia de ciclos de producción en diferentes fases es una constante, pues no son pocos los *tuqueros* que circunscriben su trabajo a uno solo.

Luego de que el árbol ha sido *tumbado* y de que se han rozado los alrededores del tronco caído, se inicia otro procedimiento: el *tuquero* empieza a *tronquiar*, es decir, a cortar el tronco del árbol en partes de aproximadamente 3,20 m de longitud. Para hacerlo, realiza una medida tomada al caminar por encima del tronco, contando once y medio pasos con el fin de señalar los lugares de corte. El *tuquero*, con hacha en mano, se para encima del tronco y en la señal realizada de antemano tronquea el árbol, hace los *tucos*. *Tronquear* demanda un perfecto manejo del hacha y, para el mismo *tuquero*, es la operación de mayor esfuerzo físico y la más delicada por los posibles accidentes.

Finalizada esta operación se comienza a construir la carretera para sacar el *tuco* del lugar donde fue *tumbado* el árbol. Así, se elabora una carretera que generalmente a los pocos metros se topa con otra realizada de antemano para sacar los *tucos* de árboles anteriores. Las *carreteras*, entonces, se construyen paulatina y flexiblemente, como elaborando un tejido de acuerdo con la ubicación y distribución de los árboles que por su especie, diámetro y longitud sean susceptibles de comercialización.

En la construcción de esta carretera para sacar los *tucos* elaborados del árbol *tumbado* se procede en primera instancia con la *roza* y la *destucada* de una faja *demonte* que conecte de la manera más directa el lugar con una anterior carretera o *cuneta*. Esta *roza*, o sea, el corte muy bajo de toda la vegetación existente en esta franja se realiza con machete; mientras que la *destucada*, es decir, la supresión de raíz de los *palos* medianos y de las palmas presentes en la franja, se efectúa con el hacha. Posteriormente, se utilizan algunos de estos *palos* y palmas, y se traen otros tantos, para *enrielar* la carretera colocándolos sucesivamente en dos líneas paralelas separadas aproximadamente 2 m entre sí, con el objeto de poder rodar luego por encima de ellos los *tucos*. En la búsqueda y selección de los *rieles* parecen prevalecer criterios como el de la cercanía y la facilidad de operación; por lo

cual, a veces, se utilizan *palos* que dentro de pocos años serían susceptibles de comercialización.

Para terminar las operaciones o procedimientos propios de la primera fase de la producción del *tuco*, está la montada; el colocarlos, mediante palancas y directamente empujados con las manos, encima de los *rieles* con el fin de llevarlos rodando sólo unos pocos metros adelante donde se procederá a *labrarlos*. Con la *labrada* comienza la segunda fase de la producción del *tuco*, la del transporte. En efecto, para facilitar el rodamiento de los *tucos* por las *carreteras*, estos últimos se labran, se les quita cualquier nudo o saliente del tronco —denominadas *porras* o *bambas*— que entorpezca su rodada. La *labrada* se efectúa fundamentalmente con el hacha, dándosele al *tuco* una superficie lisa y homogénea. Mientras más grande y pesada es la troza, con mayor énfasis y cuidado se efectúa la *labrada*, ya que de ello dependerá, en gran medida, que no se presenten mayores dificultades ni se desperdicien esfuerzos en su transporte por las *carreteras*. Igualmente, se labran las *trozas* con cuidado semejante cuando la distancia de transporte por las *carreteras* es relativamente extensa, es decir, cuando existen varios *tambos* de distancia del lugar de donde se ha *tumbado* el árbol hasta el agua.

Después de que las *trozas* se han labrado empieza la operación de la halada o *corrida* que consiste en empujar con las manos o con los pies las *trozas* hasta llegar a la orilla de la *cuneta* o quebrada, donde se *botarán* posteriormente al agua. La halada o *corrida* se realiza por *tambos*, es decir, se van agrupando las *trozas* o *tucos* provenientes de una misma carretera cada 196 brazas —300m— aproximadamente; y sólo cuando todas están agrupadas en un sitio, se avanzará nuevamente hasta el próximo punto.

El transporte por agua comienza con la *botada* de las *trozas*; lo cual, sin embargo, sólo se realiza cuando las condiciones del nivel del agua lo permiten. Existen dos condicionamientos diferenciales para

los *tuqueros*: estar en la influencia de las *pujas* o de las *crecientes*. En el primer caso, las *trozas* se botan al agua en cualquier mes del año, pero sólo en la *puja*: cuando la influencia marina hace subir significativamente el nivel de las aguas, lo cual ocurre dos veces al mes. En el segundo caso, se esperarán las épocas de mayor intensidad de lluvias, cuando ocurre el crecimiento de las *quebradas* y ríos, pues de otro modo es supremamente difícil sacar la madera.

La *botada* de las *trozas* consiste en empujarlas secuencialmente al agua, donde se inicia la *bañada* de la madera. Cuando se bañan las *trozas* en una *cuneta*; es decir, cuando se las transporta por el agua de la *cuneta*, las *trozas* se empujan desde la tierra con ayuda de una vara larga o desde el agua misma con las manos. Se suelen combinar ambas formas; sin embargo, cuando la *cuneta* se hace muy amplia, o cuando se las transporta por *quebradas*, sólo es posible hacer avanzar las *trozas* si se está dentro del agua y se las empuja y ordena con las manos. La *bañada* implica, entonces, largas jornadas de trabajo inmersos en el agua.

La *bañada* de la madera se realiza por *cunetas* y *quebradas* hasta que éstos se encuentran con un río donde sea posible amarrar las *trozas* con el fin de conformar un *chorizo* o una *balsada* para transportarlas por el río hasta el *corral* o aserradero. El amarre se realiza con fibras vegetales o con un cable de acero y grapas, colocando una troza frente a la otra. Existen *chorizos* o *balsadas* de cientos de *trozas* que se desplazan suavemente, al ritmo de la corriente del río, aprovechando las *vaciantes* o, más rápidamente, empujadas por canoas con motores fuera de borda.

En síntesis, en el proceso de producción del *tuco* se pueden definir dos grandes fases y, en éstas, un conjunto de operaciones específicas nominalmente circunscritas por el *tuquero*. En efecto, dentro de la primera fase están, en orden, las siguientes operaciones: ubicación y reconocimiento, *roza*, *tumba*, *roza*, tronqueada, *roza*,

destucada, enriellada y montada; mientras que para la segunda están: *labrada*, *corrida*, *botada*, *bañada* y amarrada.

Estas operaciones y procedimientos requieren mayor o menor intensidad, esfuerzo y duración. Existen operaciones que demandan sólo unos cuantos *hombres*, unos cuantos días de trabajo, mientras que otras demoran mucho más (Giraldo, 1994). Si se pregunta al *tuquero* por la duración de las diversas operaciones y procedimientos en la extracción de cien *trozas* en condiciones medias, rápidamente y sin vacilación, se obtiene una respuesta que al contrastarla con otras parece indicar una codificación consciente del tiempo socialmente necesario para la producción del *tuco* (véase tabla 1).

Tabla 1. Proceso de producción de cien *trozas*

Fases	Operaciones y procedimientos	Número de hombres/días de trabajo
Producción	Ubicación y reconocimiento	¾
	<i>Roza</i> del asiento del <i>palo</i>	2
	<i>Tumba</i>	2
	<i>Roza</i> de los alrededores del tronco caído	2
	Tronqueada	3
	<i>Roza</i> para la construcción de la carretera (1 tambo)	2
	<i>Destucada</i> para la construcción de la carretera (1 tambo)	3
	Enriellada de la carretera (1 tambo)	4
	Montada	3
	Transporte tierra	<i>Labrada</i>
<i>Corrida</i> (1 tambo)		5
Transporte agua	<i>Botada</i>	0,5
	<i>Bañada</i> (1 tambo)	2
	Amarrada	2
	Llegada	3

Con esta tabla no se pretende sino presentar las condiciones medias e ideales de la duración de las operaciones y procedimientos en la producción del *tuco* referenciados en el discurso del *tuquero*; ya que en el orden de lo real dichas duraciones pueden no sucederse inmediatamente unas a otras por la coexistencia de varias actividades económicas; o sea, porque al mismo tiempo el *tuquero* posee otras actividades o producciones de *tucos* en diferentes fases. Además, existen condiciones y ritmos diferenciales en el trabajo del *tuquero*. En efecto, hay condiciones diferenciales de infraestructura en la distancia y estado de las *carreteras*, y en la presencia o ausencia de *cunetas*, todo lo cual modifica sustancialmente la cantidad de días requeridos para sacar determinado número de *trozas*. Diferencias de densidad y en características de los árboles *tumbados*, determinadas por condiciones naturales o antrópicas, son igualmente variables al considerar la relación con el número de jornadas necesarias para producir una cifra específica de *trozas* (Martínez, 1995).

El ritmo de trabajo y la intensidad del mismo se corresponden con las relaciones económicas y con el sistema cultural determinante de ciclos de producción y de fiesta, de recreación del "tejido social". No se trabaja con la misma intensidad en las vísperas de Semana Santa o Navidad que después de pasadas las fiestas ya que en los días anteriores a las fiestas religiosas se intenta sacar a tiempo el mayor número de madera posible. Martínez (1995) denomina culturales a estos condicionamientos. Igualmente, no se trabaja con la misma intensidad si al *tuquero* se le está pagando al día, —si está de peón— que si participa como socio en la producción del *tuco*. Mientras que al peón le es indiferente para su ingreso monetario el número y la calidad de las *trozas* producidas, el ingreso del socio será directamente proporcional con su número y calidad.

Por último, en relación con las operaciones y procedimientos de producción del *tuco*, es interesante señalar no sólo su aspecto material —las prácticas observadas, los instrumentos utilizados o la in-

fraestructura construida—; sino, también, el conjunto de saberes que los permiten, las condiciones y mecanismos culturales de cualificación y transmisión de los mismos que les han permitido a los pobladores del bosque de *guandal* poseer un acervo de conocimientos positivos, de saberes efectivos en la apropiación y manejo de este ecosistema particular.

Apropiación y manejo estos que, en principio, y a pesar de las condiciones demográficas adversas y de la fuerte demanda exógena de sus "recursos" forestales, han posibilitado una relativa permanencia del ecosistema. Permanencia que no significa, sin embargo, ausencia de pérdida, de destrucción del ecosistema. Con ello no se pretende apuntalar el imaginario de unos grupos humanos en relación armónica y cuasi idílica con un medio que permanecería sin modificaciones significativas con su presencia. Permanencia significa, por el contrario, una relativa reproducción del ecosistema del bosque de *guandal* a pesar de la extracción de su madera durante decenios. Esta permanencia del bosque de *guandal* es consecuencia de la correlación de varios factores: la adecuación del sistema tecnológico del *tuquero* al ecosistema, la competitividad relativa de éste en relación con la tecnología "moderna", los profundos límites de la capacidad de producción del sistema (Martínez, 1995), los ritmos y ciclos de producción fundados en un "calendario cultural"¹ y, en última instancia, "por la dificultad de transformar estas áreas en tierras agrícolas y ganaderas" (Del Valle, 1989).

En los procedimientos y operaciones anotados en relación con las fases de producción del *tuco* participan de manera diferencial los *hombres*, las mujeres y los niños. Si bien es cierto que *tuquiar* es una

¹ "Calendario cultural" puede entenderse de la siguiente manera: "Entre las actividades económicas y socio-culturales del grupo, se han diseñado algunos ciclos que funcionan como indicadores del tiempo. Estos ciclos, de diferente duración y frecuencia, se interponen y entretienen distintos niveles respetando sus propios ritmos, componiendo y estructurando el tiempo cultural del grupo" (Ussa, 1987).

actividad representada en el discurso e imaginario colectivo como exclusivamente masculina y que son, en efecto, los *hombres* quienes están en contacto directo y permanente con el *tuco*, sería falso afirmar que las mujeres y niños no participan directamente en determinadas operaciones y procedimientos. Por lo general, las mujeres² y los niños participan directamente en procedimientos pertenecientes a la fase de transporte. Es común encontrarse con mujeres o niños metidos en *cunetas* o quebrada empujando con sus manos las diferentes *trozas*, o haciéndolo con palancas desde la orilla. No es extraño tampoco, aunque sí menos frecuente, verlos empujando la madera; es decir, haciendo rodar los *tucos* por las *carreteras*. Así, entonces, además de un conjunto de actividades que sirven de soporte a las relacionadas directamente con el *tuqueo*, las mujeres y los niños participan en determinadas operaciones y procedimientos de la producción del *tuco*; los cuales se consideran, además, como los más fáciles aunque, paradójicamente, en el caso de la *bañada*, sean mejor pagadas cuando se contrata a un peón para hacerlo.

Relaciones económicas

Si bien se puede plantear que, en términos generales, la producción del *tuco* por los *tuqueros* del bosque de *guandal* es ciertamente uno y lo mismo, esto no se puede argumentar para las formas de organización de la producción del *tuco*. Para decirlo desde las categorías del análisis económico: existen diversas relaciones económicas en la producción del *tuco*. Estas relaciones pueden pensarse en tres instancias: la de los *tuqueros* entre sí, la del *tuquero* con el *empresario* y la de los *empresarios* entre sí.

² Dejando de lado, sin embargo, a aquellas que por su situación (embarazo, dieta o menstruación) no pueden participar en dichos procedimientos o aquellos casos, aparentemente pocos, en los cuales unas mujeres participan al igual que los hombres en todas las fases del proceso, manejando con análoga destreza el hacha o el machete y evidenciando una fuerza semejante.

Los *tuqueros* establecen varios tipos de relaciones económicas; es decir, se organizan entre sí de diferentes maneras para la producción del *tuco*. Sin embargo, estas diversas formas de organización para la producción se fundan siempre en su particular ordenamiento sociocultural. En primer lugar, se expondrán las diferentes relaciones económicas de los *tuqueros* entre sí para luego anotar cómo éstas se basan en un ordenamiento sociocultural específico.

La brigada

Tuquiar es un acto social, no individual. En efecto, aunque algunos *tuqueros* vayan solos a trabajar al *monte*, se intercambia o se compra constantemente fuerza de trabajo y se pagan con trabajo, dinero o parte de la producción los derechos de propiedad ajenos sancionados socialmente. La base de la organización del *tuquero* es un grupo constituido en función del proceso de producción. Este grupo oscila generalmente entre 3 y 6 *hombres*; sin embargo, se pueden observar no sólo algunos grupos mayores, sino también *tuqueros* aparentemente aislados. A esta base de la organización de la producción del *tuquero* se le denomina *brigada*.

La *brigada* existe en función de un proceso de producción del *tuco* específico, es decir, se conforma para una producción particular, después de la cual se puede diluir y sus miembros conformar otras *brigadas* para iniciar un nuevo proceso. La duración y estabilidad de las *brigadas* se encuentra en relación inversamente proporcional con el número de sus miembros y con las inversiones de trabajo o dinero en infraestructura que ella haya hecho; esto es, con la magnitud de la virtual producción futura. Una *brigada*, entonces, es la unidad mínima de producción del *tuco*. En este sentido se podría decir, incluso, que cuando el *tuquero* trabaja aparentemente aislado conforma una *brigada* en el sentido de que la producción está organizada a partir de él. No obstante, es necesario señalar que la presencia del *tuquero* como individuo es sólo relativa, puesto que éste no

sólo teje múltiples intercambios de fuerza de trabajo y derechos de propiedad, sino que también se circunscribe a condicionamientos como la dimensión y cantidad de las *trozas*.

Las *brigadas* se conforman a partir de las relaciones de parentesco efectivo o ritual entre los *tuqueros*. Es más, se puede afirmar que el principio organizativo de las *brigadas* es el parentesco. Sin embargo, ello no quiere decir que necesariamente la *brigada* esté conformada sólo por parientes ni, mucho menos, que se circunscribe a la unidad doméstica, a los parientes más cercanos. Es imposible desconocer la importancia fundamental del parentesco en la configuración de las *brigadas* y, para el antropólogo, este es un primer dato que permite entender la particular lógica de las mismas.

En las *brigadas* no se presenta la división técnica del trabajo, es decir, generalmente la *brigada* en su conjunto desempeña una misma operación o procedimiento de las fases de la producción del *tuco*. Si bien es cierto que en toda *brigada* existe un hombre con claro poder de liderazgo, ello no lo exime de desempeñar, al igual que los otros, las mismas actividades sin distinción alguna de su función. En toda *brigada* existe una función de organizador interno del trabajo, de relación y representación externa de la misma. Así, esta persona ordena cotidianamente la intensidad y orientación del trabajo, es quien se encarga de establecer las relaciones económicas de la *brigada* con el *empresario* financiante o comprador de la madera.

Tipos de *brigada*. Existen varios tipos de *brigada* según las relaciones que la configuran:

1. Aquellas donde sus miembros asumen con relativa igualdad las condiciones y costos de la producción del *tuco* y, por consiguiente, se distribuyen de manera semejante las ganancias o las pérdidas resultantes del proceso. Así, pues, todos los miembros aportan no

sólo condiciones para la producción como lo son los derechos de propiedad, herramientas e infraestructura; sino también costos como los de su fuerza de trabajo, la *remesa* y los de otros bienes de consumo producidos por el mismo *tuquero*. Esta relación económica es denominada sociedad.

2. Aquellas *brigadas* en las cuales uno de sus miembros es el dueño del trabajo y asume, por consiguiente, todas las condiciones y costos de la producción del *tuco*. Por tanto, compra fuerza de trabajo, la cual paga por día de trabajo. Así, las ganancias o pérdidas posibles las asume solamente dicho dueño del trabajo.

3. Las *brigadas* que combinan las dos relaciones planteadas con anterioridad. En efecto, existen *brigadas* que son sociedad entre algunos de sus miembros, pero éstos se conforman como dueños del trabajo para otros que son *peones* o jornaleros, a quienes se les compra su fuerza de trabajo.

En este punto de la exposición es necesario anotar que entre los *tuqueros* existen unas relaciones fundadas en el orden monetario y otras, al margen de él. Las relaciones monetarias, sin embargo, se podrían denominar sólo imprecisamente *capitalistas*; ya que en la relación capital/trabajo que configura a estas últimas, el trabajador que vende su fuerza de trabajo lo hace por carecer los medios de producción que le permitan reproducir socialmente su existencia, y el poseedor de los medios de producción, del capital, se apropia de la plusvalía que no *produce* directamente él. Ni uno ni otro son, precisamente, los casos de las relaciones de los *tuqueros* entre sí ni las condiciones que determinan la relación monetaria (Martínez, 1995).

En efecto, a pesar de la densidad demográfica relativamente alta, cualquier habitante medio del bosque de *guandal* puede reproducir socialmente su existencia sin necesidad de vender su fuerza de trabajo; es más, existe una extensión tal de las relaciones de parentesco

efectivas y rituales, que es posible acceder a "recursos" forestales o de cualquier otro tipo más allá de los determinados por la herencia, el trabajo o la capacidad de compra. De otro lado, tampoco se encuentra entre los *tuqueros* al *capitalista*; incluso se puede afirmar, de acuerdo con Martínez (1995) y Giraldo (1994), que el precio del *tuco* cubre sólo el pago aproximado del 85 % de la fuerza de trabajo invertida en su producción y que no se valoran monetariamente, por consiguiente, los árboles y bosques que son talados y modificados en el proceso.

Relaciones entre *brigadas*. A partir de la *brigada* se teje otro tipo de relaciones en el proceso de producción del *tuco*. En efecto, existen otras relaciones, ya no dentro de una *brigada*, sino entre éstas. La circulación relativamente constante de las relaciones entre un número específico de *brigadas*, determina la unidad real y la capacidad de producción de los *tuqueros*.

Relaciones horizontales. El *cambio de mano* es una de las relaciones entre las *brigadas*. Con él se presenta una relación de intercambio de trabajo entre dos de ellas; es decir, que una *brigada* o parte de ella va a trabajar con otra; la cual, a su vez, devuelve el trabajo en número exacto de *hombres* o días que recibió. La lógica, por así decirlo, del *cambio de mano* es la de la concentración de la fuerza de trabajo para aumentar así significativamente su capacidad y la efectividad del mismo, la cual es directamente proporcional a la concentración del número de *tuqueros*. La general dificultad monetaria para pagar *jornales* hace que el *cambio de mano* sea una relación entre *brigadas* utilizada y valorada significativamente.

La cooperación es la segunda relación existente entre las *brigadas*. Esta relación se presenta cuando existe alguna operación o procedimiento en la producción del *tuco* que se efectúa en el mismo tiempo y espacio por dos o más *brigadas*. Sin embargo, la superposición temporal y espacial de alguna operación o procedimiento de dos o

más *brigadas*, no implica esta relación. En ella, por lo general, no es problemática la diferencia en el número de *hombres* en las distintas *brigadas*, puesto que esta diferencia se correlaciona con la magnitud de la producción de cada *brigada*; que se compensa mutuamente.

Tanto el *cambio de mano* como la cooperación son, pues, intercambios horizontales de fuerza de trabajo con la diferencia de que en el primero, el intercambio se efectúa en tiempos diversos y en el segundo, el intercambio se superpone temporal y espacialmente. Por tanto, mientras que el *cambio de mano* no necesariamente se establece en función de una misma operación o procedimiento, la cooperación se articula, por definición, en el mismo procedimiento u operación.

Relaciones verticales. En oposición a las relaciones de intercambio horizontal de la fuerza de trabajo entre las *brigadas* existe otro conjunto de relaciones verticales entre ellas. Cuando una *brigada* es la poseedora de la infraestructura de producción o de una parte de ella, hace que otra que utilice esta infraestructura le pague su uso en dinero, con trabajo, con un porcentaje de la producción o con la venta —total o parcial— de ésta a un precio significativamente más bajo que el del mercado. Igual efecto se *produce* cuando una *brigada* no posee la sanción social de los derechos de propiedad sobre los árboles, cuando debe depender del dinero, prestado o de la *remesa* aportada por otra, para poder efectuar total o parcialmente la producción del *tuco*.

Para presentar este tipo de relaciones de una manera abstracta se puede decir que cuando una *brigada* A no posee cualquiera de las condiciones o factores de producción y debe recurrir a una *brigada* B para poseerlos se establece una relación vertical donde B probablemente usufructúa en su beneficio el dinero, la fuerza de trabajo o la producción de A. Generalmente el carácter y el monto se determi-

na unilateralmente por la *brigada* poseedora de las condiciones o factores de producción o, para decirlo abusando de las categorías del análisis económico, de los medios de producción. Sin embargo, en esta determinación es fundamental el parentesco efectivo o ritual y la amistad existente entre los miembros de ambas *brigadas*; por lo cual, puede variar desde un pago significativo hasta la exoneración del mismo. Así, por ejemplo, el *pago de salida* que es un pago generalmente en dinero o en porcentaje de la producción por la utilización de las *carreteras* o *cunetas* ajenas, de la infraestructura, puede variar desde un 20 %—o más— de la producción o su equivalente en dinero, hasta no pagar absolutamente nada (Martínez, 1995).

En síntesis, y para esquematizar las ideas anteriormente planteadas, la *brigada* es la unidad mínima de la organización del *tuquero* para la producción. Se configura a partir de dos relaciones: la monetaria y la sociedad; lo cual permite tres tipos de *brigadas*: las fundadas exclusivamente en la primera relación, las conformadas únicamente desde la segunda y las híbridas. Las *brigadas* entre sí pueden establecer relaciones en la producción del *tuco* y pueden ser, a su vez, horizontales o verticales según posean o no las condiciones o factores de producción y dependan o no de otra *brigada*. Sin embargo, mientras que las relaciones horizontales se establecen necesariamente entre *brigadas*, las relaciones verticales no sólo se establecen entre ellas, puesto que son extensivas, e incluso frecuentes, en la relación de las *brigadas* con cualquiera de los poseedores de las condiciones o factores de producción, sean éstos *tuqueros* o no.

Relaciones entre el *empresario* y el *tuquero*

En este punto se puede pasar de la organización de los *tuqueros* para la producción, de las relaciones económicas actuantes en este nivel, a las establecidas entre el *tuquero* y el *empresario*. *Empresario*³ es una palabra utilizada para denotar a aquellos cuyas funciones se

oponen y complementan las del *tuquero*. En efecto, el *empresario*, tanto el dueño del aserradero como el comprador o *partidor* de la madera, es, en últimas, aquel que establece un conjunto de relaciones de producción, transformación y circulación del *tuco* y, por consiguiente, establece relaciones económicas con el *tuquero*.

Las relaciones entre el *empresario* y el *tuquero* se pueden presentar en el mercado o, antes de él, en la producción. En efecto, el *tuquero* se relaciona en el mercado con el *empresario* al venderle a éste—de acuerdo con la oferta y la demanda existentes— los *tucos* que ha producido. Así, el *tuquero* plantea el precio de sus *trozas* y el *empresario* las compra o no. El precio se fija, entonces, por un acuerdo entre vendedor y comprador, y está determinado por dos factores convergentes: la oferta y la demanda existentes en función de ciclos productivos, y la calidad de las *trozas*; así, mientras mayor sea su dimensión o calidad más dinero se obtendrá por las mismas. Para que esta relación en el mercado se pueda establecer, el *tuquero* debe estar *libre de compromiso*; es decir, no debe existir ningún tipo de deuda avalada en el producto objeto de la transacción, pues si esto ocurriese el acreedor podría demandar la nulidad de la transacción en su beneficio. Es por ello que esta relación en el mercado se denomina *libre de compromiso*. Entonces para que esta relación sea posible es necesario que el *tuquero* realice la producción del *tuco* sin haber *comprometido* el producto a cambio de poseer las condiciones o factores de producción.

Entre el *empresario* y el *tuquero*, además, se pueden establecer relaciones antes del mercado; a éstas se les denomina de *compromiso* puesto que el *tuquero* ya no puede ofrecer a cualquier comprador su

³ Es pertinente aclarar que la noción de *empresario* se encuentra limitada histórica y geográficamente a la forma de su existencia en Bocas de Satinga en el momento de la realización de la investigación. Además, aquél no es objeto directo de la misma, aunque no se desconoce su profunda influencia en el *tuquero*. En lo que sigue, por tanto, es necesario tener claros estos límites de la exposición sobre la figura del *empresario*.

madera ni tampoco participar en la determinación de su precio. Es el *empresario*, denominado *patrón* en este tipo de relación, quien determina el precio, que siempre se encontrará significativamente por debajo del existente en el mercado (Martínez, 1995).

En efecto, el *tuquero* que desea extraer madera puede recurrir a un *empresario* para que lo financie todo o en parte cuando carece del dinero suficiente para obtener las remesas necesarias, pagar los *peones* que utilizará, construir una infraestructura, o comprar los derechos de propiedad sobre unos *palos*. A partir de alguna de estas necesidades, o de todas, el *tuquero* puede pedir prestado al *empresario* sumas de dinero que serán pagadas cuando se venda la madera; sin embargo, esta madera —como se anotaba anteriormente— sólo puede venderse a este *empresario* prestamista, quien la comprará al precio que él determine con el objeto de compensar el dinero prestado—el que también cobrará— como una suerte de interés.

Esta relación de compromiso, no obstante, no sólo se teje cuando el *tuquero* recibe dinero prestado sino, también, cuando alguna o todas las condiciones o factores de producción antes señalados son propiedad del *empresario*, del *patrón*. En efecto, cuando en un bosque determinado, las *cunetas* o *carreteras* son propiedad del *empresario*, el *tuquero* que trabaje allí —aunque ponga las otras condiciones o factores de producción, como la fuerza de trabajo, la *remesa* y las herramientas— establece una relación de compromiso con aquel. La producción del *tuco* desde el compromiso parece ser, cuantitativa y cualitativamente, una relación determinante en las relaciones económicas entre los *tuqueros* y los *empresarios*, siendo lo más común, incluso, la sola financiación de la *remesa* e infraestructura, mientras que el *tuquero* aporta su fuerza de trabajo y los derechos de propiedad sobre los bosques.

Aunque la relación de compromiso está generalizada no es posible, sin embargo, que cualquier *tuquero* obtenga el préstamo o el acceso a las condiciones o factores de producción propiedad de cualquier *empresario*, puesto que el parentesco —efectivo y ritual— y los lazos de amistad y confianza son fundamentales para ello. No obstante, por las condiciones de la región no es imposible que un *tuquero* tenga a su disposición uno o varios *empresarios* posibles con los cuales establecer una relación de compromiso.

Como se observa, entonces, esta relación anotada como anterior al mercado es, de hecho, una relación inscrita en la producción misma y, en algunos aspectos, análoga a las relaciones de producción *capitalistas*. En efecto, al igual que en éstas, existe el propietario de los medios de producción y quien carece de ellos. Pero a diferencia de las relaciones *capitalistas* que posibilitan la apropiación de la plusvalía—es decir, la diferencia entre el tiempo socialmente necesario para la reproducción del obrero en cuanto tal y el tiempo efectivo de trabajo de éste— el *empresario* se apropia incluso de parte del tiempo socialmente necesario para la reproducción del *tuquero* en cuanto tal.

Así, entonces, las relaciones de explotación del hombre por el hombre veladas en el capitalismo se presentan inevitablemente evidentes en la sobreexplotación del *empresario* hacia el *tuquero*. Es más, se puede plantear, de acuerdo con Martínez (1995), que lo que hace aún rentables los aserraderos a pesar de su proverbial obsolescencia, son estas relaciones de sobreexplotación del *tuquero*. Sin embargo, y por ello mismo, es necesario entender la especificidad de estas relaciones económicas, que no son precisamente o, mejor, exclusivamente *capitalistas*.

Entre *tuqueros* y *empresarios*, además de las dos relaciones anotadas, existen, por lo menos otras dos, que son relativamente escasas. En efecto, la sociedad existente en las *brigadas* también se presenta

entre el *tuquero* y el *empresario*. Cuando hay una sociedad entre el *tuquero* y el *empresario* —al cual el *tuquero* denomina, esta vez, *capitalista* o, más precisamente, *socio capitalista*— el primero aporta generalmente los derechos de propiedad, las herramientas y su fuerza de trabajo, mientras que el segundo pone el dinero para comprar la *remesa*, construir la infraestructura o, si es necesario, contratar *peones*. Así, se configuran dos funciones complementarias y separadas espacialmente, puesto que el *socio capitalista* generalmente no se encuentra presente en el proceso productivo, concluido el cual se pueden vender los *tucos* a los dueños de aserraderos o compradores si este *socio capitalista* no es lo uno ni lo otro, o —siéndolo o no— el proceso se puede continuar hasta la transformación de ellos en tablones, tablas u otras formas comerciales, para efectuar su venta en otros mercados como el de Buenaventura. Las ganancias o pérdidas resultantes de este proceso de producción y comercialización del *tuco* —o de otras formas comerciales sacadas de aquel— se reparten en igualdad de condiciones después de sacar los costos del mismo: una mitad para el *tuquero* y la otra para el *socio capitalista*. Sin embargo, recuérdese que cuando se habla del *tuquero* se designa realmente a una *brigada*, la cual está conformada generalmente por varios individuos. Así, entre éstos a su vez, se distribuye la ganancia o pérdida de acuerdo con las relaciones que los configuran como *brigada*. No sobra anotar que estas relaciones de sociedad entre el *empresario* y el *tuquero* se establecen generalmente cuando ambos son parientes efectivos o rituales muy próximos, o cuando existen profundas relaciones de amistad entre ellos.

Por último, entre las relaciones del *empresario* y el *tuquero* se establece el contrato, es decir, que el primero le paga determinada cantidad de dinero al segundo por la realización de algunas o de todas las operaciones o procedimientos de producción del *tuco*. Esta relación se establece generalmente cuando el *empresario* posee los derechos de propiedad y la infraestructura necesaria; sin embargo, la

presencia de estos factores no implica necesariamente la relación de contrato. El contrato es consensual, es decir, es resultante del acuerdo entre el *tuquero* y el *empresario*, y se diluye al concluir los términos del mismo.

Tipos de tuqueros

Hasta ahora se ha hablado del *tuquero*, de la producción del *tuco* y de las relaciones económicas. Pero, en este punto de la exposición se debe puntualizar una diferenciación fundamental en la categoría de *tuquero*. En efecto, en los ríos Satinga y Sanquianga, en particular, y, en general, en los bosques de *guandal*, existen dos tipos diferenciados de *tuqueros*. Cuando se habla de tipo de *tuquero* se pretende señalar una distinción analítica que permite entender diferencias observadas no sólo en su lógica económica, sino también en el manejo y relación con el bosque. No obstante, esta distinción no pretende establecer fronteras ni casillas infranqueables, ya que los pobladores de los bosques de *guandal* que extraen su madera pueden encontrarse en un continuo donde no todos los casos representan los extremos, los tipos. O para decirlo en otros términos, las dos clases de *tuqueros* no son absolutas en función de los individuos, pues éstos pueden circular de una a otra según las circunstancias o, incluso, presentar modalidades híbridas.

Tuquero "tradicional "

En primera instancia existe un *tuquero* tradicional, que construye su vivienda a lo largo de los ríos. Estas casas presentan condiciones específicas, entre ellas: su relativa permanencia; la utilización de tablas, tablones, cartón y zinc, como materiales fundamentales en la construcción; y la configuración de un espacio interno en el cual se presentan paredes y divisiones físicas claramente establecidas. El *tuquero* tradicional, por tanto, se desplaza cotidianamente desde el

río en cuya orilla ha construido su casa hacia los lugares de *tuqueo*, ya sea por tierra mediante caminos que se adentran en el *monte* o, utilizando los *potrillos*, siguiendo el curso de aguas de *quebradas* y *cunetas*. Este desplazamiento a las zonas de *tuqueo* se realiza sólo en determinadas épocas del año y en algunos días, puesto que el *tuquero* tradicional se dedica a otras actividades económicas. Se puede afirmar, entonces, que el *tuquero* tradicional se define por su inscripción sistemática en procesos productivos diversos y complementarios de acuerdo con unas particularidades ecológicas y unos ciclos culturales.

De un lado, las particularidades ecológicas de los bosques de *guandal* —es decir, su presencia en zonas de mayor o menor influencia marina y donde, por consiguiente, existen condiciones y recursos diferenciales— posibilitan una primera distinción dentro de los *tuqueros* tradicionales: aquéllos asentados en la zona de los ríos y aquéllos que viven en la de *las mares*. Así, se presentan actividades económicas diferenciales pues los *tuqueros* tradicionales que viven en la zona de *las mares*, de los esteros, se apropian de recursos particulares como la relativa abundancia de la pesca, actividad prácticamente ausente en la zona de los ríos por las características ecológicas de los mismos. Sin embargo, el *tuquero* tradicional, tanto el habitante de los ríos como el de la zona de *las mares*, posee la agricultura como actividad económica alterna del *tuqueo*. Aunque existen diferencias en la presencia o ausencia de algunos cultivos, el sistema agrícola en ambas zonas es fundamentalmente el mismo. Existen, además, períodos favorables por la abundancia o ausencia relativa de las lluvias para la preparación de zonas de cultivo, la recolección o, en la zona de los ríos, para la sacada de la madera. Por tanto, en términos ecológicos, se pueden pensar las diferentes actividades económicas del *tuquero* tradicional en función de la diversidad del ecosistema y de los períodos de mayor o menor intensidad relativa de las lluvias.

En este sentido, y retomando una idea del sociólogo Luis Carlos Castillo (1987) en su análisis económico de los "grupos negros" en el río Naya, se podría plantear a modo de hipótesis de trabajo la existencia de por lo menos dos "complejos económicos": uno para la zona de los ríos y otro para la de *las mares* o esteros. Independientemente de la fecundidad conceptual o no de la categoría complejo económico, es necesario subrayar la profunda diferencia entre los *tuqueros* de uno y otro hábitat, lo cual, obviamente, implicaría un ejercicio analítico más detallado que el de este escrito. Por ahora, sin embargo, se trabajará sobre una categoría máxima de *tuquero* tradicional quedando abierto el análisis de detalle de las diferencias ecológicas más puntuales. Seguramente, los trabajos realizados por Molina (1995) y Uribe (1993), aportan algunos datos significativos para dicho análisis.

Los ciclos culturales, por otro lado, influyen y ordenan la sucesión de las diferentes prácticas económicas efectuadas por el *tuquero* tradicional. Los ciclos culturales se refieren a la ordenación temporal del trabajo y la fiesta como momentos de la producción y reproducción social. Así, en el año se presenta una suerte de calendario cultural a partir del cual el *tuquero* tradicional inscribe sus diferentes actividades económicas. En este sentido, el sistema económico del *tuquero* tradicional se ve atravesado por los imperativos culturales que lo hacen recurrir, antes de las fiestas, a la producción del *tuco* con el objeto de obtener el dinero requerido para ese tiempo, dado que otras actividades económicas no son tan susceptibles como ésta de monetarización (Martínez, 1995).

Este calendario cultural no es específico del *tuquero* tradicional puesto que pertenece a todo un sistema cultural; no obstante, influye específicamente en él porque ordena en una secuencia virtual las prácticas económicas donde antes del tiempo de *fiesta* se *produce* el *tuco* dejando para otros momentos la realización de otras prácticas como la agricultura. Esta polivalencia del sistema económico del

tuquero tradicional no es sólo temporal, es decir, la sucesión lineal de diferentes prácticas económicas, sino que también permite la relativa coexistencia de las mismas. Así, el *tuquero* tradicional puede dedicar determinados días a la realización de actividades distintas del *tuqueo*, como el mantenimiento o recolección de sus cultivos o la pesca artesanal. Por tanto, lo que en realidad se presenta en el sistema económico polivalente del *tuquero* tradicional es el énfasis en una u otra actividad económica en función del advenimiento o no de un tiempo de fiesta culturalmente determinado. Una consecuencia de esta diversidad de las prácticas económicas del *tuquero* tradicional es que la intensidad y la cantidad de la producción del *tuco* se reduce considerablemente en comparación con la obtenida si se dedica única y exclusivamente a ello.

Tuquero especializado

En segunda instancia, existe otro tipo de *tuquero* al cual se denominará *tuquero* especializado. Como hipótesis de trabajo se plantea la mayor importancia cuantitativa y cualitativa de este tipo de *tuquero* en la extracción maderera de los bosques de *guandal* en los ríos Satinga y Sanquianga. Estos *tuqueros* construyen sus viviendas en el interior del bosque, a lo largo de pequeños cursos de agua como las *quebradas* o *cunetas*. Allí, cerca de los trabajaderos, se levantan los ranchos; es decir, las construcciones provisionales elaboradas en su totalidad con diferentes materiales de la selva. En algunos casos, los ranchos conforman pequeños poblados de hasta seis o más construcciones; sin embargo, por lo general, se los encuentra en un número más reducido. Estos ranchos se utilizan para vivir mientras dura la extracción maderera del bosque, terminada la cual, se abandonan y se construyen otros en el nuevo bosque donde se inicia la producción. Así, pues, el *tuquero* especializado es relativamente trashumante; o mejor, se mueve de un bosque a otro en función de la producción del *tuco*; por eso, no es extraño que trabaje durante

unos meses en un bosque del río Satinga y después se encuentre haciéndolo en uno del Sanquianga.

Este tipo de *tuquero*, por oposición al "tradicional", se especializa en la producción del *tuco*; es decir, sus actividades económicas se centran en el *tuqueo*. Y, si bien es cierto que su producción también se encuentra atravesada por las mismas particularidades ecológicas y ciclos culturales, éstas influyen de manera diferencial en el *tuquero* "especializado" y en el "tradicional".

El *tuquero* especializado se encuentra ya sea en zonas de *agua viva* o en zonas de *creciente*; es decir, está bajo el influjo de las mareas o de las lluvias para el crecimiento de los niveles de agua y, así, poder sacar el *tuco*. Ello determina, entonces, cuando se hace posible la extracción de los *tucos*, mayores ventajas relativas para los *tuqueros* ubicados en zonas de agua viva. Esta relativa ventaja ecológica se reconoce incluso en el lenguaje pues se denomina a estos bosques *cómodos*, en oposición a los que no lo son.

En síntesis, y para plantearlo de una manera esquemática, existen claros criterios que permiten sustentar una diferenciación entre el *tuquero* tradicional y el especializado. En efecto, en relación con los patrones de asentamiento en función de la producción del *tuco* existe un primer criterio de demarcación entre las dos clases de *tuqueros*: mientras que el *tuquero* tradicional construye casas relativamente permanentes a lo largo de los ríos, el especializado hace unos ranchos provisionales dentro del *monte*, siguiendo el curso de pequeñas corrientes de agua como *quebradas* o *cunetas*.

Este *patrón* diferencial de asentamiento se anuda a la especialización o no. En efecto, para el *tuquero* tradicional existen otras actividades económicas igualmente importantes y alternas a la del *tuqueo*. El especializado, en cambio, centra sus prácticas económicas en este último. Para decirlo en otras palabras, mientras que el *tuquero*

tradicional posee un sistema económico polivalente, el especializado presenta uno fundamentalmente monovalente. Esta diferenciación del sistema económico es, pues, el segundo criterio de demarcación entre las dos clases de *tuqueros*. En función de esta especialización o no, se encuentra un tercer criterio: el de la intensidad y cantidad de la producción del *tuco*. Existe una diferenciación marcada en la intensidad y cantidad de la producción del *tuco* entre el *tuquero* tradicional y el especializado puesto que mientras el segundo lo *produce* todo el tiempo culturalmente efectivo del año, el primero lo hace sólo durante algunos períodos o días específicos.

La movilidad, o para decirlo más precisamente, la trashumancia del *tuquero* especializado es una consecuencia de esa intensidad y cantidad significativa correlacionada con la exclusividad del proceso de producción del *tuco*. Cuando se agota relativamente un bosque, el *tuquero* especializado se desplaza a otro construye su rancho y usufructúa el bosque durante algún tiempo hasta que se agota, para luego ir a otro o volver a uno anteriormente trabajado por él. El *tuquero* tradicional es, por el contrario, poco móvil, puesto que su radio de extracción se circunscribe generalmente a los bosques de su propiedad y hacia los cuales puede desplazarse desde su casa, construida en los ríos. La movilidad o no es, por consiguiente, el cuarto criterio de demarcación entre las dos clases de *tuqueros*.

Un quinto criterio de demarcación se refiere a la actitud diferencial hacia el bosque entre el *tuquero* tradicional y el especializado. Mientras que el primero generalmente establece una relación de largo plazo, lo cual se evidencia en la introducción de ciertos sembríos o la mejora paulatina del mismo, en una actitud de apropiación progresiva el segundo establece una relación inmediata y, por tanto, su actitud es la de la apropiación sistemática de lo susceptible de *monetización* o de utilización. Esta diferencialidad de actitud hacia el bosque se correlaciona con la propiedad sobre el mismo ya que,

mientras el *tuquero* especializado no necesariamente lo posee, el tradicional por lo general lo tiene.

Actividades económicas alternas

El *tuquero*, independientemente de su tipo, efectúa otro conjunto de actividades económicas, como son la cacería, la pesca en quebrada con barbasco, y la recolección de frutos, semillas y pequeños animales. Desde luego, la relación económica que el *tuquero* establece con el bosque no se reduce a la extracción de la madera aunque en el caso del especializado es lo más inmediato y fundamental de su relación.

En este sentido, se puede argumentar la coexistencia, subordinación y, en algunos aspectos, la contradicción de dos lógicas económicas. De un lado está la extracción maderera que se articula y define en función del mercadeo o, más precisamente, de la *monetización*. Del otro, están ese conjunto de actividades económicas alternas que anteceden histórica y lógicamente al mercado maderero. Estas actividades económicas alternas se rigen por la reciprocidad, la no *monetización*, y por su realización en tiempos complementarios al *tuqueo*. Esto determina que las actividades económicas alternas se realicen diferencialmente de acuerdo con la preferencia, disposición y situación del *tuquero*. En efecto, existen *tuqueros* para los cuales la cacería, por ejemplo, es una actividad particularmente agradable, por lo cual la realizan siempre que se les presenta la oportunidad de hacerlo. De otro lado, ante la carencia o escasez de comida, el *tuquero* recurre a estas actividades económicas alternas; en este sentido, estas actividades son alternativas y utilizadas en función de la situación alimentaria del *tuquero*. Sin embargo, no se dan exclusivamente en términos alimentarios ni se circunscriben a los momentos de escasez, pues por ejemplo, también se recolectan materiales para la construcción de los ranchos, para la elaboración de canastos o, cotidianamente, para la cocción de los alimentos. Ade-

más, se recolectan algunas plantas con fines medicinales y rituales, para lo cual, igualmente, se usan y conservan algunas partes de los animales cazados.

Se puede afirmar, entonces, que la relación económica del *tuquero* con el bosque no se establece sólo para extraer madera, sino también se hace para obtener alimentos suplementarios, medicinas, y materiales para la construcción de viviendas, la elaboración de utensilios y la cocción de alimentos. Además, esta relación económica del *tuquero* con el bosque no se circunscribe a la lógica del *tuco* que es la de la *monetización*, la de la mercancía y, de una forma muy particular, la del capital. En coexistencia, superposición, complementariedad y contradicción con aquélla, existe otra lógica económica, otro sistema de manejo económico del bosque.

Por la importancia de este sistema, por su fácil ocultamiento a los ojos del no antropólogo, y porque ya se ha expuesto con algún detenimiento la lógica económica del *tuqueo*, es pertinente detenerse a analizar con más detalle esas actividades económicas alternas que, según se expuso, suponen otro tipo de relación económica con el bosque.

La cacería

La cacería es una actividad económica alterna más antigua que el mismo *tuqueo*, pero que en la actualidad se efectúa, con mayor o menor intensidad, por todos los *tuqueros*. Múltiples son los animales objeto de cacería y, por consiguiente, diferentes son las formas de la misma: la efectuada directamente con la escopeta y la realizada indirectamente, por medio de trampas (véase tabla 2).

La cacería directa o con escopeta puede acometerse durante el día o la noche. Así si es diurna es posible diferenciar entre una cacería intencional y una ocasional. La cacería diurna intencional es aquella

que se realiza con perros entrenados específicamente para ello, cuando el *tuquero* sale de donde vive con la intención de cazar. Este tipo de cacería se efectúa, fundamentalmente, los días de descanso —cuando no se va a *tuquiar*— o cuando escasea la alimentación. El cazador, entonces, se adentra en el *monte*, guiado por los perros, los cuales mediante su olfato señalan al cazador la presencia de la eventual presa. Por ello, los *tuqueros* suelen poseer perros cazadores, que son ampliamente valorados. Esta cacería intencional diurna, sin embargo, puede efectuarse sin los perros cuando se han descubierto unas claras huellas.

La cacería diurna ocasional se realiza por casualidad, es decir, el *tuquero* no se ha adentrado en el *monte* con la intención de cazar —sino con la de trabajar o realizar otra actividad— cuando se encuentra una posible presa cualquiera. Una costumbre bastante difundida es la de poseer una escopeta y la de siempre ir acompañado de ella, sobre todo si se dirige al *monte*. Es fácil, por consiguiente, contar tres o cuatro de ellas en cualquier lugar de trabajo. Así, no es extraño que el *tuquero* al escuchar u observar algún animal susceptible de ser cazado deje la tarea que realiza para ir en busca de aquél.

Además de la cacería diurna directa, se practica con bastante frecuencia una cacería directa nocturna. En efecto, es común que el *tuquero* en ciertas noches de menguante se dirija a los *palos* del *monte* que están produciendo frutos, a los comederos, y espere allí la llegada de aquellos animales que se desplazan en la noche hasta esos lugares en busca de comida. El cazador, entonces, pasa la noche encima de una construcción llamada *talanquera*, efectuada para ello a unos dos metros de altura, en uno de los árboles vecinos al *comedero*. Desde allí acecha, *aguaita*, la llegada del animal. Las *talanqueras* para *aguaitar* a los animales nocturnos se construyen también al lado de las huellas recurrentes de algunos de estos animales con el objeto de cazarlos cuando ellos pasan por allí.

Tabla 2. Técnicas de cacería utilizadas por los tuqueros del Pacífico Sur colombiano

Tipo	Forma	Modalidad	Tiempo	Situación	Mecanismos	Lugar	Animales	División sexual
Directa	Escopeta accionada por el cazador	Grupos o individuos	Diurna	Ocasional	Siguiendo las huellas o el sonido	Sitios de trabajo	Ardita Peletón Pava Perdiz	Hombres
				Intencional	Siguiendo a los perros	Monte	Oso hormiguero Tatabro Sahino Ardita Pava Perdiz	Hombres
Indirecta	Trampas accionadas por la presa	Individuos	Nocturna	Intencional	Aguaitando en talanquera	Comederos y caminos	Conejo Venado Guatín Ufán	Hombres
				Intencional	Recorriendo, escuchando	Monte, ríos, esteros	Cusumbi Perico Tulcio Conejo	Hombres
			Fundamentalmente nocturna	Intencional	Montando y revisando las trampas	Caminos y madrigueras en el monte	Conejo Venado Guatín Tigre Ratón	Hombres y mujeres Mujeres y niños
							Cangrejo	

Además de esta cacería nocturna directa, existe otra en la cual el cazador recorre el bosque en la noche con el objeto de ubicar por medio del sonido o movimiento a su posible presa. Así, el cazador avanza cautelosamente en búsqueda del animal, escuchando cualquier sonido o movimiento que le delate su presencia.

El hecho de que la cacería directa se realice de día o de noche, *aguaitando* o recorriendo, se encuentra determinado por la especie de animal que se pretende cazar, puesto que mientras al conejo y al venado se los caza fundamentalmente en las noches de menguante *aguaitándolos* en los comederos o caminos, al cusumbí, al perico o al tulcio se les caza en los recorridos nocturnos. En el día se caza preferencialmente al oso hormiguero, al sahino, al tatabro, o a la ardita, aunque cuando se efectúa con perros se puede obtener fácilmente cualquier presa.

Además de la cacería directa con escopeta, se presenta una cacería indirecta; es decir, con trampas. Esta cacería con trampas o indirecta se utiliza para múltiples animales y, por consiguiente, se evidencian variaciones significativas. Existen trampas laboriosa y complejamente armadas con escopetas para venados, conejos y guatines, las cuales permanecen montadas fundamentalmente en las noches a la espera de que, en sus recorridos nocturnos, uno de estos animales se tropiece con la guasca y accione la trampa. Como es obvio, los lugares que evidencian huellas recientes y recurrentes de estos animales son los sitios preferidos para dejar montada la escopeta. Estas trampas son, generalmente, montadas en el atardecer y revisadas minuciosamente cada mañana muy temprano antes de dirigirse al trabajo.

Además de esta modalidad de trampa existe otra especial para ratones, la cual consta de un armazón con un cebo que, por lo general, es de plátano maduro. Estas trampas se colocan cerca de las raíces de los árboles que hacen las veces de guarida del ratón. También

existen, en la zona de *las mares*, las trampas para cangrejos. Ellas se hacen de madera y se accionan cuando entra el cangrejo o cuando sale de su cueva, por lo cual se coloca en la salida misma de la cueva de éste. Para cazar tigre, lo cual se efectuaba con particular intensidad con el objetivo de vender su piel, también existen construcciones significativamente efectivas de trampas; y, para anotar un último ejemplo, el camarón se atrapa al sumergir un canasto cubierto de hojas que contiene comején o *murán* recolectado en el *monte*. Después de unos minutos, o aun horas, se saca el canasto del agua con los camarones dentro.

Como se ve, existen múltiples modalidades de trampas en función del animal que se pretende cazar y, correlacionado con ello, una división sexual y por edades en su construcción y uso. En efecto, mientras que las trampas realizadas para la cacería del venado, del guatín o del conejo—las que se elaboran montando la escopeta—, son armadas, revisadas y desmontadas exclusivamente por los *hombres*; las elaboradas para la cacería del ratón y del cangrejo las usan preferencialmente mujeres y niños.

La cacería efectuada por el *tuquero* implica, entonces, un complejo sistema de técnicas, de modalidades, que necesariamente exige un conjunto de conocimientos detallados y positivos sobre el comportamiento animal, vegetal y hasta cosmológico. En efecto, detrás de las técnicas de cacería utilizadas por el *tuquero* se esconde un complejo y acertado conocimiento de los hábitos alimentarios, de la territorialidad e, incluso, de la sexualidad de los animales cazados, por lo cual, y en el sentido más amplio de la palabra, los *tuqueros* son unos verdaderos etólogos empíricos. Además, son unos conocedores de los ciclos de maduración de los frutos y semillas de los árboles y palmas asociados directa o indirectamente con los hábitos alimentarios o territoriales de los animales cazados, y saben de la influencia de la regularidad de las mareas y de los períodos de menguante o luna en el comportamiento animal. Así, pues, de genera-

ción en generación se ha transmitido, mantenido y cualificado no sólo un sistema efectivo y adecuado de técnicas de cacería, sino también unos conocimientos positivos y detallados sobre diversos ecosistemas.

No obstante, además de estos conocimientos positivos, existe un sistema de prácticas asociadas con la cacería como son la *curada* de los perros, los *sobijos* para el cazador y el perro, así como las prácticas de curación y evitación del mismo cazador. En efecto, existe un sabedor de todos los remedios y procedimientos para hacer de un perro cualquiera, uno cazador. Así, múltiples elementos y procedimientos empleados por el curandero o por el brujo son utilizados por quien prepara los perros; es decir, por quien los "educa" en el oficio de la cacería. Los *sobijos* consisten, en general, en frotar en cierto sentido contra la piel de las manos y los brazos del cazador y del hocico del perro, o de alguno de ellos, algunas hierbas específicas—tales como la destrancadora— antes de la cacería, con el objeto de que tanto el perro como el cazador no fallen en sus respectivas tareas: ubicar y matar el animal.

Por último, dentro de esas prácticas asociadas con la cacería son particularmente importantes las de curación y evitación del cazador mismo. En efecto, cuando el cazador ha fallado reiteradamente en su posible caza directa o indirecta considera que ha sido dañado; es decir, que alguien menospreció y botó parte de su cacería anterior. Para superar este estado desfavorable—y, por lo demás, no muy extraordinario— el cazador debe realizar un ritual específico, que puede incluir no sólo sahumerios, *sobijos* y oraciones, sino también la utilización de algunos huesos, sangre o parte de animales cazados como pelos o plumas. Las evitaciones se refieren a un sistema de tabúes, por así decirlo, como son el no consumo de ciertos alimentos entre ellos el huevo o la carne de gallina, antes de salir de cacería; la no realización del coito desde la noche inmediatamente anterior; la

tendencia a no salir de cacería cuando su *mujer* está en período menstrual; y, por último, el quedarse en casa cuando no se ha dormido bien. Se presentan, en fin, una serie de evitaciones que se asocian con la cacería, particularmente, y, de manera general, con la salida al *monte*.

Dado que este punto y algunos anteriores serán ampliados en relación con otros temas, se puede plantear, por ahora, con respecto a la cacería, que ésta implica un complejo sistema de conocimientos, técnicas y prácticas asociadas con ella. En este punto, sin embargo, es necesario anotar la especificidad de las relaciones de los cazadores y de la circulación del producto de la cacería en el seno del grupo. Con respecto al primer aspecto, los cazadores pueden dirigirse solos o en grupo en búsqueda de sus presas. Empero, mientras la cacería indirecta es fundamentalmente individual, la directa puede ser efectuada por pequeños grupos: sobre todo si se trata de animales como el sahino o el tatabro, que andan en densas y agresivas manadas o *puntas*. Estos pequeños grupos no necesariamente pertenecen a la misma *brigada*, es decir, que no se superponen necesariamente los miembros de la forma de organización del *tuquero* para la producción del *tuco* —la *brigada*— con los de los grupos que salen a cazar. Así, en un grupo de cazadores pueden ir miembros de diferentes *brigadas*. La cohesión del grupo de cazadores parece ser análoga a la de la *brigada* en el sentido de que se pueden conformar otros grupos o simplemente diluirse después de la producción de la presa en un caso y del *tuco*, en el otro. Los grupos de cazadores son, sin embargo, significativamente menos numerosos puesto que están conformados por dos o tres personas.

Cuando se caza en un grupo, generalmente se reparte lo obtenido por partes iguales entre los miembros del mismo, cada uno de los cazadores tiene igual derecho a lo obtenido, independientemente de que haya sido él o no quien en últimas mató a los animales. Se podría decir, entonces, que la lógica de la distribución de lo cazado

en el seno del grupo se funda en la equivalencia un cazador un derecho. En este sentido, existe una analogía en la distribución dentro del grupo de cazadores con una de las relaciones posibles dentro de las *brigadas*: la de la sociedad. Aquí, al igual que en el grupo de cazadores, lo obtenido se distribuye en partes iguales. Sin embargo, la distribución de la cacería obedece también a otro tipo posible de participación, la indirecta. En efecto, cuando un cazador o grupo presta ya sea la escopeta, la munición, los perros, las baterías, las linternas o, incluso, los cigarrillos, se encuentra en obligación de compartir una fracción determinada de lo cazado. Esta participación indirecta del prestamista está claramente sancionada; así, si se parte de la ecuación inicial de un cazador un derecho —es decir, cuando es un solo cazador le corresponde toda la presa, a dos de a mitad, a tres de a una tercera parte y así sucesivamente— se puede considerar que el préstamo de los perros equivale a un derecho, mientras que el de la escopeta o la munición implica sólo medio derecho; las linternas, baterías o cigarrillos, por sí solos, implican una participación significativamente menor y menos claramente definida.

Después de esta distribución —entre los cazadores y participantes indirectos, si los hay— se reparte lo que le ha correspondido a cada cazador; esta vez, otras son las normas sociales que establecen el sentido y la cantidad de la circulación de lo cazado. En efecto, cuando un cazador lleva una presa o una parte de ella a su rancho o casa las mujeres se encargan no sólo de su preparación sino también de su distribución. Los criterios para esta distribución son los del grado de parentesco, de amistad y de vecindad. Cuando un cazador o grupo de cazadores regresaba con una o varias presas, éstas eran arregladas y después de dejar la mitad para sí, las mujeres repartían el resto entre parientes efectivos o rituales y entre los amigos y vecinos. Así, la circulación de la carne de una presa cualquiera se rige por una red de relaciones específicas, donde la distribución hacia

parientes efectivos y simbólicos es cuantitativa y cualitativamente superior a la correspondiente a vecinos y amigos. Esta red de relaciones, por la cual circula el producto de la caza posee unos límites específicos: los del poblado, los de la vecindad. Es ciertamente extraordinario que un cazador lleve o mande una parte de su cacería a parientes o amigos que viven relativamente *alejados*; y, cuando ello ocurre, siempre se debe a la existencia de un viaje con otros motivos que le permite a aquél llevar o mandarle carne a éstos.

La carne producto de la cacería no circula en un solo sentido, puesto que la reciprocidad es fundante y condición de esta distribución. De este modo, se configuran verdaderas redes de relaciones económicas alternas al intercambio mediatizado por la moneda. Esta red de relaciones, no obstante, no se limita a la circulación de la carne producto de la cacería, sino que, como se planteará más adelante, también otros objetos o incluso servicios se inscriben en ella. Así, pues, es pertinente sustentar la hipótesis de que detrás de la especificidad de la distribución de lo cazado se insinúa una lógica económica diferente de la existente en la producción del *tuco*.

En Bocas de Satinga existen, sin embargo, cazadores especializados, los cuales se dedican esta tarea dos o tres veces en la semana con el objeto de vender la carne en el mercado del poblado. La existencia de los cazadores especializados es un indicio de la profunda influencia de la lógica económica monetaria en las actividades tradicionales, de la relativa contradicción entre dos lógicas económicas. No obstante este dato, el *tuquero* sólo eventualmente vende lo cazado, por lo cual, los planteamientos realizados en torno de la cacería en el *tuquero* son fundamentalmente correctos.

La recolección

La recolección hace parte, también, de unas actividades económicas alternas del *tuqueo*, e, incluso, de una lógica económica diversa

que se correlaciona y coexiste con la subyacente a este proceso. En su relación con el bosque, el *tuquero* no se circunscribe a la extracción de madera, por cuanto, además de lo obtenido en la cacería, recolecta múltiples productos vegetales y animales existentes en el bosque. En efecto, múltiples son los vegetales susceptibles de recolección: frutos y semillas de árboles y palmas para la alimentación; fibras y materias para la construcción de viviendas, para la realización de canastos o para utilizarlos como parte de herramientas; trozos de árboles secos para la cocción de alimentos, y plantas y hierbas medicinales para la curación de enfermedades o accidentes. En este sentido, en un estudio etnobotánico Caballero concluye que:

"De acuerdo con los usos se encontraron las siguientes categorías y números de especies: medicinales (110), alimenticias (68), construcción y vivienda (25), rituales y mágicas (22), *elaboración* de instrumentos musicales (7), utensilios domésticos (7), condimentos (6), cestería (5), utensilios para la pesca (4), venenosas (4), aromáticas (4), indicadores de suelos agrícolas (3), barbasco o ictiotóxicos (2), lubricantes (1) y sicotrópicas (2)" (Caballero, 1995: 5).

Si bien es cierto que en el estudio de Caballero se reúnen indistintamente los saberes y utilidades de las plantas tanto de los Eperara-Siapidara como los de algunos "grupos negros", y que incluye las sembradas y las recolectadas, se puede afirmar (basándose además en la observación personal) que en los *tuqueros* se presenta igualmente una significativa y variada utilización de las plantas recolectadas en el *monte*. La recolección de vegetales, sin embargo, se expresa en dos sentidos: una recolección consumida inmediatamente y que no se comparte con los otros miembros de la unidad doméstica, y otra consumida con éstos. Así, un *tuquero* puede consumir, a modo de golosina, los frutos del chocolate arisco mientras que los de la palma chapil los lleva hasta su rancho para hacer con ellos dulces y jugos que se consumen colectivamente.

Otro aspecto significativo de la recolección llevada al rancho es que estos objetos pueden circular por la misma red de las relaciones establecidas en la distribución de lo cazado. Aunque, mientras lo cazado siempre circula, lo recolectado no necesariamente lo hace; pero cuando ello sucede siempre circulará por las mismas redes de relaciones al margen de su *monetización* y desde la reciprocidad.

Igualmente, se recolectan pequeños animales como diferentes clases de tortugas o productos de origen animal como la miel de abejas, la cual, por lo demás, es bastante apetecida. La recolección de vegetales y animales implica, al igual que la cacería, un conocimiento detallado y positivo de los ciclos y cualidades de estos. Así, un *tuquero* diferencia fácil y rápidamente aquellos frutos comestibles de los venenosos, cuándo se producirá la cosecha de determinada *pepa* o cuáles bejucos sirven para matar pescados. El *tuquero* efectúa la recolección de objetos vegetales y animales fundamentalmente sólo y mientras trabaja, aunque es posible que conformen grupos para recolectar materiales de construcción para la vivienda. No se puede afirmar que la recolección sea una actividad exclusivamente masculina, puesto que la *mujer* también aporta con pequeños animales o hierbas encontradas en su significativamente más reducido radio de acción con respecto al *monte*.

Un elemento interesante en la recolección de los materiales utilizados para la construcción de la vivienda, para la realización de canastos o, incluso, para curar enfermedades o accidentes, se relaciona con la posición menguante/luna, la cual es un eje de configuración imaginario de la acción. En efecto, si se recolecta un material cualquiera en menguante éste es más resistente, fuerte y eficaz que si se lo recolecta en luna. En este sentido, la recolección se encuentra regulada por códigos cósmicos, por así decirlo, los cuales serán expuestos en el seno del sistema simbólico que será presentado en otro aparte de este capítulo; sin embargo, por ahora, se debe retener

que la recolección se regula también por criterios culturales que establecen cuándo efectuarla, de acuerdo con la intención humana.

La pesca

Existen dos grandes modalidades de pesca: la realizada en los esteros o mares y aquella que tiene lugar en las pequeñas *quebradas*. Mientras que la primera es exclusivamente masculina y la efectúa el *tuquero* tradicional habitante de esteros, el pescador artesanal, la segunda permite la participación de mujeres, niños y *hombres* y, generalmente, la realiza el *tuquero* especializado. Además se diferencian estas dos modalidades de pesca en que la primera es relativamente cotidiana, mientras que la segunda es extraordinaria. Esta última faena sólo se lleva a cabo cuando se carece de presa; es decir, de la proteína para la alimentación. Los instrumentos para la pesca en mares y esteros son significativamente diferentes de los de la pesca en las pequeñas *quebradas*. Así, mientras la mayadora y el chinchorro son dos de los más importantes en la primera, la segunda se realiza fundamentalmente con bejuco mata pescado o hasta con inmunizadores industriales para maderas; es decir, con ictiotóxicos. La pesca con ictiotóxicos en pequeñas *quebradas* se hace generalmente un domingo, o un día de no labor del *tuquero*, y en ella participa necesariamente un grupo. La pesca se inicia con la ubicación y recolección del bejuco o con la preparación del veneno industrial; luego se dirigen hacia las cabeceras de las pequeñas *quebradas* y maceran dentro del agua los trozos de bejuco, o diluyen el veneno industrial en las *quebradas*. Después de algunos minutos, cuando ha surtido efecto el veneno, los *hombres*, las mujeres y los niños, bajan por la *quebradas* recolectando decenas de peces de los más variados tamaños y especies.

Además de estas marcadas diferencias espaciales y técnicas existen distinciones económicas fundamentales en la una y en la otra moda-

lidad de pesca. En efecto, mientras que la pesca de mares y esteros es susceptible de intercambio monetario, de venta, la pesca en las pequeñas *quebradas* es fundamentalmente para el autoconsumo y la distribución entre parientes y amigos cercanos. En este sentido, ambas modalidades de pesca se oponen, puesto que pertenecen a lógicas económicas diversas.

De la misma manera que la cacería o la recolección, la pesca en pequeñas *quebradas* implica unos conocimientos como el de la existencia y función de los ictiotóxicos naturales o artificiales. Además, hay ciertas restricciones y evitaciones culturales en esta modalidad de pesca. Así, la recolección y el uso del bejuco debe ser en meneguante, la *mujer* menstruante o preñada no debe acompañar al grupo en la pesca ni ninguno de los miembros puede orinar en las aguas de la quebrada, ya que cualquiera de estos elementos aminora o neutraliza las posibilidades de obtener una abundante pesca.

Lógicas económicas del *tuquero*

Además de las actividades económicas alternas que corresponden a una lógica económica diferente a la de la producción del *tuco*, como son la cacería, la recolección y la pesca con ictiotóxicos en las pequeñas *quebradas*, existe otro conjunto de prácticas económicas que están, por así decirlo, en un lugar intermedio; es decir, aunque históricamente son anteriores a la lógica económica de la producción del *tuco*, se pueden inscribir al mismo tiempo en ésta. Estas prácticas se asocian fundamentalmente con el *tuquero* tradicional. En efecto, diferentes productos agrícolas resultantes de su trabajo son susceptibles de comercializarse, o sirven para su autoconsumo y circulan por esas redes de relaciones donde la reciprocidad y no el intercambio monetario son el fundamento. Igualmente, la cría de algunos animales domésticos —principalmente cerdos, gallinas y patos— obedece a esta ambivalencia económica puesto que se pueden sacrificar y consumir por el mismo grupo familiar y, por consi-

guiente, se pueden compartir con parientes o vecinos, o, por el contrario, simplemente se venden. La pesca en *las mares* y esteros también se inscribe en esta ambivalencia económica, pero aquí una parte de la pesca generalmente se vende, mientras que la otra se destina al autoconsumo.

El análisis de las múltiples actividades económicas efectuadas por el *tuquero* tradicional y especializado, afianzan la hipótesis de la existencia de dos lógicas económicas diferenciales configuradas a partir del intercambio fundado en la moneda o en la reciprocidad. En este sentido, para el *tuquero* coexisten, se superponen y subordinan lógicas económicas diferenciales en su relación y manejo del bosque. Para plantearlo de una manera esquemática se puede concluir que existen: 1) actividades intrínsecamente circunscritas al intercambio monetario como el caso del *tuqueo*; 2) actividades preferentemente—mas no intrínsecamente— al margen del intercambio monetizado, como son la cacería, la recolección y la pesca en las pequeñas *quebradas*, cuya lógica económica es la de la configuración y mantenimiento de redes de relación fundadas en la reciprocidad a partir del parentesco y la vecindad; y 3) prácticas ambivalentes que se inscriben alternativamente entre una u otra lógica como lo son la agricultura, la pesca en mares y esteros, y la cría de animales domésticos.

En este sentido, en el *tuquero* especializado se subordinan al sistema de intercambio monetizado todas las demás actividades económicas; es decir, la relación con el bosque se establece en función de la *monetización* fundamentalmente a partir de la producción del *tuco*; pero no por ello dejan de coexistir esas otras actividades relacionadas con la otra lógica económica como son la cacería, la pesca en pequeñas *quebradas* y la recolección. Es más, aunque son temporal y lógicamente excluyentes, se complementan perfectamente y permiten la competitividad relativa de la producción de *tucos* por estos *tuqueros* con respecto a las grandes empresas y sus tecnologías.

El *tuquero* tradicional, por el contrario, articula sus actividades económicas de acuerdo con el calendario cultural y con los inconvenientes presentados; en otras palabras, cuando se necesita dinero por razones culturales o personales, subordina todas las actividades económicas a la producción del *tuco* y monetiza la mayor cantidad posible de sus productos agrícolas y, si es el caso, de la pesca artesanal en esteros y mares.

Noción y ejercicio de la propiedad

Se ha sustentado cómo en la relación y manejo económico del bosque el *tuquero* responde a dos lógicas económicas cualitativamente diferentes, pero no se ha contrastado aún esta hipótesis con un criterio fundamental: el de la propiedad.

Los derechos de propiedad entre los *tuqueros* se sancionan socialmente mediante tres criterios específicos: el trabajo, la herencia y la compra. En efecto, cuando una tierra o un bosque ha sido trabajado por algún *tuquero*, él se considera, por ello, e independientemente del tiempo y de dónde se encuentre, su dueño. Obviamente, este criterio de propiedad implica que no le preexiste un propietario efectivo o imaginario, lo cual se contrasta con las marcas simbólicas de la propiedad como la presencia o el indicio de *cunetas*, *carreteras*, sembríos o, incluso, la simple *roza* de una parte del *monte* o alrededor de los *palos*. Una marca de propiedad sobre un conjunto de árboles —imperceptible al desconocedor del código cultural del *tuquero*— se efectúa mediante la corta y limpia de los bejucos y plantas existentes en todo el tronco o sólo en la base del árbol. Esto significa que aquellos árboles poseen un dueño efectivo.

No obstante, el trabajo como criterio de propiedad no se circunscribe al bosque o a la tierra, sino también, incluye todo lo susceptible de propiedad, carente de un dueño socialmente reconocido. Así, el trabajo efectuado en la cacería es el criterio para determinar, en prime-

ra instancia, quién es el propietario; es decir, cómo él o ellos cazaron determinado animal, éste les pertenece y, por consiguiente, son ellos quienes deciden—de acuerdo con una normatividad social preexistente— a quiénes les reparten la carne de "su" animal. Igual sucede cuando alguien siembra una planta en la tierra o en el bosque de otro; incluso, en este último caso, no necesariamente con el consentimiento de su dueño. Cuando esta planta *produce* ello pertenece a quien la sembró, es decir, a quien efectuó el trabajo.

Estas son sólo algunas ilustraciones, entre muchas, para mostrar cómo el trabajo es, entre los *tuqueros*, un criterio efectivo de propiedad. La herencia es un segundo criterio de propiedad; no obstante, este criterio no es cualitativamente antagónico con el primero, pues se funda en aquél.

Existe un sistema normativo socialmente sancionado que determina claramente el paso de los derechos de propiedad de una generación a otra, los derechos de la herencia. En primera instancia, hay dos clases de "*cosas*" que se heredan: las de uso e identidad exclusivas del género y las que no lo son. Dentro del primer grupo están los utensilios de cocina en las mujeres, y las herramientas de trabajo como el machete, el hacha y el potrillo, en los *hombres*. En el segundo grupo están las fincas, *montes*, viviendas y el dinero o las joyas. Así, cuando el padre muere, los hijos varones reciben ciertos objetos de uso exclusivamente masculino, mientras que las mujeres reciben de su madre otros exclusivamente femeninos; esta diferenciación se correlaciona con la división sexual del trabajo que se encuentra, por lo demás, en cualquier sociedad humana.

La propiedad por herencia, cualquiera sea la clase de "cosa", sólo se obtiene de un pariente efectivo. En este sentido habría que señalar que la noción de pariente y, por consiguiente, el sistema de parentesco existente en los *tuqueros* es diferente; puesto que es significativamente más extenso, particularmente fluido en el orden de la alianza,

y profundamente funcional en el orden económico, político y ritual. La unidad primera de los derechos de herencia la conforman el *marido* y la *mujer*, por un lado, y sus hijos, por el otro. Cuando se habla *marido-mujer* se pretende significar una relación de alianza o, si se quiere, un matrimonio de hecho; o sea, instaurado al margen de la sanción de la Iglesia o del Estado.

Por su lado, los hijos con derecho de propiedad por herencia no son sólo los biológicos; sino, también, los sociales; es decir, en el sistema de parentesco de los *tuqueros* existen relaciones socialmente establecidas y lingüísticamente clarificadas donde ciertos individuos ocupan, en términos de derechos de herencia, el mismo lugar que los hijos engendrados en el matrimonio. Así, es frecuente encontrar que un hijo de un solo cónyuge, tenido antes o durante el matrimonio, posee los mismos derechos si es criado por ambos; a éste se le denomina entenado(a). Iguales derechos posee un individuo que fue criado en un matrimonio — legítimo o de hecho — que no es el de ninguno de sus padres; a éste se le denomina hijo de crianza.

Ahora bien, el criterio que determina los derechos de propiedad por herencia no se funda en algo esencialmente distinto del trabajo. Para respetar esos derechos de propiedad por herencia existe una normatividad social altamente compleja, de la cual se anotará sólo la estructura elemental y el fundamento del sistema. En efecto, la totalidad de lo heredado, por fuera del uso e identidad exclusivamente sexual, se divide en dos grupos: el dinero y las joyas, por un lado, y las fincas, casas y bosques, por el otro. Ambos grupos se dividen en tres partes iguales, una de las cuales corresponde al *marido*, otra a la *mujer* y la tercera a los hijos efectivos o criados en el matrimonio. Los derechos de propiedad por herencia pueden hacerse efectivos antes de la muerte de uno o de ambos padres en el caso de bosques, fincas o casas; mientras que ello generalmente no sucede en el de las joyas y el dinero. Cuando uno de los padres

muere, el otro con sus hijos varones — si están en edad de hacerlo — y con los maridos de sus hijas — si los hay — cubren los costos de los rituales de enterramiento, los cuales se compensarán con la parte de propiedad del difunto. Lo que sobre de ésta última se repartirá en una mitad para el cónyuge con el que se obtuvo lo ahora repartido como herencia y la otra mitad para todos sus hijos sin distinción de si están o no dentro de su matrimonio. Así, por ejemplo, dos hijos del padre Y, un hijo A de una madre A y uno B de una B. Si Y ha vivido y obtenido su propiedad en compañía de la madre A, a la muerte de Y tanto el hijo A como el B tienen igualdad de derechos en la mitad de la tercera parte de la propiedad correspondiente en vida a Y — la otra mitad de esta tercera parte corresponde a la madre A y nada a la de B-, pero sólo el hijo A, y no el B —, posee derechos en la tercera parte perteneciente a los hijos efectivos o criados en el matrimonio posibilitante de lo heredado, puesto que B y su madre están por fuera de éste.

Antes que profundizar en el complejo sistema de derechos de propiedad por herencia, y la normatividad y ritualidad subyacente al mismo, es pertinente para el propósito de la presente investigación retener sólo dos elementos: uno, que los derechos de propiedad por herencia se sancionan socialmente en función de un complejo y específico sistema de parentesco y, dos, que los derechos de propiedad por herencia no necesariamente implican el fraccionamiento lineal de la propiedad con respecto a la generación inmediatamente anterior.

El último criterio de derechos de propiedad es el de la compra. Esta transacción no necesariamente se explícita en un comprobante de compra o en el traspaso de esos derechos en un documento legal. En el caso de los *tuqueros* es particularmente interesante el hecho de que el bosque sea susceptible de compra, pues ello se relaciona directamente con la lógica subyacente del proceso de producción del *tuco*. Así, existen ocasiones donde después de extraída la made-

ra, el bosque prácticamente es abandonado, siendo posteriormente apropiado por otra persona, a veces, por su anterior propietario.

Ahora bien, si estos tres criterios — el del trabajo, el de la herencia y el de la compra — permiten la definición de los derechos de propiedad entre los *tuqueros*, son esos mismos criterios los que posibilitan que en un espacio físico específico como el *monte* coexistan diversos derechos y se configure una particular noción de propiedad. En efecto, la noción de una propiedad continente; es decir, determinada por unos límites claramente definidos y cerrados dentro de los cuales todo lo existente apropiable pertenece a un único propietario — sea este un individuo o un colectivo — es una noción inoperante e inexistente entre los *tuqueros*.

Para el *tuquero*, por el contrario, el *monte* es un espacio abierto y con límites sólo relativamente definidos del cual no es propietario exclusivo ni absoluto puesto que diferencia cualitativamente lo apropiable en dos grupos: lo susceptible de comercialización — que en el caso del *tuquero* se reduce prácticamente a los árboles maderables comerciales — y lo que no lo es. Sólo aquello que pertenece al primer grupo es objeto de definición exclusiva de propietario, lo restante pertenece a cualquier miembro que se apropie de estos "recursos" no comerciables del *monte* como son la cacería o la recolección de diferentes productos vegetales y animales. En este sentido, existe en el orden de la propiedad del *monte* un nivel de lo privado y uno de lo colectivo que se superponen y coexisten paralelos con las dos lógicas económicas subyacentes en la relación del *tuquero* con el *monte*.

Así, si bien una *cuneta* marca la propiedad sobre un conjunto determinado de árboles, ello no implica que la cacería de un venado o la recolección de unos frutos de una palma por el no propietario de ella dentro de esa zona sea concebida como robo; lo que sí pasaría si se *tumba* y venden las *trozas* de alguno de esos árboles.

Segunda parte: configuración simbólica del mundo

Territorio: su construcción y ejercicio

El *tuquero* posee un *patrón* de asentamiento a lo largo de las corrientes de agua, sean éstas los grandes ríos, o pequeñas *quebradas* o *cunetas* que se adentran en la selva. Este *patrón* de asentamiento lineal, empíricamente evidente, se correlaciona con la configuración de una noción de territorio particularmente compleja en el *tuquero* que se puede deducir de sus prácticas cotidianas y de elementos marcantes del espacio en su lenguaje.

El río — o, por extensión, cualquier corriente de agua — es el referente de construcción de las viviendas. En efecto, la puerta, las escaleras, la parte social de las mismas; en suma, el frente de la vivienda, se encuentra generalmente ubicado en función del río, mientras que la parte de atrás, conformada normalmente por la cocina, se contrapone con él. Este detalle aparentemente trivial es un primer dato que permite apuntalar una construcción conceptual del territorio en su eje horizontal. En efecto, el río no sólo es una vía de comunicación y transporte; sino también, y por ello mismo, el espacio de lo colectivo, de la interacción social por antonomasia. Por él discurren los intercambios económicos y sociales con el otro, con todos aquellos que viven en el mismo río. Es más, el río es el referente simbólico de la identidad de los individuos y grupos asentados a lo largo de éste.

La vivienda está construida en las orillas del río; es en el espacio de la habitación, donde se preparan los alimentos, donde las mujeres y los niños pasan la mayor parte de su tiempo. Generalmente, en los ríos Satinga y Sanquianga, inmediatamente detrás de las viviendas se extiende una franja de cultivo variado, denominado huerto, que se adentra algunos metros hasta la aparición del *monte* (Uribe, 1993).

El *monte* es el espacio de trabajo fundamental del *tuquero* en cuanto tal; y es allí, además, donde se caza, se recolecta e, incluso, se efectúa otro tipo de cultivos.

En plano horizontal, por consiguiente, existe una sucesión desde el río — pasando por la casa y el huerto — hasta el *monte*. Ahora bien, el *tuquero* marca lingüísticamente esta sucesión desde el eje adentro/afuera. En efecto, cuando un *tuquero* se dirige a su trabajo en el *monte* desde su vivienda en el río o quebrada dice que va hacia adentro; lo cual se corrobora en la denominación del orden de las *carreteras*: la primera es la más cercana al río y la última, la más alejada del mismo. Por el contrario, el *tuquero* habla de salir cuando se dirige del lugar de trabajo en el *monte* hacia su casa o rancho en el río o *quebradas*. Además, — y este es un elemento marcado en el discurso del *tuquero* mismo — los *tucos*, los animales o los objetos recolectados, son sacados del *monte*; lo cual indica que el *monte* se concibe y ubica espacialmente adentro. En este sentido, el afuera se correlaciona con el río; y el adentro, con el *monte*. Se podría, entonces, imaginar una línea recta que va desde el *monte* hasta el río determinados ambos como puntos de referencia del adentro/afuera (véase la figura 1).

Figura 1. Oposición adentro/afuera en la configuración horizontal del territorio

Monte + Adentro
Huerto
Casa
Río + Afuera

Este eje es nodal, puesto que a partir de él se articula otra serie de oposiciones fundamentales que configuran la construcción de la territorialidad del *tuquero*. Sin embargo, antes de adelantar otros elementos, debe clarificar que aquí la noción de río es operativa; o

sea, que se utilizará en el sentido de cualquier corriente de agua que sirva de referente para la construcción de casas o ranchos, como lo pueden ser también las *quebradas* o algunas *cunetas*. No obstante, se reconoce que la identidad sólo se configura en función del río y que los huertos generalmente sólo existen en el caso del *tuquero* tradicional el cual, como se anotó anteriormente, sólo vive a lo largo de los ríos.

Las actividades económicas efectuadas por el hombre se acercan en el eje planteado al orden del adentro; mientras que las de las mujeres, se acercan al del afuera. En este sentido se podría afirmar, incluso, que la casa o el rancho es a la *mujer* lo que el *monte* es al hombre. Con ello no se pretende sustentar, obviamente, que uno u otro sean espacios exclusivamente del hombre o de la *mujer*, sino que las actividades cotidianas de manejo del espacio de *hombres* y mujeres permiten la representación de un espacio masculino y de uno femenino. El espacio masculino se ubica esencialmente en el *monte*. La *mujer*, por sus actividades, se relaciona con los espacios circunvecinos a la casa o al rancho, entre los cuales están los huertos existentes inmediatamente detrás de las casas, ya que son cultivados y manejados fundamentalmente por ella. Así, en las horas de trabajo del *tuquero*, cuando él está en el *monte*, sólo las mujeres y los niños pequeños se encuentran desarrollando algunas actividades o juegos en la casa o en el río. Las mujeres, por ejemplo, pasan largas horas en el río lavando la ropa de su *marido*, la de sus hijos y la propia.

Correlacionado con lo masculino y lo femenino del espacio, con el adentro/afuera, se articula la concepción del espacio de lo peligroso y de lo seguro. En efecto, el *monte* se representa como el lugar donde existen múltiples peligros, entre los cuales la *culebra* y la *visión* son, quizá, los más temidos. Así, cuando el *tuquero* se adentra en el *monte* es muy probable que se encuentre en su camino, o en los lugares menos esperados, con la *culebra*, con serpientes venenosas tales como la equis o el verrugoso.

Pareciera que los accidentes y, por consiguiente, la probabilidad de muerte a causa de picadura de *culebra* no son nada raros. Para disminuir esta posibilidad de muerte existe un conjunto de prohibiciones alimentarias y en el comportamiento sexual del *tuquero* claramente definidas. En efecto, es arriesgado para éste adentrarse en el *monte* cuando comió huevo o carne de gallina, por ejemplo, o cuando está *mal dormido*, es decir, cuando sostuvo relaciones sexuales la noche inmediatamente anterior. En ambos casos, si el *tuquero* es mordido por una serpiente venenosa, debe comunicarle al curandero su particular situación; es decir, si ha comido algo prohibido para entrar al *monte* o si la noche anterior sostuvo relaciones sexuales; cualquiera de estas dos infracciones hará más complejo y difícil el proceso de cura, y explicará su ineficiencia en caso de muerte. Los tabúes alimentarios son generalmente asimilados por el *tuquero* mientras que los sexuales se quebrantan fácilmente. En relación con estos últimos, el antropólogo estaría tentado de ver un espacio cultural anterior a la existencia del *tuquero* y con el cual existe una contradicción. Así, se podrá proponer como hipótesis de trabajo que la existencia del *tuquero* se contrapone, por lo menos en algunos aspectos, con su soporte cultural.

La *visión* es otro peligro fundamental que habita en el *monte*, aunque no se circunscribe a él puesto que existen *visiones* en la *mar*, por ejemplo. Empero, el *monte*, y sobre todo de noche, es el lugar donde habita la mayoría de las *visiones*. Resulta difícil definir lo que entiende el *tuquero* por *visión* ya que requeriría presentar una elaboración de su específica ontología, de su particular ordenación de los seres del mundo. Por ahora, es suficiente con anotar que la *visión* es un ser del orden imaginario concebido como real, con características y poderes únicos como su ágil e inmaterial desplazamiento o su capacidad de tomar formas diferentes y de provocar ilusiones y enfermedades. Sobre este punto lo que es necesario retener, por ahora, es que las *visiones* se encuentran fundamentalmente en el *monte* y ello hace, junto con otros factores, que éste sea representado como

peligroso. La casa o rancho, en oposición al *monte*, es el espacio de la seguridad; aquí no hay ni *culebras* ni *visiones*, ni *avichuchos* ni *palos* que caen o hachas que cortan. La casa es el lugar de descanso, de la comida, de lo conocido.

Paralelo a la oposición peligro/seguro en la configuración del espacio horizontal se encuentra otro elemento mucho más profundo que el anterior y que determinará la perspectiva del *tuquero* en su relación con el bosque. En efecto, existe una división con un referente espacial entre lo *producido por el hombre* y lo *producido por la tierra* o el *monte*. Lo *producido por el hombre* se refiere a todos aquellos seres, objetos o construcciones determinadas o efectuadas por el ser humano. Así, una casa, un canasto, una palma de cocos o, incluso, el fuego son producidos por el hombre. Por el contrario, todo aquello que existe independientemente de la voluntad y del trabajo del ser humano es *producido por la tierra* o el *monte*. La división, *producido por el hombre* en oposición de lo *producido por la tierra* o el *monte* es una división no específicamente espacial puesto que no se refiere directamente a un lugar; sin embargo, a los seres, los objetos o las construcciones a las cuales se refiere esta división, es posible ubicarlos en el eje adentro/afuera.

Se podría afirmar, entonces, que el criterio implícito en esta división entre lo *producido por el hombre* y lo que no lo es, se refiere, en última instancia, a la humanidad o no de los seres, los objetos o las construcciones; en una palabra, de lo existente. Por consiguiente, en el *monte* estaría o sería lo menos humano y en el río estaría o sería lo más humano. Para que tal enunciado tenga algún sentido se deben considerar dos *cosas*: de un lado, que se intenta trabajar en el orden de las representaciones mentales, de la configuración simbólica del territorio y, por tanto, este enunciado no es contradictorio con la presencia y el trabajo del *tuquero* en el *monte*, puesto que son niveles de análisis distintos. De otro lado, que el río en cuanto tal no se concibe *producido por el hombre*, y en este sentido sería análogo al

monte; sin embargo, y como se anotó anteriormente, el río es lo humano por excelencia en tanto que por él discurren las relaciones entre los *hombres* y la identidad de los mismos.

En la figura 2 se anotan los referentes de la territorialidad en el orden de la construcción horizontal del espacio que se han expuesto hasta el momento.

Figura 2 Configuración simbólica del territorio en el plano horizontal

Monte	+	Adentro		Peligroso - Humano
		Masculino		
Huerto				
Casa			Femenino	
Río	+	Afuera		Seguro + Humano

La configuración horizontal del espacio en la casa o en el rancho se superpone o invierte en función del sentido del eje presentado. Es así como el adelante y el atrás de la casa o el rancho está construido en la misma dirección que el eje adentro/afuera. Ciertamente, el adelante de la casa o el rancho es la parte más cercana al río y la parte trasera la más lejana de éste y, por tanto, la más cercana del *monte*. Aunque existen varias formas en la construcción de casas y ranchos la más prevaleciente, y la que parece más tradicional, es la rectangular, cuyos dos lados más estrechos están dispuestos hacia el *monte* y hacia el río, respectivamente.

En la parte trasera de la casa se ubica la cocina, mientras que en la delantera existe un espacio social, en el cual se reciben visitas, y se efectúan ritos y celebraciones profanas y religiosas. El rancho tiene en principio la misma distribución aunque, por su carácter temporal, no se efectúan en él grandes celebraciones o rituales, mas sí se utiliza el espacio delantero para las conversaciones entre los habi-

tantes de éste y otros ranchos vecinos. Además de esta diferenciación funcional entre el espacio de las casas y los ranchos, está el hecho de que mientras las primeras generalmente poseen *divisiones* materiales para marcar y separar el dormitorio, los ranchos carecen de ellas. Así, el espacio delantero del rancho simplemente se contrapone a la cocina, y en la noche aquel se convierte en el lugar del dormitorio al desenvolverse toldillos y tenderse sobre el suave piso de palma las sábanas y cobijas.

En este sentido, en el rancho o en la casa existe una sexualización clara del espacio como consecuencia de la división sexual del trabajo; pero que, ciertamente, se extiende más allá de ella. No obstante, este enunciado de la sexualización clara del espacio interno de la casa o del rancho no se considera lógicamente excluyente con la connotación de aquella o éste como espacios de la *mujer* por oposición al *monte*. Aquí, nuevamente, la aparente contradicción es un problema de niveles diferentes en la estructuración del territorio y en la sexualización del mismo.

Dentro de la casa o del rancho es particularmente evidente a los ojos de cualquier observador la connotación femenina de la cocina y de todas las actividades ligadas con ella, por oposición a la masculina del salón social o sala. Las mujeres no sólo preparan y distribuyen la comida en la cocina, sino que, generalmente, ese es el espacio donde ellas la consumen en las ollas en que la han preparado, pero sólo después de haberles servido a todos. La cocina es igualmente el espacio específicamente femenino para intercambiar diferentes mensajes, para recibir a amigas y parientes con una relativa intimidad.

El sentido de lo masculino y lo femenino se invierten en la vivienda en relación con el resto del territorio, puesto que lo masculino está en el adelante de la casa o el rancho mientras que en el territorio está en el adentro, en el *monte*. Igualmente lo femenino se invierte ya

que en la casa o el rancho su espacio es el atrás, pero en el eje horizontal del territorio el afuera, cerca del río. Así se presenta una inversión simétrica en la sexualización del espacio en función de lo interno de la casa o del rancho, o de lo externo de éstos.

El antropólogo está tentado a adicionarle a esta construcción dos elementos de diferente naturaleza que, sin embargo, poseen la (des)ventaja de adecuarse a ella. En efecto, las oposiciones seguro/peligroso y + humano/-humano podrían presentarse igualmente en el espacio de la casa o el rancho. La primera se articularía con todo el sistema de ideas y prácticas donde la comida es el medio expedito por el cual se puede envenenar o hacerle *daño* al otro. En efecto, para el *tuquero* es particularmente peligroso comer en un lugar desconocido o cuando sus relaciones con su mujer se han deteriorado, puesto que considera que le pueden ofrecer comida dañada, es decir, preparada para matarlo o para condicionar su comportamiento, sentimientos o salud. Así, es frecuente que un *tuquero* evite recibir alimentos ofrecidos por cualquier persona, sea ésta vecina o pariente; y, si después de comer, se presenta alguna molestia orgánica, algún intenso dolor en el estómago, no dudará en señalar como causa dicha comida. Lo anterior permite, entonces, el enunciado de representarse el lugar de la preparación de la comida, de la cocina, como probablemente peligroso para la perspectiva del *tuquero*; en oposición con uno particularmente seguro como lo es el salón social o el dormitorio.

La cocina, además, se puede representar como el lugar donde está lo menos humano, es decir, donde lo "natural", el alimento recolectado del *monte* o producido en los diferentes sembríos, se transforma en lo humano, es decir, en la comida. Este enunciado no es preciso pero permite pensar que eso producido por el *monte* o la tierra, en la casa o el rancho, se ubica y se transforma en la cocina. Además, en principio, la basura y los residuos del proceso de preparación de alimentos, simplemente se arrojan desde la parte

trasera de la casa al huerto que se extiende generalmente detrás de ella, e, incluso, para las casas que poseen excusados, estos se construyen en la parte trasera, algo retirados de la cocina pero unidos por la plataforma que conduce a aquél. Así, la basura y los excrementos, lo ya no humano por excelencia, se ubican detrás de la casa, después aun de la cocina.

Pasando a otro orden de ideas se puede afirmar que además del adentro/afuera en la configuración horizontal del territorio existe otro igualmente horizontal, menos fértil en connotaciones: el de arriba/abajo. Para el *tuquero* el sentido de los ríos demarca, en primera instancia, hacia dónde está el arriba o el abajo. Cuando se le pregunta al *tuquero* por el arriba o el abajo, éste probablemente se orientará en función del río o *quebradas* señalando el arriba hacia su cabecera y el abajo hacia su desembocadura. Dado que la orientación de los ríos en el Pacífico Sur colombiano es, generalmente, de oriente a occidente, éste es el sentido del eje común del arriba/abajo. Este eje no es, sin embargo, carente de valor cultural puesto que existen patrones de poblamiento que valoran positivamente las cabeceras de los ríos o sus desembocaduras. Estos patrones de asentamiento pueden ser, incluso, una estrategia cultural de resistencia, como en el caso de los emberá, (Carmona, 1993). El *tuquero* valora para vivir más positivamente la desembocadura de los ríos, la cercanía de los poblados, que las cabeceras o *quebradas*; en las cuales, por su actividad, se ve muchas veces obligado a habitar.

El monte

Se han ubicado, entonces, el *monte*, el huerto, la casa y el río como categorías fundamentales en la configuración horizontal del espacio del *tuquero*. Ahora bien, cada una de ellas presenta particularidades ante las cuales, aunque de una u otra forma han sido anotadas en el texto, es necesario detenerse todavía un momento. Así, el *monte*, categoría primordial de interés para el problema de la investigación,

además de ser un lugar físico es un espacio en el cual se tejen múltiples significados y símbolos a los ojos del *tuquero*. Por tanto, se podría afirmar que el *monte* es, por así decirlo, un texto en el cual se pueden leer múltiples significados, algo así como una densa red de símbolos. En este sentido el *monte* no sólo sería humanizado en la medida en que el hombre se lo apropia físicamente, sino también — y fundamentalmente — en la medida en que se recrea en el orden de lo simbólico e imaginarios colectivos del *tuquero*. Por consiguiente, el *monte* es ante todo, y a pesar de todo, una construcción cultural.

La apropiación física del *monte* es, como se ha podido apreciar, muy variada. En el *monte* se obtienen o recolectan múltiples alimentos de origen vegetal o animal. En efecto, los alimentos animales se obtienen fundamentalmente de la cacería, actividad económica alterna del *tuquero* que posibilita no sólo una cantidad significativa de proteínas, sino también una red de relaciones económicas y, por consiguiente, la existencia material y social del grupo. La cacería, entonces, como actividad de apropiación física de los animales existentes en el *monte*, implica una relación entre el *tuquero* y el *monte* de un lado, y entre los *tuqueros*, del otro. Por tanto, para apropiarse de los alimentos de origen animal el *tuquero* posee no sólo un conjunto de conocimientos positivos sobre el comportamiento territorial, alimentario y hasta sexual de los animales consumidos, sino también un sistema de técnicas y procedimientos determinados de captura o cacería.

Igual sucede con los alimentos de origen vegetal apropiados por el *tuquero* en el *monte*, puesto que éste necesita saber cuáles son comestibles y en qué momentos puede obtenerlos; además debe poseer las herramientas o técnicas para acceder a ellos. Además de los alimentos de origen vegetal o animal, la apropiación física del *monte* por parte del *tuquero* implica un conjunto de medicamentos vegetales o animales. En efecto, existe un sinnúmero de plantas y anima-

les conocidos por el *tuquero* que pueden ser utilizados con fines curativos para múltiples enfermedades o accidentes. Así, por ejemplo, la puntirroja es una planta usada para detener las hemorragias por cortadas accidentales y la porra de comején se emplea para regenerar más rápidamente los tejidos de las heridas profundas producidas generalmente por el hacha.

Igualmente la apropiación física del *monte* por parte del *tuquero* implica, como se ha anotado, la utilización por parte de éste de un sinnúmero de materiales para la construcción de herramientas, viviendas o de los más diversos objetos; además de la cotidiana utilización de madera seca para la cocción de los alimentos. Así, los ranchos, por ejemplo, son literalmente armados y tejidos del *monte*: se utilizan diferentes palmas para los soportes y el piso, y las hojas de otras sirven para la construcción del techo, mientras que todos los amarres se realizan con varias clases de bejucos. De la misma manera, las mujeres fabrican múltiples canastos elaborados con fibra vegetal recolectada del *monte* con el fin de utilizarlos para guardar los más variados objetos o, incluso, para que algunos animales domésticos sean transportados en ellos.

Pero además de estos usos y conocimientos positivos del *monte* por parte del *tuquero*, el *monte* se utiliza para la realización de un tipo de cultivo específico: el de barbecho, mediante el procedimiento de *tumba* y *pudre* (Uribe, 1993). En efecto, sobre todo el *tuquero* tradicional utiliza el *monte bravo* con el fin de sembrar, en primera instancia, maíz o frijol; y, luego, introducir otro tipo de cultivos durante un tiempo determinado para después abandonarlo.

La técnica de siembra de maíz consiste en la *roza* de la vegetación más grácil del lugar, mientras que al mismo tiempo alguien *volea* el maíz, es decir, lo riega al impulso de su mano, al cálculo. Después de dos a cinco días, preferiblemente en época de luna, se tumban los *palos* más grandes que quedaban en pie para dejar que todo ello se

descomponga progresivamente y sirva de abono paulatinamente a las nacientes plantas de maíz.

Ahora bien, el *monte* no sólo es para el *tuquero* el espacio para su apropiación física, para su uso en varios sentidos. Al mismo tiempo, el *monte* está habitado, desde la perspectiva del *tuquero*, por múltiples marcas simbólicas. Así el color negro u oscuro de la tierra simboliza el pecado que cometieron los *hombres* en este mundo, antes de lo cual era absolutamente blanca. Esta marca en el orden visual se asocia con la cosmovisión religiosa profundamente arraigada en el *tuquero*; cosmovisión que, por lo demás, es resultado de una particular apropiación de la doctrina cristiana mediante procesos de un profundo sincretismo cultural. Igualmente, cuando el *tuquero* percibe marchitas algunas plantas utilizadas para curar la mordedura de serpiente, considera ello como un anuncio de que en los próximos días habrá un picado y, por tanto, debe prepararse para ello.

De la misma manera, existen múltiples marcas sonoras en el *monte* reconocidas y apropiadas perfectamente por el *tuquero*: desde el sonido de un pequeño pájaro o de cualquier animal, hasta el de un árbol al ser movido por el viento; este último sonido es interpretado por el *tuquero* como peligroso y prohibido para las mujeres en embarazo, pues si lo escuchan, los niños que nazcan producirían un sonido semejante. El *monte* es, por consiguiente, un espacio sonoro familiar para el *tuquero* a partir del cual percibe y ordena un sistema de mensajes efectivos e imaginarios, lo cual posibilita una respuesta adecuada. Es tal la familiaridad e importancia de este espacio sonoro para el *tuquero* que, cuando recorre de noche el *monte* en busca de una presa de cacería, su oído es el principal instrumento no sólo para ubicar la dicha presa sino para evitar una mordedura de *culebra*.

En lo olfativo, el *tuquero* también reconoce olores específicos en el *monte* y los utiliza como huellas que delatan la presencia de un animal y, así, permiten, perseguirlo para cazarlo, o indican la pre-

sencia de una *culebra* que se alimenta de la contra; actividad ésta que —según el *tuquero*— expide un fuerte y característico olor denominado marisco de *culebra*. De esta manera, el *monte* es un espacio de olores con sentido que el *tuquero* está en capacidad de interpretar.

Otro tipo de marcas en el *monte* ya fueron mencionadas en relación con la propiedad; pero no sobra retomarlas en este otro contexto. En efecto, en el *monte* puede existir un sistema de símbolos que marca no sólo la presencia humana sino, fundamentalmente, una específica propiedad sobre él. Las *cunetas* y *carreteras*, además de ser la infraestructura que posibilita la extracción de la madera del bosque, son elementos claros de la sanción social de la propiedad en un ámbito particular del *monte*: los *palos*. Así la presencia de éstas o, incluso, sólo sus indicios, son —por así decirlo— un título simbólico de propiedad en el *monte*.

En este sentido, pero es una marca aún más sutil y casi imperceptible al desconocedor del código simbólico demarcante de la propiedad en el *tuquero*, existe un procedimiento cuya función es fundamentalmente la de indicar la propiedad de determinados *palos*. En efecto, el *tuquero* acostumbra rozar en unos pocos minutos el tronco y, en algunos casos, los alrededores de un *palo* determinado para indicar que éste le pertenece. Esta operación, sin embargo, algunas veces se reduce a un par de machetazos cortando los bejucos que suben por el tronco; pero la función marcante de la propiedad sigue siendo igualmente efectiva. Lo importante, por consiguiente, es la marca que simboliza el trabajo sobre el *palo* y, por tanto, la propiedad. Este mecanismo se utiliza para demarcar los límites de propiedad sobre *palos* cuando dos *brigadas* trabajan en un espacio relativamente contiguo y, así, evitar conflictos en este sentido.

Además de estas múltiples marcas simbólicas que configuran al *monte* como texto —es decir, que para el *tuquero* éste es, en el

literal sentido de la palabra, una construcción cultural— el *monte* es igualmente un lugar poblado de referentes históricos efectivos y de imaginarios colectivos. En relación con el primer aspecto, para el *tuquero* el *monte* es un escenario donde le han sucedido a él o a otras personas infinidad de acontecimientos significativos. El *monte* es, por tanto, el soporte de historias personales y colectivas; de esta manera el *tuquero* en determinado lugar se detiene para compartir con sus acompañantes alguna historia asociada con dicho lugar. Ello también se realiza a veces cuando el *tuquero* se encuentra en el rancho o en la casa conversando; cuando ello sucede se realiza una descripción y ubicación detallada del lugar.

Con respecto al segundo aspecto, al *monte* como referente de lo imaginario colectivo, ya se ha anotado cómo éste en oposición con la casa o rancho se considera peligroso por la presencia, entre otras, de las *visiones*. En este sentido, es correcto afirmar que al *monte* pertenecen algunas de las *visiones*, como la *tunda* y la *cucuragua*, además del mismo *diablo*. En este momento no es pertinente elaborar lo que el *tuquero* entiende por *visión* ni profundizar en la especificidad de cada una de las que habitan el *monte*; lo importante, por ahora, y lo que es necesario retener, es el hecho de que el *monte* es también el espacio de lo imaginario.

En síntesis, se puede afirmar después de todo lo expuesto al respecto del *monte*, que éste, como categoría fundamental de la territorialidad del *tuquero*, es más que el espacio para extraer madera, puesto que implica, además de infinidad de usos y de relaciones diferentes, su conocimiento positivo y su construcción como espacio simbólico e imaginario. Por tanto, la relación del *tuquero* con el *monte* está signada y soportada no sólo por el orden de lo económico y lo social sino también por un sistema cultural específico.

Los mundos y sus habitantes: configuración vertical del territorio

En relación con la configuración vertical del espacio, el *tuquero* concibe el mundo en el cual vive como el medio encima del cual existen otros *planetas* y por debajo del cual hay otros tantos. Así, la representación vertical del espacio para el *tuquero* es la de habitar en el mundo del centro; arriba del cual se suceden siete *planetas* poblados por los más diversos e imaginados seres hasta llegar al cielo, donde ciertamente habita Dios. Exactamente la misma distancia existente hacia arriba es la que hay hacia abajo; sentido en el cual se suceden otros siete mundos y donde los *tuqueros* prefieren ubicar el infierno: el *planeta* de *Luzbey*. Claro que no faltan quienes lo ubican en el *monte*: elemento por lo demás interesante para sustentar la connotación de peligro de éste que se mencionaba anteriormente. Los *planetas* inferiores también están poblados de seres cualitativamente diferentes de los habitantes del mundo conocido por el *tuquero*. Es así como en el *planeta* situado inmediatamente debajo de éste, existen unos particulares pobladores que carecen de ano y, por tanto, se alimentan sólo de los olores expedidos por las comidas. Estos seres, denominados los *sinculo*, son representados por algunos *tuqueros* como totalmente invertidos o con carencias significativas en relación con la figura humana. No obstante esta diferencia, sí parece haber un acuerdo respecto a su existencia y a su particular modo de alimentarse.

Para el *tuquero*, incluso, existen fenómenos empíricos que demostrarían la verdad de esta representación. En efecto, el cangrejo desaparece por épocas de la superficie de la tierra porque baja al *planeta* de los *sinculo* y, por ello, algunos regresan con marcas que éstos les infligen al intentar atraparlos o cocinarlos: aquellos cangrejos que no poseen todos sus miembros o que presentan ennegrecimientos en sus caparazones, son una prueba contundente de la existencia del

planeta de los *sinculo* y, por tanto, de la correcta representación de los siete *planetas* superiores e inferiores.

La existencia y disposición de los siete *planetas* superiores e inferiores, la diferencia de los habitantes de aquéllos y la descripción relativamente detallada de los *sinculo*, son referentes ciertamente comunes a los *tuqueros* en relación con la configuración del espacio vertical; sin embargo, esta representación se detiene precisamente aquí y no parece anudarse a otros contenidos. Por ello el *tuquero* carece de respuesta ante la pregunta del antropólogo por otros habitantes, características o condiciones de los otros *planetas* o, incluso, por el origen de este cosmos y de los seres señalados como los *sinculo*. A lo sumo se escuchan planteamientos del *tuquero* como que, desde la *fundación*, es decir, desde la creación, las *cosas* han sido así, o que no se sabe eso porque nadie ha ido hasta esos *planetas*.

Para el antropólogo, no obstante, en este punto en particular— en la configuración simbólica del territorio del *tuquero*— se puede establecer una serie de conjeturas sobre la procedencia e importancia de dicha concepción de territorialidad. Entre las cuales se podría pensar, en efecto, que la presencia de una representación análoga en los Eperara-Siapidara, articulada a todo un sistema mitológico, sería la prueba de las profundas y centenarias relaciones entre los indígenas y el *tuquero* negro en esta zona del Pacífico colombiano; y, por consiguiente, que las semejanzas entre estos dos grupos humanos no se establecerían sólo en el plano tecnológico sino, también— y, tal vez, fundamentalmente— en el orden de lo simbólico.

Esta es una hipótesis de trabajo no susceptible de contraste ni elaboración con la naturaleza de los datos disponibles. Por ahora, más importante que adelantar esta conjetura, es comprender que el *tuquero* se representa y configura verticalmente su territorio de una manera

que lo ubica en relación con otros espacios y seres imaginarios del arriba y abajo.

Por todo lo anteriormente expuesto se puede concluir que el territorio del *tuquero* es más que un conjunto de lugares empíricamente determinables, puesto que él no sólo se apropia diferencialmente de múltiples espacios, como la selva, el estero o el río, sino que también los ordena y se los representa en función de su específico sistema cultural. Además, por la especificidad de sus actividades, que implican una movilidad relativa, los límites de su territorio no se superponen con los de la manifestación de su presencia en un lugar y en un momento determinados. En el caso del *tuquero* especializado es evidente que su territorio se conforma no sólo de aquellos lugares que fueron apropiados en el pasado y que, por ello mismo, pueden volver a serlo, sino también de sus posibles espacios futuros, a los cuales accederá a través de un extenso y funcional sistema de parentesco y de sus posibles derechos de propiedad.

De esta manera, la noción de territorio y el ejercicio de la territorialidad en el *tuquero* no es una entidad que se circunscriba empíricamente a un lugar, sino más bien que se configura desde de múltiples lugares efectivos e imaginarios ubicados diferencialmente en el espacio y el tiempo.

Además, esta noción y ejercicio de la territorialidad en el *tuquero* escapa a las divisiones corrientes de lo urbano y lo rural. En efecto, a primera vista parecería que el *tuquero*, sea éste tradicional o especializado, por sus específicas actividades económicas, perteneciera y se circunscribiera en el orden de su territorialidad a lo rural. Sin embargo, la particularidad de los ciclos de producción y el calendario cultural regulador de la misma, implican para el *tuquero* períodos de tiempo determinados en el espacio urbano; en el cual permanecen, por lo demás, características propias de lo rural como la cría

de animales domésticos para el consumo o de huertos en la parte trasera de las casas, entre otros. El *tuquero* regularmente, entonces, se encuentra viviendo en el pueblo, donde, por ello, posee una casa o permanece en la de algún pariente cercano.

Categorías y taxonomías de los seres en el mundo

El *tuquero*, además de poseer y ejercer una territorialidad específica, construye un sistema significativamente complejo de ordenación de lo existente en su mundo; en otras palabras, configura uno de los tantos mundos posibles en el orden de lo humano. Esta particular ordenación no es, sin embargo, simplemente el resultado de su ignorancia de las taxonomías planteadas por la ciencia ni, por consiguiente, criterio distintivo de su inferioridad intelectual o cultural. Al contrario, el antropólogo está en condición de sustentar que dicha clasificación del *tuquero* es consecuencia de su conocimiento y apropiación efectiva y simbólica de lo real; que, como tal, es una clasificación sistemática, coherente y sustentada en su específica lógica cultural. El antropólogo, además, ha cuestionado el mito de la ciencia profundamente arraigado en el etnocentrismo del pensamiento occidental y en el imaginario e ingenuo narcisismo del individuo que se cree representante de ella.

Palos, bejucos, palmas, matas y hierbas

El *monte* se opone, en la construcción y ejercicio de la territorialidad, al huerto, a la casa y al río. El *tuquero* clasifica los diferentes seres que conforman el *monte* en cinco categorías específicas: las palmas, los *palos*, las matas, las yerbas y los bejucos. Cada una de estas categorías, a su vez, se diferencia en dos grandes grupos: las *de lo alto* y las *de lo bajo*. Así, por ejemplo, existen *palos de lo alto* y *de lo bajo*, *yerbas de lo alto* y *yerbas de lo bajo*. Cuando un *tuquero* se refiere a un *palo de lo alto* o *de lo bajo* lo hace con respecto a una línea imaginaria trazada horizontalmente a la altura de un hombre

adulto; de esta forma aquellos árboles que normalmente crecen por encima de esa línea imaginaria pertenecen a los *palos de lo alto*. Se puede plantear, entonces, que el *tuquero* ordena la taxonomía a partir de un eje imaginario profundamente antropocéntrico: su estatura. Como se verá más adelante, esta clasificación de seres *de lo alto* y *de lo bajo* es fundamental, puesto que no se circunscribe a las categorías conformantes del *monte*, sino que es prácticamente un eje universal para el *tuquero*.

Dentro de la categoría de *palos* están los árboles como el sajo, el cuángare y el yarumo; además de algunos pequeños arbustos como el yasmiane. Aunque es difícil obtener una respuesta de los mismos *tuqueros* sobre los criterios abstractos que determinan la clasificación de un vegetal dentro de la categoría *palo*, el antropólogo observa que generalmente hay un consenso entre ellos al presentar un vegetal cualquiera y preguntar si se incluye o no dentro de esta categoría. Ello se podría entender desde la existencia de una lógica de lo concreto; es decir, de la tendencia cultural en el *tuquero* a no elaborar abstracciones independientemente de lo real concreto. De todas maneras, en la clasificación de un vegetal dentro de la categoría de los *palos* parecen incidir implícitamente, cuando menos, criterios como la forma, el tamaño y la constitución del tronco.

Para los bejucos las *cosas* están relativamente más claras. En efecto, el criterio fundamental de clasificación del bejuco es la forma alargada y continua de su tallo. También esta categoría, como se había anotado, se divide en dos grupos: los *de lo bajo* y los *de lo alto*. Los primeros son aquellos bejucos que habitan el suelo o crecen sólo hasta alturas por debajo del eje imaginario, mientras que los *de lo alto* son ese sinnúmero que se enreda alrededor de los troncos de múltiples árboles y que crece hasta las partes superiores de éstos.

Para las yerbas, por su lado, parece que los criterios de inclusión en esta categoría son el tamaño relativamente pequeño, lo delgado de

sus tallos y hojas y, generalmente, la posesión de propiedades medicinales. En el mismo sentido aquellas que nacen en las partes superiores de árboles son consideradas *de lo alto* en oposición a las que habitan en el suelo. Igualmente sucede con las palmas; las cuales se clasifican explícitamente por el *tuquero* de acuerdo con la forma y composición de su tronco y hojas.

Ahora bien, en este punto es necesario plantear una precisión en relación con estas categorías de palma, bejuco, mata, yerba y *palo*. En efecto, si bien es cierto que el *monte* está conformado por ellas, éstas no se circunscriben a él ni lo definen, puesto que los huertos o cultivos también se componen de ellas. Así, la yuca es un *palo de lo bajo* mientras que el plátano es una mata *de lo alto* o el frijol un bejuco. En este sentido, la diferencia entre las plantas del *monte* y las de los cultivos es precisamente el hecho fundamental en la concepción del *tuquero*, ya que las primeras son producidas por la tierra mientras que las segundas son producidas por el hombre; es decir, mientras unas son producto del trabajo humano; las otras, no. Esta característica mental aparentemente trivial que permite la escisión *monte/cultivo* es profundamente significativa para el *tuquero* y, además, es un elemento clave que permite entender la lógica cultural de su actitud diferencial en relación con el *monte* y lo cultivado; el antropólogo, incluso, estaría tentado a afirmar que éste es uno de los soportes culturales que legitiman la eventual destrucción del bosque. Este punto, apenas sugerido aquí, será retomado y profundizado más adelante ya que ahora sólo se está exponiendo una construcción sobre la particular y sistemática manera de clasificar, de ordenar los seres en el mundo por el *tuquero*.

Animales, pájaros y peces

El *monte* está conformado únicamente por vegetales, los animales sólo son sus habitantes, es decir, mientras un bejuco es *monte*, un venado no lo es. Animal es otra categoría de clasificación que se

opone, por un lado, a las utilizadas para las plantas y que, por el otro, se relaciona con otras categorías como son las de pájaros y peces. En efecto, para el *tuquero* un pájaro y un animal son categorías de clasificación del ser diferentes y excluyentes; los animales son aquellos seres con movimiento propio que además de poseer generalmente cuatro patas y de ser comestibles, no se desplazan por el aire. Existen animales *de lo alto* y *de lo bajo*; y, entre estos últimos, los del agua, los de la tierra y los de ambos medios.

En efecto, los animales *de lo alto* son todos aquellos que viven preferencial o fundamentalmente en los árboles. El mico, el mongón, el mono, la arditá, el perico, el cusumbí y el oso hormiguero, son los más mencionados. Los animales *de lo bajo* son aquellos que viven preferente o exclusivamente en el suelo, sea éste la tierra o el agua. Así, dentro de los animales *de lo bajo* habitantes de la tierra están el venado, el conejo, el guatín, el tatabro, el sahino, el ulán, el tigre, el zorro, el ratón, el oso caballuno y el cangrejo. Entre los animales *de lo bajo* habitantes del agua el *tuquero* distingue la nutria, el tulicio y la tortugaña. Por último, en los del agua y la tierra están la rana, la iguana, el piande y los cuatro tipos de tortugas: sabaleta, patiamarilla, tapacula y bambera.

De todos los animales mencionados quizás sólo la rana y el piande son los únicos que definitivamente no entran en la dieta del *tuquero*. Sin embargo, existe una jerarquía de valoración alimenticia con respecto a los animales culturalmente comestibles; algunos son ciertamente más apreciados que otros. El venado, el conejo y el sahino son las carnes más valoradas, siéndolo menos la nutria, el tigre y el mongón.

Al respecto de la carne de los animales existe una clasificación fundamental: las *carnes sanas* se oponen a las *sangrinas* o bravas. En efecto, estos últimos tipos de carnes no pueden ser consumidas por todas las personas ni en todos los estados. Así, las *carnes bravas*

—las de tatabro y sahino— están prohibidas para las mujeres en embarazo, menstruantes o recién paridas, al igual que para aquellos que están heridos o picados por *culebra*. Si alguno de ellos consumiera estas *carnes bravas* tendría múltiples inconvenientes: los heridos y los picados podrían morir ya que no sanarían, las mujeres menstruantes y recién paridas tendrían probabilidades de contraer una enfermedad o de debilitarse hasta la muerte, y las que están en embarazo estarían en peligro de que su hijo recibiera las características del comportamiento propias de los animales de los cuales se extrajo la carne.

Las carnes *sangrinas* son igualmente peligrosas: a los heridos y a los picados de *culebra* los haría morir de hemorragia; y a las mujeres menstruantes, recién paridas o en embarazo, les harían que engendrasen un *conjuelo*, es decir, un hijo en forma de animal que a la hora de dar a luz saldría inmediatamente corriendo hacia el *monte* donde se convertiría en *visión*. La carne de animal *sangrina* es la del ulán y, en los peces, la del jurel.

Además, los animales se clasifican en los del *monte* y los de la casa. Hasta aquí se ha hecho referencia de los primeros. Entre los segundos se encuentra el perro, el gato y el cerdo; la carne de este último se considera *sana*. Un elemento interesante asociado con esas representaciones del *monte* como espacio de lo peligroso es que la carne de *monte*, es decir, la de los animales o aves que habitan la selva, la preparan las mujeres mediante una cuidadosa lavada con agua *caliente* antes de *pararla* a cocinar. El objeto de esta limpieza inicial con agua *caliente* es de quitarle los males propios del *monte*; o sea, las enfermedades efectivas e imaginarias existentes en éste.

Los pájaros, al igual que los animales, se clasifican en los *de lo alto* y los *de lo bajo*; los cuales se dividen, a su vez, en los de la tierra y del agua. Para el *tuquero* los pájaros son seres con movimiento propio, de tamaño significativo y, generalmente, de plumas y en capa-

cidad de volar aunque sólo sea pequeños trayectos. Es necesario clarificar que para el *tuquero* el pájaro y el animal son dos categorías distintas en el mismo nivel: los pájaros no se subordinan lógicamente a los animales. Para el *tuquero*, los pájaros *de lo alto* son aquellos que vuelan cotidianamente y se desplazan fundamentalmente por el aire, más arriba de los árboles. Por el contrario, los pájaros *de lo bajo* son los que permanecen preferencialmente en el suelo o el agua volando generalmente sólo hasta algunos árboles. Dentro de los pájaros *de lo alto*, el *tuquero* clasifica el paletón, la cuara, la lechuza, el águila, el pichilingo, el loro, el *murciélagos* y la pava, entre otros. Algunas pájaros *de lo bajo* son la perdiz, el pajuil, el pato arisco, la garza y el patillo.

Al igual que los animales, los pájaros son generalmente comestibles y sus carnes valoradas diferencialmente. En principio todas los pájaros, excepto el murciélagos y el gallinazo, son culturalmente comestibles; sin embargo, algunos de ellos no poseen— desde la perspectiva del *tuquero*— la suficiente carne como para cazarlas y, por consiguiente, consumirlas. La carne de pava y de perdiz son las más apetecidas por el *tuquero* dentro de las carnes de *monte* mientras que la gallina lo es en las de las aves de la casa.

A propósito, para el *tuquero* existe una división fundamental— que de alguna manera fue anotada para los vegetales— entre aquellos animales o pájaros habitantes del *monte* y los que han sido criados por el hombre. Esta división le permite al *tuquero* hablar de carne del *monte* por oposición a la obtenida de los *animales* o pájaros de la casa. Dentro de las carnes de los pájaros parece que la de mayor objeto de prohibiciones es la de la gallina. Como se ha anotado, la carne de ella es prohibida para cualquiera que se adentre en el *monte* ya que lo haría particularmente propenso a la muerte en caso de picadura de *culebra*. Por ello, precisamente, esta carne es una de las tantas prohibiciones alimentarias que implica la cura del picado.

Los peces o, mejor, *los mariscos*, es una tercera categoría en el mismo orden que las de animal y pájaro. Aunque se mantiene la diferenciación de los *de lo alto* y los *de lo bajo*, ésta adquiere otro sentido puesto que se refiere a los que provienen de alta mar y los que no. Además, esta división de peces *de lo alto* y *de lo bajo* es marginal ya que son más relevantes para el *tuquero* otras como los de río por oposición a los de mar, o la de los lisos o de baba opuestos a los de escamas a *concha*.

Cosas de la tierra

Además de las categorías de clasificación señaladas, existe una para incluir en ella a seres que de alguna manera no son introducidos por sus características y forma en la primera serie —*palos*, bejucos, yerbas, matas y palmas— ni tampoco en la segunda —animales, pájaros y peces—. *Cosas de la tierra* parece ser una categoría del mismo nivel que las dos series anotadas. En efecto, *cosas de la tierra* son, para el *tuquero*, desde un hongo o líquen hasta aquellos insectos que no le causen perjuicios, molestias ni rechazo. Por tanto la capacidad de movimiento propio o la ausencia de ello que parece ser un criterio de diferenciación entre la primera y la segunda serie, no es relevante —significativa— para construir la categoría *cosas de la tierra*.

Además de la capacidad de movimiento, la reproducción por naturaleza —es decir, mediante el apareamiento y, por consiguiente, la existencia de sexo masculino y femenino— que diferencia la primera y segunda serie, tampoco está presente como elemento relevante o significativo en esta última categoría de *cosas de la tierra*, la cual conforma por sí misma una serie, por así decirlo, intermedia.

Avichuchos

Con el establecimiento de estas tres series, sin embargo, el *tuquero* no ha finiquitado su específica taxonomía de los seres de su mundo:

falta introducirle, entre otros elementos, una categoría particularmente compleja y fundamental en este ordenamiento de los seres del mundo. *Avichucho* es un calificativo cotidiano del *tuquero* para referirse a un conjunto específico de seres, los cuales son fácilmente enumerados. Así, la *culebra*, la conga, el tembán, el alacrán, el rajapies, la polilla, la candelilla y el zancudo, son algunos de ellos. La categoría de *avichucho* incluye fundamentalmente a aquellos seres que causan perjuicios, y bien, o no son de servicio o poseen ponzoña. En este sentido, *avichucho* se opone a los miembros de las dos primeras series en que estos sí son de servicio, puesto que generalmente se comen o utilizan; y se opone, además, a las tres series en que ellas no son cotidianamente perjudiciales para el *tuquero* mientras que los *avichuchos* sí lo son.

Esta definición de la categoría de *avichucho* es, empero incompleta, porque existen pequeños insectos y reptiles que aunque no poseen las características anotadas son clasificados dentro de los *avichuchos*. De todas maneras, la categoría de *avichucho* es fundamental en el ordenamiento del mundo del *tuquero*. Estas inconsistencias— y otras tantas, como el que algunos *tuqueros* ubiquen la *culebra* al mismo tiempo en los *avichuchos* y en los animales, o que al *murciélago* se lo clasifique dentro de los *avichuchos* a pesar de ser al mismo tiempo pájaro— evidencian, por un lado, la complejidad de esta categoría y, por el otro, el hecho de que ella apuntaría a un nivel diferencial taxonómico no excluyente donde la lógica aristotélica —en sus principios de identidad y de tercer excluido— sería insuficiente. Esta situación, sin embargo, no incomoda al antropólogo, puesto que le compele a decantar su modelo interpretativo sobre la ontología y taxonomía del sistema cultural del *tuquero*.

Un elemento clarificante de la especificidad de esta categoría de *avichucho* se encuentra en el orden de lo mitológico del origen de los seres. En efecto, para el *tuquero* todos los seres conocidos existen desde *la fundación* del mundo; es decir, desde ese período mítico

co original donde todo empezó a existir y a ser como es ahora. En la fundación del mundo existieron dos creadores: uno fue Nuestro Señor, o sea, Jesucristo, y el otro fue *Lusbey*. El primero creó a todos aquellos seres útiles o beneficiosos para el hombre, mientras que *Lusbey* creó a los perjudiciales, *de no servicio y con ponzoña*; o sea, a los *avichuchos*. En este sentido, es clara la conexión en el orden de lo mítico de los *avichuchos* con *Lusbey*, por un lado, y de aquellos que no lo son con Jesucristo, por el otro.

Antes que introducir en este momento la complejidad y especificidad del sistema mítico-religioso del *tuquero* y su profunda articulación con la práctica y pensamiento cotidiano, el antropólogo propone, por ahora, conservar sólo esta conexión clarificante de la clasificación de algunos seres como *avichuchos* o no. Seguramente luego se trabajará específicamente este interesante plano mítico-religioso que aquí se abre.

Los *avichuchos*, al igual que los otros seres, se dividen en los *de lo alto* y los *de lo bajo*. Así, el zancudo es *de lo alto* mientras que el rajapies es *de lo bajo*. Un dato interesante que afianza la consistencia de esta división es el hecho de que si a un hombre lo pica una *culebra de lo alto*, de las que generalmente permanecen en los árboles, entonces el curandero recolecta *yerbas de lo alto* para tratar al picado, puesto que las *de lo bajo* no le servirán para ello.

Representación y lugar del hombre en el mundo

Con esta categoría de *avichucho* quedan establecidas casi todas las posibles clasificaciones del ser entre los *tuqueros*. En este sentido, falta la pregunta por el lugar del hombre en tal ordenamiento del mundo. El *tuquero* no vacila en introducir al hombre dentro de la última categoría al denominarlo como una polilla, como el *avichucho* más grande del mundo. La analogía se establece desde la actitud de destrucción, de radical transformación que el *tuquero* reconoce en sí

mismo y en el ser humano en general. Así, al igual que los *avichuchos* causan perjuicios al hombre; éste último sería el causante de profundos perjuicios producidos a los animales, pájaros, *palos*, en fin, a todos los seres del mundo.

El *tuquero* habla de contra o contrario cuando dos elementos son antagónicos y luchan constantemente entre sí. Así, se dice que el hombre es contrario al *monte*, al *palo* de sajo o al conejo, por hablar sólo de algunos seres. Por ello, nada más *alejado* de lo real cultural que un *tuquero* representándose a sí mismo como un ecologista conservador a priori de la diversidad biológica del mundo. Es más, a los ojos del mismo *tuquero*, su práctica y relación con el *monte* es, por así decirlo, de constante enemistad y lucha. El *tuquero* utiliza y destruye cotidianamente al *monte*; y, este último, a su vez, es el espacio de mayor peligro y sufrimiento para el primero.

La conexión supuesta del hombre con el *avichucho* merece, sin embargo, un par de comentarios adicionales. En primer lugar, que es una conexión del orden de las clasificaciones, de las representaciones colectivas y, por ello, no necesariamente se superpone con la realidad. Es decir, que si bien es cierto que el *tuquero* se representa a sí mismo a semejanza de una inmensa polilla que lo destruye y lo transforma todo, ello no quiere decir que efectivamente sea así. Con este enunciado, no obstante, el antropólogo no pretende introducir a esta altura de la exposición una apología ecologista en el orden de una práctica inconsciente del *tuquero*, sino aclarar que el orden de las representaciones colectivas y de lo real no necesariamente se superponen. En segundo lugar, que la conexión del hombre con el *avichucho* es de carácter analógico; es decir, el *tuquero* no pretende dar a entender con ello que el hombre haría parte de dicha categoría, sino que sería en un aspecto particular como semejante a los seres que pertenecen a ella.

Las visiones: anotaciones sobre el plano mítico de la representación y ordenación del mundo

Hasta este punto se ha evidenciado la particular clasificación de los seres del mundo establecida por el *tuquero*. Sin embargo, se ha dejado de lado deliberadamente una noción fundamental, como lo es la de *visión* para trabajarla en el siguiente aparte, ya que ella introduce en el orden de las representaciones colectivas el plano mítico.

Visión es una categoría del ser opuesta a las anteriormente expuestas por sus específicas cualidades: desplazarse por el aire, de producir ilusiones o infligir enfermedades o la muerte a los seres humanos. Además de su naturaleza fundamentalmente inmaterial, sin embargo, están en capacidad de adquirir las formas más variadas y, algunas de ellas, hasta de aparecer materializadas en figuras femeninas o familiares para cumplir sus propósitos.

Para el *tuquero*, la *visión* hace parte de la cotidianidad misma de la vida: el relato, el mito y la experiencia de otros y la propia dan cuenta de la indudable existencia de aquellos habitantes particularmente temidos.

La noción de *visión* se encuentra articulada con el sistema mítico-religioso profundamente arraigado en el pensamiento y, por consiguiente, en la orientación de la acción del *tuquero*. La *visión* es, por tanto, un elemento más de ese complejo sistema mítico que permite la interpretación y ordenación de lo culturalmente existente. En este sentido, cuando cae la tarde, mientras las mujeres preparan y reparan la merienda, es posible que aparezcan en el discurso colectivo múltiples referencias pormenorizadas de las *visiones*. Es en este momento, donde la existencia discursiva de las mismas permite la recolección de aspectos fundamentales de la tradición oral.

Se había anotado que el *monte* y la noche son el espacio y el tiempo de aparición y de existencia de la mayor parte de las *visiones*. Dentro de las más conocidas y referenciadas por el *tuquero* están la *tunda* y la *cucuragua*. Ambas *visiones* poseen en común la capacidad de transformarse en formas humanas femeninas: la primera en una conocida y familiar, como puede ser la madre, y la segunda en una atractiva y sensual *mujer*. Mientras que la *tunda* pretende perder en el *monte* al *tuquero* y hacerle pasar trabajo, la *cucuragua* tiene como propósito matarlo y comérsele el corazón.

Los niños, mujeres y *hombres* pueden ser víctimas de la *tunda*, la cual los hace perder en el *monte*; es decir, los *entunda*. Sin embargo, esta *visión* no es muy peligrosa ya que con cualquier *oración*, profiriendo malas palabras o simplemente golpeando un *culo de palo* — la base de un árbol — con un bejuco, se sale fácilmente del aprieto.

La *cucuragua*, por su parte, se le aparece sólo a *hombres* e intenta seducirlos con el objeto de asesinarlos. Ella habita fundamentalmente en el *monte*, en lugares poco frecuentados, pero sólo aparece cuando el *tuquero* piensa en mujeres mientras está en el *monte*. Por tanto, es prohibido y peligroso pensar en mujeres allí, puesto que ello lo entendería la *cucuragua* como un llamado. Una *oración* particularmente poderosa llamada *la magnífica*, o la utilización de fuego, son quizá dos de las pocas contras existentes para alejar la *cucuragua*.

La *oración* es un elemento profundamente significativo en la tradición oral del *tuquero*. Junto con las décimas y chistes — cuentos — se la guarda en la memoria como la más valiosa posesión. La *oración* consiste en un texto con múltiples referencias religiosas a través del cual se influye directamente en lo real de acuerdo con las intenciones de quien la pronuncia y con los poderes de la misma. Así, existen oraciones para alejar *visiones*, curar la picadura de *cu-*

lebra, transformarse en animal, trabajar, pelear o para enamorar, entre otras. Es en este sentido que la *oración de la magnífica* es contra de la *cucuragua* ya que por medio de ella se le aleja.

Dos textos de los recolectados entre los *tuqueros*, en las tardes de descanso después de su cotidiana labor, ilustran claramente una versión del origen de *latunda* y de las características de *lacucuragua*. En este sentido se considera pertinente reproducirlos aquí.

Versión del origen de la tunda

"Una señora tenía una hija muy mal criada. Ella no le hacía caso, sólo era una desordenada. Como en ese tiempo a la gente le gustaba mucho el maíz y lo molían en piedra, la mamá le dijo que fuera a moler el maíz para hacer unas cachinas. La muchacha le contestó que ¡ella moler maíz!... y zuás se le brincó por la azotea.

La mamá quedó convencida que la hija volvía con el maíz molido porque no la vio cuando se brincó. Se quedó esperando y nada que la muchacha regresó. Salieron a buscarla, y buscalá, buscalá, buscalá... ¿a dónde la encontraban? Fueron entonces donde los curas para que conjuraran a esa muchacha que estaba en el monte. Ellos le dijeron que sólo había un cura que sí tenía un poder bastante. Así que ha llegado ese cura pues, y se ha puesto a orar.

Después fue que les dijo que no la buscarán más, que ella ya estaba muerta pero que había quedado en visión; por eso ella aparecería de vez en vez. Que se había convertido en visión porque la mamá cuando se había quedado esperando a la hija había tenido un mal pensamiento.

Así fue dizque a los tiempos salió una prima de ella y se la encontró. Entonces a la prima le dijo que caminará con

ella; se fueron hasta que llegaron a una quebradita. Cuando llegaron allá la prima vio cómo ella agarraba los camarones y se los metía a la nalga y después los sacaba coloraditos, luego le ofreció para que comiera. Entonces la prima le dijo que ella no comía de eso, y que se iba ir y que le iba a decir a la mamá de ella dónde buscarla.

-Anda a decirle, fue lo que la tunda le contestó.

La prima se fue, pero ya no dio con la casa: empezó a pasar trabajo, a dar vuelta y pasa trabajo, pasa trabajo... hasta que los que la buscaban la escucharon porque ella sí iba llorando y gritando. Ella les contó que se había encontrado con su prima. Así que ahí quedó ella en el monte.

Entonces, otra muchacha también la mandaron y salió, y cuando se la encontró. Allí fue cuando vinieron los padrinos que dijeron que lo que el cura había dicho era la verdad; que esa ya era una visión. Así comenzaron a decirle malas palabras, y cómo ella cargaba la otra muchacha y ésta comenzó a decir también malas palabras; dizque le dijo:

-Quédate aquí, que las malas palabras son las que chocan.

La muchacha se quedó parada y cuando la encontraron entonces ella quedó en fantasma; por eso es que ella se le aparece a cualquiera".

La cucuragua

"Sucede que tres hermanos que trabajaban en una inmensidad, en una quebrada tal como ésta, pero allá sí que no habitaba otra gente. Entonces ellos se iban a trabajar sin llevar nada de comer, puesto que no tenían mujer. Dos de

ellos eran muy amantes a las mujeres y el otro no. Así andan en el *monte* trabajando cuando uno de ellos dijo:

—Vea, yo esta tarde topando mi comida bien cocida, cuando nosotros saliendo y topando comida bien cocida y tres mujeres en la casa; uno dormir *caliente* con su hembra, como sería, ¿no?

—Hombre, les decía uno. Muchachos no piensen esos pensamientos porque hay *visiones*; al menos esa *cucuragua* es una *visión* mala. ¿Y si las topamos de verdad, lo que ustedes dicen en la casa?

Y ellos eran todos los días. Así que esa tarde salieron y no toparon nada, cocinaron su comida muy correctamente. Al otro día volvieron y se fueron al *monte* y vuelta los dos hermanos en esa misma cosa:

—Mejor dicho que vea yo esta tarde... vea topando *mujer* ahí encima de la casa, con mi comida cocida... amigo; le decía uno al otro. -¿Usted como hacía?

— Ahiii... amigo...

—Muchachos, el otro les dijo. —Les doy un consejo: esta tarde no topamos nada pero mañana de tarde podemos topar cualquier semejanza de visaja en la casa porque a ustedes les gusta nombrar las mujeres.

—Ahí; los dos dijeron. —Vos sos marica, sos menelia. ¿Vos no te gustan las mujeres es que es? Según te veo tenés parada de marica. Usted no puede andar con nosotros.

Él les dijo:

—No es que a mí no me gusten, sino que yo esas *cosas* cuando ando aquí al menos sólo, esas *cosas* a mí no me gustan.

Así que llegó la hora de salir para su casa. Se fueron y cuando se acercaban oyeron cantando en la casa. El hombre de atrás, el muchacho, el que no pedía *mujer* les dijo:

—Esas son las *visiones*, esas son las *cucuragua*. !Están viendo muchachos! Según salió lo que ustedes dicen, hay tres mujeres ahí en la casa.

Cuando vieron tres canaletes clavados así encima de tierra, en la pampa:

—Ah... dijeron, —Tá viendo, ve ahí el potrillo de las hembras: ya deben tener la comida cocida. Eso es vida, eso sí que es vida; decían ellos.

Y ahí mismo subieron encima de la casa:

—Buenas tardes mujeres.

—Buenas tardes, contestaron ellas con su desliz que ellas se gastaban.

Así que ellos les preguntaron:

—¿Ustedes cómo hicieron para llegar aquí?

—Los andábamos buscando a ustedes, ustedes saben como el amor es así... Por eso nosotras llegamos acá.

— (Con tanto trabajo de esta *quebradas* pa'bajo, ustedes llegaron hasta acá por venimos a buscar a nosotros), les decían ellos.

Mientras el otro muchacho orejero por acá. Y la otra muchacha estaba sentada ahí cuando le dijo:

— Yo como que creo que a mi novio no le gustan las mujeres no. ¿No le gusta *mujer?*, le decía ella.

Él le contestó:

— No, yo no.

— Anda pa'allá, le decían las otras.

Los otros estuvieron abrazando a sus hembras, y mejor dicho... se trataban que mami, que papi.

Cuando estuvo la comida le ofrecieron al muchacho y él les dijo:

— Yo no quiero comida ahoritica, el líquido sí me lo puedo tomar.

La hembra le dijo que no había problema; así que le batió una agüita y él pa, pa, pa, se la tomó. Cuando llegó la hora del sueño y todos se acomodaban para dormir, el muchacho dijo:

— Me está dando como unas ganas de bajar pa' la pampa a cucar, ¿como será?

— Por ahí, anda por la azotea, pa' cualquier rama de *palo* y ensucia; le decía el otro.

Así que la otra *mujer* se quedó ahí:

— Quédese aquí acostada que yo ya vengo, voy a ensuciar.

El muchacho orejero como sabía que eran las diablas, las cucuraguas, el muchacho se vino de miedo. El nada de ensuciar que tenía. Bajó su canaleta y lo clavó ahí, en la escalera. Así se iba saliendo con mañita cuando oyó que chooó, y voltió a ve... y una sangriza. Ahí mismo el canaleta lo desclavó, haló el potrillo y se tapió pa'bajo... y tira canaleta, tira canaleta pa'bajo, canaleta ventiao. Cuando les vio que venían por el aire ku, ku, ku, ku, volando pa'alcanzarlo. Pero como ellas no pueden meterse en el agua; ahí mismo bumbum, voltió el potro y, páke, se metió ahí abajo: como en el potro quedaba resolladero pa' uno resoyá ahí adentro.

Así que el muchacho se metió ahí adentro y ellas encima de ese potro pa' desviralo y él nada que las dejaba. Ellas encima de ese potro kurú, kurú, kurú hasta cuando vieron que ya iban a llegar a una casa. Entonces ku, ku, ku, ku se volaron y se fueron pa' entro. Así que él cuando vio que iba a llegar a parte de casa, cuando sintió que ellas ya se volaron, se dejó rodar bastante abajo hasta cuando vio que iba en medio de las casas; entonces se zambulló y se echó pa' una casa. Así que ya llegó ahí. Así le preguntaron:

— Ahí amigo, ¿usted de dónde vino?

— Sucede que me ha pasado un cacharro, por eso es que vengo en este potro de boca abajo. Andábamos tres en el *monte* trabajando, por este río pa'rriba, y allá los otros dos todo lo que les encantaba eran las mujeres. Así que de tarde salimos a la casa y topamos las *cucuragua*. Así que yo me bajé a la pampa y cogí mi canaleta, y tuve arrimado ahí en el potro. Iba subiendo con maña cuando oí, lo que vi fue el

poco de sangre; les estaban sacando algo de adentro comiéndoselo. Yo cuando vi así la sangriza, agarré mi canaleta y me bombié. Cuando vi que venían por el aire, burundúm, viré el potr. Y ahoritica, allí más arriba, fue que se me volaron; como vieron que salía a casas. Yo también estaba para ella, pero como mi dios sabe como hace sus cosas para contarle aunque historia a la gente; por eso me dejaron".

Además de estas dos visiones, el *duende* y el *diablo* pertenecen igualmente al *monte*. Ambos presentan generalmente formas masculinas aunque poseen la cualidad de transformarse en los más diversos seres. El *duende* es cotidianamente visto en forma de pequeño hombre ataviado con un gran sombrero; pero también anda en forma de gran sahino blanco conduciendo una numerosa manada de ellos. El *diablo* es una *visión* particularmente temida. Hasta hace algunos pocos años, era dador de riquezas y de los más significativos poderes. Por ello algunos *tuqueros* hacían con él pactos para trabajar más rápida y efectivamente. A esta *visión* se la encuentra más fácilmente en el *monte* e, incluso, ciertos *tuqueros* ubican en alguna parte de él —en un centro— el lugar del infierno.

Aunque estas visiones habitan fundamentalmente en el *monte*, en algunas ocasiones pueden llegar hasta las casas y ranchos. Por ello, el *tuquero* acostumbra poseer en su vivienda múltiples símbolos religiosos asociados con *lo divino* y, entre ellos, el más común es la cruz. Prácticamente no existe una casa en los ríos que carezca de un pequeño altar profundamente adornado y poblado de las más variadas imágenes. De la misma manera, en los ranchos aunque no se acostumbra el pequeño altar sí es común observar algunas imágenes religiosas o el símbolo de la cruz.

El *riviél* y la *madre de agua* son dos de las visiones de agua más mencionadas por el *tuquero*. Mientras que el primero se encuentra

exclusivamente en *la mar*, la segunda es solamente de ríos y *quebradas*. El *riviél* es una *visión* en forma de hombre que se desplaza por el aire como una luz o bola de fuego. Quienes viajan por *la mar* en las noches están propensos a que el *riviél* los inmovilice, juegetee con ellos e, incluso, los pierda en *la mar*. Según algunos *tuqueros*, el *riviél* generalmente no mata a la gente, sólo la paraliza y se burla de ellos. Sin embargo, existe una décima, conocida ahora sólo por algunos ancianos, que al ser pronunciada aleja inmediatamente al *riviél*.

La *madre de agua*, al contrario del *riviél*, ahoga las personas que pasan por el lugar donde ella habita. Después de que las ahoga, les bebe la sangre por las coyunturas. Por estos indicios, cuando aparece el ahogado, se sabe inmediatamente si fue muerto por una *madre de agua* o no. Dos particularidades relevantes en relación con esta *visión* son: que habita en un lugar específico del río o quebrada y que puede atacar selectivamente a un solo individuo o a una familia, porque la *madre de agua* puede ser puesta por un brujo para ello. En este sentido el *tuquero* dice que la *madre de agua* es un *daño*; al igual que una finca puede estarlo ya sea mediante una inmensa *culebra* que ahuyenta a quienes pasen por allí o mediante la imposibilidad de salir de cualquiera que haya robado un fruto de la finca.

Identidad, etnicidad y cultura del *tuquero*

Se han descrito las prácticas y relaciones económicas propias del *tuquero* en su relación con el bosque, se presentó un modelo del territorio y, además, de las categorías y sistemas clasificatorios que le dan sentido y orden a los seres en el mundo; en fin, se intentaron explorar las representaciones e imaginarios colectivos de éste. Sin embargo, sólo hasta ahora —prácticamente al final de la exposición— se puede abordar un problema nodal como es el de la identidad y especificidad cultural del *tuquero* en la pregunta por el manejo económico y la configuración simbólica de su mundo.

El primer problema es que para algunos antropólogos cualquier "grupo negro"—y los *tuqueros* con los cuales se trabajó pertenecen por lo menos a uno— hace parte de la denominada cultura afrocolombiana. De esta manera, el problema de la identidad y especificidad cultural del *tuquero* estaría resuelto de entrada por un criterio empíricamente evidente como lo es el color de su piel. No obstante, existen criterios de orden teórico y metodológico, específicos en el discurso antropológico, que inducen a sospechar del burdo facilismo y abierto oportunismo conceptual con que algunos antropólogos creen resolver el problema de la identidad y especificidad cultural de cualquier "grupo negro" en Colombia.

La categoría de cultura es no sólo fundante, sino también posibilitante del discurso y la perspectiva antropológica. Pero, pareciera que más de un siglo de investigaciones y discusiones entre los antropólogos han pasado sin pena ni gloria intelectual para aquellos que continúan afirmando una concepción decimonónica de cultura como una entidad discreta, empíricamente determinable, como una sumatoria de todas aquellas creencias, costumbres, leyes... En oposición a esta concepción, en esta investigación se trabaja desde una noción de cultura, en tanto construcción del antropólogo sobre el sistema de las representaciones e imaginarios colectivos que, más o menos, comparten los diferentes miembros de una sociedad, permitiéndose así la reproducción y recreación de las relaciones sociales y de la configuración del sentido individual y colectivo.

Por ello, hablar de una cultura afrocolombiana es para un antropólogo, a lo sumo, una ingenuidad teórica. En efecto, África no es una homogeneidad cultural, sino una categoría e imaginario resultante del proceso colonial; y Colombia es sólo una realidad jurídico-política, no un soporte de una entidad cultural concreta. De otro lado, ni a América ni a Colombia llegaron culturas africanas, sino mercancías humanas inscritas en otras relaciones sociales, inmersas en nuevos contextos culturales. Ello permitió, precisamente, complejos y di-

versos procesos de hibridación cultural en los distintos lugares de América; lo cual no significa la supervivencia de culturas o rasgos culturales de África en América. Desde esta perspectiva antropológica, entonces, afrocolombiano es una desacertada categoría ideológica que antes que posibilitar el análisis y la interpretación, los esteriliza. Por consiguiente, afirmar que el *tuquero* es afrocolombiano es precisamente no decir nada en términos antropológicos. Además, el *tuquero* de los ríos Satinga y Sanquianga no necesariamente pertenece a un "grupo negro". En efecto, algunos Eperaras - Siapidara también sacan y comercializan sus *trozas*, sin, al parecer, diferencias significativas en el orden de los procedimientos y operaciones efectuadas. El sistema tecnológico, por tanto, utilizado por el *tuquero* negro y el eperara no se diferencian en lo absoluto. Otra cosa podría ocurrir en las relaciones económicas establecidas entre ellos. Sin embargo, el antropólogo en tanto lego respecto de las relaciones sociales y del sistema cultural de los eperara no afirmaría ni su semejanza ni su diferencia: he aquí un interesante problema para trabajar. No obstante este vacío de conocimiento, sí es posible sustentar la imposibilidad de circunscribir el *tuquero* a los "grupos negros", puesto que de hecho los eperara también *tuquean*.

Ahora bien, ello conduce a entender que la categoría *tuquero* no es una relación directamente proporcional y exclusiva de un sistema cultural específico. En otras palabras, la categoría de *tuquero* se plantea en el nivel socioeconómico, aunque, como se ha visto, sólo analíticamente puede pensarse por fuera de un sistema cultural. Ello, obviamente, no invalida ni deconstruye las elaboraciones realizadas en torno al sistema cultural del *tuquero*; en cambio sólo implica una precaución de generalizar los planteamientos indiscriminadamente a todos los posibles *tuqueros*.

Un segundo problema acerca de la identidad y especificidad cultural de los *tuqueros* se halla en las relaciones establecidas entre los "grupos negros" y otros grupos humanos que no se reconocen ni se

los identifica como tales: algunos antropólogos han dado en llamar relaciones interétnicas a este tipo de relaciones.

Los diferentes "grupos negros" habitantes de los ríos Satinga y Sanquianga se representan a sí mismos, en bajo la categoría de *libres*, una identidad en oposición a los *paisas* y *cholos*, como los otros grandes grupos humanos existentes. Así, cualquier miembro de un "grupo negro" en los ríos Satinga y Sanquianga se denomina a sí mismo *libre* para distinguirse de otros que denominan *cholos* o *paisas*. Los *cholos* son los eperara o cualquier otro tipo de indígenas, mientras que los *paisas* son los blancos, sean estos antioqueños, vallecaucanos o, incluso, gringos. En este sentido, entre los *tuqueros* negros circulan múltiples estereotipos e imaginarios sobre los otros grupos humanos y el propio: sobre los Otros y el Nosotros.

Cuando el antropólogo escuchó en los primeros días de su estadía en terreno que los grupos negros se denominaban a sí mismos *libres*, inmediatamente asoció dicha categoría con una segura y profunda memoria colectiva de estos *hombres* y mujeres que se remontaría, sin duda, hasta los períodos de la esclavitud y, con suerte, a ciertas referencias de la cultura africana. Sin embargo, y en contra de lo que sus profesores y textos le indicaban en calidad de axioma, aquellas mujeres y *hombres* de piel negra no le revelaban esa esperada historia de esclavos y amos. Con el pasar de los meses, cuando se fueron descubriendo verdades escondidas al extraño, tampoco apareció el contenido esperado de la memoria colectiva. El antropólogo tuvo que concluir, a pesar de las múltiples apologías existentes al respecto, y de la importancia evidente de la tradición oral, que los "grupos negros" de los ríos Satinga y Sanquianga con los cuales se compartió el proceso de investigación han olvidado —¿reprimido socialmente?— aspectos fundamentales de su historia.

En este sentido, el campo semántico asociado con la categoría de *libre* es simplemente el de pertenecer, debido a ciertas características físicas y de comportamiento, a un grupo humano específico: el de los "negros". No obstante, dentro de ese gran Nosotros que configura la categoría de *libre*, aparecen y se recrean profundas diferencias. Es por ello que la identidad del *tuquero* negro se instituye por niveles: en primer lugar, se es *libre* en oposición a otros grupos humanos y, en segundo lugar, habitante de un río específico en contraste con quienes provienen de otros ríos.

El pertenecer a uno u otro río se asocia con ciertas variantes dialectales, de costumbres o, incluso, de actividades económicas y grupos parentales. Es en este sentido que el tapajeño habla diferente del *sanquianguense*, no sólo por el uso de ciertos términos sino porque el primero —desde la perspectiva del segundo— pronuncia irregularmente fonos, como el [r] por el [d] en su forma de hablar cotidiana. Igualmente se considera que el tapajeño es particularmente propenso a las peleas y que, generalmente, utiliza diestramente su machete en ello. Existen múltiples representaciones del Otro y de lo Mismo que circulan cotidianamente entre los *tuqueros* y son un elemento clave de manifestación de la identidad; de reconocimiento colectivo de un Nosotros fundado en el río. Cuando se hizo referencia al territorio se anotó que el río es el eje a partir del cual no sólo se construye y orienta la casa, sino también un punto de referencia fundamental en el esquema territorial del *tuquero*. En esa ocasión se planteaba que la identidad individual y colectiva se institúa e inscribía en ese eje societal: en el río.

En este sentido, se puede argumentar que la identidad del *tuquero* negro es relativa en tanto que se constituye por niveles. El nivel primario es lo que se podrá denominar, algo imprecisamente, el grupo familiar. Luego de éste aparece el nivel del río y, por último, estaría el grupo humano de los *libres*.

El *libre* se considera a sí mismo más fino, es decir, más fuerte y resistente para el trabajo y las situaciones difíciles que el *paisa* o el *cholo*. Sin embargo, éste último lo sería más aún que el *libre* para las enfermedades; puesto que, desde su perspectiva, los *cholos* difícilmente se enferman. El *paisa* entre los tres grupos sería el más basto; o sea, el más débil para el trabajo, la enfermedad, las dificultades o la muerte. Igualmente el *libre* se considera a sí mismo más *caliente* y enamorado que los miembros de los otros dos grupos; se concibe sexualmente mucho más activo que ellos.

El *paisa* es representado como un grupo humano unido y solidario entre sí, exitoso en los negocios, y extranjero. Además, a los ojos del *tuquero* negro, la supuesta habilidad y capacidad de engaño del *paisa* lo asemeja entre los animales al conejo, del cual existen múltiples cuentos donde generalmente sale exitoso y se impone a los otros animales, a pesar de su inferioridad física, mediante las más sorprendentes tretas y trampas que les teje.

Al igual que al *paisa*, al *cholo* se le ve unido a partir de propósitos comunes. Al *libre*, sin embargo, lo considera el mismo *tuquero* negro como una "raza" envidiosa y celosa del amigo, del conocido, la cual nunca se une ni solidariza más allá del grupo familiar. Al *cholo* se lo representa inferior al *libre* puesto que indicios de superioridad como el vestido, o de humanidad como el bautizo, sólo hasta hace pocos años no estaban presentes en ellos y aún algunos no los han asumido sino a medias. Así, al *cholo* se asocia fácilmente con el salvajismo, con el *monte*. No obstante, el *libre* ha temido hasta hace pocos años la poderosa brujería atribuida al *cholo*. Ahora bien, este elemento se ha perdido en la intensidad de antaño a los ojos del *tuquero* negro, aunque continúa considerando que en este sentido el *cholo* generalmente es más sabio, más conocedor de las hierbas curativas, que el brujo o curandero *libre* (Caballero, 1995).

No sobra advertir al lector que con estas anotaciones sobre las representaciones y concepciones del *tuquero* negro acerca de *libres*, *paisas* y *cholos*, el antropólogo pretende presentar los imaginarios existentes sobre lo Otro y lo Mismo; es decir, cómo se percibe y existe en su discurso colectivo el *tuquero* negro en función de los tres grandes grupos humanos culturalmente existentes para y desde él.

El antropólogo considera improcedente introducir la categoría de grupo étnico o la de etnia para definir a estos grupos humanos representados por este *tuquero*. En primer lugar, porque aquellas son de esas categorías confusas que sirven de comodín a las más diversas concepciones; y, en segundo lugar, porque considera apresurado hablar de grupo étnico negro y, ciertamente, erróneo de uno "indígena" o "blanco". Este trabajo —por sus alcances y límites teórico-metodológicos— sólo permite plantear la probabilidad de que no exista una equivalencia entre el *tuquero* y un grupo étnico o etnia, es decir, que no necesariamente la categoría de *tuquero* debe y puede ser pensada dentro de un único grupo étnico o etnia. Sin embargo, por lo menos en el orden de lo cuantitativo, sí está profundamente articulado con los *libres*: sean éstos o no una etnia.

Pasando del orden de los imaginarios de las relaciones al de lo real de las mismas entre los grupos humanos señalados por el *tuquero* negro, el antropólogo anotará sólo aquellos elementos relevantes para el propósito de su trabajo: para dilucidar la especificidad e identidad cultural del *tuquero* negro.

La primera gran diferencia histórica entre los *libres* y *cholos* en relación con el *tuqueo* es que, por un lado, los primeros han estado más en función de ello y que, por el otro, el proceso de poblamiento de las cabeceras de los ríos y *quebradas* se ha articulado para ellos con dicha actividad; mientras que el *cholo* ha estado generalmente

al margen del proceso mismo, y su poblamiento de las cabeceras de ríos y *quebradas* ha estado condicionado por sus patrones de asentamiento tradicionales en tanto estrategia de supervivencia cultural (Carmona, 1993) y no en búsqueda de lugares para *tuquiar*.

Espacialmente, los *cholos* y *libres* han mantenido ciertas diferencias. En efecto, aunque se vive en el mismo río, existe la tendencia en los *cholos* a generar pequeños núcleos; algunos de los cuales han sido reconocidos legalmente como resguardos. Sin embargo, la separación espacial entre estos dos grupos humanos se evidencia radicalmente en la muerte: desde siempre han existido cementerios separados para que unos y otros entierren a sus muertos. Ello ciertamente indica complejos funerarios distintos entre ambos grupos.

Aunque se carece de datos sistemáticos para afirmar la diferencia o semejanza de la territorialidad entre los *tuqueros* blancos y los *tuqueros* negros, la configuración del mundo en medio de siete *planetas* superiores y otros tantos inferiores es una representación que ambos comparten. Este elemento permite la hipótesis de trabajo de profundas relaciones simbólicas entre los *libres* y los *cholos*.

En relación con el sistema económico, hay una tendencia a la división social del trabajo en función de estos grupos humanos representados en el discurso del *tuquero* negro: los *paisas* literalmente controlarían el comercio y algunos aserraderos y habitarían el perímetro urbano. Los *cholos* se especializarían en ciertas actividades artesanales y curativas, participando en menor grado en la comercialización de productos agrícolas y de *trozas*. Los *libres*, por su parte, aportarían el grueso de las *trozas* que los aserraderos consumen diariamente, comercializarían productos marítimos y agrícolas, y poseerían algunos puntos de venta de mercancías en el poblado. Además, serían en número significativo los obreros, *empresarios* y compradores de la madera en la localidad. Los medios de

transporte marítimo y fluvial pertenecen por igual a *libres*, *paisas* y *culimochos*⁴.

Demográficamente, son los *libres* la gran mayoría de los habitantes de la zona comprendida entre los ríos Satinga y Sanquianga, siendo los *paisas* y los *cholos* un número significativamente menor. No obstante, existe una marcada tendencia a la endogamia entre estos grupos; es decir, es relativamente inexistente el intercambio matrimonial entre miembros de los distintos grupos. En contraposición a ello, el parentesco ritual —el compadrazgo— es una institución ampliamente difundida más allá de los grupos; en este sentido se puede considerar crucial en el tejido y la cohesión social intergrupala.

Existen profundas relaciones entre *libres* y *cholos*, por un lado, y entre estos y los *paisas*, por el otro. Para mencionar sólo las más evidentes: los primeros comparten tecnologías de cultivo—la *tumba* y pudre, el cultivo de similares sembríos como el de una variedad de maíz prehispánico, el chocosito—, la disposición espacial y distribución de los cultivos, entre otras, instrumentos de transporte—el potrillo y el canaleta, además de la forma de bogar diferencial entre *hombres* y *mujeres*—, conocimientos y prácticas curativas—como la botella curada o la figura del curandero—, y probablemente aspectos significativos del universo mítico. Los *paisas* se relacionan con los primeros fundamentalmente en el mercado y, recientemente, en el sistema de valores de consumo articulado con él.

Dentro de las especificidades aparentes del sistema cultural de los *libres* está su complejo funerario, en el cual se inscriben prácticas como el *chigualo*, los *alabaos* o la *última noche*. Los *arrullos*, las *décimas*, el sistema alimentario y el de parentesco, son otras probables especificidades de los *libres*. En la diferencialidad lingüística,

⁴ Término utilizado para designar a un grupo fenotípicamente blanco asentado tradicionalmente en Mulatos, cerca de la desembocadura del río Sanquianga.

en la división sexual del trabajo, en la construcción y ordenación de las viviendas y, ciertamente, en la figura del *jaibaná* y de la *tachinave*, están precisamente algunas particularidades culturales de los *cholos*. Los imaginarios, el sistema de valores y el alimentario, son particularidades más o menos compartidas por ese más heterogéneo grupo humano denominado *paisa*.

En síntesis, aunque existan elementos de orden subjetivo y objetivo para definir tres grupos humanos, el antropólogo considera improcedente, por el momento, hablar de tres etnias o culturas. Antes que un punto de partida o un hecho empírico, estas categorías son un punto de llegada; una construcción teórica. Desde el trabajo puntual que se realizó entre los *tuqueros* no quisiera apuntalar y legitimar mediante categorías aparentemente científicas el discurso ideológico del Poder. Sólo queda seguro, entonces, se ha evidenciado un rostro del *tuquero* en términos culturales: los otros posibles siguen siendo un misterio.

Conclusiones

El *tuquero* del Pacífico Sur colombiano existe en y por el mercado; sin embargo, ello no permite la conclusión de que se inscribe simplemente en unas relaciones *capitalistas* de producción, puesto que el *tuquero produce* desde y en función de unas específicas relaciones sociales y de parentesco; ello ha permitido, junto con sus particulares condiciones ecológicas, la producción maderera — hasta el punto de que hace relativamente no rentables las técnicas y procedimientos específicamente *capitalistas* — y además, ha posibilitado las condiciones de explotación incluso del tiempo socialmente necesario para su reproducción; es decir, al *tuquero* ni siquiera se le paga su fuerza de trabajo, los *jornales* que invierten él y los suyos en extraer la madera (Martínez, 1995; Giraldo, 1994).

En este sentido, en la destrucción de vastas selvas en el litoral Pacífico colombiano el *tuquero* es simplemente un agente puntual profundamente expoliado; su "irracionalidad", entonces, es la "racionalidad" del sistema económico que lo hace necesario. La conclusión lógica de ello es que ningún discurso o programa de conservación forestal puede fundarse exclusiva o principalmente en el *tuquero*, porque no es la buena o mala voluntad de aquel la que eventualmente destruye o conservará las selvas del Pacífico colombiano. Es más, el *tuquero* en esto no ha desempeñado un papel distinto al que históricamente ha tenido el negro desde su llegada al Pacífico: no importa si es oro, caucho, pieles, corteza de mangle, madera o naidí, su relación con el mercado lo ha signado (Del Valle, 1989). Sin embargo, miope sería echarle la culpa al esclavo de la esclavitud y de la miseria humana que ello implica.

Esta afirmación se contrapone con las innumerables apologías — que por lo demás están de moda — en torno a la profunda armonía existente entre la relación de los "grupos negros" con su ecosistema. Ciertamente no se descarta la posibilidad de que ello exista — aunque tampoco de que sea más bien el resultado de una proyección de ideal del buen salvaje en los "grupos negros" —; sin embargo, en el caso de los *tuqueros* esa supuesta armónica relación con su medio no es más que un imaginario que ni él mismo comparte como se evidenció en la segunda parte de este escrito. En este sentido, si alguna función tiene la categoría de silvicultor — que algunos autores utilizan para referirse al *tuquero* — sería a lo sumo la de constatar una relación ambiental y demográfica favorable que ha permitido la relativa permanencia del bosque; lo cual, sin embargo, no es una variable fundamentalmente endógena al *tuquero*.

Mas en ningún sentido sería posible afirmar una tendencia consciente del *tuquero* a la preservación o al cultivo del bosque; sino, por el contrario, de una cultural actitud de destrucción hacia él. En efec-

to, esta actitud se funda, por un lado, en una posición diferencial subyacente de la división ontológica en la cultura del *tuquero* negro entre lo que él denomina producido por el *monte* y lo producido por el *hombre*: se apropia mediante la destrucción de lo primero, al derribar, por ejemplo, una palma o un arbusto para recolectar sus frutos, mientras que de un parecido arbusto o palma sembrados se recolectan sus frutos sin derribar las plantas, sin destruirlas.

Por otro lado, nada más alejado de las categorías clasificatorias del *tuquero* negro que concebirse sembrando o cultivando el *monte*; para el *tuquero* es un absurdo cultural puesto que si algo define al *monte* es precisamente que se produce a sí mismo en oposición y sin necesidad de la intervención humana. Además, la preocupación por conservar se cimienta en la noción de finitud; y para el *tuquero* ésta es culturalmente irrepresentable. Así la cotidianamente evidente ausencia de animales que anteriormente eran abundantes, el *tuquero* la explica porque aquellos se han *alejado* dado el ruido de hachas y motores; por lo cual, ante la sugerencia del antropólogo de que los animales se están extinguiendo, el *tuquero* no puede disimular su sonrisa: seguramente por la estupidez de tal idea.

Estos son por lo menos, entre otros, profundos impases culturales ante cualquier propuesta de corte ecológico que pretenda un manejo sostenido o sustentable del bosque o de cualquier otro tipo de "recurso". Es que, hay que advertirlo, el ser humano —y en este caso el *tuquero*— no se representa necesariamente en el mundo, y su manejo, desde la racionalidad instrumental y desde los valores y nociones propios de la sociedad occidental—o, más precisamente, *capitalista*—; de la cual el ingeniero, el economista, el estadista y, por supuesto, el antropólogo, no son más que agentes inconscientes, sujetos a sus imaginarios y representaciones colectivas. Uno de esos imaginarios es, precisamente, el que se esconde detrás de nociones como nivel de vida, desarrollo o progreso. Categorías como éstas

han sido, a través de la historia, las legitimadoras ideológicas de los innumerables proyectos de etnocidio y absolutismo político.

Bibliografía

- Barona, Guido. 1986. "Problemas de la historia económica y social colonial en referencia a los grupos negros siglo XVIII" En :Cifuentes, Alexander, *La Participación del Negro en la Formación de las Sociedades Latinoamericanas*. Bogotá. Instituto Colombiano de Antropología.
- Caballero, Rodrigo. 1995. *La Etnobotánica de las Comunidades Negras e Indígenas del Delta del Río Patía*. Quito. Abya-Yala - Biopacífico.
- Carmona, Sergio. 1993. "Los emberá, gentes de río, de selva y de montaña". En: *Encrucijadas de Colombia Amerindia*. Santafé de Bogotá. Instituto Colombiano de Antropología.
- Castillo, Luis. 1987. *Actividades Productivas del Naya Costero del Pacífico Colombiano*. Tesis Antropología. Universidad del Valle, Cali.
- Del Valle, Jorge Ignacio. 1989. "Pasado, presente y perspectiva del manejo de los bosques de *guandal* del Litoral Pacífico Colombiano". En: Revista Facultad Nacional de Agronomía. Medellín. 42 (1): 3-24.
- _____. 1993. "Silvicultura y uso sostenido de los bosques de *guandal*: referencia especial a los *guandales*, Nariño" En : Leyva Pablo. Colombia Pacífico. Santafé de Bogotá. Fen.
- Giraldo, Iván. 1994. *El Sistema de Aprovechamiento Forestal en los Bosques de guandal*. Universidad Nacional de Colombia. Pro-

grama de Investigación Proyecto Bosques de *Guandal* Col/89/011. Convenio Universidad Nacional-Pnud-Corponariño. Medellín.

Martínez, Arturo. 1995. "*Campesinos de los bosques de guandal*". En: Restrepo, Eduardo y del Valle, Jorge Ignacio (eds.). *Renacientes del Guandal: "Grupos Negros" de los ríos Satinga y Sanquianga*. Medellín. Biopacífico-Universidad Nacional. Sede Medellín.

Molina, Luz Adriana. 1995. "Tierra, producción y trabajo familiar en la economía campesina de los bosques de *guandal*". En: Restrepo, Eduardo y del Valle, Jorge Ignacio. *Renacientes del Guandal: "Grupos Negros" de los Ríos Satinga y Sanquianga*. Medellín. Biopacífico-Universidad Nacional Sede Medellín.

Uribe, Gloria. 1993. *Caracterización y Evaluación de Sistemas Agroforestales en el Área del Proyecto Bosques de guandal*. Tesis Ingeniería Forestal. Universidad Nacional de Colombia. Facultad de Ciencias Agropecuarias. Medellín.

Ussa, Constanza. 1987. *De los Empauta'os a 1930*. Tesis Antropología. Universidad del Cauca, Popayán.



Corrales o depósitos de madera

Antes de llegar a los aserraderos, en meandros relativamente amplios de los ríos, se acostumbra dejar los chorizos a la espera de los compradores.

Foto: Iván Giraldo

El naidí entre los "grupos negros" del Pacífico Sur colombiano

EDUARDO RESTREPO*

** Antropólogo del Proyecto Bosques de Guandal, adscrito
a la Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.*

E Introducción

El naidí (*Euterpe oleoracea*) es una palma silvestre presente en las tierras bajas de los bosques húmedos tropicales de Centro y Sur América (Galeano y Bernal, 1987: 118), y su presencia numérica varía de acuerdo con las particularidades de los ecosistemas. Existen bosques con naidí donde estos son escasos poblacionalmente en relación con otras especies, mientras que hay otros donde el naidí es una especie significativamente dominante; a estos se les denomina naidizales. Esta variabilidad de la densidad poblacional del naidí es consecuencia de factores ecológicos y antrópicos. Dentro de los primeros, su alta resistencia a condiciones de alta humedad o, incluso, de inundabilidad del terreno, la hace una especie profundamente adaptada y competitiva con otras especies de árboles o palmas que no soportan, o lo hacen con poco éxito, esas condiciones de humedad extrema de los suelos. Entre los factores antrópicos relacionados con la densidad poblacional del naidí está el que el hombre, cuando extrae madera de los bosques, genera condiciones favorables para que el naidí se imponga sobre otras especies porque ésta es heliófita invasora, es decir, que se reproduce más rápido y exitosamente en terrenos descubiertos.

Una cepa de naidí está compuesta desde una hasta por veinte o más estipes. Ello es un indicio de la profunda diferencia fenotípica entre

los individuos. La reproducción del naidí se efectúa tanto mediante los rebrotes de la cepa principal —vegetativamente— como por semillas, las cuales se producen en racimos. La floración y fructificación se presenta dos veces por año; entre enero-marzo y agosto-octubre. Cada palma produce hasta seis racimos al año, con un peso aproximado de 4 kg y un promedio de dos mil frutos por cada uno (Alzate, 1991). La más variada clase de animales —aves grandes, roedores y afines—, y las aguas, en el caso de terrenos inundables, son los principales encargados de transportar y desimiar las semillas hacia otros lugares.

Para el caso del litoral Pacífico, diversas ponderaciones han establecido la supuesta existencia de más de cien mil hectáreas con presencia de naidí (Corponariño, 1989; Linares, 1991). Sin embargo, por el método usado en el cálculo y la intensiva explotación industrial de la palma, es probable que el número de hectáreas con naidí sea significativamente menor.

Asociado, en bosque de *guanjal*, con especies como el cuánguare (*Otoba gracilipes*); el sajo (*Camptosperma panamensis*), el machare (*Symphonia globulifera*) y, en el natal, con el nato (*Mora megistosperma*); el naidí se presenta en las tierras bajas y en las vegas de los ríos del litoral Pacífico a una altura de hasta 100 metros sobre el nivel del mar, y forman concentraciones relativamente densas que a veces llegan a ser casi homogéneas y dan la impresión de asociaciones puras.

Usos y representaciones tradicionales del naidí

Los ecosistemas con presencia de naidí, en el caso del Pacífico colombiano, hacen parte de los territorios ancestralmente habitados por diversas etnias indígenas y por los "grupos negros" descendientes de los esclavizados africanos, importados masivamente al conti-

nente americano para satisfacer una demanda de fuerza de trabajo en los múltiples procesos extractivos y productivos: "En la región Pacífica hacia comienzos del siglo XVII se introdujeron los primeros contingentes de esclavos negros, generalizándose su utilización en todos los centros de explotación minera a finales de ese siglo" (Urrea y Vanín, 1994:2).

Es muy probable, entonces, que desde hace cientos de años los habitantes "negros" e "indígenas" del Pacífico hayan no sólo conocido, sino también utilizado de diversas maneras el naidí. En el caso de los "grupos negros" se evidencia un conjunto de prácticas tradicionales de uso y de representación de la palma de naidí. Los frutos de la palma se recolectan para la elaboración de dulces, jugos y, cuando las condiciones urbanas lo permiten, de helados. El dulce de naidí, al igual que el de otras palmas como la de chapil (*Oenocarpus mapora*) o el milpesos (*Oenocarpus bataua*), se denomina *pepiao*. Su preparación consiste en cocinar por unos minutos las frutas de naidí —o, en su defecto, colocarlas en un recipiente que contenga agua *caliente*— con el objeto de ablandar el mesocarpo que recubre la semilla. Cuando ya está blando, y se puede separar fácilmente de ésta, para luego mezclarlo con azúcar. El jugo implica el mismo proceso, pero con la diferencia de que se separan manualmente las semillas y se le incorpora menos azúcar y más agua.

Tanto el jugo como el *pepiao* de naidí se consideran, además de particularmente deliciosos, bueno pa' la sangre, lo cual quiere decir que no sólo alimentan sino que también proveen fuerza física y potencia sexual. En este sentido, en el de las representaciones, el jugo y el *pepiao* de naidí se clasifican dentro de los alimentos *fríos*, por lo cual son prohibidos para las mujeres recién paridas y menstruantes porque les produce una enfermedad denominada pasmo. Ello se corrobora con los estudios sobre medicina popular y sistemas simbólicos de los "grupos negros" realizados respectivamente por Velásquez (1957) y Losonczy (1993): "La que ha dado a

luz se reputa como la menstruante. Por esta razón, alimentos y remedios serán *calientes*" (Velásquez, 1957:229). Así, el jugo y el *pepiao* de naidí, en tanto alimentos *fríos*, están prohibidos en su dieta.

Dada la valoración cultural de las frutas de naidí, al igual que las de otras palmas y *palos*, es común observar, en las épocas de fructificación, a los hombres salir del *monte* cargados con uno o dos racimos de naidí. Los *tuqueros* — así se denomina a quienes se dedican a extraer madera en trozas —, por ejemplo, que por su actividad cotidiana se desplazan al *monte*, acostumbran recolectar los racimos de naidí para llevarlos a su casa; y, en las tardes, como *merienda*, o antes de ella consumirlos en *pepiao*s o jugos. El racimo se corta en el *monte* cuando presenta indicios de maduración; esto es, cuando su color se ha modificado del verde a uno casi negro.

Así, por lo general, los hombres en sus permanentes desplazamientos por el *monte*, ubican y seleccionan el momento preciso de recolección de los frutos; por lo cual, entonces, ésta es generalmente el resultado del conocimiento detallado de los *montes* donde circulan constantemente los hombres en el desarrollo de sus diversas actividades. En este sentido se puede plantear que la recolección de la fruta de naidí es una actividad masculina. Con ello no se pretende afirmar que siempre y en todos los casos sólo los hombres lo recolecten, ya que se puede observar a mujeres o, incluso, a niños hacerlo; pero ello es relativamente marginal y sólo sucede cuando la palma de naidí se encuentra en cercanías de la vivienda, nunca cuando está en el *monte*.

En este sentido, no es extraño observar algunas palmas alrededor o detrás de las casas de los ríos o, aun, de las de pequeños centros urbanos. Al consumir sus frutos en *pepiao*s o jugos se extraen las semillas, las cuales son arrojadas a los alrededores o en la parte posterior de la vivienda, las palmas observadas allí — al igual que

otras palmas y frutales— son el resultado de esta práctica; correlacionado esto con el *desmonte* selectivo que conserva, entre otras, a las nacientes palmas de naidí.

La recolección del naidí en el *monte* se efectúa tumbando con machete o hacha la palma, pocas veces trepándose o ayudándose de una vara, aunque el racimo se encuentre verdaderamente cerca. Ello no es más que la expresión de una actitud correspondiente a una representación y clasificación de los seres en el mundo; donde lo arisco, lo del *monte*, lo no-producido-por-el-hombre, se considera virtualmente infinito y, por consiguiente, susceptible de ser apropiado por destrucción; mientras que lo definido como manso, de la casa, lo producido-por-el-hombre, se considera indudablemente finito y, así, se apropia conservándolo. Un ejemplo puede clarificar lo que se pretende afirmar: cuando se recolectan frutos de naidí, la palma se tumba; pero para recoger los del chontaduro no se la corta, aunque generalmente sea más difícil recolectar el racimo de chontaduro que el de naidí.

La recolección del racimo de naidí es realizada por un individuo o grupo, casi siempre como una actividad colateral y en las horas de la tarde, cuando se sale del *monte*. El naidí recolectado así generalmente se utiliza en la unidad residencial, desde la cual, y siguiendo las redes de intercambio y reciprocidad, puede circular hacia parientes efectivos o rituales, vecinos y amigos; red de intercambio y reciprocidad por la cual virtualmente circula no sólo el naidí, sino también la carne de los animales cazados en el *monte*, los peces atrapados con redes, anzuelos y, en algunos sectores río arriba o en *quebradas*, con barbasco; los productos de las fincas y, en general, cualquier objeto susceptible de ser consumido más allá del núcleo residencial. En el sistema económico de los "grupos negros" del litoral circulan objetos y servicios al margen del precio, del dinero. Así, cuando un hombre recolecta naidí del *monte* es probable que después de separar una parte para sí, su mujer reparta el resto a los

parientes y amigos más cercanos ya sea en forma de frutas o preparado en jugo o dulce.

El naidí, sin embargo, no sólo circula por estas redes de intercambio y reciprocidad, ya que por fuera de ellas adquiere un precio. En efecto, en centros urbanos como Guapí, Tumaco o Bocas de Satinga, se puede observar en épocas de cosecha a mujeres o a niños con canastos ofreciendo frutas de naidí en los mercados o calles. Los volúmenes de venta se limitan a la demanda de los poblados, y las relaciones económicas establecidas esta vez son diferentes, aunque sean los hombres quienes lo recolecten en el *monte* e, incluso, lo lleven en sus *potrillos* hasta los centros urbanos. *Vianda* es el nombre que recibe la medida de venta de las frutas de naidí. Consiste en un pequeño recipiente que puede contener un peso entre una libra y un kilo. En octubre del 94 el precio de la *vianda* en Bocas de Satinga, era de trescientos pesos.

Para la alimentación, además de los frutos, se ha usado el cogollo del naidí, también denominado palmicha. El cogollo del naidí es igualmente comestible, y los "grupos negros" lo saben, pero su utilización ha sido significativamente diferente de la de los frutos. En efecto, mientras que los frutos se recolectan en períodos de cosecha para llevarlos a casa con el objeto de preparar dulces o jugos, la palmicha se tumba y consume directamente en el *monte* en cualquier época del año y sin ninguna cocción. Además, la palmicha no es considerada por los "grupos negros" como un alimento de sabor agradable; por ello se extrañan de la alta demanda de los *paisas* —así se le denomina en general a la gente del interior—. En su sistema alimentario, tradicionalmente no existe ningún plato del cogollo de naidí. La palmicha se consume en situaciones extraordinarias: el cazador perdido sabe de su utilidad mientras encuentra el camino de regreso. Algunas veces, mientras se trabaja en el *monte*, se tumba una palmicha para consumirla como una golosina, aunque no es muy apreciada. Existe una significativa diferencia, entonces,

en el uso alimentario del naidí en función de sus componentes (véase tabla 1).

En la construcción de casas y *ranchos* también ha sido utilizado el naidí. Las casas son permanentes mientras que los *ranchos* son construcciones temporales, generalmente realizadas en la selva con el objeto de cazar, tuquiar o extraer oro. Ambas construcciones tradicionalmente han sido levantadas con los materiales propios de la zona y se adecuan a las condiciones ambientales propias de estas selvas cálidas y húmedas.

Ante las altas temperaturas e inundación constante de los suelos, los "grupos negros" han erigido sus viviendas a más de un metro de altura, literalmente suspendidas en el aire por pilotes de mangle y otros árboles resistentes a la constante humedad de los suelos. Los pisos y techos de las viviendas tradicionalmente se hacían de palma zancona, (*Socratea exorrhiza*) los primeros; y de las hojas de diferentes especies como chalar (*Socratea exorrhiza Pholidostachis*

Tabla 1. Uso tradicional del naidí en la alimentación de los "grupos negros" del litoral Pacífico

	Frutos	Cogollo
	En la casa	En el <i>monte</i>
Consumo	Cocinado	Crudo
	En épocas de cosecha Se consume en el grupo familiar	En cualquier momento No se consume en el grupo familiar
Distribución	Por las redes de intercambio y reciprocidad En los mercados urbanos	No existe
Gusto - sabor	Sabroso	No existe Poco sabroso

dactiloides) y quitasol (*Mauritiela macroclada*), los segundos. El naidí ha sido utilizado para techar casas y ranchos, aunque con poca intensidad porque su duración y calidad relativa es menor que las hojas de las otras especies ya señaladas. Por ello, es mucho más fácil encontrar techumbres de naidí en un rancho que en una casa; en las cuales, por lo demás, en la actualidad impera el uso de tejas de cartón asfático: "The natives have at their disposal a variety of wild palms for thatching material; the most used are the fronds of *amargo* (*Welfiregia*), *corozo* (*Coroso oleifera*) and naidí (*Euterpe spp*)" (West, 1957:118).

En la construcción de las azoteas de las cocinas se usa, además de la guadua, la estipe de naidí. Las azoteas son prolongaciones de la vivienda a su misma altura, donde se desvisceran los animales cazados y los pescados, se lavan los utensilios de cocina y alimento, y desde donde se botan los desperdicios de comida. Por ello, el piso de las azoteas debe ser diferente al del resto de la casa; construido con estipes de naidí o guadas se posibilita la lavada y limpieza constante.

Los *tuqueros* utilizan también los estipes del naidí, como los de otras palmas y troncos de árboles medianos, para construir en el *monte* la infraestructura que les permite extraer las trozas de madera. En efecto las *carreteras* o *carrileras* son dos líneas continuas de estipes y troncos colocados paralelamente a una distancia de aproximadamente dos metros. Esta infraestructura le permite al *tuquero* empujar las trozas de madera por encima hasta el agua de *cunetas* o ríos para llevarlas a los aserraderos. Las estipes de naidí se usan igualmente en el *monte* para la construcción de puentes o caminos en los suelos cenagosos y así permitir el más fácil desplazamiento de quienes trabajan o circulan permanentemente por el *monte*.

En síntesis, se puede afirmar que varios han sido los usos tradicionales del naidí por los diferentes "grupos negros" del litoral Pacífi-

co. Pero el naidí no sólo se usa, también es representado y clasificado por el sistema cognitivo y de ordenación propio de estos grupos. Como se anotó en relación con el jugo y el dulce, los frutos del naidí se consideran *fríos*; esto es, a partir del eje semántico *frío-caliente*, al naidí se asigna la primera cualidad.

En efecto, los seres de este y otros mundos se inscriben en uno u otro de acuerdo con su constitución y estados. El sol y el fuego son paradigmas de lo *caliente*, mientras que la luna y el agua de *quebradas* y ríos lo son de lo *frío*. Existe una completa clasificación de lo *frío* y lo *caliente* en función de las enfermedades estudiadas por Velásquez, (1957) y un detallado análisis en relación con los vegetales en el trabajo de Losonczy (1993). Lo interesante para el caso del naidí es, por ahora, entender su inscripción en ese eje semántico fundamental de los "grupos negros". No obstante, la clasificación y representación del naidí no se circunscribe al plano de lo *frío* o lo *caliente*; además de ello adquiere sentido en una taxonomía ordenante de los seres de este y otros mundos.

El naidí pertenece para los "grupos negros" a la categoría de las palmas, a las cuales se define por su forma, específicamente la de las hojas y estipe. Las palmas están en la secuencia clasificatoria de los seres producidos en el *monte* —como se anotaba anteriormente— entre los cuales se encuentran *palos*, bejucos, yerbas y matas. Estas categorías configuran un orden de seres definido fundamentalmente por su reproducción no sexual y por la carencia de desplazamiento en tanto individuos. En este sentido se oponen a otro orden que incluye las categorías de animales, pájaros, mariscos y avichuchos; es decir, seres de este mundo reproducidos por *naturaleza* —o sea sexualmente— y por su capacidad de movimiento como individuos. Se puede observar que la categoría de animal no incluye —como sí lo hace la clasificación occidental— a los pájaros o a los peces, los cuales están dentro de los *mariscos* (Galeano, 1995). Los seres de este mundo no se agotan en estas dos grandes series de

clasificación puesto que existe otra denominada *cosas de la tierra*, que incluye seres que desde la perspectiva occidental se ubicarían como líquenes, hongos e insectos.

La noción de *vida*, la de los seres vivos, es diferencial puesto que se define por el crecimiento y el discurrir. Así, el río, el sol o la tierra, son seres vivos al igual que el venado, el conejo o la ardita. Un elemento más que ilustra esta especificidad taxonómica y cultural de los "grupos negros" es la diferenciación de los seres de los órdenes anotados en los *de lo alto* y *los de lo bajo* a partir de un eje antropocéntrico. En este sentido, existen *palos*, animales o *avichuchos*, por citar algunas categorías, de *lo alto* y de *lo bajo*: un sajo (*Camptosperma panamensis*), por ejemplo, es un *palo de lo alto*, mientras que la yuca es uno de *lo bajo*, o un perico —perezoso— es de *lo alto*, mientras que el conejo —guagua— es de *lo bajo*.

Antes que exponer el sistema en su conjunto, lo cual se ha presentado en otros trabajos (Galeano, 1995; Restrepo, 1995), se puede plantear para el caso del naidí que su clasificación es la siguiente: ser de este mundo, vivo, no se reproduce por *naturaleza* —asexual—, palma, del *monte*, de *lo alto* y de *servicio*.

A los diferentes usos y representaciones tradicionales del naidí se le superpuso, desde hace más de dos décadas, la comercialización del cogollo con el objeto de enlatarlo y exportarlo. Los permisos por parte del Estado a las empresas para la explotación industrial del naidí, en los supuestos terrenos baldíos del litoral caucano y nariñense, permitió la monetización masiva y permanente del cogollo del naidí. Como en la realidad objetiva han existido grupos humanos asentados en el Pacífico, antes incluso de que apareciera el Estado colombiano y sus instituciones, las empresas que obtuvieron los permisos de explotación —eufemísticamente denominados de aprovechamiento— propiciaron un mercado del *palmo* y, por con-

siguiente, una nueva actividad, y unos nuevos usos, relaciones y representaciones sobre el naidí para los distintos grupos étnicos.

El *palmo*: una particular mercancía

El *palmo* extraído del cogollo de naidí es cortado y traído del *monte* por el *palmero*¹, no para utilizarlo directamente en su alimentación o en la construcción de utensilios o viviendas, sino para venderlo a las empresas. El *palmero*, con su trabajo, produce la materia prima para las empresas procesadoras y enlatadoras del *palmo*, las cuales lo compran por unidad de acuerdo con su dimensión y estado de conservación.

Como el Estado considera zonas baldías a la mayor parte del Pacífico, otorga permisos para la extracción de cogollos de naidí a las empresas. Así, cada empresa posee una determinada área para intervenir autónomamente, dentro de los requisitos establecidos por el ente administrador del recurso. Sin embargo, lo de baldío no obedece a la realidad ya que se ha desconocido la presencia de grupos humanos asentados a lo largo de la costa Pacífica, con ocupaciones y derechos de tradición sobre los territorios asignados en permisos. Entonces las empresas, frente a la presencia de estos propietarios de los predios, han optado por comprar el *palmo* dentro y en los alrededores del área asignada legalmente por el Estado para el aprovechamiento forestal del naidí.

Por ello, las empresas generalmente no han contratado obreros para sacar el *palmo* y se han limitado a generar en su zona una demanda de *palmos* y unos mecanismos que les permiten que los pobladores satisfagan sus necesidades de materia prima. En este sentido, el *palmo* producido por el *cortero* se vende en unas condiciones de

¹ Dependiendo del lugar, quienes extraen el palmo reciben nombres como los de *palmero*, *cogollero* o, simplemente, *cortero*.

mercado restringido, con la posibilidad legal de un solo comprador; el cual, por lo demás, manipula esta situación relativamente favorable generándose así unas particulares relaciones que luego se anotarán. En el sur de Nariño, sin embargo, alcanzaron a ser tan cercanos los límites entre los permisos de una y otra empresa que el *palmero* no necesariamente vendía a la misma, lo cual generó múltiples conflictos entre las empresas. Así las cosas, el *palmo* es una particular mercancía: un no valor de uso para el *palmero* con sólo una posibilidad legal de cambio: la empresa. En consecuencia, el precio de venta depende no sólo de las características físicas del *palmo*, sino también de la empresa que lo compra.

Existen tres categorías de clasificación del *palmo* de acuerdo con sus características físicas. El de primera es aquel *palmo* en condiciones óptimas para el posterior procesamiento; o sea, que su grosor indica un *palmo* adulto de gran calidad y rendimiento, por el cual se paga el precio mayor. Un *palmo* se clasifica de segunda cuando su diámetro interno es inferior, debido a su juventud o fenotipo, por lo tanto su calidad y rendimiento son menores, y se paga un precio más bajo. Por último, está la categoría implícita de los rechazados, es decir, de aquellos *palmos* que no poseen las características mínimas indicadas para el proceso industrial. Estos, en el momento de la compra, no se reciben y, por consiguiente, no adquieren ningún tipo de precio; se pierde el trabajo invertido en ellos². Como tampoco son utilizados por el *cortero* para la alimentación o cualquier otro uso, simplemente se botan al río. El estado de conservación, es decir, el tiempo transcurrido entre la corta del *palmo* y su venta es otra variable que influye en su clasificación. Los *palmos* se sacan del *monte* diariamente o, a lo sumo, día por medio para ser vendidos; de lo contrario, los procesos de descom-

² Algunas empresas manejan en vez de tres categorías cuatro. Consideran, entonces, de tercera los *palmos* con mínimas condiciones para el proceso de industrialización.

posición y oxidación del meristosperma hacen inutilizable el *palmo* para el proceso industrial.

Producción del *palmo*

Con las primeras luces del día se inician los preparativos de quien irá a cortar naidí. Mientras espera que se le prepare el alimento de su desayuno, y el que llevará para su almuerzo, el *palmero* se sienta frente a su piedra de amolar y adecua sus herramientas de trabajo, las cuales generalmente se reducen a su machete y, en ocasiones, a su hacha. Luego de desayunar—tradicionalmente con plátanos cocinados, arroz con coco y pescado—se desplazará al lugar de trabajo.

La forma de desplazamiento depende, entre otras razones, de la ubicación del sitio de trabajo. Para algunos simplemente bastará con adentrarse en el *monte* que se extiende inmediatamente detrás de su residencia temporal o permanente; para otros, por el contrario, implica navegar primero en *potrillo* o canoa por esteros o *quebradas*, para luego adentrarse caminando hasta bosques distantes de su residencia. Dada la variabilidad de las distancias y formas de desplazamiento es difícil considerar con precisión cuánto se demora el *cortero* en desplazarse de su vivienda temporal o permanente a los sitios de trabajo. Este desplazamiento, sin embargo, generalmente no es inferior a veinte minutos ni superior a la hora. De todos modos, el tiempo de desplazamiento de los cogolleros al sitio de trabajo es directamente proporcional a la distancia, sobre los medios usados y la infraestructura existente. A esta relación se la puede justamente denominar de distancia relativa.

Es evidente que una canoa con motor fuera de borda cubre más rápidamente las distancias que un *potrillo* impulsado a ritmo de canaleta. Además, los suelos de los bosques donde se presenta el naidí, generalmente inundados y pantanosos, hacen dificultoso an-

dar si no se han preparado de antemano caminos relativamente rectos con troncos medianos de árboles y de palmas, por sobre los cuales se mueven más cómoda y rápidamente los *corteros*.

En las zonas más cercanas a la costa hay un elemento de orden ecológico determinante en el desplazamiento, no ya en el tiempo de duración del mismo, sino en el momento para realizarlo, definido por la profunda influencia de las mareas en el nivel de las aguas de esteros y *quebradas*. A quien no haya apreciado la magnitud de este hecho en la cotidianidad del Pacífico siempre le será difícil imaginar *quebradas* y esteros que aparecen o desaparecen, o ríos y mares que se hacen navegables o innavigables, de acuerdo con el ritmo cíclico de las aguas. Por ello, los *corteros* que deben desplazarse por el agua hacia sus lugares de trabajo están condicionados, las más de las veces, a los ciclos de *pujas* y *vaciantes* —pleamar y bajamar—. Ello determinará no sólo la hora adecuada para ir a trabajar, sino también la de la salida, con lo cual se acortan o alargan, según el caso, las *jornadas* de trabajo. Este factor, entre otros, hace que la jornada de trabajo en el Pacífico posea tiempos efectivos diferenciales y, por consiguiente, varíe la producción de un día a otro aun manteniendo constantes las otras variables.

El *cortero* iniciará su labor ubicando un lugar donde encuentre un número relativamente denso de palmas susceptibles de ser cortadas. Por ello andará, con el machete en la mano y sus ojos constantemente dirigidos a lo alto, seleccionando aquellas estipes cuya forma y tamaño son indicio de que su cogollo puede ser cortado. Dado que el naidí es una palma con varios estipes por mata, el *cortero* puede seleccionar los adultos en cada una.

Cuando ubica un estipe que indica un *palmo* aprovechable, el cogollero, de uno o dos golpes con su machete, troza el estipe a la altura de su pecho. Si el estipe no está muy adulto la operación es sencilla y sólo intervendrá el machete. Pero si ya posee chonta; se

requiere el hacha para derribarlo. Esta mayor dificultad de tumbar los estipes muy maduros de las palmas permite que el *cortero* no se interese en ellas sino cuando encuentra pocas palmas fáciles de trozar.

Tumbar un estipe le demanda al *palmero* unos pocos segundos, no más de seis o siete. Sin embargo, no es absolutamente extraordinario que la palma de naidí se encuentre rodeada de pequeños árboles, hojas o bejucos, que implican una limpieza previa a la tumba del estipe. Esta limpieza puede demandar mayor tiempo y dedicación, por lo cual no siempre resulta tan sencilla y expedita la tumbada de un estipe de naidí. Inmediatamente el estipe cae al suelo, el *cortero* troza las hojas y separa el cogollo de la estipe mediante unos cuantos golpes con su machete. Ello lo efectúa con asombrosa rapidez y precisión cuidando de no dañar ni poner al descubierto el tejido meristemático que formaría la nueva hoja; lo cual aceleraría el proceso de descomposición y oxidación del mismo. Este corte, por tanto, hace parte de las técnicas de conservación del *palmo*. El cogollo cortado en ese momento mide aproximadamente setenta centímetros y está aún envuelto por una especie de cortezas, —las vainas de las hojas adultas—, las cuales serán desprendidas, dejando sólo unas dos o tres, mediante un corte vertical con el machete. A ello los *palmeros* le denominan pelar el cogollo.

Con esta actividad, y una reducción de unos cuantos centímetros de longitud, el cogollo está listo para ser sacado del *monte*. Se puede afirmar, para una mayor precisión terminológica, que con este último paso el cogollo de la palma de naidí deja de serlo para convertirse en un producto de la actividad humana denominado en algunas regiones *palmo*. Esta diferenciación es compartida por los *corteros*, que denominan cogollo a la parte superior no sólo de la palma de naidí sino también a la de cualquier árbol o palma; mientras que *palmo* es un nombre específico que designa ese objeto resultante del trabajo humano y que posee mercado y precio.

De todas maneras, se haya pelado o no, se acumula el *palmo* en pequeñas cantidades a lo largo del camino que sigue el *cortero* en la búsqueda de nuevos estipes para tumbar. Sólo cuando termina su jornada de trabajo, retorna por allí mismo recogiendo los *palmos*; los cuales, pelados y amarrados con bejucos, se sacan del *monte* cargados en la espalda del *cortero*.

La cantidad de *palmos* sacados por un hombre en una jornada de trabajo varía significativamente, pues ello depende de múltiples factores: el número de *palmos* producidos por un hombre, es decir, su capacidad de trabajo es directamente proporcional a densidad de estipes susceptibles de ser cortados y al tiempo efectivo de su jornada de trabajo, e inversamente proporcional a la distancia relativa del lugar de trabajo. En las condiciones medias de los sitios donde actualmente se explota el naidí se producen trescientos cincuenta *palmos*/día/hombre. Este dato, no obstante, no es muy diciente puesto que en los lugares donde hace poco se inició la explotación del naidí, o donde no se lo ha hecho, la producción en un día de trabajo es significativamente más alta; mientras que en sitios donde hace tiempo se extrae no alcanza a producirse sino una cifra mínima. Ello, obviamente, depende de la ecuación anteriormente enunciada puesto que la densidad de los estipes susceptibles de cortarse no es una constante sino que, además de relacionarse con un condicionamiento ecológico, es decreciente ante una intensidad de corte superior a su capacidad de regeneración.

En este sentido se puede argumentar que la rentabilidad económica de la producción del *palmo* es directamente proporcional al número de *palmos* susceptibles de ser producidos por un hombre en una jornada de trabajo. La producción del *palmo* se hace económicamente atractiva cuando el precio obtenido por el número promedio de *palmos* producidos hombre/día iguala o supera el precio de la jornada local de trabajo. Sin embargo, dada la polivalencia del sis-

tema económico de los "grupos negros" del litoral Pacífico Sur y de su específica lógica cultural, no se puede circunscribir el *cortero* a la racionalidad económica de occidente o, en otras palabras, una actividad concreta como la extracción del *palmo* dependerá no sólo de la relación monetaria costo/beneficio, sino que está condicionada fundamentalmente para el *palmero* por un sistema económico y cultural que no se ha centrado exclusivamente en lo monetario.

La rentabilidad económica, no obstante, sí es un criterio que permite evidenciar una tendencia en la explotación del naidí; su explotación se fundamenta y se desarrolla concéntricamente desde los diversos asentamientos humanos. En este sentido, incluso, se puede argumentar la existencia de fases en la explotación del *palmo* supeditadas a la correlación entre densidad decreciente y distancia relativa del naidí. En una primera fase se extrae el naidí de los alrededores inmediatos a las viviendas o poblado. Esta primera fase se caracteriza por el alto rendimiento de la producción en una jornada de trabajo efectiva; lo cual posibilita, a su vez, una intensidad de corta creciente en proporción al número de *palmeros*: la población se dedica, en esta fase, a producir *palmo* con particular interés. Dada la densidad decreciente del naidí apto para el corte ante la intervención continua y cotidiana de los estipes se genera un rendimiento decreciente del *palmo* comercial por jornada de trabajo efectiva, lo cual obliga a extraer el *palmo* de lugares cada vez más alejados e implica una reducción del interés de la población en la corta, pues ya es poco rentable en estas condiciones. Sin embargo, se produce una segunda fase, la de la construcción de infraestructura y de medios de desplazamiento y transporte para los lugares donde existe una densidad explotable del naidí. En esta fase interviene la empresa y el *contratista* en el proceso mismo de producción y se establece otro tipo de relaciones, distintas de las que predominaron en la primera fase de explotación comercial del naidí.

Formas de recolección, almacenamiento y pago del *palmo*

Después de cortado el cogollo del naidí debe ser procesado industrialmente antes de tres o cuatro días; de lo contrario su descomposición lo hace parcial o totalmente inutilizable. Ello se debe tanto a la rápida oxidación y descomposición del tejido merismático, como a que la tecnología utilizada para la conservación y almacenamiento no retarda por mucho tiempo el proceso. La tecnología de conservación del *palmo* consiste tanto en mantener dos o tres capas de corteza vegetal alrededor del meritosperma para no exponerla directamente a las influencias del ambiente como también en almacenar los *palmos* en sitios secos y sombreados adecuados o improvisados para ello.

Ante el hecho de que el *palmo* sea un producto altamente perecedero, e inaprovechable industrialmente en sólo algunos pocos días, se impone el imperativo del transporte inmediato del *palmo* a los sitios de su procesamiento industrial; los cuales, por lo general, han estado significativamente distantes de los lugares de extracción del naidí. Las empresas recolectan y transportan el *palmo* en canoas especialmente diseñadas para ello, las cuales se desplazan por los ríos hasta los sitios de permiso haciendo recorridos regulares y extensos. Las canoas salen en la madrugada o en la noche de las empresas procesadoras, ya que los lugares de recolección del *palmo* quedan distantes, casi nunca menos de varias horas de recorrido. Las canoas regresan con la materia prima para el proceso industrial sólo en la noche o aun varias horas después del amanecer. Aunque no todas las empresas están igualmente distantes de los sitios de explotación, ninguna está— por lo menos en la actualidad— absolutamente cerca de ellos.

Existen dos formas fundamentales de almacenamiento del *palmo* mientras se espera el paso de las canoas de las empresas que los

recolectan. La primera de ellas se observa fundamentalmente en el norte de Nariño y en el sur del Cauca y consiste en construir y mantener lugares permanentes de acopio, a los cuales cada uno de los cogolleros lleva, por sus medios, los *palmos* que cortó durante su jornada de trabajo. Por ello, cuando cae la tarde, es cotidiana la imagen de *potrillos* que, rebosantes de *palmos*, se deslizan por el agua de ríos o esteros dirigiéndose a dichos lugares. Allí, los *palmos* son recibidos, contados, clasificados y— a veces— pagados por el *contratista*; es decir, por la persona del lugar reconocida por la empresa y los *corteros* para desempeñar dicha función y, por lo cual, recibe un porcentaje en dinero por *palmo*. Los *palmos* se ordenan en montículos en los *ranchos* construidos especial y únicamente para ellos cerca de la casa del *contratista* y a la orilla del río o estero para facilitar su desembarque y embarque constante. En la zona del norte del Pacífico nariñense, donde existe permiso de explotación del naidí, se encuentran varios sitios de acopio; se puede afirmar que en cada asentamiento rural de importancia existe uno de ellos.

La segunda forma de almacenamiento se observa fundamentalmente en el sur del Pacífico nariñense. Allí, se acumulan los *palmos* en las canoas de los *contratistas* o en pequeños montículos a la orilla del río, cubiertos del sol con algunas hojas cortadas para tal fin. La diferencia entre las dos formas de almacenamiento radica, pues, en que en una son los mismos cogolleros quienes llevan los *palmos* a un sitio construido especialmente para ello, mientras que en la otra es la canoa del *contratista*, o en su defecto las orillas de los ríos, los lugares de almacenamiento del *palmo*. No sobra anotar que el almacenamiento del *palmo* generalmente no excede los dos o tres días, puesto que si se almacena por más tiempo— en las condiciones actuales— sería absolutamente inutilizable para su procesamiento industrial.

Bajo estas condiciones, lo perecedero del *palmo* como materia prima condiciona una circulación constante, casi diaria. Así, la activi-

dad del *palmero* se monetiza inmediatamente, lo cual se diferencia de otras actividades económicas en las que, como en el caso del *tuqueo*, se debe esperar varios meses de trabajo antes de recibir dinero por la venta de las trozas de madera.

Existen diferentes formas de pago del *palmo*. La más común es por medio del *contratista*. En efecto, los *corteros* llevan sus *palmos* al *contratista* y éste los recibe, clasifica y, en algunas ocasiones, los paga inmediatamente. El pago, sin embargo, aunque se hace mediante el *contratista*, es generalmente más demorado puesto que él no siempre cuenta con dinero para pagarle al *cortero*, por lo cual éste debe esperar a que llegue la canoa de la empresa y le deje efectivo sobre los *palmos* que ha recolectado. A veces, por falta de dinero en las empresas, por política de ellas o por los más diversos motivos, se demora el pago de los *palmos* a los *corteros*; pero rara vez sucede que el lapso entre la entrega y el pago del *palmo* abarque más de unas pocas semanas. En todo caso, si los *corteros* no reciben rápidamente su dinero, simplemente dejan de producir *palmo* y se dedican a otra actividad.

Es interesante ver una sutil diferencia: el *palmo* se puede pagar inmediatamente o con retraso de algunos días. Como lo segundo es más cotidiano, ello indica la existencia de una especie de crédito en el cambio del *palmo*; es decir, no se paga necesariamente con dinero efectivo de manera inmediata. Esta relación es posible por, y el indicio de, un mercado del *palmo* legalmente monopolizado como por relaciones de producción y de parentesco establecidas con el *contratista*.

El *contratista* desempeña así la función de eje centralizador de la producción del *palmo* de un grupo local por medio del cual los *corteros* reciben generalmente el pago de su producción. Pero de esta función no se desprende, necesariamente, que el *contratista* sea

un individuo exclusivamente especializado en mediar las relaciones de cambio del *palmo* entre *corteros* y empresa. Por el contrario, aunque sea el único con esa función, el *contratista* no es precisamente un intermediario que compra *palmos* para venderlos a otro precio a la empresa, ni un individuo especializado exclusivamente en mediar el cambio, porque él mismo también lo produce.

El *contratista* produce no sólo como individuo o como un miembro cualquiera de un grupo que se desplaza a cortar *palmo*, sino también, como organizador y jefe de una cuadrilla de trabajo y, en algunas ocasiones, facilita las condiciones para la producción: el transporte de los *palmeros* en canoa con motor fuera de borda, la construcción de caminos y *cunetas* o el pago de sus derechos para extraer del *monte* los *palmos*.

El *contratista* organizador y propiciador del trabajo de cuadrillas de *corteros* es un hecho observable, quizás único, en el sur del litoral nariñense, donde la extracción intensiva del naidí ha implicado su aparente desaparición en las distancias y densidades susceptibles de ser extraído autónoma y rentablemente por los *corteros*, con la infraestructura y relaciones instrumentalizadas por ellos hasta el momento.

Se puede afirmar, incluso, que existe una diferencia sustancial entre el *contratista* que corta solo o conjuntamente con otros sin propiciar unilateralmente las condiciones de producción y aquel *contratista* que necesariamente lo hace, sea porque es también un mediador de la empresa —esta vez, entonces, en el proceso productivo y ella paga, por tanto, algunos costos de dichas condiciones— o porque asume independientemente la producción del *palmo*, lo cual reconoce de todas maneras la empresa pagándole proporcionalmente más dinero por este último. Así, por ejemplo, a un *contratista* se le pagarán de comisión, cuando la empresa proporciona el motor, die-

ciocho pesos por *palmo*; pero cuando el motor es propiedad del *contratista* se le pagarán veintidós.

Relaciones económicas en la producción del *palmo*

La producción del *palmo*, su corte y extracción del *monte*, es una actividad realizada individualmente. En efecto, a diferencia de otras actividades económicas que requieren la concurrencia de varias personas para mover pesadas trozas de madera, trasladar montículos de áreas auríferas o para recoger extensas redes de pesca, la corta y transporte del cogollo de naidí —del *palmo*— es una actividad que no demanda necesariamente la participación de un grupo. Así, cotidianamente se observa que los *palmeros* se desplazan solos en sus *potrillos*, o por tierra adentrándose en el *monte*, para después de su jornada de trabajo, ya casi con el final de la tarde, salir con su carga de *palmos* a la espalda o embarcada en su potro.

Pero la producción de *palmo* no sólo puede ser realizada por los hombres individualmente, lo cual es relativamente extraordinario dentro de las actividades económicas del Pacífico, sino que también lo pueden hacer mujeres e incluso niños mayores. Aunque la corta del naidí por mujeres y niños para la producción del *palmo* no es tan cotidiana como el trabajo individual de los hombres, el mero hecho de que eventualmente lo efectúen es en sí mismo significativo porque las actividades económicas realizadas en el *monte* han sido —a excepción de la recolección de algunos vegetales y la cacería con trampa de pequeños animales como el ratón de *monte* en un radio relativamente cercano de la vivienda— exclusivamente masculinas; hasta el punto de que el *monte*, en la configuración imaginaria del territorio, se representa como el espacio de lo masculino por antonomasia.

La extracción del *palmo* es una actividad tan susceptible de realizarse individualmente que, a veces, cuando los *corteros* se desplazan a trabajar en grupos, lo hacen sólo para aprovechar la compañía hasta cierto punto del viaje cotidiano al lugar de trabajo, o para compartir los medios de transporte. Así, observar un grupo de *palmeros* dirigirse al *monte* a cortar naidí no es necesariamente indicio de que ellos establezcan relaciones asociativas de trabajo. Este aspecto de la extracción del *palmo*, la posibilidad de efectuarlo individualmente, ha sido quizá lo que mayor impacto ha causado en unos sistemas económicos polivalentes y fundados en relaciones sociales y de parentesco altamente complejos.

Aunque es relevante, cuantitativa y cualitativamente, la extracción del *palmo* por individuos, es absolutamente erróneo negar o subvalorar la existencia de diferentes formas asociativas tejidas en el desarrollo de esta actividad: el *palmo* puede ser producido, entonces, por un individuo que realiza por su cuenta el proceso o por un grupo, en el cual, a su vez, se establecen las más variadas relaciones. Para plantearlo en otras palabras: la unidad de producción del *palmo* puede ser tanto un individuo como un grupo. Por consiguiente, un *cortero* puede ir a trabajar solo o en grupo.

En la primera modalidad, es decir, como individuo, lo puede hacer de dos maneras: uno, extrae el cogollo de naidí por cuenta propia como poseedor socialmente reconocido de las diferentes condiciones de producción —instrumentos, propiedad sobre el *monte* donde se trabaja o de la virtual infraestructura y medios de transporte necesarios—; o, dos, lo extrae sin ser poseedor de algunas o de todas aquellas condiciones de la producción.

En el primer caso el *palmero*, al ser propietario, puede legítimamente producir los *palmos*. En el segundo, por el contrario, el *cortero* depende de otro que usufructúa la situación porque debe pagarle en dinero, porcentaje de producción o, incluso, trabajo, al propietario

socialmente reconocido de alguna —o de todas— las condiciones de producción. El monto específico de pago del derecho, sin embargo, varía considerablemente en función de las relaciones de parentesco efectivas o rituales, de vecindad o de amistad.

Un ejemplo puede ilustrar los dos casos posibles de la modalidad individual de producción del *palmo*. En efecto, para extraer los *palmos de montes* distantes es necesario limpiar las *quebradas* o esteros de acceso; esto es, hacerlos navegables, lo cual demanda no pocos *palmos* de trabajo y significativos costos monetarios. Igualmente, en algunas zonas, se suelen construir *zanjas* o *cunetas*, o sea, canales artificiales navegables que se adentran en el *monte* hasta los lugares de trabajo. Por último, dadas las condiciones de alta inundabilidad de los suelos en los que existe la mayoría de las concentraciones de naidí, se hace más cómodo desplazarse en el *monte* —sobre todo si se transita cargado— por caminos construidos con los más diversos troncos. Si un *palmero*, entonces, para sacar naidí de su lugar de trabajo tiene que usar *cunetas* o caminos construidos por otro, o debe transitar por *quebradas* o esteros abiertos y limpiados por otro, se ve obligado a pagarle a ese otro— dueño de *cunetas* o caminos, o del derecho de esteros o *quebradas*— un porcentaje de su producción de *palmo* en dinero, *palmos* o trabajo.

En la segunda modalidad, la del trabajo en grupo, los *corteros* pueden establecer diferentes relaciones entre sí, por lo cual se puede argumentar la existencia de distintas clases de grupos según las relaciones que los configuran. Tanto en el norte como en el sur del litoral Pacífico nariñense, los *palmeros* denominan cuadrillas a los grupos de trabajo para extraer el naidí. Este nombre implica, por lo menos, dos elementos supremamente interesantes: el primero se relaciona con el hecho histórico de esa denominación, ya que en el período de la colonia se llamó así a los grupos de esclavizados negros que estaban dedicados a la extracción aurífera en el litoral Pa-

cífico colombiano desde el siglo XVII. Indudablemente el grupo de trabajo para la extracción del naidí llamado cuadrilla se diferencia del así denominado en el período colonial no sólo por el objeto de trabajo, sino también, y fundamentalmente, por las relaciones y los sistemas económicos sustancialmente diversos que las configuran. Además, porque: "[...] mucho más que un sistema de explotación y organización económica la cuadrilla era, fundamentalmente, una institución social" (Barona, 1987, 74).

El segundo elemento interesante de la denominación del grupo de trabajo como cuadrilla se refiere a que ésta no es exclusiva de los *corteros* de naidí. En efecto, las mujeres recolectoras de concha que se desplazan en grupos a los manglares en busca de piangua (*Anadara tuberculosa*), o los *tuqueros* que trabajan en grupo para extraer maderas blandas en formas de trozas del bosque de *guandal*, denominan igualmente cuadrillas a sus grupos de trabajo³.

Aunque la nominación de los grupos de trabajo en diferentes actividades económicas sea la misma no se puede concluir que las relaciones establecidas entre los miembros de estos grupos sean necesariamente iguales ni, tampoco, del hecho de que los *corteros* denominen indistintamente a sus grupos de trabajo cuadrilla, que exista exclusivamente una clase.

Demostrar las semejanzas o profundas diferencias existentes entre los grupos de trabajo, igualmente denominados cuadrillas en las distintas actividades económicas, es una tarea que escapa al objeto del presente análisis, centrado en el naidí. Pero la homogeneidad indicada con el término cuadrilla para los grupos de *palmeros* es sólo aparente pues, como se anotó anteriormente, la modalidad de producción en grupo implica varias clases de relaciones y, por lo tanto, de grupos.

³ En los ríos Satinga y Sanquianga a estos grupos de trabajo también se les dice brigadas.

En efecto, en una cuadrilla para la extracción del naidí se pueden establecer relaciones de junta o sociedad en función del producto, o simplemente no hacerlo y las relaciones se mantienen porque dependen de unas mismas condiciones de producción.

En la primera clase de cuadrilla, configurada por junta o sociedad, los *corteros* trabajan en el mismo lugar y aportan, entre todos, las condiciones necesarias para la producción. Así, pueden hacerse en junta o sociedad una cuneta o camino para extraer *palmo* o la madera de un *monte* determinado. En este sentido, el *palmo* extraído en una jornada de trabajo por una cuadrilla establecida por relaciones de junta o sociedad se vende y se reparte el dinero en partes iguales, sin miramientos por la cantidad mayor o menor producida por cada uno de los individuos. Así, si una cuadrilla establecida por relaciones de sociedad o junta entre tres *corteros* produce trescientos *palmos* en una jornada de trabajo, donde el primero cortó ochenta, el segundo noventa y el tercero ciento treinta al venderlos se repartirán el dinero de los trescientos *palmos* en iguales cantidades, ni más ni menos por el hecho de que uno u otro haya producido ese día más o menos que los otros. Además, no es precisamente cierto — para las cuadrillas establecidas en junta o sociedad — que se produzcan los *palmos* individualmente, porque mientras uno corta los cogollos, otro los puede pelar y un tercero transportarlos hasta el potro o canoa, o, lo que es más común, que cada uno corta y pela sus cogollos, y entre todos los transportan indistintamente.

La junta o sociedad se establece, en el caso del naidí, con la intención de garantizar las condiciones de producción del *palmo* cuando la distancia de los sitios de extracción del mismo lo demanda. Así, se puede plantear como hipótesis de trabajo que mayor es la tendencia a establecer las relaciones de junta o sociedad cuanto mayores son las distancias del lugar de trabajo, los costos de producción y la necesidad de infraestructura.

La segunda clase de cuadrilla se caracteriza porque, aunque el desplazamiento se realiza en grupo y se trabaja en el mismo lugar, ni la producción ni el producto son apropiados colectivamente. En el ejemplo anterior, si un *cortero* produce ochenta *palmos*, el segundo noventa y el tercero ciento treinta, a la venta de los mismos cada cual recibirá lo correspondiente por los *palmos* producidos. Esta clase de cuadrilla se establece generalmente por la intervención directa de las empresas por intermedio del *contratista* en la producción del *palmo*; específicamente en lo que a condiciones de infraestructura se refiere.

Esta intervención de las empresas en el proceso productivo, en las cuadrillas, sólo se presenta cuando en la zona de permiso de explotación del naidí ha disminuido la materia prima ofrecida autónomamente por los *corteros*, dado el decrecimiento de la densidad de estipes comerciales del naidí susceptibles de ser cortadas en la distancia y condiciones posibles desde la lógica económica y capacidad de infraestructura del *palmero*.

Las empresas, según el caso, construyen *zanjas* y caminos — o pagan derechos de los mismos — y posibilitan medios de transporte como canoas y motores; en una palabra, facilitan condiciones de producción del *palmo*, pero no lo asumen con obreros propios; pues, desde todo punto de vista, les resultaría a las empresas no sólo más costoso sino también más conflictivo. La intervención en el proceso productivo es una estrategia utilizada por las empresas mas no la única ni todas lo han hecho, ante los diferentes problemas en el suministro de materia prima.

Dentro de las relaciones establecidas en la cuadrilla no se encuentra ni la del *cambio de mano* ni la del jornal, ambas relaciones tradicionalmente extendidas en el litoral Pacífico.

Entre los *tuqueros*, por ejemplo, ambas constituyen el fundamento de sus formas organizativas, de sus cuadrillas de trabajo. La inexistencia de *cambio de mano* y del pago del jornal en las relaciones establecidas por los *corteros* entre sí en la producción del *palmo* se puede explicar por las características específicas del proceso de producción y circulación del mismo. En efecto, en oposición con otras actividades económicas desarrolladas en el litoral Pacífico por los "grupos negros", el *palmo* de naidí se produce en un solo día o, cuando más, día por medio; y el pago de los *palmos* producidos se realiza en dinero el mismo día o cada dos días; pero, por lo general, nunca después de unas pocas semanas.

El hecho que sea una actividad monetizable en términos inmediatos, que cualquiera virtualmente posea derechos en los lugares donde existe naidí y que el dinero obtenido de la venta/día sea igual o exceda al de la jornada local de trabajo; todo ello hace del jornal una relación no viable en la producción del *palmo*. Esta explicación se puede corroborar en otra actividad económica que posee rasgos semejantes a los de la extracción del naidí.

En la recolección para la venta de *concha de piangua* tampoco se observa el jornal como relación en los grupos de trabajo. Esta actividad comparte ciertas características con la producción del *palmo*, aunque indudablemente también existen profundas diferencias entre ambas. Dos de las más significativas son: la recolección de *conchas* es una actividad esencialmente femenina, mientras que la producción de *palmo* es fundamentalmente masculina. La otra diferencia radica en que mientras el precio de los *palmos* producidos/día excede o es igual al precio de la jornada local de trabajo, el de las *conchas* recolectadas/día casi nunca lo iguala dada la variable de género que hace de la recolección de *conchas* una actividad económica sólo posible para las mujeres y niños.

Las semejanzas entre una y otra actividad son, entre otras, que tanto las *conchas* como el *palmo* se venden y se recibe dinero en un tiempo relativamente corto, generalmente inmediato. En ambas actividades pueden acceder virtualmente todos los individuos a la producción; el manglar y el *monte* son espacios colectivos por antonomasia. En efecto, el manglar es usufrutuado siempre colectivamente y el *monte*, en principio también. La propiedad en el *monte*, sin embargo, es más compleja que en el manglar, ya que en el primero se superponen diferentes niveles de propiedad. Para hablar sólo de dos ejemplos cotidianos de apropiación colectiva del *monte* se puede citar la cacería o la recolección de frutos. En uno y otro caso nadie consideraría robo que se cace un animal o se recolecten frutos de cualquier lugar del *monte*, incluso de aquéllos donde se trabaja la extracción de madera o han sido cultivados. No obstante, este nivel de apropiación colectiva no se aplica en el caso de la extracción del *palmo* porque existen marcas efectivas y simbólicas de propiedad. Pero, aunque todos los lugares del *monte* fuesen en este sentido no susceptibles de apropiación por cualquier individuo, las estructuras de parentesco y el sistema de derechos efectivos o latentes permiten a cualquier miembro del grupo el acceso a un número significativo de ellos para producir *palmo* o trozas de madera.

Por último, son inversamente simétricas el concheo de piangua y la corta de naidí en que en el caso del *palmo* para el *cortero* implicaría una pérdida producirlo desde el jornal, mientras que en el de las *conchas* la pérdida sería para quien lo pagara.

El *cambio de mano*, práctica tradicional de trabajo asociado, no es igual entre los *palmeros*; es probable que ello se deba, entre otros, a los factores antes señalados para explicar la inexistencia en las relaciones de trabajo del jornal. El *cambio de mano* es una forma de intercambio horizontal de fuerza de trabajo entre individuos o grupos con el objeto de acrecentar, por concentración de fuerza de tra-

bajo, la capacidad productiva o simplemente para poder ejecutar una actividad económica cualquiera que demande un número mínimo de participantes. El *cambio de mano* consiste, entonces, en que un individuo o grupo recibe de otro una cantidad determinada de días de trabajo a cambio de que el primero le devuelva, en iguales proporciones, los días de trabajo recibidos. Dado que en la producción del *palmo* no es indispensable un grupo mínimo de trabajo ni que necesariamente aumente la producción en la relación individuo/*palmo* por concentración de fuerza de trabajo se puede concluir que el *cambio de mano* es irrelevante en términos estrictamente económicos para el *palmero*.

Bibliografía

- Alzate, Oscar. 1991. *Manejo, Aprovechamiento Integral y sostenido del bosque de Naidí en la Costa Pacífica del Departamento de Nariño*. Proyecto presentado al Plan de Acción Forestal para Colombia. Tumaco.
- Barona, Guido. 1987. "Problemas de la historia económica y social colonial en referencia a los grupos negros, siglo XVII". En: *Seminario Internacional: la Participación del Negro en la Formación de las Sociedades Latinoamericanas*. Bogotá. Instituto Colombiano de Antropología.
- Corponariño. 1989. *El Bosque de Guandal de la Costa Pacífica Nariñense*. En: Taller sobre el Bosque de Guandal, 16 p.
- Galeno, Gloria y Bernal, Rodrigo. 1987. *Palmas del Departamento de Antioquia*. Medellín. Universidad Nacional de Colombia, centro editorial.
- Galeano, Paula. 1995. "Alimentación y cultura entre los grupos negros del Pacífico Sur". En: Restrepo, Eduardo y del Valle,

Jorge Ignacio. Renacientes del *Guandal*: "Grupos Negros" de los Ríos Satinga y Sanquianga. Medellín. Biopacífico - Universidad Nacional. Sede Medellín.

Linares, Ricardo. 1991. *Diagnóstico Técnico del Aprovechamiento de los Bosques de Naidí (Euterpe spp.) en la Costa Pacífica Nariñense* (Colombia). Conif, Santafé de Bogotá, 60 p.

Losonczy, Anne. 1993. "De lo vegetal a lo humano: un modelo cognitivo afrocolombiano del Pacífico". En: *Revista Colombiana de Antropología*. Vol. XXX. Bogotá.

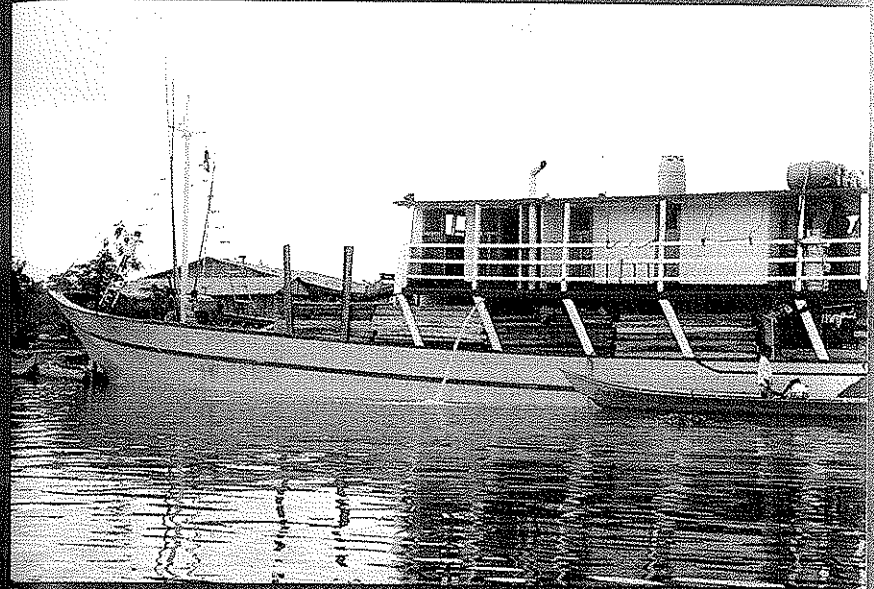
Ramírez, Arturo y Zapata, Soledad. 1991. *Las relaciones de producción y las características socioeconómicas de las zonas productoras de naidí en el litoral nariñense*. Informe presentado a Corponariño y Aninpa. Tumaco.

Restrepo, Eduardo. 1995. *Los tuqueros negros del Pacífico Sur colombiano*. En: Restrepo, Eduardo y del Valle, Jorge Ignacio. (Eds.). Renacientes del *Guandal*: "Grupos Negros" de los Ríos Satinga y Sanquianga. Medellín Biopacífico-Universidad Nacional Sede Medellín.

Urrea, Fernando y Vanin, Alfredo, 1994. *Religiosidad Popular no Oficial Alrededor de la Lectura del Tabaco, Instituciones Sociales y Procesos de Modernidad en las Poblaciones Negras de Colombia*. Cali.

Velásquez, Rogelio, 1957. "La medicina popular en la costa colombiana del Pacífico". En: *Revista Colombiana de Antropología*. Vol. XI. Bogotá.

West, Robert. 1957. *The Pacific Lowlands of Colombia: A Negroid Area of the American Tropics*. Louisiana. Louisiana State University.



Montaje cargado con tablas y tablones

Rumbo a Buenaventura diariamente salen de Bocas de Satinga varias motonaves transportando madera de los casi 30 aserraderos existentes allí.

Foto: Iván Giraldo

Alimentación y cultura entre los "grupos negros" del Pacífico Sur

PAULA ANDREA GALEANO*

** Antropóloga, Universidad de Antioquia.*

E Introducción

El texto que aparece a continuación, producto de una estadía en terreno en el Pacífico nariñense, aborda la problemática de la alimentación a partir de la aproximación a las representaciones simbólicas de las que son objeto los "recursos" que brinda el entorno susceptibles o no de ser comidos.

El área de estudio abarcó la población de algunos "grupos negros" habitantes de la subregión del Pacífico Sur, en el departamento de Nariño, municipio Olaya Herrera, específicamente los asentados en las riberas del río Satinga y el estero de San José Calabazal.

En este escrito se han tratado temas diversos, el inventario alimentario y sus variaciones, la descripción de elementos de la cultura material y la selección de un material oral que contiene versos, décimas, canciones, relatos y recetas de cocina.

No obstante este trabajo sólo constituye un comienzo de algo que, desde lo personal y desde las condiciones actuales de la zona, debería continuarse. Por tal motivo, antes de empezar, es necesario clarificar que más que concluir, se pretende esbozar y relacionar los datos recopilados.

Por último, un reconocimiento a aquellas personas que hicieron posible la elaboración de este texto, con especial afecto a quienes permitieron que compartiera los detalles de su existencia y de la mía.

Inventario alimentario y clasificación de los alimentos

Delimitar el inventario alimentario de una sociedad remite, en gran parte, a explorar los recursos ofrecidos por el medio natural, configurándose así un proceso selectivo relacionado con factores sociales, culturales, económicos y ecológicos. Tal inventario alimentario involucra, también, alimentos patentados o traídos de otros lugares que igualmente pueden llegar a ser tan importantes y a adquirir tanto valor como los locales.

El sentido de un inventario obedece, entonces, a una serie de clasificaciones que contienen determinadas prescripciones con respecto a lo considerado como benéfico o perjudicial para el organismo e, incluso, aboliendo este criterio, como deseable. A continuación, se presentarán algunos modelos basados en las categorías utilizadas por los grupos con los cuales se efectuó el estudio.

Lo comestible y lo no comestible

Existen varios criterios que logran delimitar la categoría de lo no comestible, definiendo, por ende, la de lo comestible. Entre ellos se encuentran las cualidades atribuidas: "*es feo, ñervoso, jediondo; come podrido*", o su parecido con seres como el perro o la *culebra*. Otro de los criterios aducido también para considerar lo no comestible, fue el de la determinación de un alimento como de *cholos* en oposición a uno susceptible de convertirse en comida para el *negro*

De otro lado, lo comestible y lo no comestible también se circunscriben a estados particulares de los individuos o la colectividad. Los estados particulares del individuo se deben generalmente a una serie de *enfermedades* o *accidentes* que pueden aquejarlo en algún momento de su existencia tales como partos, cortadas, *pica-das de culebra*, *enfermedad* de la menstruación, etc. El colectivo también entra y sale de estados extraordinarios transitorios como lo son las festividades, en especial la de Semana Santa, caracterizada por la preparación de una serie de recetas, que le imprimen un sentido peculiar a la fiesta.

Las carnes

Es importante señalar algunas ideas alrededor de la oposición *arisco/manso*, que contiene las diversas especies animales y vegetales que componen el medio natural. Para el caso del Chocó, Losonczy establece que para los "grupos negros" de esa zona las plantas y animales serían de la selva por oposición a las de la aldea (1993: 41). En Nariño, específicamente en el área de estudio, la connotación de lo arisco es la de lo que no ha sido intervenido por la mano del hombre, y que se sitúa casi siempre *monte adentro*, un lugar donde el peligro es latente. Por ello respecto a las carnes de *monte* existe la práctica de lavarlas con limón y agua caliente para sacarles el *mal*, dada su procedencia. Por su parte, lo *manso* sería lo domesticado sobre lo cual se tiene dominio, en el sentido de poder determinar su destino.

La categoría de carnes *dañinas* implica una división fundamental a partir de dos características en los animales: de un lado, aparece un criterio somático relacionado con la cantidad de sangre derramada por un animal al ser sacrificado para el consumo, lo *sangrino*; del otro, un criterio comportamental a partir de si el animal es o no *bravo*. Sin embargo, lo *sangrino* no necesariamente remite a lo *bra-*

vo, y viceversa. Aunque la categoría de *dañino* contenga en su mayoría animales de *monte*, entre los cuales se establecen grados de mayor o menor *sangrinidad* o *bravura*, definiéndose al ulán como el más *sangrino* y al sahino como uno de los más *bravos*; al *puerco*, clasificado dentro del grupo de los *mansos*, se le considera *dañino* por ser *bravo*, es decir, porque no hay un dominio completo sobre él como puede haberlo para otros animales del grupo de los *mansos*.

Sin embargo, este modelo de lo *bravo* o *sangrino* no logra contener a todos los animales *dañinos* puesto que la gallina, un animal *dañino*, se identifica como *fría*, pero no como *sangrina* o brava. La gallina sólo adquiere la cualidad de brava cuando no se la alimenta con maíz, se habla entonces de la *gallina costeña*.

Los mariscos

En el grupo denominado *mariscos* aparecen incluidos los peces y animales marinos en general, cuya definición, como en el caso de las carnes, se hace por los *mariscos* y lo *dañino*. No obstante, es interesante observar que lo *dañino* en este caso implica igualmente otro criterio clasificatorio además de lo *sangrino* y lo *bravo*, como es el de *lofrío*; en este grupo están contenidas dos conchas: la piangua y la pateburro, que coinciden, como en el caso de la gallina, en ser definidas por un criterio térmico. Losonczy dice que los vegetales cambian de propiedades térmicas con mucha facilidad, en parte debido a su carencia de movimiento; tal vez, dentro de la categoría de los *mariscos*, estas conchas adquieran semejanza con los vegetales por su relativa quietud en comparación con otros animales, además permanecerían más susceptibles a cambios ambientales, dado que habitan en un medio acuático, siendo el agua un elemento portador de *frío*.

La categoría de los *bravos* involucra de manera especial en este grupo a las *fieras* marinas —también en el *monte hay fieras*, como el tigre—, animales que alcanzan gran tamaño que habitan en los esteros cuando están pequeños pero al convertirse en *fieras*, más grandes, salen a vivir *mar afuera*. Se caracterizan por su capacidad de devorar a la gente, pero el hombre logra dominarlas y consumirlas.

Se clasifica también a los peces en *de baba* y *de escama*, siendo estos últimos más apetecidos para el consumo. Aquí habría una divergencia de clasificación entre los dos lugares estudiados: en Calabazal, peces de *escama* como el gualajo entran en la categoría de *sanos*, pero no así en San Isidro, donde en algunas dietas como en la de la recién *parida* se eliminan algunos pescados de escama además del gualajo, entre los cuales se encuentran la trovadora y la pelada. El pescado proviene de tres fuentes básicas: de *las mares* —o los esteros—, de los ríos, y de las *quebradas*, siendo la primera la más importante de las tres tanto en variedad como en calidad y cantidad, hasta el punto de que se comercializa.

Las frutas

La mayoría de la variedad de frutas son clasificadas dentro de lo *manso* y *lofrío*. Algunas de ellas son el mango, la naranja, la guaba, el caimito, el ciruelo, la piña, la papaya, el aguacate, la chirimoya, la pomarrosa, la guayaba, el maracuyá, el zapayo, el lulo, el borrojó y la caña. Habría otras pertenecientes a los grupos *mansos* y *frescos* dentro de los cuales estaría la *pipa* de coco; mientras que en las *calientes* y *mansas* se ubicarían el plátano y el chontaduro amarillo, este último debe cumplir la condición de ser cocinado y consumido en el transcurso del día ya que en la noche se *enfriaría*. En las *ariscas* y *frías* se encuentra el anón, el zapote pertenece a las *ariscas* y *calientes*.

El coco no es *fruta*, tal vez cabría en la categoría de *palma*, al lado de los *palos*, las *pepas*, las *matas*¹, las *yervas* y los *bejucos*, diferenciados a su vez en dos grupos: *los de lo alto* y *los de lo bajo*. Las frutas enumeradas al principio pueden encajar dentro de estas categorías, o sea que hay *palos* de caimito, *matas* de caña, etc. (Restrepo, 1995).

Los aliños

Están compuestos por una serie de *yervas* y productos patentados que le imprimen un sabor especial a la comida. Muchas de estas *yervas* se encuentran sembradas en la *pampa*— el lugar de abajo de la casa— o en materas, ollas, tarros y bolsas ubicadas en la azotea al lado de otras que además de alimenticias son también medicinales. Los *aliños* son, entonces, un componente esencial de las preparaciones tanto dulces como saladas. Los más utilizados en las comidas dulces son la albahaca, el anjenjible— en el chocolate y la *aguapanela*—, el limoncillo— en la *aguapanela*—, la canela— en dulces y *aguapanela*—, el anís— en el chocolate—, el coco², el azúcar y la sal³. Las preparaciones saladas se condimentan con tomate, cebolla, achiote, color, chillangua, cilantro, orégano, poleo, coco— únicamente la leche—, caldo "Maggi", sal y azúcar— utilizándola también en *puntos*.

¹ Las que pertenecerían tubérculos como la yuca, la chilma y la papachina, también el frijol y el arroz, todos *fríos*.

² Se usa tanto su leche como el afrecho y la espiga.

³ Adicionada por puntos, llamadas pizcas en otros lugares.

Mercado, comercio y abastecimiento de alimentos

Cuando se menciona la palabra mercado paralelamente aparecen los conceptos de comercialización, distribución y abastecimiento de alimentos. Se ha ubicado una serie de alimentos cuya característica principal es la de ser obtenidos a partir de sistemas productivos tradicionales agrícolas, de cacería, de pesca y de recolección.

Este tipo de alimentos también es susceptible de comercialización para, a su vez, conseguir otros patentados o a los cuales no se tiene acceso en la zona debido a que no se producen allí. En los lugares estudiados sólo existe un espacio destinado propiamente al mercado y, obviamente, con las características de éste, sólo en Bocas de Satinga, donde desde las primeras horas de la mañana comienza a llegar una serie de productos alimentarios de diversas procedencias. Llegan entonces los barcos desde Buenaventura cargados con sal, azúcar, arroz, café, enlatados y galletas, entre otros productos como jabón, blanqueador y cigarrillos.

Desde *las mares* o esteros vienen deslizándose los *potrillos* que traen canastos con jaibas y cangrejos; traen también piacuil, piangua, coco, camarón y distintas variedades de pescado que las mujeres venden por *sartas*— o *guascas*—, *hatos* o individualmente. Sembríos situados a lo largo de los ríos aportan productos agrícolas como plátano y maíz chococito. Además, desde otros municipios como El Charco, por ejemplo, algunas personas traen las *conservas*⁴ y *cocadillas*⁵. Bocas de Satinga, con dominio sobre las cuencas de los ríos Satinga y Sanquianga, se convierte entonces en un centro re-

⁴ Dulces fabricados con panela y con sidra, guayaba o pepa de pan envueltos al final en calabazos paqueños denominados *maticitos* tapados con hojas.

⁵ Hechas de coco y azúcar o panela.

ceptor y distribuidor de alimentos con un área de influencia en diversas poblaciones del norte de la costa Pacífica nariñense.

En el espacio de mercado se establecen unos límites que logran dar un lugar a todos y cada uno de los productos, los cuales incluso se demarcan imaginariamente. Es así como en el muelle pueden observarse lugares específicos donde invariablemente se ubican las vendedoras de *sartas* o *guasas* de pescado, los vendedores de tollos y rayas, o la res, que traen en la tarde desde las riberas del Sanquianga para sacrificar en las primeras horas del alba, y los puestos de venta de su carne; así como los expendios de grano, donde se vende el *fríjol tapajeño*, arroz, *maíz chococito* y lentejas.

La delimitación espacial se establece a partir del grado de intervención humana sobre los productos. El argumento para sustentar esta afirmación radica en la concentración espacial de productos directamente provenientes de la tierra, del mar o del río, en contraste con la concentración de productos fabricados y traídos. Así mismo, quienes venden los primeros, los pobladores de la zona, son distintos de quienes venden los segundos; los cuales, igual que los productos, vienen del interior, lejanía manifiesta no sólo en una distancia mensurable en términos espaciales sino también socioculturales y económicos. Por ello en Bocas de Satinga, además del mercado del muelle, en la calle del comercio existen diversas tiendas de abarrotes manejadas por gente de afuera denominada *paisas*, cuya existencia se debe al auge de Bocas de Satinga como puerto fluvial maderero desde hace algunos años, cuando por la construcción del Canal Naranjo se incrementó significativamente el transporte de madera por el río Sanquianga y, en consecuencia, el poblado comenzó a ganar importancia económica. En Satinga se encuentran productos no cultivables allí como la papa, la cebolla, el tomate y el pimentón, pero hay otros como el arroz, que habiendo sido cultivado, actualmente se compra manteniendo en la dieta este producto de gran importancia por ser un energético al igual que el plátano. Otro producto que ha ingresado a

la lista de compra es el aceite, el cual anteriormente se obtenía del coco; ello no quiere decir que ahora no se utilice esta fuente de grasa, pero es pertinente anotar que es frecuente la utilización de aceite en recetas tales como el arroz, tradicionalmente preparado con coco, tal vez configura un símbolo de estatus dado su mayor costo monetario.

Los procesos económicos dados en Bocas de Satinga, especialmente la extracción maderera y la bonanza coquera, no sólo han representado una mayor entrada de dinero, sino, también, han significado un encarecimiento de la vida y han creado una serie de necesidades que sus habitantes cubren con ese mismo dinero. La creación de estas necesidades alcanza a llegar al plano de la alimentación, la cual, expresan sus habitantes, era más satisfactoria en una época anterior a la actual, época que puede delimitarse a partir de dos acontecimientos específicos: el canal Naranjo y el terremoto, que dividieron en dos tiempos la historia de esta zona.

Si bien Bocas de Satinga se constituye como un mercado, en los otros lugares de estudio —San José Calabazal y San Isidro— predominan formas alternativas de abastecimiento que guardan relación con la explotación directa de los recursos naturales y las formas de trabajo. En San José Calabazal, un estero de pescadores, pueden encontrarse algunas tiendas que venden principalmente grano, galletas y leche en polvo, entre otros artículos. Sin embargo, las personas obtienen *la presa* casi siempre del mar y consumen la proteína animal contenida en los peces, jaibas, cangrejos, camarones y conchas y, en algunas ocasiones, se sacrifica una gallina o un cerdo del cual frecuentemente se destinan partes para vender a los vecinos. El coco también es un producto de autoabastecimiento y, en general, se presenta una relativa independencia de Bocas de Satinga puesto que las cuatro o cinco tiendas existentes logran satisfacer la demanda de aquello no producido por su población, aunque es necesario desplazarse periódicamente a vender y a conseguir plátano u otros productos.

El caso de San Isidro es diferente. Sus habitantes se dedican en gran parte al *tuqueo* —cortan madera internándose en el *monte*— sus viviendas distantes del mercado de Bocas de Satinga, carecen de tiendas a diferencia de Calabazal. Por ello, la forma de abastecimiento utilizada es *la remesa*; la cual consiste en la compra de comida abundante para un intervalo de tiempo determinado, puesto que la considerable distancia hace inoperante trasladarse diariamente a comprar alimentos faltantes. Una *remesa* puede ser, en promedio, semanal o quincenal y, en este lugar, consiste básicamente en jabón, petróleo, pescado seco, tollo y raya ahumados, arroz, aceite, azúcar, sal y coco, sin que sea necesario comprar plátano porque es un producto local. Si bien es cierto que se podría pescar en el río o la *quebrada*, la gente negra lo hace más bien ocasionalmente sin el ánimo de que sean una fuente permanente.

El consumo en cada uno de estos lugares enfatiza en uno o varios productos, pero siempre se apoya en la complementariedad al satisfacer los faltantes con productos externos en un continuum de aprovechamiento de la variedad de alimentos brindadas por las diferentes condiciones naturales, de fabricación y circulación.

Uno de los fenómenos interesantes en el mercado son las cantidades de venta, acordes con un abastecimiento casi antagónico a la *remesa* basada en cantidades suficientes para el tiempo que se desea trabajar (véase tabla 1).

El sentido de estas medidas, que fraccionan el producto —haciendo, por ejemplo, que un frasco de aceite vendido por copas brinde el mismo servicio a varias personas, las cuales pueden obtenerlo aunque necesariamente no sea más barato de forma proporcional, pero sí más accesible; es mucho más fácil comprar 3 ó 4 copas que un frasco entero—, podría estar influido por la forma de preparar allí la comida. Se sabe que son tres comidas al día; desayuno, almuerzo y merienda, sin embargo, previa a cada una va la compra.

Tabla 1 Medidas de venta*

Producto	Medida
Arroz	1/2 libra \$ 150
	1 libra \$ 300
	1 kilo
Aceite	1 copa de aguardiente \$ 50
	1/4 de botella
	.frasco \$1100
Azúcar	1/2 libra \$ 100
	1 libra \$ 200
	1 kilo
Leche en polvo	1 cucharada sopera \$ 100
	1/2 tarro \$1250
	1 tarro \$2500
Manteca	1/4 de libra
	1/2 libra
	1 libra
	2 libras
Panela	1/4 panela
	1 panela \$ 240
Sal	1/4 de libra \$ 100
	1/2 libra
	1 libra
	chuspa

*Los líquidos como las gaseosas también se venden en chuspas, al igual que se venden galletas menudeadas.

Otras de las medidas existentes son:

Sarta o guasca de pescado. Medida de pescado fresco, en la cual los peces— que pueden ser de diferentes variedades o iguales— se ensartan en una tira, siendo variable la cantidad y el precio dado que dependen de la abundancia o escasez de la pesca.

Hato de 10 libras. Medida de pescado seco.

Ración. Medida de plátano o banano. Son en total 64 unidades, se vende en el racimo pero si no alcanza la medida se completa con unidades sueltas.

Media ración. 32 unidades de plátano o banano. Se vende también en racimo.

Yunta. Medida de chontaduro. Una vale \$1000 aproximadamente.

Vianda. Unidad de medida de camarones.

En síntesis, se ha tratado de presentar que la forma de abastecimiento obedece a unas reglas establecidas en una sintaxis culinaria; la cual determina cantidades, proporciones, elementos y procesos en la preparación y el consumo de alimentos, realizando un acercamiento a partir de la colectividad, involucrando especialmente aspectos económicos y sociales y evidenciando también un cambio de patrones alimentarios que guardan relación con la concepción como grupo frente a otro. A continuación se abordará la alimentación enfatizando las repercusiones en los individuos, donde entran a tener un papel importante las prescripciones y restricciones dictadas social y culturalmente en el bienestar corporal de la persona, manifestado y causado por lo que come o deja de comer.

Dietas y prescripciones alimentarias

Cuando se efectuó el inventario de alimentos de esta zona, uno de los modelos que trataba de describirlo era aquel que enmarcaba lo comestible diferenciándolo de lo no comestible; este último grupo se definía, a su vez, a partir de criterios de selección específicos dentro de los cuales se encontraba uno definido por los estados particulares del individuo, caracterizándose, entonces, por no ser per-

manentes sino fluctuantes pues están en relación directa con las condiciones corporales, que no son estáticas en tanto se ven afectadas por factores externos e internos.

Como es sabido, la alimentación se fundamenta en la ingestión de nutrientes externos. Sin embargo, la simplicidad de este acto es aparente puesto que en el hombre esa ingestión es selectiva, es decir, obedece a los efectos supuestos de los alimentos en tanto poseedores de propiedades especiales atribuidas por una u otra cultura. En este sentido, la antropología de la alimentación necesariamente se remite a la indagación de modelos corporales, enfermedades, remedios, etc., ya que pueden condicionar el consumo de uno u otro alimento. Así, la determinación: la comida sana o dañina define lo permitido y lo prohibido, lo cual puede no serlo cuando se esté saludable.

En la zona de estudio, las prescripciones y restricciones en el campo de la alimentación se establecen a partir de tres condiciones: la *sangrinidad*, la cualidad de algunos animales de ser *bravos*, y *lo frío* o *lo caliente*. Tal vez habría una cuarta que sería la circulación de fluidos, aunque todavía no existen los datos suficientes para hablar de ella. A continuación, van a enunciarse las dietas correspondientes a cuatro fenómenos clasificados como enfermedades.

Dieta para la recién parida

Lo comestible

- El pargo. "*Es pescado sano, no es bravo, lo puede comer ahumado a los tres días de parida*" (Ceferina Cuero, San Isidro).
- El bagre es pescado *sano*.
- La corvina: es pescado *sano*.

- El chontaduro amarillo: "[...] *la parida lo puede comé al día, el amarillo, menos el colora'o*. [En la noche] *le hace daño, porque la noche es fría, el chontaduro uno lo deja cocido, y pa' comer, y pa' comer mañana no, porque le hace daño, se serena*" (Ceferina Cuero, San Isidro).
- Sancocho de gallina costeña.
- La canchimala, el gualajo, el roncadador son pescados *sanos*.
- "*Carne de res, de monte no porque son muy sangrinas, menos el tatabro y la zorra, es que la zorra tiene la palabra de María Santísima, porque la zorra la escondió en el seno de ella. Entonces María le dijo: Parirás tu hijo sin dolor*" (Cruz, Michileno, 63 años, Bocas de Satinga).
- Puede tomar agua hervida.
- El arroz y el maíz, son *fríos* pero se pueden comer inmediatamente después de preparados.
- "[...] *Tollo que no esté mea'o y que'sté bien ahuma'o*" (Ceferina Cuero, San Isidro).
- El zapote sí porque es caliente.
- La piangua es *fría*, pero "*a la piangua se le puede sacar el frío apretándole una cosita adentro y puede comerla la parida*" (Digna Montaña, San Isidro). Para el Chocó, Orejuela hace referencia a la extracción del *frío* de la concha en la receta *revocado de piangua*: "*Toma las pianguas y les saca el frío que es una cosita negra que ellas tienen*" (1991: 619).

Lo no comestible

El mero "Es el más bravo. Hasta el año no puede comer. Pero le digo que es aquí en estas costas de nosotros. Vide una señora que tenía quince días de parida que llegó de Tumaco, allá arriba [...] y amiga, había cogido el marido un merito, y lo había deja'o salpreso ella. Fuimos nosotros y apegamos allá onde ellos, ibamos a tumbá coco y a cortá plátano a una quebrada [...] fui con la mujer [...] Hermanita, tenía una olla ahí atrocha'o, de mero salpreso. Entonces, le dijo la finada, la mujer mía:

— *¿Y eso pa' que es señora? -se llamaba Rosita esa señora, era tumaqueña.*

— *¿Y ese mero pa' qué es?*

— *Pa' la comida de nosotros.*

— *¡Ah! pa' la comida de los que'stán alenta'os, menos pa' usted.*

— *¡No!, yo también.*

— *¡Cómo! -le dice la mujer mía.*

— *Vea -le dice- nosotros estamos enseña'os a comer mero desde dos días de parida, y no los pasa nada. ¿Oyó?*

Hermanita todavía si fuera sido ahuma'o, sino salpreso, de un día pa' otro; y esa mujer no le pasaba nada, era acostumbrada pues. Y acá mi gente mía, hasta el año no lo comían" (Adelmo Góngora, San José Calabazal). Velásquez registra la misma dieta para Tumaco, y en ella, el mero, el jurel y el cangrejo pueden ser comidos por la parida (1957:229).

- El venado es *sangrino*.
- El jurel, la sierra, la cornuda y el pargo son pescados *sangrinos*.
- El cangrejo, la jaiba, la langosta, el camarón son *bravos*.
- " *No puede tomar pipa ni hielo porque son frescas* " .
- Naranja, anón, ciruelo, piña, zapayo, maracuyá, yuca, lulo, chilma, caimito, papaya son *fríos*.
- El frijól "*da hemorragia, es frío*".
- El camarón da hemorragia.
- El gualajo, la pelada, la trovadora, el mero son pescados de *escama* y, por tanto, prohibidos sólo en San Isidro.
- El ulán es *sangrino*. "*Cuando la mujer está embarazada y come ulán, el niño se vuelve como el ulán*", se vuelve *conjuelo*.

La duración de la dieta es de aproximadamente cuarenta días, en los cuales se trata de calentar el cuerpo, dado que se encuentra en un estado *frío*, está *pasmiento*. Además de la dieta, la parida debe tener algunos cuidados tales como no andar con la cabeza descubierta por el *pasmo*, "*no levantar las ollas sin tapa porque de pronto le entra aire malo*", "*no parar el fogón*", "*dormir sola en su cama*" —no tener relaciones sexuales— y "*cuidar que no le caiga ceniza a la comida de la parida porque se muere, que no le caiga basura*". También se le administran algunas *yerbas* en bebedizo o en *tomas*. La nacedera se da por bebedizo. "[Sirve] *para limpiar la barriga de la parida, se cocina de mañanita y se le echa en aguardiente*", tres días aproximadamente, antes se daba por nueve días. Es caliente, se consigue en el *monte*. Se le prepara también una

botella curada o *compuesta* que contiene aguardiente, manzanilla, alhucema, clavos, canela y otras *yerbas calientes*, se consume en *tomas* temprano en la mañana para prevenir el *pasmo*.

Dieta para los cortados

Lo comestible

Res, lisa, bagre, gallina, conejo, guatín, zapote, coco seco.

Lo no comestible

- El puerco es *bravo*.
- El jurel y el cubo son *sangrinos*.
- La naranja es *fría*.
- El pescado salado posiblemente sea porque el cuerpo retiene líquido.
- El *sahino* es *bravo*.
- El huevo es veneno.
- La caña y el dulce en general: "*se le viene el agua a la herida*".
- La papaya "*es agua*".
- La guaba "*también es aguachenta, lo que se busca es que el cuerpo esté seco*".
- Chilma y frijól son *fríos*.
- *Pipa* de coco es *purgativo*.

La dieta dura cinco días, pero a medida que mejora el enfermo se le suministran más variedad de alimentos. Para prevenir el *pasmo* —"que le coja rasquiña a la cortada, le duela o le eche sangre"— se le hace un bebedizo de manzanilla hervida en agua, se echa en un *mate* para tomar todo el día. También se calienta sal, se echa en un trapo y se está *pringando* la cortada. Cuando la herida supura se le echa al bajaca hervida, paico, *merciolato* o manteca de gallina—. Las anteriores *yerbas* todas son *calientes*. No debe dormir con la mujer hasta que no sane la herida.

Dieta para los picados de culebra

Lo comestible

Arroz, pescado *sano* ahumado —"pa' que bote el agua"— y conejo.

Lo no comestible

El huevo, ya que "se alborota el veneno"; el queso porque es *frío*; el chocolate pues tiene grasa y es espeso; los pescados *bravos*; el *puerco* dado que es *bravo* y la piña porque es *fría* y posee agua.

El peligro de ser *picado por una culebra* es más patente en el *monte*, por eso es recomendable no comer huevo o piña antes de ir, así como no cargar dinero, ya que de hacerlo se corre el riesgo de morir. Para que no lo *tranquen*, es decir, para que otra persona no le haga *daño* al *picado* impidiendo su recuperación se "colocan en cruz dos tallos de guineo, y quien está *picado* pasa por encima" (Pastor Salas, San José de Calabazal).

Dieta para la menstruante

Lo comestible

Arroz, lisa, canchimala, palometa.

Lo no comestible

El mero, el sahino y la tortugaña, pues son *bravos*; por *sangrinos*, el jurel y el ulán, que "es el animal más *sangrino*, si lo come se vuelve *conjuelo*"; y el zapayo, el hielo, el limón, la naranja, el ciruelo, la guayaba, la papaya, el caimito y la chilma, porque son *fríos*.

La dieta de la menstruante es menos delicada que la de la *parida*, su duración es de aproximadamente tres días y debe tomar cuidados como: "no bañar largo porque da *frialdad*, *cólico*, se le daña la sangre, le coge hemorragia o le coge *trancos* en la vejiga" (Ceferina Cuero, San Isidro).

Se tiene entonces que la propiedad de un alimento de ser *frío*, caliente, *bravo*, *sangrino* o, también, la de poseer una cantidad significativa de líquido, repercute directamente sobre el estado corporal, que mejora o empeora según el caso. El elemento principal contenido por el cuerpo es la sangre, la cual puede ser caliente, *fría* o *muerta*, la sangre *fría* o caliente obedece a cambios térmicos, la *muerta* indica un estado de enfermedad en el cuerpo. Las enfermedades, a su vez, se clasifican mediante lo *frío* y lo caliente. La ingestión de un tipo de alimento determinado depende de su propiedad según el efecto que causa en el organismo, efecto caracterizado por la generación de lo semejante. Así, lo *sangrino* causa hemorragias, lo *frío* da *pasmo*, lo *aguachento* hace que las heridas supuren y no sequen, y lo *bravo* no deja sanar la herida, puesto que no se lo domina. Es interesante señalar que las propiedades de los alimentos son susceptibles de modificación—y ser por tanto consumidas— bajo ciertos

procesos que pueden ser de tipo térmico—ya sea por cocción o por cambios ambientales como los del día y la noche— o por la combinación con otros alimentos que atenúan o estimulan su efecto sobre el organismo.

La sangre también posee la connotación de líquido vital, fuente de energía corporal, la cual se relaciona con la realización de actividades como el trabajo y, especialmente, con la energía sexual. Así, cierto tipo de alimentos como el chocolate, el borojón, el chontaduro y el pescado se asocian a la potencia sexual. Frecuentemente cuando las personas se refieren a ellos dicen que son *alimento*, que sirven para la sangre.

Cultura material y alimentación

Hasta el momento se han analizado principalmente los factores económicos, sociales y ecológicos que intervienen en el proceso alimentario; así mismo, se hicieron algunas referencias a las concepciones sobre el cuerpo y el proceso de salud/enfermedad a partir de la alimentación y sus reglas. No obstante, la alimentación no sólo se evidencia en ese conjunto particular de reglas sino también implica procesos tales como conseguir el alimento, prepararlo y convertirlo en comida; para, finalmente, casi siempre desechar lo sobrante.

"La historia de la cocina en sí, es la historia de los utensilios de cocina" (Estrada, 1982). Si bien es cierto que las actividades humanas pasadas y presentes, atestiguan a través de la palabra, como en el caso de la alimentación, los instrumentos que hacen posible su consecución, transporte, almacenamiento, preparación y consumo, también permiten inferir, lanzar hipótesis, confirmar o no supuestos que pueden "leerse" por medio de ellos, que en numerosas ocasiones aparecen como un texto que nos invita a vislumbrar respuestas a interrogantes tales como: ¿qué hacen las sociedades?, ¿cuál es su

sustento?, ¿cómo y dónde lo consiguen? En gran parte, la existencia de cierto tipo de utensilios indica qué se produce o cómo se consigue lo producido, dos aspectos fundamentales por tener en cuenta al elaborar el inventario de alimentos de una sociedad.

En el área de estudio existen instrumentos específicos que intervienen en una o en varias etapas del proceso alimentario. Por ello, se ha propuesto una clasificación de los instrumentos en tres categorías elásticas, es decir, en las cuales un instrumento puede pertenecer simultáneamente a dos o a las tres.

Clasificación de los instrumentos

De obtención

Se encuentran en este grupo los instrumentos utilizados para la recolección, el cultivo, la cacería y la pesca, los cuales implican el conocimiento de los comportamientos no sólo de animales, sino también de plantas, ciclos de las mareas y fases lunares.

En los instrumentos de pesca utilizados se encuentran la *malladora*, la red, el cabo, la *piola*, la vara y la *katanga*. Así mismo, dentro de este grupo de obtención entran las escopetas y los *palos* para armar las trampas de cacería, y los machetes para sacrificar animales, recolectar y sembrar alimentos. También están en este grupo los canastos de lección, y los *potrillos* y canaletes para el transporte.

De preparación y consumo

En los instrumentos de preparación y consumo está, en primer lugar, el fogón; el cual, se construye cuadrado y sobre pilotes en forma de barbacoa sosteniendo una masa de barro sólido. En cada uno de sus lados tiene tablas de madera, donde a veces se colocan directamente algunas varillas de un extremo a otro en forma de esterilla. Las ollas se colocan sobre estas o directamente con la leña allí intro-

ducida, cuñadas con piedras. El fogón entraría a representar el nivel máximo de humanización —lo que es comida para estos grupos particularmente—, ya que muchos alimentos si carecieran de cocción antecedida de los procesos de pelar, raspar, rajar, etc., no podrían ser comida, tanto por imposibilidad biológica como cultural. Otros instrumentos son el raspador de coco, el machete, los cucharones, el picador, la piedra de moler, los cuchillos —algunos fabricados en la casa—, bandejas, pailas, viandas —vasijas de plástico—, ollas de tamaños diversos que permanecen colgadas de la pared, en algunas de las cuales —casi siempre las más pequeñas— también se sirve; así mismo, trozos de *mate* para revolver, susungas para colar, molinillo, licuadora —en algunos casos—, vasos y pocillos, *mates*, cuchillos, cucharas y tenedores para servir y hacha para cortar la leña, en ocasiones *potrillo* y *canalete* para ir por el agua o la leña. Para consumir agua o alimentos en el *monte*, así como para empacar alimentos allí, se utiliza la hoja negra; una planta que posee hojas de gran tamaño que, dobladas de una manera particular, permiten beber líquidos y llevar frutos y alimentos sólidos envueltos y amarrados con tiras sacadas del pecíolo. Hay algunos instrumentos de preparación que prácticamente han desaparecido para dar paso a otros; anteriormente para raspar el coco, en lugar del raspador se utilizaba la concha de piangua, cuando se hacía *minga* a cada peón se le daba un *pite* de plátano —un plátano partido en dos mitades—, una tapa de coco y una concha de piangua para raspar. Esta también se usa de vez en cuando para estregar la ropa en el lavado.

De almacenamiento

Con el propósito de guardar los alimentos que desean conservarse se emplean botellas, y bolsas, entre otros. Así, se encuentran botellas tapadas con tapa de lata o *tusas* de maíz para envasar el achiote, frascos, tanques y galones para el agua, y bolsas y cajas para la

remesa o para guardar la carne y el pescado ahumados y salados. Las cajas de icopor, en algunos casos son usadas para guardar el pescado enhielado —generalmente para la venta— y, de manera especial, los canastos de ojo para guardar naranjas, plátanos, conchas de coco, mazorcas de maíz chococito y jaibas. Los *canastos de ojo* sirven, además, para lavar el pescado directamente en el agua cuando se destripa o se *escala*. También es donde se depositan los cangrejos llevados por la gente de los esteros al mercado en Bocas de Satinga —el precio incluye el canasto.

Hay utensilios que, como el machete, intervienen en la obtención y en la preparación —pelando plátano, partiendo coco, en el arreglo del pescado—, otros como el canasto de ojo —de fabricación femenina—, intervienen en las tres etapas del proceso alimentario. Muchos de estos utensilios son de fabricación casera y para confeccionarlos se emplean maderas locales como la chimbuza, el roble, el nato, el sajo, la jigua, el paralte y el machare, además de *matas* como el chocolatí y la tetera, y *venas* o *bejucos* como el yaré y la rampira —para hacer canastos—, conseguidas en los *guandales*.

Otro aspecto importante es el ejercicio de la propiedad sobre los objetos materiales, la cual se sanciona con base en tres criterios específicos: el trabajo, la compra y la herencia. Este último criterio radica en los objetos de "uso e identidad sexualmente exclusivas y los que no lo son. Dentro del primer grupo están los utensilios de cocina en las mujeres, y las herramientas de trabajo como el machete, hacha y *potrillo* en los hombres" (Restrepo, 1995).

Técnicas de conservación

La necesidad de conservar los alimentos en un estado considerado comestible por los miembros de una sociedad, surge de manera especial cuando hay excedentes o cuando se espera una duración mayor de lo obtenido. Las técnicas de conservación son variables, unas se

consideran más o menos eficaces que otras, y se implementan según la situación; así mismo, la acción del agua, el fuego, el aire o la sal, posibilitan la ingestión de algunas comidas —como en el caso de las dietas— cuyo consumo, en ausencia de los tratamientos, no sería benéfico para el organismo. Algunas técnicas de conservación para carnes de *monte* y pescados son:

El ahumado

Se prende el fogón, se hace una esterilla con palitos de hoja de coco o leña —son más recomendables los primeros porque no se prenden, a diferencia de la leña—, en algunas casas tienen rejilla de hierro.

Para producir más humo, a las brasas se les echa *conchas de coco*, *tusas de maíz* y, a veces, —madera de mangle—. Se coloca la carne o el pescado sobre la esterilla y se voltea de vez en cuando. Con este procedimiento las carnes y pescados se conservan hasta ocho días.

El secado

Se efectúa el *despellado* y el *escalado* para la carne y el pescado, respectivamente. Se deja en una *batea* o bandeja de un día para otro. Al día siguiente se saca y se lleva al sol, se abre y se deja todo el día, "*lleva como tres o cuatro soles*" —días de sol—, se está volteando de un lado a otro hasta cuando se ponga *tiesa*. Se saca y se guarda dentro de un cajón con tapa. La carne o el pescado secados al sol pueden durar de un mes a dos meses.

El enhielado

No se le pone sal al pescado. Se destripa y se lava bien, para meterlo dentro del *timbuco* o tacho⁶ donde se le coloca hielo en la cavidad

⁶ Nominaciones dadas a una caja de icopor donde se conserva en hielo el pescado.

torácica; formando una capa de pescado a la cual se le adiciona hielo por encima, con el propósito de que no se manee —huela mal— y, por último, se tapa. El pescado dura ocho días aproximadamente, pero es necesario cambiarle el hielo cada dos días.

El salpresado del pescado

El pescado se destripa, se lava bien, se le coloca sal y se introduce en un recipiente tapado porque lo conserva solo dos o tres días. Se le llama *pescado salpreso*, el que ha sido conservado por este procedimiento.

El cautiverio

Una técnica de conservación es mantener los animales de mar vivos en *cautiverio* en un cajón colocado en un lugar donde haya agua salada puede ser en las orillas de los esteros; allí se meten las jaibas con el propósito de que duren más, aproximadamente 4 o 5 días. Al cajón se le colocan por encima hojas de la planta cangrejera para que no se calienten las jaibas. Cuando estas son introducidas sólo en canasto con hojas fuera de influencia marina, se conservan únicamente de uno a dos días.

Un procedimiento parecido emplean las concheras para guardar las conchas de piangua, las cuales se introducen en recipientes con agua salada del estero hasta el momento de venderlas al intermediario, generalmente ecuatoriano, mediante este procedimiento se conservan hasta ocho días.

El manejo de las "sobras"

Los estudios de antropología de la alimentación generalmente se concentran en preguntas como: ¿qué se come? y ¿cómo se prepara? Así, son pocos los casos en los cuales se plantea el interrogante ¿qué

se hace con las sobras? y, partiendo de ahí, sugerir incluso niveles de aprovechamiento o problemáticas de tipo ecológico y fitosanitario. En los procesos de preparación y consumo de alimentos quedan algunos restos que a veces, directa o indirectamente, se vuelven a consumir. La observación efectuada en el área de estudio da cuenta de eso.

Una forma de consumo directo de las sobras se presenta cuando se ha efectuado la distribución de la comida y alguno de los comensales deja algo aprovechado por otro, frecuentemente por los niños. Se sirve, entonces, en otro plato añadiendo una nueva composición. Cuando las personas dejan comida en un estado no presentable entra a jugar lo visual o en poca cantidad, esta comida la consumen animales domésticos: gallinas, puercos, chumbos, patos y perros. Para los animales domésticos comestibles son destinados especialmente alimentos de engorde como el maíz, para las gallinas; y la papa china, los bananos y plátanos para los cerdos, mientras que las cáscaras de plátano y el *afrecho*⁷ del coco que, resultante después de estrujarlo y pasarlo por *susunga* para sacarle la leche, son consumidos por cerdos y gallinas, respectivamente.

Otro nivel de ciclo se presenta con los recursos provenientes del estero y del mar cuando se obtienen peces. En el proceso de transformación del alimento en comida quedan sobras como las vísceras, aprovechadas por las gallinas y los perros o que vuelven al mar convertidas en cebo del anzuelo — muchas veces se destinan también a ello peces pequeños o no muy apetecidos— en la pesca de jaibas o de peces, los cuales regresarán nuevamente al sitio de vivienda a comenzar otra vez el ciclo. Así mismo, en la pesca, cuando salen peces pequeños se devuelven al agua para que *crien* y puedan servir de alimento en un futuro.

⁷ El *afrecho* se aprovecha en muy pocas preparaciones, es más frecuente el uso de la leche.

Lo único que no entra a hacer parte del ciclo de consumo alimentario son los desechos no comestibles como plásticos o latas. No obstante, algunos se aprovechan al máximo para el proceso alimentario: las conchas de coco y las tusas de maíz, por ejemplo, se utilizan para ahumar el pescado o para tapar, con estas últimas, las botellas donde se envasan condimentos como el achiote.

En general, podría plantearse un modelo circular tomando como parte clave de éste el consumo animal, lo cual guarda relación con una manera especial de construcción y habitación del espacio y, obviamente, además con las formas de consumo y preparación.

Espacialidad

Para hacer un análisis de la espacialidad es importante partir de la premisa de entender el espacio como un producto cultural, de acuerdo con la semantización que realizan los grupos sobre él: "El sentido de lugar se ancla a las experiencias cotidianas, a las imágenes y a los símbolos. El espacio semantizado es territorio. Territorio es expresión de relaciones de inclusión y exclusión" (Bolívar, 1990:135).

La cuestión de la espacialidad se puede abordar desde varios enfoques, en este caso lo que se pretende observar es cómo la cocina, a través de sus símbolos y connotaciones, logra asignar un papel fundamental a la mujer, a quien le ha sido encomendada la tarea social de llevar a cabo el proceso de transformación-humanización de los alimentos.

La estructura física de la casa presenta un "diseño palafítico o lacustre, utilizado como respuesta a las condiciones naturales de humedad y las inundaciones periódicas producidas por los repuntes diarios de marea y los llamados en la zona, períodos de puja" (Osorio, 1990:58). Al entrar, se encuentra una parte social o sala, seguida-

mente las piezas divididas por paredes —si las hay—, la cocina y la azotea. En algunas casas también se puede encontrar una estructura con las funciones de sanitario. Los lugares en los cuales se desarrollan las labores de preparación de los alimentos son la cocina y la azotea. Estos lugares presentan una puerta trasera que da generalmente al *monte*. No obstante, en Calabazal esta puerta permite una comunicación con el estero y, en muchas ocasiones, es por allí por donde ingresan los productos de la pesca y la agricultura. Por asignación social, la cocina se constituye en lugar de las mujeres, y donde diariamente se recrean tradiciones culinarias y sucesos locales. En ella se realiza la cocción de los alimentos, mientras que en la azotea se convierte en algo así como una prolongación de ésta, se llevan a cabo algunas labores culinarias como el arreglo del pescado, la pelada de los plátanos y la lavada de los *trastes*, así como el secado de la ropa.

La imagen de la cocina es la de un lugar donde está dispuesto un fogón en forma de barbacoa ubicado en uno de los extremos de las paredes. Generalmente hay una plataforma de madera situada contra una pared para colocar ollas, viandas y platos; además de que, llena de clavos, permite colgar las ollas de diversos tamaños. En algunas cocinas, se colocan sobre el fogón huesos de animales como quijadas o colas a los cuales se les atribuyen poderes curativos, a la vez que son trofeos de caza.

Como patrón generalizado de asentamiento, Restrepo (1995) propone una sucesión desde el río pasando por la casa y el huerto hasta el *monte*, el cual representaría un adentro, en oposición a un afuera que sería la representación del río. El lugar de la casa más cercano al *monte* sería la cocina. No obstante hay algunos casos particulares como San José Calabazal donde la puerta trasera se comunica con el estero, en lugar de ser la entrada principal.

Esta dimensión horizontal no se contraponen con la dimensión vertical cuya característica primordial estaría en la división que puede darse al distinguir en la casa un lugar para los animales y otro para las personas. Debido a su diseño palafítico las casas permiten que los animales pasen la mayor parte del tiempo —mientras no haya *puja* o en el transcurso del día— en el suelo, en tanto que la gente nunca está debajo del piso sino sobre él, *encima de la casa*. El que el hombre esté arriba representa para los animales una fuente de alimento que se cuele generalmente por el piso de la azotea —fabricado de *guadua*— al lavar los *trastes*, o al arreglar pescado o cualquier otro alimento; desde arriba, por consiguiente, puede verse cómo debajo de la casa se agolpan perros, gallinas y patos para beber y comer. Este nivel de abajo pertenece también al de la basura. Tal vez un último nivel que puede configurarse es el de la comida en cocción que se encuentra sobre el fogón, en un nivel más alto, en pleno proceso de transformación cultural.

Así, entonces, es evidente cómo ese espacio logra configurarse de tal manera que permite, mediante la determinación de los niveles propuestos, apoyar la idea de la circularidad de la comida.

Comida y oralidad

Cuando se hace referencia a la alimentación, como parte fundamental de la existencia del hombre, debe entenderse que el organismo humano necesita el alimento como fuente principal de su energía vital en tanto ser biológico. No obstante, la comida se constituye en un elemento cultural, se "apropia" de un espacio dado y va adquiriendo simultáneamente una carga simbólica, que especialmente se expresa en la palabra, en este sentido la tradición oral tiene un papel fundamental en la tradición culinaria de los pueblos. El discurso oral de las personas y los grupos, los cuentos, décimas, versos, canciones, relatos y demás expresiones orales permiten rastrear mu-

chos de los aspectos que rigen su existencia. Los acontecimientos de la vida cotidiana se escenifican en la palabra, y ¿qué más cotidiano que la comida?

Cuando el hombre siembra, caza, pesca o cocina, no se limita a ejercer una actividad mecánica, constantemente está observando y sintiendo lo que hace, esto revierte en formas de expresión por lo general orales o musicales indicadoras de pertenencia; como ya se expresó: "el olor por ejemplo es un lugar de memoria" y en la alimentación logra conjugarse también con sabores, colores, texturas y palabras de memoria; y la memoria es identidad, por lo demás dinámica (Delgado, 1994).

A continuación se presentan relatos orales relacionados con la alimentación de la zona, los cuales se mueven dentro de un espacio en el que tienen validez y se delimitan las fronteras culturales.

Recetas

Preparaciones con plátano

Las variedades de plátano producidos incluyen el hartón, el dominico, el felipito o el guineo, el jardín, el enano, el sinproducto y el cortajeta —no muy apetecido. Con el plátano se pueden preparar algunas recetas como:

Aborrajao "El maduro sancocha'o —cocido en tajadas— después de cocido se hace en pedacitos. Después de pedacitos se abre y se le echan tajaditas de queso duro bien picadito. Se amasa hasta que quede bien amasado. Luego de eso se aplancha bien aplanchadito, o sea que se aprieta bien apretadito. Se revuelve la harina, luego se le echa punto de azúcar —a dos libras de harina media de azúcar. Después se echan las balitas de maduro. Se sacan con un cucharón y se echa en la paila a freír. Luego de eso, cuando se saca se raspa

la paila porque queda pegao" (Vilma Murillo, 13 años, Bocas de Satinga).

Tapa'o. Es el plato de todos los días. Se echa una capa de plátano o banano verde, luego se coloca otra de pescado, se le echa agua y sal, se tapa y deja cocinar.

Sancocho. Lleva plátano, *presa*, *aliños* —chillangua, cebolla, cilantro— y abundante agua.

Colada. "Se licua el plátano cocido o crudo — rinde más—, se le echa leche, dulce, canela, se mueve. O se tuestan en el horno partido en tajaditas, se muele en el molino y queda como harina para disolver en leche" (Rosa Dalia Torres, San Isidro).

Natilla de plátano. "Pela el plátano, lo muele, se le echa leche o leche de coco, canela, dulce y se mueve porque sino se pega". (Rosa Dalia Torres, San Isidro).

Tamales. "Se muele el plátano crudo, se le echa la leche del coco, color, maggi, ajo molido. Se para al fogón y se está moviendo hasta que esté la masa y se arman los tamales. Se le echa pescado, piangua, carne, gallina, huevo, de cualquier presa. La verdura se hace refrita con leche de coco, cebolla y tomate, casi no se le echa papa" (Rosa Dalia Torres, San Isidro).

Preparaciones de las palmas

Chontaduro sancocha'o. "Ese se para a sancochá, en su olla ¿no?. Se para amiga y le'cha agua que queda la olla llena de agua y ahora sí se para, y ahora sí cocina él. Cuando el chontaduro es bueno esa olla se pone amarillita de la manteca" (Adelmo Góngora, San José Calabazal).

Jugo de chontaduro. "Se cocina el chontaduro, luego se le saca la pepita que tienen adentro, se le echa azúcar, leche y se licua. A veces se le echa banano maduro" (Esmelda Micheleno, Bocas de Satinga).

Chicha de chontaduro. "Se cocina, se muele, se cierne en susunga, se pone a cocinar. Después de cocido se le echa dulce. Se guarda en una olla por dos días" (Mateo, indígena eperara siapidaara de la vereda El Turbio).

Conservas de chontaduro. Se muele, se cocina y se le echa dulce - azúcar, panela o ambos-.

Milpeso. "Se desgrana, se lava, se pone un agua a tibir, se echa en un balde y se le echa el agua caliente se pone a madurar. Se exprime; se va sacando las pepas y se cierne con susunga, se le saca la leche aparte. Luego se pone a calentar y allí se le echa el azúcar. Queda como chocolate. Se toma frío o caliente". (Raúl Salas, San José Calabazal).

Recetas de Semana Santa

El tiempo festivo aparece demarcado por una serie de cambios temporales en la vida cotidiana; al ser la comida una actividad cotidiana, ésta también se transforma. En una fiesta como la Semana Santa hay abundancia de comida, por eso se trabaja con anterioridad para comprar una buena *remesa* para esos días, ascendiendo a productos no consumidos frecuentemente, como salsa de tomate y la mantequilla. Hay también un conjunto de platos especiales que aparecen demarcando el tiempo festivo.

Dulce de arroz. "Se muele el arroz hasta que quede como harina, se lava y se echa azúcar, se monta al fuego, espesa y queda parecido a una gelatina" (Junior Solis, Bocas de Satinga).

Birimbí. "Quebrantan el maíz [lo muelen parcialmente], se lava tres días en agua —se cambia, algunos no lo hacen. Se muele nuevamente más menudo, a esa agua se le echa azúcar y canela. Se monta al fuego revolviendo para que no se pegue" (Junior Solis, Bocas de Satinga).

Cazabe. "[...] hay algunos que lo hacen, pero no lo saben preparar bien, no queda bueno, queda con grano, queda malo. Vea [...] esta nuera que yo tengo aquí sabe preparar cazabe, ella lo cierne en trapo, ¿entiende?, en paño [...] y le digo que queda ese cazabe sabroso, como mi gente cuando vivían, mi mamá, mi abuela, mi mujer [...] sabían hacer cazabe. Al cazabe le'chan panela pues pa'l dulce, le'chan canela, si tiene anís, anís, ¿es aliño no?. Eso queda muy sabroso. Y ahora sí uno lo va comé en la Semana Santa [...] en tajadas, pero eso es muy rico" (Adelmo Góngora, San José Calabazal).

Preparaciones con coco

Cocadillas. "Se ralla el coco, primero se echa la azúcar a la olla con poquita agua y deja que cobree, le echa luego coco y banano. Empieza a mover" (Doña Luz María, El Pital de la Costa).

Espiga de coco. "Coloca la panela en la olla con agua, la para hervir, que haga miel, después de eso agarra la espiga, le saca la corteza de'ncima, y entonces la mueve, la mueve hasta que vaya disminuyendo. Le echa anís y todo el aliño que usted quiera. Se baja cuando está seco, se acompaña con queso" (Don Pastor Salas, San José Calabazal).

Con el coco también se puede preparar panela de coco usada para hacer aguapanela.

Cabello. *"Pela la papaya verde, la lava, la taja en tajaditas, para la panela en el fogón [con agua], cuando ya está como miel echa la papaya, va quedando como un mela'o. Uno sabe que'stá cuando queda ayustadito [durito]. Lo envasija. Cuando enfría se sirve con cuchara. Se come con cazabe"* (Doña Valentina Palomino Hinestroza, San José Calabazal).

Preparaciones con arroz

Arroz con coco. Se raspan las *tapas* de coco, el producto se mezcla con agua —en ocasiones el agua del coco. Se *estruja* hasta que salga toda la *leche*, y se cuele el *afrecho* en la *susunga*; la leche se le echa al arroz, previamente lavado, y se le pone sal; algunas personas le agregan un *punto* de azúcar.

Champú. Era un dulce acostumbrado cuando se cosechaba el arroz en la zona. Cuando se llevaba el arroz a las piladoras —en Guapi, Tumaco o El Charco—, en el proceso de pilar quedaba una *pelusa* con la cual también se alimentaba a los animales. El *champú*, se realizaba añadiéndole a ese polvo de arroz agua, coco y dulce.

Mazamorra. Se hace de arroz o de maíz —*otaya*—, al cual se le adiciona leche de coco, azúcar o panela y algunas veces plátano maduro o queso *clavao*. Queda un poco más mojado que el arroz seco, y su consistencia permite que se le pueda agarrar en la mano y partir en tajada cuando *enfría*.

Otras preparaciones

Falditas. Es un frito de harina, queso y huevo parecido a las hojuelas.

Mantecadas. Especie de ponqué; dado que la masa viene preparada desde Buenaventura sólo, se arman y hornean.

Dulce de yuca. Se coloca la yuca a cocinar con agua, luego se le agrega panela y canela.

Conservas de guayaba. *"Se cocina y se cierne la guayaba, la para con la panela, y dele que dele paleta ahí, hasta que va blanqueando. Se echa en un matecito, coloca unas hojitas secas y se amarra con guasquitas de tetera"*. De la misma forma también se preparan conservas de *pepepán*, chontaduro y sidra.

Pusianda. *"Uno cocina todo revuelto, le echa plátano, pescado, aceite o leche de coco. Lleva caldo, se le echa también cebolla, tomate y achiote para cocinar"* (Raúl Salas, Calabazal).

Suda'o de camarones. *"Se pelan los camarones, de ahí se pica cebolla, tomate, la papa en cuadritos. De ahí se pone hacer el guiso —aceite, tomate, cebolla, pimentón, ajo—, de ahí se echan los camarones; se le echa un poquito de agua"* (Eleuteria Michileno, Bocas de Satinga).

Color de achiote. *"Se saca de la vaina, se echa la pepa al agua, después de tres días se saca, se ciernen y se coloca a la estufa. Se le pone sal, aceite hasta que hierve. Cuando ya seca un poco uno la baja, de allí lo envasija en botella. De allí entonces va sacando para la comida. Da el color muy bien y muy elegante a la comida"* (Valentina Palomino Hinestroza, Calabazal).

Arreglo de gallina. Cuando se mata una gallina, se despluma y ahúma. Luego se lava con jabón de barra azul, y posteriormente, se pela un plátano y ralla untándole a la gallina con el fin de quitarle el sabor a jabón y el marisco, el mal olor.

Versos, décimas, canciones y relatos

Versos

*La guayabita madura
se le saca la pepita,
a los jóvenes bonitos
se les besa la boquita.*

*Los cocos de la gorgona
se desgranán como arena
así son los jovencitos,
cuando están por hija ajena.*

*Matica de albajaquita
bajada con la corriente,
el amor mío y el tuyo
se separa con la muerte.*

(Pastor Salas, Calabazal)

*Yo soy la media naranja
yo soy la naranja entera,
yo soy hija de familia
pero no para cualquiera.*

*Entre Satinga y Sanquianga
Tolita y Calabazal,
hicieron un barco grande
para pescar birigai.*

*Estas jóvenes de ahora
no saben ni cocinar,
mazamorra tapa tapa
señores perdonarán.*

*La palma de chontaduro
la raíz también se pudre,
el hombre cuando es celoso
la mujer también se aburre.*

*Allá encima de esa loma
tengo un palo de caimito,
cada vez que subo y bajo
me silban los pajaritos.*

*Estas jóvenes de ahora
son como la balsa seca,
cuando alcanzan pa'l arroz
no alcanzan pa' la manteca.
Sancocho sin aliño
como el amor sin cariño.*

*(Olmes Floripa Mosquera, 21 años. Vereda Las
Marías, Río Satinga)*

Décimas

Décima de Camarón

*Así es la vida del pobre cuando está con la demala, busca la vida
y viene a quedar en nada. Eso fue lo que pasó por acá en esta
región, empezamos a pescar habiendo el paro del camarón.*

*Empezamos a pescar, el plazo estuvo cortico porque ya Calabazal
se iba a poner bonito. Eso cruzaba el motor como si fuera una
empresa decían que en Calabazal había camaronera. En vigía
está Inderena, los vamos a informar poque gentes de otra parte
vienen aquí a pescar.*

Ese paro estuvo malo ustedes deben de ver, la graria no presta plata porque habiendo el camarón pesca el hombre y la mujer.

Esto se escandalizó, fue por toda la región, dicen que van a venir de Rusia y el Japón, porque ya en Calabazal abundado el camarón. Unos vienen en avión y otros en voladoras también ha quedado a venir el Papa santo de Roma.

Por fin ha llegado el paro por acá por esta zona váyanse para sus casas los de torre y pangamosa, porque ya es hora de conchar es lo que deben hacer, para que coman sus hijos y también su pobre mujer.

(Francisco Salas Casierra. San José Calabazal)

La canción del jaibero

Ahora sí estamos contentos con don Misael Pastrana

Ahora sí estamos contentos con don Misael Pastrana

que vino a Calabazal lo ha mandado un pescador

el vino a Calabazal, no ha mandado pesca jaiba.

La justicia de'ste pueblo, póngale cuida'o a eso

La justicia de'ste pueblo, póngale cuida'o a eso

el que viene aquí a pescar ¡ay! deben cobrar impuesto

el que venga acá a pescar deben de cobrarle impuesto.

Coro

Yo soy, yo soy, yo soy el jaibero

Yo soy, yo soy, yo soy el jaibero

el permiso que he sacado es para pescá onde quiero

el permiso que he sacado es para pescá onde quiero.

Tendrían que prohibirle, pero su pesca latiga

tendrían que prohibirle, pero su pesca latiga

pero que toda la jaiba no la lleven pa' Satinga

pero que toda la jaiba no la lleven pa' Satinga.

Coro —Se repite.

El jaibero tiene un saco, sirve pa'l agua y el sol

el jaibero tiene un saco, sirve pa'l agua y el sol

el permiso que ha sacado es de Guapi al Ecuador

el permiso que ha sacado es de Guapi al Ecuador.

Coro —Se repite.

El remo y la canoa yo no sé de que han salido

el remo y la canoa yo no sé de que han salido

el sombrero que se pone vino de Estados Unidos

el sombrero que se pone vino de Estados Unidos.

Coro —Se repite.

Canción

El chocolate es un santo

el chocolate es un santo

que de rodillas se muele

que de rodillas se muele.

con la mano es que se bate,

mirando al cielo se bebe

con la mano es que se bate,

mirando al cielo se bebe.

El chocolate sin queso

el chocolate sin queso

no tiene ningún aliño,

yo como soy el queso

al chocolate me arrimo,

y yo como soy el queso
 al chocolate me arrimo.
 Sacá mi vida sacá
 sacá mi vida sacá
 sacá la que te parezca
 que yo sacaré la mía
 la que a mí me parece
 que yo sacaré la mía
 la que a mí me parece.

(Betsaida Vásquez y Yoli Castro,
 San Isidro, Satinga)

El intercambio de alimentos a partir de los grupos familiares y de vecindad

La vida en sociedad es la vida de las agrupaciones. Los hombres casi siempre se congregan para llevar a cabo muchas de las actividades diarias de su vida, entre ellas el trabajo.

Algunas de las agrupaciones sociales que existen son los grupos de parentesco y los grupos de vecindad, que en este caso, en numerosas ocasiones, logran fundirse; por lo general, la gente que habita en casas vecinas, tiene lazos de parentesco consanguíneo o ritual —a través del compadrazgo—, el cual involucra incluso a los indígenas. Podría decirse entonces que traspasa las fronteras debido a la constante movilidad de estos grupos, explicada en razón de su forma de trabajo. Frecuentemente se escucha al saludar entre las personas la expresión *pariente, familia o mi sangre*, al referirse a alguien cercano.

La conformación de esos lazos de parentesco permite entonces organizar grupos de trabajo y además de configurarse como una red de parientes, lo hace como una red de apoyo; así, cuando una perso-

na se desplaza lejos de su casa —dentro del radio de influencia de su movilidad: lugares tales como Buenaventura, Cali, Tumaco, Guapi, Esmeraldas-Ecuador, etc.— es casi seguro que encontrará un familiar de sangre o un compadre dónde dormir, comer y hasta trabajar.

Con respecto a la alimentación, el parentesco y la vecindad tienen un papel muy importante en cuanto a la circulación e intercambio de alimentos; estos, constantemente recorren distancias y pasan por diferentes casas y cocinas, sean preparados o sin preparar. Dicho intercambio puede operar de dos formas: 1) cuando la persona da sin esperar una devolución material; y 2) cuando se efectúa a manera de préstamo en especie, implicando, por tanto, un pago de lo mismo.

El intercambio se lleva a cabo entre nuera y suegra, madre e hija, entre cuñadas, vecinas o comadres; y se manifiesta en la costumbre que tienen las mujeres de marcar sus *trastes*; a gran parte de los utensilios de cocina la mujer de la casa les escribe sus iniciales: a las ollas de aluminio se les raya, y a las *viandas* de plástico y platos de loza se les pinta. Esta marca opera como un distintivo, lo cual las acredita como propietarias y diferencia lo de su casa de lo de otras casas; así mismo, permite que cuando sale alguno de sus trastes, regrese a su sitio.

La circulación de los alimentos no se limita sólo al sitio de vivienda; cuando la gente se embarca para ir a pescar o a recoger productos de la finca, a *tuquiar* —tumar madera— o a *conchar* —sacar concha de piangua del manglar o *raicero*—, se lleva comida preparada y fácil de transportar; caracterizada por altos contenidos de carbohidratos y grasas que brindan una gran fuente de energía al cuerpo para efectuar esas labores, como la *mazamorra* de arroz y el *tapao*, que con relativa ausencia de líquido, se pueden trasladar y conservar más fácilmente sin derramarse. En ocasiones, como se

verá más adelante, la comida también se prepara en el lugar de trabajo; pero cuando se lleva, una forma de asegurar el retorno de los enseres a la casa es mediante la marca.

Diferencia de género

Anteriormente se efectuó el análisis de la alimentación partiendo de la movilidad de la gente y los recursos directamente relacionados con las redes de parentesco existentes, las cuales posibilitan este transcurrir mediante un grupo que puede estar conformado por los parientes —lejanos o cercanos— o los vecinos, que en numerosos casos también son parientes.

Además de estas formas de agrupación, uno de los objetivos al iniciar este trabajo consistía en determinar la influencia de la alimentación en la división de género; se partía del supuesto de un mayor dominio del saber culinario por parte de la mujer, configurado esencialmente por la transmisión oral, por ello se daría primacía a sus testimonios.

Así, en la asignación de los roles sociales que diferencian a una mujer de un hombre, se dice que la actividad de cocinar, como parte del proceso alimentario, está encomendada a ella. La mujer brinda la seguridad de la comida, la ropa y la casa. El hombre, por la movilidad del trabajo podría, incluso, sin ser necesariamente mal visto, tener varias mujeres en sitios diversos, en los cuales tendría asegurados estos servicios.

Los conceptos de hombre y de mujer, se piensan y presentan como una complementariedad; en esta relación recíproca el hombre sería aquella parte "adquisitiva", por decirlo de alguna manera, y la mujer sería, con base en sus actividades —lavar, planchar, cocinar, limpiar— algo así como la parte "procesadora". Existe la tendencia de ubicar, de enmarcar rígidamente a una u otro en actividades pensa-

das para hombres o para mujeres; sin embargo, es interesante constatar que mujeres como las *concheras*, cuya actividad se define como femenina, también participan del proceso de adquisición de alimentos, para autoconsumo y comercialización. Estas mujeres desempeñan las tareas tanto de adquisición como de procesamiento, de preparación. Antes de que comience a bajar la marea en la mañana— la hora es variable, de acuerdo con las fases de la luna—, se escucha el ruido de los *raspadores de coco*: son las *concheras* que preparan la *mazamorra* para llevar al *raicero*, pero, también la comida de la casa; su rutina de trabajo les exige dejar la comida preparada para sus hijos y maridos, y llevar el desayuno y el almuerzo al *raicero*; estos son consumidos en el *potrillo* durante la ida y el regreso de su labor. Allí, los grupos de mujeres *conchean* en los pantanos de los manglares hasta que, nuevamente, el agua de la marea vuelva a subir. Con ella regresan al hogar a preparar la *merienda* de la familia. Generalmente, una parte de la concha se destina al autoconsumo; otra parte, al venderse, aporta ingresos monetarios.

Existen dos precios diferenciales para vender la piangua; si se saca por cuenta propia trasportándose en canaleta, el valor del ciento alcanza los \$ 1.200 cuando hay algún intermediario, por lo regular ecuatoriano, el desplazamiento es con motor, y corre por cuenta del intermediario. El precio, en este caso, desciende a \$ 1.000 el ciento. Otras actividades femeninas con algún nivel de comercialización, son el *camaroneo* y la captura de cangrejos o *cangrejeo*, que se venden en el mercado de Bocas de Satinga; algunas, además, venden comida en la calle principal de esta cabecera municipal.

La participación del hombre en el dominio del saber culinario es mayor de lo que podría pensarse. Si bien es cierto que no siempre puede hablarse de participación dinámica en el aspecto de la preparación, sí puede hacerse desde la intervención, exposición de ideas, opiniones y conocimientos acerca de aspectos tales como las dietas, por ejemplo; a la vez que también toma partido en las conversacio-

nes que sobre diversos temas sostienen las mujeres, entre los cuales sale a relucir lo que debe o no hacer una mujer de acuerdo con su rol social. Las condiciones de trabajo o la inexistencia de su mujer por alguna razón— como viudez—, propician la intervención del hombre en la preparación de alimentos, absteniéndose de hacerlo si se cuenta con la presencia de otra mujer que se encargue de preparar la comida.

En resumen, las actividades que definen las categorías de hombre y de mujer no son estrictamente específicas en relación con uno u otro, puesto que en circunstancias particulares una mujer o un hombre, sin dejar de serlo, pueden tomar partido en ellas.

La comida como daño: bocado y trago malo

Uno de los aspectos más interesantes que surgen cuando se aborda la alimentación en su sentido sociocultural, es aquel de la comida como medio efectivo por el cual se puede hacer daño y dominar voluntades. Diversas preparaciones culinarias a las cuales se adicionan rezos, *yerbas* y partes de animales o de humanos entre otros elementos, se convierten en cómplices para obtener un efecto deseado sobre otra persona.

La posibilidad de acceder a lo deseado por medios sobrenaturales se logra mediante la magia; en ella se encuentran expresiones como la magia amorosa y la magia agresiva. Frazer postula dos principios fundamentales que son: la ley de la semejanza y la ley del contacto o contagio. "Según la primera, lo semejante produce lo semejante [...] Según la ley del contagio, un contacto prolongado o íntimo da lugar a la identidad de manera que los recortes de las uñas o los cabellos del enemigo son representación directa del mismo" (Citado por Yalman, 1975: 717).

La comida actúa, entonces, como vehículo, puesto que es por excelencia lo que entra y asimila el cuerpo humano, teniendo efectos directos sobre él; posee, además, la posibilidad de ser algo aceptado social y culturalmente, y conjuga y mimetiza los elementos necesarios para causar efectos y resultados eficaces; los cuales, a su vez, dependen del conocimiento adquirido sobre estos elementos, conformados, de manera especial por *yerbas* o algo tan íntimo como las secreciones naturales del cuerpo.

Así, en este caso particular, sería necesario remitirse a las relaciones de pareja y de parentesco, las cuales se caracterizan por su gran elasticidad en el sentido de que existe una poligamia generalizada donde "[...] la sospecha de la presencia 'de otra' o 'de otro' es la normatividad de las relaciones pasionales erótico-afectivas" (Urrea y Vanín 1994). De manera especial, la iniciativa de este tipo de actos se atribuye principalmente a la mujer, en parte porque se le identifica con un principio natural, si se quiere indómito y, por tanto, peligroso; mientras que el hombre se constituiría como un ente culturizador. Enfocado hacia la alimentación, la mujer tendría de manera especial la utilización de la comida como vehículo para *enamorar o dañar*, simplemente porque por asignación social es ella quien casi siempre la prepara. Para la magia amorosa se emplean algunas *yerbas* como el *amansator*— que también es medicinal; sirve para el dolor de oído—, la *querendona*— en la comida y en loción—, la *yerba de la hormiga*— en loción—, la *pega pega*— en loción—, la *seguidora*— en la comida—, la *barbucera*— en la comida— y el *quereme*— empleado en la comida, y que es además una yerba sembrada. La magia agresiva, el *daño*, se puede hacer por medio de *yerbas* como el *baudó*, que se clasifica como un veneno y cuyo efecto en el organismo es romper el hígado y las tripas. "Es la yerba más mala que hay". Muchas de las *yerbas* empleadas para estos fines son *ariscas*, es decir, del *monte*, de lo peligroso y no dominado.

La ingestión de este tipo de comida puede hacerse de dos maneras diferentes: en forma líquida o sólida; se habla, entonces, de *trago malo* y *bocado malo*. Las bebidas más utilizadas para preparar el *trago malo* son la cerveza, el aguardiente, el chocolate y el café; todas ellas, a excepción del aguardiente, tienen en común la facilidad para mimetizar las *yervas* debido a su color oscuro. Al aguardiente *el daño* se le echa a través de las uñas, las cuales se impregnan del veneno teniendo cuidado de entregar el trago tomando la copa por el borde, con la mano por encima, de manera que la sustancia pueda caer dentro. El *bocado malo*, se suministra de manera especial por parte de las mujeres a sus maridos; debido a eso, cuando se presentan conflictos de pareja, el marido deja de comer lo preparado por su mujer, como una forma de protección.

Algunas de las precauciones consisten en *contras* que permiten neutralizar los efectos. Existe entonces la *botella curada* para evitar *trago y comida mala*—además para *picadura de culebra*, para procrear, y para que *no lo tranquen* a uno en términos amorosos—, la base de la composición de la botella es el aguardiente, al cual se le adicionan *yervas* especiales; se toma todos los días un trago en la mañana, cuando se consume un *trago* o un *bocado malo*, "*el estómago lo arroja, ahí se da uno cuenta que estaba malo. Uno va donde el tegua y él empieza a curarlo por medio de plantas vegetales*". Si se desea saber de dónde provino el *daño*, se va donde personas que *hacen vista*—*los pildeceros*—, quienes, por medio de *yervas* como el *amargo andrés* o el *pildé*, pueden detectar este tipo de males. Otras de las prevenciones para contrarrestar el efecto de *comidas malas* es lavarse la cabeza con orines o agua bendita cada día, así como también el acto de santiguarse antes de comer y no recibir chocolate y comida en general de personas a las que no se les tiene confianza, "*que tenga mala espalda o mal vicio*".

La comida posee, pues, dos condiciones ambiguas y simultáneas, a la vez que puede representar un beneficio para el cuerpo, puede

también significar un perjuicio no sólo corporal sino social, evidenciado a partir del relato y las conversaciones, así como de hechos no mediados por la palabra pero que adquieren significación en sí mismos, puesto que están indicando una prevención ante algo que representa y se reconoce como peligro social.

Conclusión

Como se expresó en la parte introductoria del trabajo, el área de estudio estaba conformada por dos lugares ubicados en dos biomas diferentes: un estero y un río. De lo que se trataba era de indagar por elementos en que coincidían o divergían en cuanto a la alimentación. El esbozo de un inventario de alimentos general partió de la clasificación de lo comestible y lo no comestible, sustentados en variedad de razones relacionadas, en gran parte, con la concepción del medio, de lo propio y lo extraño, ya fuera como individuo o colectividad.

La creación de un modelo de inventario de alimentos concuerda con la relación establecida entre el hombre y el entorno. En esta relación con el medio, obviamente, el hombre refleja su concepción. Así, la escasez de recursos no aparece aquí como una preocupación explicada desde lo que se maneja culturalmente en la zona, ya que para sus habitantes no se vislumbra un fin en cuanto al abastecimiento; si bien se reconoce un deterioro del medio natural, el discurso conservacionista parte principalmente de personas asociadas con procesos organizativos que, a partir de sus experiencias, tal vez han variado en su manera de concebir el medio. El imaginario de algunos de los grupos negros e indígenas como grupos conservacionistas puede constituirse en una estrategia política, mas no debería asumirse como una premisa para todas las sociedades y culturas negras e indígenas.

En el aspecto ecológico, el panorama muestra una zona afectada por dos acontecimientos específicos como fueron la construcción del

canal Naranjo y el terremoto, el primero de ellos es la expresión de una dinámica social a partir de la extracción de recursos forestales entre las gentes que habitan esta área y las que vienen de fuera; generándose, entonces, una sobrevaloración por los objetos y las expresiones no tradicionales.

En relación con lo anterior, podría decirse que el inventario de alimentos ha variado de acuerdo, en gran parte, con los factores ecológicos ya mencionados, asociados también con la asignación de un mayor o menor estatus de los alimentos de acuerdo con su procedencia. Actualmente, productos como el arroz, que antes eran locales, se compran; sin embargo, aún persiste un gran aprovechamiento del medio en términos alimentarios —son pocos los elementos naturales que no tienen algún uso alimentario o de fabricación de utensilios— el cual se caracteriza por diferencia de contenidos en los diversos lugares del área de estudio en razón de obvios factores ambientales; afirmar que, a partir de esto, se configuren identidades de acuerdo con el río o el estero con base en la oferta alimentaria diferencial es problemático por cuanto la movilidad social es muy amplia, y las personas pueden ser oriundas de un lugar y trasladarse en un momento dado de su vida a otro, llevando consigo toda su forma de ver y sentir. Tal vez podría plantearse un continuum de aprovechamiento de recursos diferenciales obtenidos en Bocas de Satinga, que se constituye como un centro receptor y redistribuidor al cual confluyen los grupos asentados en los ríos y esteros.

Las diferencias alimentarias que podrían plantearse estarían basadas en el énfasis de la utilización de ciertos recursos; en cuanto a la preparación y sintaxis culinaria, los lugares coinciden en platos y formas de preparación; por tanto, la conformación de una identidad entre los grupos negros se haría a partir de la interacción alimentaria con otros grupos como los indígenas, denominados localmente *cholos*.

Si bien a lo largo del escrito no se hace una referencia amplia a este tema en particular, es necesario incluirlo aquí ya que, ante la indagación por el problema de la identidad a partir de la alimentación, se fueron configurando otros resultados. Se debe anotar que la percepción parte de lo que dicen personas de los grupos negros tanto sobre su colectivo como del de los indígenas.

La imagen de los grupos indígenas, para algunas personas pertenecientes a los grupos negros, va en una creciente semejanza consigo mismos. Se establece, entonces, la diferencia entre *cholos e indios*, teniendo estos últimos como características el vivir en el *monte*, comer asado, cocinar en ollas de barro, hacer cucharas de palo, usar taparrabo, cazar con flecha, comer gente y comer sin sal.

Los *indios* pertenecerían al pasado de los *cholos*, quienes como decía alguien "son derivados de los indios" pero que ahora comen con sal, usan ropa y utensilios de plástico o de aluminio, además de preparar en forma similar al negro, comidas y platos tan cotidianos como el *tapa'o* y de establecer con ellos relaciones de parentesco ritual, el trabajo en común, la atención médica y el préstamo de utensilios de cocina.

Partiendo de una designación etnocéntrica, el "negro" ha percibido al "indio" como "más civilizado", si se quiere más cercano, en cuanto se le ha parecido cada vez más a sí mismo, y unas de esas formas de parecerse es desde la expresión íntima de la comida, la cual no depende sólo de un inventario alimentario común, sino también de un orden específico y una disposición de cantidades y calidades especiales de los productos, y obviamente, de una serie de valoraciones culturales que dinamizan identidades; no obstante, persisten diferencias alimentarias —además de otras— tales como cocinar sin *aliño*, comer pescado de río y *piandé*, que no entra en el inventario alimentario del "negro", además de su técnica de ahumar el

pescado— metiéndolos en canastos de ojo sostenidos por una cuerda amarrada de una viga sobre el fogón, también construido en forma de barbacoa—, hacen que el cholo sea diferente, por oposición al "negro". No obstante, se requiere de una mayor indagación en este punto, ya que como se dijo antes, lo que se tiene son versiones de un imaginario de la alimentación del *cholo* vista desde la perspectiva de los grupos negros.

En cuanto al consumo, y remitiéndonos de nuevo a la apropiación y consecución de los alimentos, así como a la compra de estos, se plantea como punto en común un modelo circular de aprovechamiento que opera en los lugares visitados y que se explica desde la configuración espacial de la casa y la forma de convivencia con el medio, en especial con los animales domésticos que hacen parte de la vida humana. La circulación también se ve expresada en el transcurrir que constantemente tienen los utensilios de cocina, cuyo tránsito remite a una forma de trabajo especial y de convivencia desde la comida.

Bibliografía

- Bolívar, Edgar. 1990. "Lugares y territorios: perspectivas generacionales de arraigo e identidad." *Memorias del Simposio Sobre Antropología de la Vivienda*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana, departamento de antropología-Colcultura. p 133-142.
- Delgado, Manuel. 1994. *Seminario Trayectos y espacios de la memoria urbana*. Medellín. Universidad de Antioquia, departamento de Antropología.
- Estrada, Julián. 1982. *Antropología del Universo Culinario. Validez y Fuerza de un Elemento Cotidiano en la Conformación de una Identidad Socio-cultural*. Tesis de grado Antropología. Universidad de Antioquia. 254 p.

- Losonczy, Anne-Marie. 1993. "De lo vegetal a lo humano: un modelo cognitivo afro-colombiano del Pacífico." En: *Revista Colombiana de Antropología*. Bogotá. 30: 39-57.
- Osorio, Carlos. 1990. "Etnografía de la vivienda caucana negra e indígena del Pacífico." En: *Memorias del Simposio sobre Antropología de la Vivienda*. Bogotá. Pontificia Universidad Javeriana, departamento de Antropología. Colcultura. p 57-74.
- Restrepo, Eduardo. 1995. *Los tuqueros negros del Pacífico Sur colombiano*. En: Restrepo, Eduardo y del Valle, Jorge Ignacio (eds.). *Renacientes del Guandal: "Grupos Negros" de los Ríos Satinga y Sanquianga*. Medellín. Biopacífico-Universidad Nacional Sede Medellín.
- Urrea y Vanin. 1994. *Religiosidad Popular no Oficial Alrededor de la Lectura del Tabaco. Instituciones Sociales y Procesos de Modernidad en Poblaciones Negras de la Costa Pacífica Colombiana*. Cali. Universidad del Valle. 33 p.
- Velásquez, Rogerio 1957. "La medicina popular en la costa colombiana del Pacífico." En: *Revista Colombiana de Antropología*. Bogotá. (6): 193-241.
- Yalman, Nur. 1975. "La magia." En: *Enciclopedia Internacional de las Ciencias Sociales*. España. Aguilar. Tomo VI. p. 717-722.



Mercado de Bocas de Satinga

Múltiples productos locales como plátano, coco y pescado son vendidos en el mercado de Bocas de Satinga para abastecer las remesas de los centros madereros o tuqueros que regresan al bosque para extraer más trozas.

Foto: Ignacio del Valle

**Prácticas
tradicionales de
producción y
ordenamiento
territorial**

JORGE IGNACIO DEL VALLE*

** Ingeniero forestal. Profesor de la
Universidad Nacional de Colombia, sede Medellín.*

E Antecedentes

Es bien conocido el hecho de que la colonización responde por el grueso de los bosques destruidos en Colombia y, en general, en los países tropicales. Mediante ella, virtuales hordas de empobrecidas gentes se lanzan codiciosas sobre los bosques para intentar transformarlos en fundos agrícolas, empleando la más primitiva pero eficaz herramienta de que dispone el hombre para exterminar la selva: el fuego. La tierra prometida, por lo regular, no se encuentra y el colono sigue su viaje sin retorno, dejando tras de sí la empobrecida y despoblada tierra cuyas supuestas mejoras ha vendido a algún terrateniente, quien, por lo regular, la transforma en pastos; proceso que Parsons (1992: 63) ha denominado "yerbatación". Esto no ocurre en los humedales turbosos forestales del delta del río Patía denominados localmente bosques de *guandal*. Ello establece una diferencia significativa con el proceso descrito; lo cual, además, es excepcional no sólo en Colombia, sino en el mundo tropical.

Estos bosques han sido habitados por comunidades negras¹ en una alta proporción — los indígenas Eperara - Siapidara sólo llegan al

¹ Se emplea el término comunidades debido a que así se autodefinen en el municipio los diferentes "grupos negros".

3%—, en las cuales, en oposición al frecuente nomadismo del proceso de colonización, predomina un *patrón* de asentamiento sedentario. Parcialmente, ello ha sido posible gracias a la convergencia de condicionamientos "ambientales, y a la existencia de prácticas tradicionales de producción— Ptp— que han permitido, si no la perpetuidad de los recursos naturales, al menos su persistencia durante cinco décadas de intensiva explotación maderera. El factor demográfico aunado a los sistemas económicos y culturales, son también variables significativas en este feliz resultado.

En el delta del río Patía la agricultura tradicional apenas es viable en los estrechos diques y vegas altas de las márgenes de los ríos y *quebradas*. Disponen de muy limitada tecnología para cultivar en las turbas pantanosas sobre las que medra el bosque de *guandal*, que ocupa la mayor parte del área inundada por aguas dulces. La alta humedad edáfica y relativa que allí predomina, concomitante con las altas precipitaciones y geoformas cóncavas de acumulación, virtualmente proscriben el fuego durante la mayoría de los años como herramienta de transformación del ecosistema. Aunque la irregularidad pluvial que caracteriza estos climas ecuatoriales (Del Valle, 1994) permitiría su empleo en los años más secos, aparentemente, ha habido también un condicionamiento cultural que descarta tal herramienta. El desmonte se realiza por medio del hacha y el machete.

Tal práctica ha permitido que los mecanismos de regeneración del bosque se conserven, lográndose entonces mantener una cobertura forestal que en algunos sitios ya ha recibido hasta tres ciclos de corta de cinco a quince años, así una continuidad de refugio para la fauna. La destrucción del hábitat es más determinante en la desaparición de la fauna que la cacería.

Durante las primeras décadas de la explotación forestal en el Pacífico Sur colombiano, el Estado otorgó concesiones y permisos vir-

tualmente sobre la totalidad de las 140.000 ha de bosques de *guandal* del departamento de Nariño. Algunas empresas introdujeron tecnologías mecanizadas tales como los winches flotantes y cables; pero la tecnología empleada por los campesinos negros e indígenas, aunque manual, resultó más apropiada, sobre todo en términos de costos (The Marag y Roche, 1987). Por ello, se generalizó en el Pacífico Sur que las empresas compraran a los *tuqueros* la madera en sitios de acopio o en el aserradero, sin reparar sobre si la madera venía o no de su área de concesión o permiso.

Las grandes empresas madereras finalmente quebraron en la década del setenta, pero la madera siguió llegando a los pequeños aserraderos mediante compra o arreglos del propietario o administrador del aserradero con los *tuqueros*. Durante las últimas dos o tres décadas, dependiendo del sitio, la totalidad de la madera de los *guandales* es cortada y extraída directamente por estos campesinos silvicultores de sus territorios, sin que haya ninguna empresa participante del proceso. La figura de los permisos otorgados por Corponariño sólo sirve para amparar la madera embarcada en los aserraderos; el lugar de origen o sitio del permiso no importan. Es un verdadero anacronismo del Estado colonial alcabalero.

El relativo sedentarismo, la explotación forestal de las tierras ocupadas, la regeneración del bosque y la infraestructura en ellos construida, ha desarrollado en estos pobladores negros un sentido de pertenencia a su territorio más acendrado del que tienen otras comunidades en cuyo territorio se han otorgado concesiones madereras en las cuales trabajan como empleados o peones. Podría asegurarse que cualquier empresa, prevalida de un permiso o concesión otorgado por el Estado, que actualmente pretenda explotar directamente estos bosques está condenada al fracaso, al menos en cuanto concierne a los bosques de *guandal* del delta del río Patía y ríos asociados, por cuanto la comunidad rechazaría este intento, interpretándolo como una verdadera invasión de su territorio. En algunas zonas

del río Atrato, esto no sólo ha sido posible, sino que ha tenido el respaldo de porciones significativas de miembros de la comunidad, en especial de aquellos que pertenecen al sindicato o son contratistas de una importante empresa maderera.

El territorio de una comunidad

Con frecuencia se ha definido el territorio como aquel espacio en el cual una comunidad humana desarrolla sus actividades vitales, económicas, sociales, culturales y lúdicas; sin embargo, Zuluaga y Romero aportan una interesante distinción entre los conceptos de espacio, hábitat y territorio, que parece importante retomar aquí. El espacio, dicen:

"[...] solamente hace referencia de aquello que se puede traducir en paisaje natural. Cuando el hombre usufructúa ese espacio y lo hace su lugar de vivienda, lo convierte en hábitat" (1993:19). Es allí, entonces, donde se desarrollan las actividades mencionadas anteriormente. Para que haya territorio se requiere que se ejerza soberanía no sólo material por la ocupación, sino también cultural y social: "[...] la territorialidad se ejerce en plano económico, social, cultural, lingüístico, etc., y encuentra expresión política a través de su militancia ideológica". (Zuluaga y Romero, 1993: 19). De acuerdo con este concepto, la territorialidad implica el ejercicio de algún grado de poder político, como podría ser el que ejercerán los Consejos Comunitarios — C.C — presentados en el artículo 5o. de la Ley 70/93. Lamentablemente, este poder estaría limitado en relación con el ejercido por los indígenas en sus Etis: Entidades Territoriales Indígenas. La reglamentación de la Ley con respecto de los C.C. será de gran importancia para las comunidades negras pues de ella dependerá la calidad de su pertenencia territorial.

Algunos conflictos en la definición de los territorios para la titulación colectiva o étnica

Los territorios y las comunidades no son, por lo regular, unidades discretas; tienden a ser más bien un continuo en el cual la separación de territorios entre comunidades y aun unidades familiares colindantes puede ser no sólo subjetiva, sino también conflictiva. En el municipio Olaya Herrera, entre los ríos Satinga y Sanquianga, la separación de las veredas a lo largo de los ríos se encuentra relativamente bien definida; igual sucede con las propiedades familiares, agrícolas y forestales, no así con sus colindantes a medida que se *alejan* del río, por cuanto manejan el criterio de que la vereda o propiedad llega hasta los confines. Es obvio que estos confines finalmente se encuentran con los de los habitantes de otro río, lo cual allá ocurre con frecuencia muy pronto. A tal punto es difusa esta territorialidad, que las propiedades se venden o delimitan sólo con base en las brazas frente al río, sin atender a ningún criterio del fondo. Por ello la medida de brazas cuadradas no tiene allí ningún sentido.

Parece que hasta ahora en los bosques de *guandal* del municipio Olaya Herrera han predominado fronteras vivas con un alto grado de ósmosis y no de muros (Escobar, 1994). Ello ha permitido que los eventuales conflictos se solucionen amigablemente. Al tratar de delimitar los confines de dos veredas sobre corrientes aproximadamente paralelas entre la vereda Naidizales del río Sanquianga y los habitantes de la *quebrada* La Prieta, se ha encontrado que sus límites son altamente circunstanciales. Al encontrarse los habitantes de Naidizales con árboles de sajo que habían sido limpiados de sus bejucos y vegetación circundante para su posterior aprovechamiento, concluyeron que, de allí en adelante, el territorio pertenecía a los habitantes de la *quebrada* La Prieta. En otra ocasión, fue el lejano

ruido de las hachas el que estableció el límite. Si la delimitación se hubiese hecho un poco antes, o algunos años después, el resultado habría sido enteramente diferente.

Los habitantes de los bosques de *guandal* no reclaman la propiedad sobre el bosque sino sobre los palos; esto es, sobre los árboles maderables o *vuelo* de los silvicultores. Las piezas de cacería son de quien las cobre o participe de alguna manera en la faena, pero el dueño del bosque no tiene participación per se. Igual sucede con los frutos silvestres y las plantas medicinales, las mágicas o las empleadas para la construcción: son un bien *libre* (Restrepo, 1995).

La intrincada red entre los troncos y linajes familiares (Arocha, 1993; Friedemann y Espinosa, 1993) conduce así mismo a que los habitantes de una vereda a la cual se autoadscriben posean, frecuentemente por herencia, tierras agrícolas y forestales en otras veredas, inclusive de otros ríos, pero que sólo ocasionalmente las trabajan. Aunque las comunidades negras reconocen esta propiedad, pareciera de menor jerarquía que la otorgada a los habitantes allí domiciliados.

La construcción de *cunetas*, nombre empleado para designar las zanjas de cerca de 1 m de ancho utilizadas para transportar las trozas de madera o *tucos* desde el bosque hasta las *quebradas* y ríos, aprovechando el alto nivel freático de estos humedales turbosos es quizá el elemento más determinante de la propiedad en los bosques de *guandal*. La utilización de las *cunetas* está restringida a sus dueños; los demás deben obtener autorización expresa y con frecuencia se paga la salida por ella.

Para trasladar la madera del lugar de apeo a las *cunetas* se construyen *carreteras*. Son ellas una especie de carrilera formada por fustes de árboles, generalmente de dimensiones no comerciales, o de estipes de palmas dispuestas en forma paralela sobre las cuales ruedan los

tucos de 3,2 m de longitud. Cuando la *punta* de madera está cerca de un río o quebrada, los *tucos* se bañan directamente en estas corrientes. Si estas *carreteras* no son permanentes, desaparecen pocos años después por efectos de la agresiva sucesión vegetal que cicatriza su huella. En consecuencia, las *carreteras* no permanentes acreditan menos la propiedad que las *cunetas*, dado que estas últimas perduran.

Con respecto de la propiedad colectiva de los bosques de Olaya Herrera, las organizaciones negras allí existentes— Orisa, Universan y Odemap— se han pronunciado a favor de la titulación por cuencas, antes que por veredas. Por lo tanto, habría un C.C. para el territorio de cada organización. Cabe analizar muy brevemente este asunto por cuanto podría conducir a situaciones potencialmente conflictivas. Sabido es que las comunidades negras del litoral Pacífico colombiano se identifican más con un río que con un municipio. Su *patrón* de asentamiento básico es lineal a lo largo de las corrientes de aguas. Ello las ha llevado, como consecuencia lógica, a plantear la titulación por ríos o sus equivalentes: Orisa— Organización del Río Satinga—, la cuenca del río Satinga; Universan— Unión Veredal del Río Sanquianga—, la cuenca del río Sanquianga; y Odemap— Organización para la Defensa de los Mares del Pacífico—, la zona estuarina del delta del complejo Patía- Sanquianga y ríos asociados.

Tal decisión es sensata y coherente culturalmente, pero ocasiona dificultades cuando se confronta el concepto local del término cuenca con el técnico o geomorfológico. En efecto, técnicamente una cuenca se define mediante la delimitación de las divisorias de aguas con las cuencas vecinas. El *patrón* de drenaje, esto es, hacia dónde se dirijan las aguas y el concatenamiento de los canales primarios, secundarios, etc., conforman las llamadas cuencas hidrográficas. Tal vez no sobre decir aquí que la delimitación de las cuencas de

montaña es un proceso relativamente simple si se dispone de cartografía corriente del Igac 1:25000 con curvas de nivel cada 25 m o, inclusive, de fotografías aéreas. Así mismo, el concepto de cuenca se capta fácilmente por los montañeses por cuanto coincide con divisiones naturales evidentes que, con frecuencia, también son históricas.

En las áreas muy planas e inundadas, como es el caso de los bosques de *guandal* del delta del río Patía y Sanquianga, no resulta fácil determinar los patrones de drenaje de las innumerables y diminutas fuentes que alimentan las *quebradas* y ríos; más aún, existen cuencas interconectadas. Pero tal delimitación, una vez realizada, enfrentaría dificultades al tratar de aplicar la titulación colectiva o étnica por cuencas. Se ha encontrado que, a veces, a no más de 300 a 500m de un río, las aguas del *guandal* escurren hacia una cuenca diferente de ese río; no obstante, los campesinos consideran que éste es parte de su territorio y, por tanto, de su cuenca. Casos como estos son comunes entre el alto Sanquianga y el Patía Viejo, así mismo entre las cuencas del río Sanquianga y de la quebrada La Prieta, y entre ésta y el río Satinga. Los casos potenciales de conflicto podrían ser muchísimos. En resumen, el concepto de cuenca no parece apropiado para delimitar en los bosques de *guandal* los confines que, como lo anotamos, son una frontera muy difusa. Se debe advertir que la opción de titulación por veredas, enfrentaría en última instancia la misma indefinición. Al respecto Agudelo *et al* realizan una interesante comparación entre los C.C. por cuencas y por veredas, y concluyen que el C.C. por vereda tiene ventajas prácticas en términos de manejo de los recursos, la delimitación de las propiedades, la autoridad y en el fortalecimiento de la democracia; pero que el C.C. por cuenca, "[...] encuentra su óptimo el plano político; es decir, en el de la gestión, la concertación y la negociación con el Estado" (1994:104). Finalmente, proponen la existencia de ambos consejos, así como formas para articularlos.

Se nota, entonces, que en Olaya Herrera se ha adoptado la expresión cuenca hidrográfica, pero su significado habría de limitarse o interpretarse de una manera diferente; esto es, respetando los derechos de apropiación y ocupación de los ríos y *quebradas* vecinos por las familias.

Hoy, al menos para los bosques de *guandal* entre los ríos Satinga y Sanquianga del municipio Olaya Herrera, no se comparte plenamente la opinión manifestada por el autor antes de la Constituyente de 1991 (Del Valle, 1989), en el sentido de que los bosques de *guandal* se deberían titular como propiedad comunal a los campesinos, lo cual, en esencia, expresa el Artículo Transitorio 55 de la Constitución y, posteriormente, la Ley 70 de 1993; aunque en el Artículo y la Ley se emplea el término propiedad colectiva. Tal cambio de opinión obedece a que en este municipio la casi totalidad de los bosques de *guandal* son de propiedad familiar, igual que los diques o zonas de cultivo. Casi no existe una hectárea de este bosque que no sea allí reclamada por posesión u ocupación por alguien. Quizá sea más válido hablar allí de propiedad étnica como lo han venido proponiendo López y Ríos (1995). Cualquier aplicación o reglamentación de la Ley deberá respetar este statu quo. De todas maneras, la Ley 70 de 1993 permite la existencia de un C.C. que administre un conjunto de propiedades familiares amparadas por un solo título colectivo o étnico. Este C.C. tendría la potestad de deslindar las propiedades familiares. Como los planes de manejo forestal no deberían hacerse para pequeñas propiedades familiares, valdría entonces la pena rescatar y reelaborar la figura de la asociación para el trabajo forestal, llamada localmente *brigada* o *cuadrilla* (Restrepo, 1995), que hace parte de los *trabajos en sociedad* estudiados por Martínez (1995), la cual trata de encontrar un compromiso entre los aportes en bosque — madera en pie — , trabajo y capital.

Prácticas tradicionales de producción

El artículo 20, numeral 7, de la Ley 70 de 1993, define las prácticas tradicionales de producción — Ptp— así: "Son las actividades y técnicas agrícolas, mineras, de extracción forestal, pecuarias, de caza, pesca y recolección de productos naturales en general, que han utilizado consuetudinariamente las comunidades negras para garantizar la conservación de la vida y el desarrollo autosostenible".

Sea lo primero una digresión con respecto a la redacción del citado numeral. Para que los bosques puedan persistir produciendo cosechas a "perpetuidad", se requiere mucho más que la extracción forestal. Esta sola no garantizaría ni la "vida" ni "el desarrollo autosostenible" de que habla la Ley. Lo que habría de propiciarse y de resaltarse como elemento cultural que favorece la persistencia de los bosques y de sus valores étnicos y económicos tangibles e intangibles, serían las prácticas y técnicas silvícolas o silviculturales; las cuales, aunque incluyen la extracción o aprovechamiento de una amplia gama de productos forestales, implicarían otras actitudes y actividades hacia y en estos ecosistemas selváticos que serían, precisamente, las que garantizarían la persistencia de la simbiosis cultura-selva.

El término campesinos silvicultores acuñado para los *tuqueros* de los bosques de *guandal* del delta del río Patía (Del Valle 1989, 1993b), se refiere a este ideal. Alejándose del significado literal de silvicultura como cultivo de la selva se propone, como un ideal para las culturas en las cuales el contacto ancestral con los ecosistemas selváticos ha propiciado una relación más armónica con la selva, el significado de cultura de la selva.

Algunos han creído ver en las Ptp de las comunidades negras del Pacífico tal cúmulo de virtudes, que su aplicación repetitiva garan-

tizaría por siempre la satisfacción de las necesidades y las aspiraciones de los habitantes de esta región. Tal concepción, surgida quizá del imaginario romántico del buen salvaje, tiende a alejarse cada vez más de la realidad, en la medida que la población aumenta, los recursos se agotan y la población, articulada cada vez más con la economía de mercado, tiene nuevas aspiraciones y necesidades, sean ellas creadas artificialmente e innecesarias, o reales, justas y acordes con el progreso material y espiritual que impulsa a muchas culturas, entre las cuales la negra del Pacífico no es una excepción.

Aunque tales Ptp han permitido que hasta ahora estos pobladores hayan logrado enfrentarse a un medio hostil con cierto éxito, muchas de ellas se desarrollaron en condiciones muy diferentes de las que deben enfrentar los negros de hoy y, más aún, los del próximo siglo. Uno de los rasgos de la cultura negra del Pacífico colombiano es su poco interés por la acumulación, lo cual, tal vez, podría interpretarse desde la llamada ecología humana como una adaptación a un medio pobre en términos de su potencial agropecuario. El prolijo calendario de festividades y, en general, de actividades lúdicas y culturales, también podría, en cierta medida, ser parte de esta misma adaptación, la cual tiende a disminuir las presiones sobre el ecosistema. Esta hipótesis parcial sobre el origen de los descansos no se opone al hecho comprobado en el municipio de que antes de las fiestas se intensifica el aprovechamiento forestal, con el fin de obtener recursos para los asuetos. Desde esta perspectiva podría decirse que esta cultura ha privilegiado el ahorro ecosistémico al monetario. Pero, las nuevas generaciones no están, en general, dispuestas a mantener tan exiguas, aunque fuesen autosostenibles, condiciones materiales. Ello podría conducir a que los mecanismos homeostáticos culturales se rompan y los ecosistemas colapsen y, con ellos, la utopía silvicultural antes mencionada. Además, el ejemplo destructor de la cultura dominante, ciertamente no invita a la providencia.

El aumento inexorable de la población y el mejoramiento de las condiciones materiales de vida exigirán cada vez más recursos naturales. El punto con respecto al cual se desea llamar la atención, por su pertinencia con el ordenamiento territorial, es que la sola densidad poblacional dice poco en términos ecológicos y económicos. Un ecosistema está subpoblado cuando su capacidad de cosecha de los recursos naturales renovables es inferior a la extracción que de ellos haga la población que lo interviene. Pero la cosecha sostenible y la extracción dependen, en alto grado, tanto de los ecosistemas como de la tecnología empleada; esto es, de las Ptp y de la tecnología de las empresas que explotan los recursos naturales de la región. La extracción indispensable para satisfacer las necesidades de la población también está en función de los ingresos que se perciban por la cosecha ecosistémica. El desequilibrio entre una cosecha sostenible menor que la extracción conducirá a la degradación de la base productiva de la comunidad.

En los bosques de *guandal*, la posible contribución que a la cosecha harían las especies potencialmente comerciales sería poca, dado que la gran mayoría de las especies ya son comerciales. La posibilidad de mejorar los ingresos de manera sustancial no puede lograrse por este camino ni tampoco aprovechando un mayor volumen de las especies ya comerciales, por cuanto, además de que los precios caerían aún más por la sobreoferta, el deterioro ambiental se agudizaría. Quedaría la opción de lograr mejores precios por los productos, lo cual implicaría, probablemente, que las comunidades asumieran procesos de industrialización y comercialización con el fin de captar el mayor valor agregado posible de sus productos.

Los planes de manejo del bosque, logrando la certificación de la madera como procedente de bosques ordenados para una producción sostenible, despejarían el camino para su exportación. La diferencia entre el precio pagado a los campesinos por las trozas en Bocas de Satinga y el precio internacional de las maderas tropicales

(Gresham, 1994 Fao, 1993) permite pronosticar que éste debe ser un negocio lucrativo.

La demagogia e ignorancia de algunos miembros de la dirigencia política ha vendido la falsa idea de que el Pacífico colombiano será la despensa futura de este país. Nada más alejado de la realidad: los suelos fértiles son más la excepción que la regla. Permítanos exponer esta norma general: a mayor precipitación pluvial la fertilidad será menor; por ello, si el Chocó Biogeográfico es una de las regiones más lluviosas del mundo, allí no pueden encontrarse los mejores suelos. Precisemos también que la fertilidad se refiere sólo a la parte química del suelo, a la disponibilidad de nutrientes en él, lo cual es diferente de la productividad, por cuanto esta última comprende, además de la fertilidad, factores físicos del suelo así como un complejo de factores bióticos y ambientales y, por supuesto, del sistema agrotecnológico empleado; o sea, de las Ptp. En resumen, un suelo puede ser fértil y, aun así, improductivo.

Poco, muy poco, se ha estudiado la agricultura y la silvicultura de los ecosistemas muy húmedos y pluviales tropicales. Ha predominado un trasplante burdo de los sistemas agrotecnológicos originarios de climas más secos o fríos y de culturas diferentes. Por ello tantos fracasos. Cabría entonces referirse también a la agricultura en términos culturales como ya se proponía para la silvicultura.

Hechas las consideraciones precedentes, se plantea al menos como hipótesis que en el litoral Pacífico colombiano podría haber áreas sobrepobladas. Sea el caso de Olaya Herrera en el departamento de Nariño (véase en la figura 1 en el artículo "Medio Biofísico" en este mismo texto, la localización de su cabecera Bocas de Satinga), el cual puede considerarse como el municipio maderero más importante de Colombia, como lo acreditan sus casi treinta aserraderos que procesan la mayor parte de la madera de los bosques de *guandal*, quizá los humedales forestales más importantes de Colombia. De

las 114.200 ha del municipio, sólo 20.139 ha se pueden dedicar al uso agropecuario; hay 51.413 ha de bosques aprovechables, pero la totalidad de ellos ha soportado ya varias intervenciones en los últimos cincuenta años; existen además 42.587 ha en manglares del Parque Natural Nacional Sanquianga, así como en bosques inaccesibles, pantanos y cuerpos de agua (Molina, 1995). De los 22.582 habitantes del municipio, 17.614 son rurales (Dane, 1994). Esto significa que sólo se dispone de 17,6 y 6,9 ha de bosque y tierra agrícola respectivamente por familia promedio — 6,04 personas por familia—, verdaderos minifundios dada la cosecha posible en estos ecosistemas, su sistema agrotecnológico y la baja retribución monetaria percibida por la madera. Si los cálculos se hiciesen no con la fracción rural sino con la totalidad de la población municipal, puesto que gran parte de los habitantes de la cabecera, Bocas de Satinga, se puede considerar como rurales, el fraccionamiento de la tierra sería aún mayor: 13,7 y 5,4 ha respectivamente. Una investigación realizada en 1990 indicó que una familia requiere de unas 254 ha de bosque para subsistir, manteniendo las actuales condiciones materiales de vida actual; pero si fuese a subsistir de la agricultura o de la agrosilvicultura requeriría como mínimo 17,5 y 14,0 ha respectivamente. Este mismo estudio concluyó que el rendimiento financiero del bosque es cercano a cero (Arango y Arbeláez, 1990). Un trabajo posterior que empleó como herramienta de análisis la optimización, concluyó que el área mínima agrícola por familia sería de 7,3 ha, el área mínima forestal por familia 131,4 ha, para un total de 138,7 ha (Molina, 1995). Desde estos puntos de vista, el municipio está sobrepoblado, aunque sólo haya 19,8 habitantes km² de tierra total y 31,6 habitantes km² de tierra rural útil para la agricultura, la silvicultura y la cría de animales. En otros ecosistemas, con otras tecnologías y relaciones económicas más equilibradas, tales densidades poblacionales serían bajas.

Al compartir lo expuesto con las organizaciones negras de Olaya Herrera, se ha encontrado por parte de sus miembros incredulidad y

rechazo. A título de ejemplo se aportan expresiones como esta: aquí hay mucha tierra — Sic—, escuchada en la vereda La Herradura del río Sanquianga durante la Tercera Asamblea Anual de Universarios realizada entre los días 29 de abril y el 1° de mayo de 1993. No obstante, en la misma asamblea, se había denunciado el problema de los campesinos sin tierra. Se afirma también que: nuestra tierra es muy buena — Sic—, cuando las evidencias demuestran que hay limitantes de fertilidad y drenaje (Uribe y Marín, 1990).

Es cierto que muchas Ptp son ambientalmente sanas, pero ello no implica que no puedan mejorarse, como lo prevé la Ley 70 de 1993 en el Artículo 49 cuando estipula su "cualificación". También la misma Ley contempla la introducción de tecnologías apropiadas Artículo 51. Aquí se percibe un enorme vacío que debe llenar la investigación. Aunque sea una verdad de Perogrullo, se insiste en que no hay desarrollo ni mejoramiento de las condiciones materiales ni socioculturales sin investigación, por cuanto ella permite conocer mejor al hombre y a su entorno que es el sustrato material de la cultura.

Las culturas precolombinas desarrollaron sistemas agrotecnológicos que les permitieron cultivar humedales. Baste mencionar en Sur América los campos elevados y camellones del río San Jorge que ocupan la zona mesopotámica de ciénagas, donde convergen las aguas lodosas de los ríos San Jorge, Cauca y Magdalena con un área mínima de 70.000 ha (Parsons y Denevan 1992). Plazas y Falchetti (1985) encontraron que los sistemas hidráulicos cubrían 500.000 ha. El proceso de construcción se inició en el siglo I a. C. y culminó en el X d. C. Los llanos de Mojos al nororiente de Bolivia, los cuales cubren por lo menos 20.000 ha, los campos elevados del lago Titicaca a 3.800 m de altitud con 80.000 ha localizados entre Perú y Bolivia, los campos de camellones de las costas de Surinam y de los llanos del Orinoco en Venezuela y, sobre todo, los más antiguos y cercanos al área de interés en el delta del río Patía, los del río Guayas que se

extienden unos 70 km desde el delta de este río a 14 km de Guayaquil — Ecuador— aguas arriba por el río Babahoyo y sus afluentes, los cuales cubren al menos de 25.000 ha cuya edad más antigua obtenida por C¹⁴ los remonta a unos 4.000 años A.P. (Parsons, 1992; Parsons y Denevan, 1992).

Los camellones y campos elevados, cuya utilización en muchos lugares ya había desaparecido cuando llegaron los europeos a Sur América, permitieron que las culturas precolombinas densificarán sus poblaciones al punto que Parsons y Denevan (1992: 247) estiman que los campos elevados del río San Juan podían haber mantenido unos 156 habitantes/km².

En relación con las famosas tolas del litoral Pacífico, también encontrados en el Pacífico Sur colombiano, los montículos estudiados por Bouchard (1983), dicen Parsons y Shlemon "[...] claramente algunos sirvieron como sitios de habitación o enterramiento; sin embargo, son demasiado numerosas y grandes para que ese haya sido su uso principal" (1992:277).

Aunque no hay estudios sobre las técnicas empleadas por estas culturas para el manejo de humedales turbosos como los *guandales*, se han encontrado campos elevados sobre esteros del río Guayas (Parsons y Denevan, 1992: 277), así como en manglares en Surinam. En las altas montañas son dignos de mencionar los huachos en el Perú y Bolivia y las chinampas en México (Parsons y Denevan, 1992: 241-242).

Las culturas precolombinas también lograron la intensificación de los cultivos mediante la formación de suelos utilizando sedimentos de los ríos y ceniza, estiércol, desechos de caza y pesca, etc. Son estos los llamados antrosuelos, abundantes en la Amazonia pero ya abandonados cuando los europeos llegaron (Mora *et al*, 1990;

Andrade, 1985). Stemper y Salgado (1993) plantean la hipótesis de que las "tierras pardas" del sitio Ordóñez del río Calima pudieran corresponder a suelos creados por el hombre y sugieren nexos con la cultura La Tolita-Tumaco, cuyo período temprano se remonta a cerca de 3.000 a.p.

Basados en lo anteriormente expuesto, se concluye que hace ya milenios existían en el Pacífico sistemas agrotecnológicos más intensivos para la agricultura que las actuales Ptp. Ellos, además, permitieron el desarrollo de importantes culturas con altas densidades de población durante prolongados lapsos. El conocimiento, evaluación y mejoramiento de estos sistemas podría arrojar luces y aun ser la clave para el manejo agronómico de estos ecosistemas tropicales.

No parece ético, soslayar la existencia de Ptp no sanas ambientalmente. Se trata de prácticas en las cuales se derrocha la oferta ambiental innecesariamente o son de gran impacto para el ecosistema. Por eso el Artículo 60, literal b de la Ley 70 de 1993, invita a "[...] desestimular las prácticas ambientalmente insostenibles [...]".

Entre las comunidades negras del Pacífico colombiano no se concibe que una especie cinérgica se pueda acabar o extinguir en su territorio o río. Ellos dicen cuando llevan mucho tiempo sin cobrar una pieza que ésta se *alejó*. Y a pesar de que transcurran varios años en tales circunstancias, rechazan la idea de su finitud porque "*al sahino lo produce el monte*" (Restrepo, 1995). Es así como el sahino, el mongón y el mono se han alejado definitivamente de muchos territorios. La consecuencia de este imaginario es la cacería sin medida o previsión alguna; en efecto, cuando los cazadores se topan con una punta o manada de sahinós o tatabras, por ejemplo, matan todos los que puedan, siendo su límite sólo el pertrecho, el cansancio o la rápida huida de los animales. Restrepo (1995) ha documentado la existencia de cazadores especializados en el municipio Olaya

Herrera, quienes viven de la venta de la carne de los animales que matan. Tal práctica podría conducir al colapso de algunas poblaciones y, seguramente, no podrá mantenerse por mucho tiempo.

Quienes han caminado por el monte con los habitantes del Pacífico, habrán comprobado, con sorpresa, que cortan la palma chapililla (*Oenocarpus mapora*) el naidí (*Euterpe oleracea*) o la cecilia (*Euterpe precatoria*), para recolectar sus frutos y, a veces, sólo para concluir que aún están verdes. Tal comportamiento es frecuente con muchos otros frutales y plantas silvestres útiles. Ello tipifica lo que se ha llamado derroche de la oferta ambiental.

Las *carreteras* para la extracción de las trozas causan una vasta destrucción de las especies maderables juveniles que podrían representar la cosecha del futuro. Poco interés se nota por reducir el *daño* y ensayar técnicas de menor impacto. Como, al igual que la fauna, las especies maderables o alimenticias silvestres *las produce el monte* y ellas *se alejan*, pero no se acaban, las propuestas conservacionistas chocan contra una barrera cultural difícil de superar.

La extracción de *piolos*, esto es, de árboles jóvenes menores de 30 cm de diámetro, es una dañinísima práctica difícil de erradicar. La corta de los árboles de mayor diámetro y mejor forma sin conservar en pie a los mejores como portagranos o árboles madres, lo cual se ha hecho durante varias décadas, está conduciendo a un acelerado proceso de disgénesis; es decir a la pérdida de los genes que permiten el rápido crecimiento y la buena forma de los árboles (Del Valle, 1993a).

Las Ptp mencionadas, y otras más, comunes en la agricultura, la caza, la pesca y la silvicultura, podrían resultar autosostenibles si la población que las empleara tuviese una densidad muy baja y conservase los patrones tradicionales de consumo; esto es, en las condicio-

nes en que ellas se generaron. En el futuro, este comportamiento deberá modificarse radicalmente.

Siendo consecuentes con lo expresado, se concluye que el adecuado manejo de los territorios negros del Pacífico colombiano requiere mejorar las Ptp y adoptar o crear nuevas tecnologías acordes con el medio ecológico y cultural; pero, también, más eficientes y productivas. La etnoeducación con una sólida base ambiental podría desempeñar un papel definitivo en lograr no sólo relaciones más armónicas con la naturaleza, sino también mejores condiciones de vida. Si se empieza hoy, quizá en dos o tres décadas se vean resultados. Proponemos, entonces, reconciliar el etnodesarrollo con el ecodesarrollo.

¿Será posible la sostenibilidad en los bosques de *guandal*?

La sostenibilidad de las producciones forestales antes que un problema técnico lo es político y socioeconómico (Del Valle, 1989, 1993b), en especial, cuando se pretende desarrollar la silvicultura con comunidades pobres. Una cosa es el manejo sostenible empresarial y otra, muy distinta, es el desarrollo social basado en la sostenibilidad del bosque cuando miles de empobrecidos y marginados habitantes compiten desesperadamente por un recurso, cuyo envilecido precio no les da para vivir y, además, se les quiere responsabilizar del pecado de lesa ecología por la destrucción de los bosques, porque supuestamente son patrimonio de la humanidad.

Martínez (1995) intenta dilucidar los procesos que determinan la abrumadora pobreza en que viven los campesinos silvicultores de los bosques de *guandal* del departamento de Nariño, cuando son ellos quienes producen la madera, vital para la industria de la construcción, que presenta elevadas tasas de rentabilidad y crecimiento. En los bosques de *guandal* del departamento de Nariño se produce

un alto porcentaje de la madera procedente de los bosques naturales de Colombia, pero es allí, precisamente, donde se concentra el mayor porcentaje de población pobre del país con el 93 % de ella sin las necesidades básicas satisfechas.

Tres investigaciones independientes han indicado que el precio pagado a los campesinos por las trozas, apenas remunera entre el 83 y el 86 % del valor de los jornales movilizados (Giraldo, 1994; Martínez, 1995, Giraldo y González, 1991). Esta es la situación en Bocas de Satinga donde cerca de treinta aserraderos compiten por las trozas. En otros ríos o municipios como Iscuandé, La Tola, El Charco o Mosquera, la situación es aun peor. Los campesinos, entonces, transfieren riqueza a los "industriales" y comerciantes de madera del Pacífico, y aun a Corponariño, en forma de tasas para la investigación forestal y la renovabilidad del recurso. Hay evidencia de que no sólo la producción forestal de madera y palmito, sino también la agrícola, el cangrejeo y la pesca, entre otras, rinden también ingresos monetarios menores que sus costos monetarios (Martínez, 1995). En algunos casos el déficit se puede cubrir con el cultivo y tráfico "menor" de la coca (Molina, 1995).

Los trabajadores de los aserraderos tampoco se benefician del aprovechamiento forestal; el pago a destajo y la burla de sus derechos laborales con la complicidad de las "autoridades competentes", los hace tan pobres como los campesinos (Martínez, 1995).

Molina (1995) evaluó en 23 familias campesinas de Olaya Herrera los ingresos de diversa índole: madera, agricultura, caza, pesca, cangrejeo, camaroneo, cría de animales y artesanías, entre otros. Encontró que los ingresos mensuales netos familiares totales fueron de \$86.884 y los monetarios de apenas \$30.114. Dado que la familia promedia en el municipio, según el censo de 1993, es de 6,04 personas en el área rural, se obtiene un ínfimo ingreso monetario per cápita de \$4.985 mensuales. Así, los ingresos totales y monetarios

per cápita son de US\$205 y US\$71 al año, respectivamente, ambos entre los más bajos del mundo. Por familia sólo ingresaron el 91 y el 32 % del salario mínimo legal, en ingresos totales y monetarios respectivamente; y eso que el promedio lo subió el hecho de que algunos ripean coca y otros la trafican.

Se ha encontrado que los ingresos por la madera y otras fuentes son de magnitud aproximadamente igual; pero, la madera responde en este municipio por cerca del 90 % de los ingresos monetarios (Martínez, 1995). De acuerdo con los resultados de Molina (1995), la producción media anual de madera por familia es de 208,41 m³, o sea, unas 718,65 trozas. Ello implicaría que el bosque promedio debería crecer 9,47 m³/ha/año de volumen comercial, cifra que no se cree posible de alcanzar. Pero aun si lo fuese, manteniendo la estructura y las relaciones actuales de mercado así como la tecnología, esto es, las Ptp, sólo se lograría perpetuar la absurda *miseria*² en que viven estas gentes.

El razonamiento anterior, la progresiva disminución del diámetro de corta hasta el punto de que la troza promedia actualmente es de sólo 35 cm de diámetro y, además, las evidencias de degradación percibidas en inventarios sucesivos, permiten afirmar que si se mantienen las tasas actuales de aprovechamiento, las cuales superan ampliamente el volumen cosechable, la persistencia del recurso para las generaciones futuras, y aun para la actual, se vería seriamente comprometido por cuanto es, en las palabras de Martínez: "[...] una producción que progresivamente degrada las condiciones naturales que la hacen posible" (1995).

Mucho habrá que mejorar la agricultura, esto es las Ptp agrícolas, para que tan exigua y poco fértil tierra pueda realmente servir como

² La palabra *miseria* se toma tanto del Diagnóstico Participativo efectuado por el Proyecto Bosques de Guandal en 1993, como de la opinión de muchos campesinos sobre sus condiciones materiales de vida; no surge, pues, sólo de los indicadores económicos.

amortiguadora del impacto al bosque, dar sustento a la población y generar excedentes monetizables.

Lamentablemente, entre los muchos y gravísimos impactos ambientales, sociales y económicos producidos por el trasvase del río Patía — que con el San Juan, son los más caudalosos del Pacífico americano al sur del río Columbia— hacia el pequeño río Sanquianga— impune delito ese, vergüenza de las entidades encargadas de velar por los recursos naturales y del ambiente— se encuentra la pérdida de importantes tierras agrícolas tanto por la erosión en las orillas y diques aluviales al horadar su canal, como por la inundación de muchas fincas. Fue así como numerosas familias de agricultores se vieron impelidas, ante tal atropello nunca resarcido, a dedicarse a la actividad de *tuqueros*, inclusive en tierras ajenas donde deben pagar la salida (Castillo, 1995).

El ordenamiento, en especial entre los ríos Sanquianga y Satinga, del medio rural en Olaya Herrera requiere: 1) la búsqueda de soluciones para mejorar la educación cualitativa y cuantitativamente, 2) aumentar la producción y la productividad agrícola y pecuaria con especies menores, 3) la disminución del aprovechamiento forestal compensando la pérdida de ingresos con la agricultura y con el mayor valor agregado que generaría una mejor calidad de la madera —la actual es pésima—, 4) la industrialización local, sobre todo con pequeñas empresas de las cuales habrían de ser propietarios miembros de la comunidad, 5) la comercialización de la madera, inclusive en el exterior mediante el certificado verde, 6) el hallazgo de la manera para disminuir los desperdicios en el bosque y en los aserraderos o plantas, 7) prácticas silviculturales en el bosque, 8) la regulación de la cacería para que se adapte a las dinámicas poblacionales, 9) el desarrollo de la zootecnia y la acuicultura, 10) el hallazgo de formas asociativas equitativas entre los dueños del capital y las comunidades propietarias de los recursos naturales, y 11) la obtención de la propiedad étnica de los territorios, su delimita-

ción y la puesta en práctica de planes de manejo y de administración. Para lograr estas soluciones, es imperativa una decisiva voluntad política, pero también, un cambio de actitud de la población.

El aprovechamiento sostenible de los bosques de *guandal* podría empezar a dejar de ser retórica en tanto el Estado colombiano pagara su deuda con el Pacífico, cumpliendo con el Artículo 2 de la Constitución que habla de la "[...] vigencia de un orden justo". Y el Artículo 80 que lo obliga a garantizar el desarrollo sostenible de los recursos naturales.

El papel de la investigación en el ordenamiento territorial

Entre algunos sectores de las comunidades negras del Pacífico ha venido tomando fuerza una actitud reacia al desarrollo de investigación en la región. Cuando esta posición es indiscriminada se inflige un grave *daño* a la gente del Pacífico, por cuanto ello sólo conducirá a consolidar los problemas que se deben superar. Aunque el tema se ha tratado en varias oportunidades en este escrito, se quiere llamar la atención de manera específica acerca del papel atribuido a la investigación en la ordenación territorial no sólo en Colombia, sino también en otros países. Para el efecto se presenta un esquema empleado y ampliamente desarrollado en el Centro de Geografía Aplicada de Francia por Tricart & Kilian (1982) (véase figura 1). A pesar de que no es el propósito explicar este organigrama en detalle, su simple análisis visual permite apreciar que el ordenamiento territorial resulta de una decisión política, luego de transcurridas las etapas de conocimiento inicial, diagnóstico y búsqueda de soluciones. El ordenamiento territorial es, pues, la aplicación de las soluciones; trasciende la simple *división* política del espacio, e incluye acciones biológicas además de medidas sociales, económicas y educativas.

Como se aprecia, las etapas A, B y C deberán ser acometidas por organizaciones o entidades dedicadas al desarrollo de investigaciones y estudios. Ellas deben dar cuenta no sólo de un adecuado conocimiento del ambiente sino también de las sociedades y culturas que lo habitan y de las relaciones económicas y demás valores que las alientan. Idealmente, para que las decisiones políticas sean más acertadas, la investigación deberá haber producido un amplio espectro de soluciones entre las cuales se decidirá o elegirá aquélla o aquéllas más convenientes.

De tal suerte que el esquema presentado se corresponde con la Ley 70 de 1993. En efecto, el desarrollo del capítulo VI— Artículos 32 al 46— requiere como insumo indispensable la investigación. Ello, cualquier observador desprevenido lo advertiría; pero, además, se encuentra explícitamente considerado en el Artículo 43 cuando contempla reformar el Instituto Colombiano de Antropología— Ican— con el propósito de incorporar dentro de sus estatutos "[...] los mecanismos necesarios para promover y realizar programas de investigación de la cultura afrocolombiana [...]". De igual manera el Artículo 50 dice: "El Gobierno fomentará y financiará actividades de investigación orientadas a la promoción de los recursos humanos y el estudio de las realidades y potencialidades de las comunidades negras, de manera que se facilite su desarrollo económico y social [...]".

Bibliografía

- Agudelo, Luis Carlos.. *et al.* 1994. *Titulación colectiva en tierras de comunidades negras: Propuesta Programa de Investigación Proyecto Bosques de Guandal*. Medellín. Convenio Universidad Nacional, Pnud-Corponariño. 145 p.
- Arango Arbeláez, Marta. 1990. *Estudio Preliminar de la Economía Forestal*. Medellín. Universidad de Colombia, Facultad de Ciencias Agropecuarias. 40 p.
- Arocha, Jaime. 1993. "Los negros, expertos en bricolaje." En: Pablo Leyva (ed.) *Colombia Pacífico*. Tomo II. Santafé de Bogotá. Fondo para la Protección del Medio Ambiente "José Celestino Mutis", Fen., p 573-577.
- Bouchard, J.F. 1983. "Excavaciones arqueológicas en la región de Tumaco, Nariño, Colombia." En: *Revista Colombiana de Antropología*. 23: 125-33.
- Castillo, Ricardo. 1995. *El Canal Naranjo: Historia de una Tragedia Socio-ambiental en la Cuenca Baja del Río Patía*. Trabajo de grado de historia. Medellín. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Humanas. 85 p.
- Del Valle, Jorge Ignacio 1989. "Pasado, presente y perspectivas de manejo de los bosques de *guandal* del litoral Pacífico colombiano." En: *Revista Facultad Nacional de Agronomía*. Medellín. 42(1): 3-24.
- _____. 1993a. El problema de la selección disgénica en los bosques de *guandal* y propuesta para su solución." En: *Crónica Forestal y del Medio Ambiente*. Medellín. 8: 59-74.

- _____. 1993b. "Silvicultura y uso sostenible de los bosques: referencia especial a los *guandales*, Nariño." En: Pablo Leyva (ed.), *Colombia Pacífico*. Tomo II. Santafé de Bogotá. Fondo para la Protección del Medio Ambiente "José Celestino Mutis", Fen., p 693-713.
- _____. 1994. "Anotaciones sobre el clima de los bosques de *guandal* del delta del río Patía." En: *Revista Facultad Nacional de Agronomía*. Medellín. 47 (1 y 2): 145-159.
- Departamento Administrativo Nacional de Estadística (Dane). 1994. "Censo 93. Población por departamentos y municipios." En: *El Espectador*. p 1D-4D, Agosto 3.
- Escobar, I. 1994. "Bases conceptuales y metodológicas para un lectura de hábitat local". *Taller Permanente Fórum en el Cercano Oriente Antioqueño*. Medellín. Centro de Estudios del Hábitat Popular -Cehap- Universidad Nacional de Colombia. 47 p.
- Fao. 1993. "Situación y perspectiva de los productos básicos 1991-1992." *Productos Forestales*. p 156-157.
- Friedemann, Nina S. de y Espinosa, Mónica. 1993. "La familia minera en el litoral Pacífico." En: *Colombia Pacífico Tomo II*, Pablo Leyva (ed.). Santafé de Bogotá. Fondo para la Protección del Medio Ambiente "José Celestino Mutis", Fen. p 550-557.
- Giraldo, Luz Estela y González, J.P. 1991. *Una Aproximación a la Economía del Familiar del Cortero en los Alrededores de Bocas de Satinga, Departamento de Nariño*. Medellín. Universidad Nacional de Colombia, Facultad de Ciencias Agropecuarias. 57 p.
- Giraldo, Iván. 1994. *El Sistema de Aprovechamiento Forestal en los Bosques de Guandal*. Medellín. Programa de Investigación Proyecto Bosques de *Guandal* Col/89/011, Convenio Universidad Nacional de Colombia. 34 p.
- Gresham, G. 1994. "Una caída en los precios de la madera contrachapada afecta los precios de las trozas en los mares del Sur." En: *Actualidad Forestal Tropical*, Boletín de la Organización Internacional de Maderas Tropicales. 2(14): 20-21.
- López, David y Ríos Germán. 1994. *Gestión de los territorios de las comunidades negras de Olaya Herrera, departamento de Nariño, Colombia*. Medellín. Programa de Investigación Proyecto Bosques de *Guandal* Col/89/011. Convenio Universidad Nacional-Pnud-Corponariño. 21 p.
- Marag y Roche. 1987. *Reactivación del Sector Forestal Industrial en Nariño. Informe Final de Prefactibilidad*. Corponariño. 169 p.
- Martínez, Arturo. 1995. "Campesinos en los bosques de *guandal*". En: Restrepo, Eduardo y del Valle, Jorge Ignacio (eds.). *Renacientes del Guandal: "Grupos Negros" de los Ríos Satinga y Sanquianga*. Medellín. Biopacífico - Universidad Nacional Sede Medellín.
- Molina, Luz Adriana. 1995. "Tierra, producción y trabajo familiar en la economía campesina de los bosques de *guandal*". En: Restrepo, Eduardo y del Valle, Jorge Ignacio. (eds.) *Renacientes del Guandal: "Grupos Negros" de los Ríos Satinga y Sanquianga*. Medellín. Biopacífico.- Universidad Nacional Sede Medellín.

Mora, Santiago; Herrera, Luisa Fernanda, Cavalier, Inés y Rodríguez, Camilo. 1990. "Antrosuelos amazónicos : Génesis y dinámica de una organización política. En: Revista de Antropología y Arqueología 6(2): 27-39.

Parsons, James. 1992. "Los campos de cultivos prehispánicos del Bajo San Jorge." En: Molano, J. (ed.). *Las Regiones Tropicales Americanas: Misión Geográfica de James Parsons*. Bogotá. Fen. p 249-274.

Parsons, James. y Denevan, W. M. 1992. "Los campos de cultivo precolombinos." En: Molano, J. (ed.). *Las Regiones Tropicales Americanas: Misión Geográfica de James Parsons*. Bogotá. Fen. p 235-248.

Parsons, James y Shlemon, Roy. 1992. "Nuevo informe sobre los campos precolombinos elevados de la cuenca del Guayas, Ecuador". En: Molano, J. (ed.). *Las Regiones Tropicales Americanas: Misión Geográfica de James Parsons*. Bogotá. Fen. p 275-282.

Plazas, C y Falchetti, A. M. 1985. "Asentamientos prehistóricos en el bajo río San Jorge." En: *Fundación de investigaciones arqueológicas nacionales*. Bogotá. Banco de la República. Proyectos de investigación realizados entre 1972 y 1984 (resúmenes). p 19-20.

Restrepo, Eduardo. 1995. "Los tuqueros negros del Pacífico Sur colombiano". En: Restrepo, Eduardo y del Valle, Jorge Ignacio (eds.). *Renacientes del Guandal: "Grupos Negros" de los Ríos Satinga y Sanquianga*. Medellín. Biopacífico Universidad Nacional. Sede Medellín.

Stemper, D.M. y Salgado M. 1993. "Tres milenios de historia con base en la arqueología del Pacífico." En: Pablo Leyva (ed.). *Colombia Pacífico*. Tomo I. Santafé de Bogotá. Fondo para la Protección del Medio Ambiente "José Celestino Mutis" -Fen. p 272-291.

Tricart, J. y Kilian, J. 1982. *La Eco-geografía y la Ordenación del Medio Natural*. Traducida del francés por Jordá, C. Nieto y Pérez. Barcelona. Anagrama. 288 p.

Uribe, Marta y Marín, Norberto. 1990. "Estudio preliminar de los suelos del guandal" En: Marín, A.M. (ed.). *Prácticas de Silvicultura Tropical en un Bosque de Guandal Explotado en el Litoral Pacífico Colombiano*. Medellín. Universidad Nacional de Colombia. 533 p.

Zuluaga, Francisco y Romero, Mario Diego. 1993. "Comunidades negras del Pacífico: territorialidad y economía." En: *Revista Universidad del Valle*. Cali. No. 5: 18-27.

Más de un centenar de estudiantes y quince profesionales han participado en el Programa de Investigación del Proyecto Bosques de *Guandal* entre 1984 y 1995. En los años transcurridos de 1992 a 1995, participaron en el Programa unos veinticinco profesionales de diferentes disciplinas: ingenieros forestales, antropólogos, economistas, historiadores e ingenieros de sistemas, entre otros. Los esfuerzos realizados, así como el permanente contacto con las comunidades y con el medio natural, permitieron sentar las bases técnicas y culturales de la silvicultura de los bosques de *guandal*.

Quisiéramos mencionar aquí a todas y cada una de las personas que compartieron la aventura de la investigación social y que por tanto hicieron posible esta publicación, sin embargo, cualquier intento de nombrarlas podría conducir a injustas omisiones.